

MARU
Y EL
GUARDA LOCO

Basada en un hecho real

MARU Y EL GUARDA LOCO

MARU Y EL GUARDA LOCO

Febrero 2004

La presente edición es propiedad única del autor.

El diseño de la portada y de las ilustraciones son del mismo .

Autor F. Martínez

Reservado todos los derechos

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida
por ningún medio sin permiso del autor.

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual.

í n d i c e:

CAPÍTULOS	PÁGINA
* introducción	1
* primer día en la tochuela.....	8
* tercer encuentro con la muchacha de pelo castaño casi rubio.....	14
* descubre a su caperucita roja	17
* la muchacha del pelo castaño casi rubio y caperucita se llama maru.....	20
* primer mensaje a maru.....	31
* el amigo	32
* al rescate del botín de maru.....	35
* francisco y el caballo.....	37
* la mujer de francisco conoce a maru	39
* maru cambió.....	45
* la cancha de polo mojada	49
* el lago.....	52
* francisco abandona	54
* feria de abril.....	57
* vuelta a la tochuela.....	61
* mierda de romería.....	69
* el acompañante argentino	81
* alfredo el rubio y el camionero	85
* maru desgarbada	89
* el balcón	92
* vuelve el rubio.....	94
* miércoles 14 de mayo.....	98
* jueves, 15 de mayo abandona	108
* viernes, 16 la carta.....	112
* sábado, 17 de mayo, último día.....	118
* ¡HOLA!, ¡holaaa....!	133
* mil y un mensajes	140
* ¿porqué consentía eso elvira?	144
* coincide el intento de volver a la tochuela con el chivatazo de maru al dueño.....	145
* nuevo trabajo.....	153
* la calva	155
* monazo gordo	157
* encontró compañía en tana.....	161
* soledad, recuerdos y ninguna esperanza	165
* diciembre negro	168
* envidia sana al rubio.....	170
* comienza la pesadilla	178
* última y definitiva despedida de la tochuela.....	184
* últimos días en casa.....	189
* sus cuarenta y seis años.....	191
* últimos días	214
* pido perdón a todo el que se pueda sentir ofendido por esta novela.....	219

INTRODUCCIÓN

Maru y El Guarda Loco, es “simplemente” la historia de un pobre y romántico guarda cuarentón, casado y abuelo, al que la suerte nunca acompañó y que se enamorará locamente de una veinteañera cuidadora de caballos de polo, soltera y extranjera, a veces niña y a veces mujer, que no solo no le corresponde si no que termina odiándolo.

Contada en Comedia con un final triste, es una historia entretenida y simpática que le hará reír y llorar.

Si Ud., lee esta novela, le prometo que nunca la olvidará.

Me contaron cierto día una historia que prometí escribir, y es tan humana que posiblemente le puede ocurrir a cualquiera de nosotros.

La historia es simple, pero unida a otras circunstancias o calamidades vividas por el individuo al que le ocurrió, resulta interesante.

El Autor.

Todo comenzó sobre el mes de Febrero de cualquier año no muy lejano. Francisco trabajaba en esa fecha de vigilante de seguridad, en realidad llevaba poco tiempo, creo que desde Enero, porque su oficio entre otros fue el de Guardia Civil, bastante tiempo, unos veinte años de servicio, pero tuvo un accidente y estaba retirado. Le había quedado buena pensión, pero se metió el hombre en muchos préstamos por ayudar también a sus hijos, porque aunque Francisco tenía cuarenta y cinco años, hay que decir que fue abuelo con treinta y ocho, y en esa fecha ya tenía dos nietos y seis hijos.

Quedó viudo Francisco con veintinueve años y a los treinta y dos volvió a casarse. Al enviudar se quedó con cuatro hijos, todos pequeños, con edades comprendidas entre los ocho meses hasta los diez años, pero su pasado iremos conociéndolo según relato la historia que a mí me interesó.

..... o O o

Como vigilante, Francisco hacía servicio en Polígonos Industriales, estaba en ese Febrero en el Polígono Navisa de Sevilla, hacía servicios de noche y de día, su empresa se llamaba Duque, y aparte de trabajar doce horas diarias a trescientas ochenta y cinco pesetas la hora, no estaba el hombre mal del todo. Hay que tener en cuenta que llevaba ocho años sin hacer nada, se había apañado hasta entonces con su pensión, pero tuvo que comprar casa él, ya que hasta entonces vivió en Cuarteles, y también piso a dos de sus hijas que quedaron embarazadas de sus respectivos novios y hubo que ayudarles. En fin cosa de padres que casi todos pasamos por lo mismo.

Como digo, él no estaba mal del todo con su trabajo, incluso se sentía mas joven y útil, pero como la alegría dura poco en la casa del pobre, su jefe Duque que ya le anunció días atrás que pensaba mandarlo de servicio a una finca, le preguntó si sabía montar en moto, y por supuesto no pudo decir que no, ya que había sido motorista del SEPRONA en la Guardia Civil y su jefe lo sabía.

No tuvo escapatoria, y aunque no le hacía ninguna gracia porque no le gustaban los cambios (si estás bien en un sitio, ¿por qué cambiar?) tuvo que aceptar, y cuando menos lo esperó le dijeron:

- Mañana 21 de Febrero vas a la Tochueta.

..... o O o

Tochuela, Tochuela...

La Tochuela en verdad es un Paraíso de Finca. Cortijo Señorial, cuerdas de lujo con caballos carísimos, carruajes de época, lago con cisnes, paseo, y dos campos de polo entre muchas otras cosas. En fin una maravilla prohibida para los pobres.



Como tenía que ir al día siguiente a prestar sus servicios a la finca, pues no estaba de mas saber por lo menos donde estaba tal Paraíso, así que le indicó su jefe mas o menos el camino, y con su coche patrulla y su uniforme de vigilante, eso sí, refunfuñando, puso rumbo a lo desconocido.

Estaba muy cerca, porque en realidad casi está metida la finca en Dos Hermanas (Sevilla), así que como pudo fue siguiendo el camino indicado. Ese día llovía con ganas (de las pocas veces que llueve en Sevilla). En el trayecto, su mujer le llamó al móvil y se detuvo para hablar tranquilamente. Estaba en el arcén de la carretera de Isla Menor – Los Palacios, por donde tiene otra entrada la finca, ya que la entrada principal cercana a Dos Hermanas es un pelín más difícil de encontrar para el que no había ido nunca. Le comentó a su mujer el evento de encontrar la dichosa finca y en el lío que lo había metido su jefe con la mierda de cambiarle de servicio.

Conforme se aproximaba al cruce que buscaba, recordó que él ya había estado por esos parajes muchas veces cuando estaba de Motorista en Aznalcollar, y también antes, mucho antes cuando destinado en El Ronquillo, también en el SEPRONA, y con motivo de ir concentrado a Los Palacios, muchas veces pasó por esa carretera para dirigirse a Coria del Río cruzando por la barca. Iba pensando en todo eso cuando a su izquierda vio el letrero de finca La Tochuela, así que giró y se metió en un camino de tierra estrecho, enfangado y pegado a un canal con bastante caudal de agua turbia, por lo que sintió miedo de resbalar y caer dentro. Se paró unos minutos, porque además le dijo su jefe que Ramón, el vigilante que estaba allí en la Finca, le estaría esperando a la entrada.

Se fumó un viceroy, y temiendo que otro vehículo bajase por el canal, se aventuró por aquel camino embarrado que ascendía pegado al canal. Divisó la

gran cancela al otro lado del mismo, y cruzando por un puente sin quitamiedos y peligroso, se paró delante del cancelón en el que decía: “Finca La Tochuela”, y no supo que hacer. Esperó el tiempo de fumarse otro cigarrillo, y como la cancela estaba cerrada, regresó por el mismo camino otra vez a la carretera. Volvió a esperar y cuando iba a llamar a su jefe, divisó el vehículo patrulla que bajaba, por lo que al fin encontró al tal Ramón.

No se conocían, así que tras presentarse ambos, Ramón le dijo:

- Vamos para la Finca, ¿no?-

Jueves 20 de Febrero.

Serían sobre las 12,30 horas del mencionado día, cuando Francisco pisó por primera vez en su vida la finca La Tochuela.

Tras abrir el cancelón Ramón le dijo:

-Vamos a dejar un coche y te enseño la Finca-

- Muy bien-

Contestó Francisco.

Así que tiró Ramón por uno de dos caminos que conducían al Cortijo. Le pareció a Francisco un camino bonito, tenía una frondosa hilera de árboles a la derecha, y entre claro y claro se divisaba un bonito lago de cuento de princesas con un senador formando una península, un embarcadero con su pequeña barca, patos y algún que otro bicho más. A la izquierda del camino había plantones de olivos recién plantados, todavía le colgaban las etiquetas del vivero. A unos 500 metros de camino alquitranado, Ramón entró por otra cancela grandísima al patio de labor del Cortijo. Francisco (o Martínez como le llamaban antes de entrar en aquel cortijo), sólo hacía repetirse para él mismo:

- En que berenjenal me ha metido el mamón de Duque, cada vez que me echa la vista encima se inventa algo para joderme, unas veces me manda a Sanlúcar de Barrameda a recoger un talón, otras a buscar algún taller o algún desguace para recoger alguna pieza. Le encanta mandarme cosas raras –

A todo esto entraban en el patio y Ramón detenía su coche al fondo a la izquierda donde había grandes naves con una cosechadora dentro, le indicó que metiera su coche, y luego le enseñó la Yamaha 600 todo-terreno, que tenían para el servicio de la Finca.

Francisco se fijó en varios nidos de cigüeña que adornaban las torres de aquel majestuoso patio de labor, y a continuación subió al coche con su compañero y empezaron el recorrido de la Finca. Le explicaba Ramón las hectáreas que tenía y los problemas con los furtivos. Francisco repetía ya en voz alta:

- En qué follones me mete a mí el mamón de Duque –
Y Ramón se reía y le decía:
- No hombre, si esto en dos días te lo conoces todo, hoy porque están los caminos enfangaos y no podemos verla entera, pero aquí todos los caminos dan la Cortijo, esto es un cuadrao con caminos cruzaos formando tablas. Mira esta es la tabla tres, aquella la cuatro –
Y Francisco decía:
- A mi edad aprendiendo la tabla -.

Recorrieron un camino que pasaba por unos campos de césped muy bonitamente delimitados, y le dijo que eran las canchas de polo. Los caminos estaban intransitables para el turismo oficial, por lo que dieron la vuelta hacia el otro extremo de la Finca, antes de llegar otra vez al patio de labor, cogió un camino a la izquierda que desembocó en la entrada principal del Cortijo, que más bien parecía la de un palacio, gran cancela con caseta de guarda a su derecha, camino empedrado, estatua de alguien con la cabeza caída a sus pies, un pequeño estanque con patos y gansos, y al fondo la parte noble de la hacienda con otro portalón de madera que daba al patio principal. Mirando a la derecha se divisaba otro patio con una gran fuente en el centro y algunas cuerdas de cinco estrellas. Saliendo de todo ese lujo, continuaron por el denominado paseo, que es un camino alquitranado rodeando el lago y con unas vistas de cuento de hadas. Llegaron a la misma cancela por donde entraron y la dejaron a la izquierda, continuando alquitranada en dirección a la otra entrada por Dos Hermanas. Era espectacular la hilera de árboles a ambos lados de la carretera.

- Precioso –

Dijo Francisco.

Continuaron por más caminos dando también a un merendero formado por una majestuosa choza de paja en forma de sombrilla que cobijaba unos bancos de madera. Al lado un cercado de palo donde pastaban vacas y caballos juntos.

- Esto es muy bonito y muy grande –

Dijo Ramón

- Sí, y yo que me pierdo en el pasillo de mi casa, ya me dirás –

Contestó Francisco.

Poco imaginaba que ciertamente se perdería en aquella Finca, pero no por culpa de los caminos.

Ya regresando al cortijo por el mismo paseo, y hablando de los servicios de Duque, de Cueto, de Joaquín y de alguno más, al llegar a la entrada principal dobló a la derecha para rodear la Hacienda y salir al patio de labor, allí se juntan los caminos de la cancha de polo y del paseo. Pues justo, justo allí, dos

caballistas, hombre y mujer, pasaron delante de ellos. Lloviznaba, pero muy débilmente. Ella se dirigió muy efusivamente a ellos, o mejor dicho a Ramón diciendo:

- ¡Hola! –

Pero un ¡hola! acompañado con el saludo de la mano tan efusivo y cariñoso que a Francisco le sorprendió.

- Esa ¿quién es?, ¿la hija del dueño? –

Preguntó.

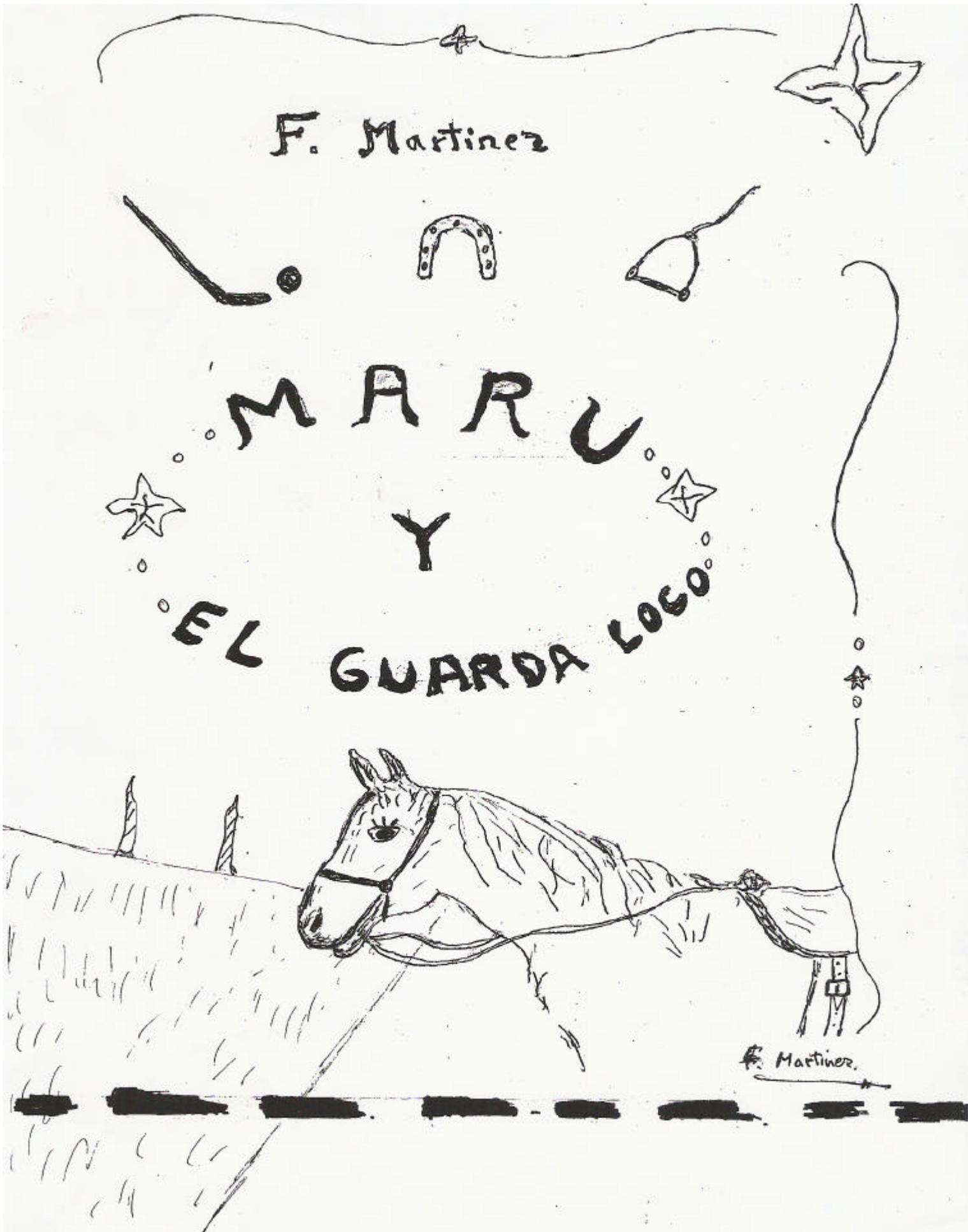
- Que va, esa es una trabajadora de aquí. ¡Que está de buena!.-

Contestó Ramón.

Ya se alejaban por lo que no pudo verla con más detenimiento. La verdad es que no estaba Francisco para esos menesteres, pero si observó mas o menos su figura alta, elegante y atlética, su pelo castaño claro casi rubio con una cola de caballo, pantalón vaquero y anorak pluma de esos de guatené que se usan en las cacerías o para andar de campo, verde, y observó que montaba con una naturalidad y elegancia característica de personas muy acostumbradas a montar.-

Francisco aún no lo sabía pero era M A R U .-

..... o O o



PRIMER DÍA EN LA TOCHUELA

Viernes 21 de Febrero.

Este sería el primer día de Francisco en La Tochuela. Tenía que estar allí a las 7.45 horas para abrir las dos cancelas, ya que a las 8.00 comienzan el trabajo los peones, agricultores, y albañiles porque estaban haciendo otra especie de cuadra de visitantes para los caballos de polo. Tenía que salir de su casa a las siete, porque tenía que recoger la llave de las cancelas en otro punto de servicio de la empresa de vigilancia, donde la entregaba el del turno de noche, denominado “25” por ser el indicativo de su emisora. Casi siempre el “25” era un tal Cueto, alias “*Termineito*”, apodo popular puesto por el resto de compañeros.

No iba lo que se dice contento a la finca o al campo, como gustaba llamar su jefe a ese servicio. Primero porque tenía que salir de casa una hora antes, la cual no la pagaban. Segundo porque gastaba gasoil de su bolsillo, y tercero no le hacía gracia ser guarda de campo, y aún tenía más peros que él no sabía.

A las 7.30 horas, Cueto, es decir Termineito le entregó la llave que habría las dos cancelas, y una tuerca que se ponía en el candado a modo de tope para evitar que lo cortasen con alguna herramienta. Al entregarle la tuerca, Francisco hombre con mucho sentido del humor (era único, según cuentan), se echó a reír, pero Termineito que era una especie de supervisor y de Doña Adelaida, se mosqueó con él, por lo que la mañana no empezaba muy bien del todo.

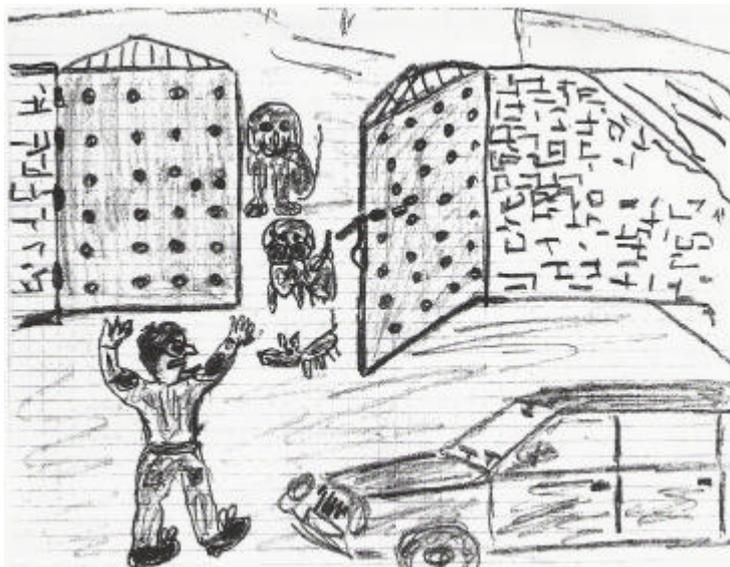
Pasó mal rato también por el camino enfangao, porque aunque llevaba un 4X4 Tata Safari, era un coche muy pesado y se hundía en el barro. Al llegar a la cancela, el candado tenía una especie de campana protectora para evitar ser forzado, pero de tan pequeño tamaño que no le cabía la mano.

- Todo esto está echo para manitas pequeñas –
Dijo enfadado.

Tuvo que saltar la reja, y como pudo con dos dedos meter la llave en la campanita y abrir. Luego se dirigió a la segunda cancela que estaba a unos cuatro kilómetros y después de abrirla y colocar la tuerca que le dio Termineito en su sitio, retrocedió hasta el Cortijo y abrir la cancela o mejor dicho el gran cancelón del patio de labor. El cerrojo del cancelón estaba por dentro, pero se podía correr desde fuera utilizando un palito metiéndolo por la rendija. Le costó trabajo y cuando consiguió abrirlo se encontró de morro con dos mastines, un bóxer y otro perrito chico negro, con toda la pinta de ser el que más mala leche tenía de los cuatro.

- ¡Me cago en la leche!, esto no estaba en el contrato –

Dijo asustado.



Cuando convenció a los chuchos (sobre todo al pequeño negro), de que era el guarda nuevo, dejó su coche aparcado debajo de una uralita y justo detrás de un Jeet de esos descapotables de los que había varios por allí. No se fijó de que el joío Jeet tenía una bola de enganche para remolque larga como ella sola, con tan mala suerte que la empotró en la matrícula de su Tata, quedando enganchado como un vagón de

tren. Ni palante ni patrás, menos mal que estaba solo y no lo vio nadie, porque la presentación del nuevo guarda fue de lujo.

Conseguido el desenganche y ya clareando el día con todos los peones dando vueltas por allí, se dispuso a la primera tarea que consistía en apagar las luces exteriores del Cortijo, cuerdas, patios, etc, etc... Las apagó casi todas, porque alguna se le resistió al no encontrar el interruptor, pero hubo otra que entre diez interruptores acertó a la primera.

- ¡Bingo! –

Dijo muy contento.

Hubo también dos faroles de entrada a la parte noble del cortijo, que no encontró el interruptor hasta la semana por lo menos (y porque le preguntó a uno con bigote que pasaba por allí, que luego supo que era también una especie de guarda de la finca, que hacía de todo menos vigilar). También hubo otro foco en el patio de labor que nunca encontró el interruptor, y que misteriosamente se apagaba y se encendía solo, hasta que el encargado de la Finca (uno mas serio que un plato de habas) le dijo que era solar y se apagaba y encendía con la luz del día. Pero sin duda alguna y desde el primer día, la luz que más le atrajo sin saber nada todavía, fue la de una especie de pasillo-patio, al cual había que bajar tres escalones para acceder, y que salía del patio de caballerizas, donde estaba la preciosa fuente con cabezas de caballos.

Francisco apagaba la luz que era un farol al fondo con el interruptor en la entrada del pasillo, pero ya el primer día le atrajo aquel rincón de forma especial. Tuvo la sensación de haber estado allí antes, aunque sabía que no era así. Bajó los tres escalones, y a su izquierda había una casita muy graciosa con dos ventanas enrejadas, mas adelante llegaba a un recodo y un patio pequeño donde estaba la puerta de esa casita tan mona para él. Le parecía como la casita de los cuentos, donde posiblemente viviese alguna Cenicienta o Caperucita Roja. Tenía una puerta de doble hoja de palillería acristalada muy vieja, y tras ella, otra puerta de madera maciza, que también estaba cerrada o por lo menos encajada, porque Francisco nunca la empujó, simplemente se quedaba mirándola sin saber por qué. Así un día tras otro, le gustaba aquel rincón de la finca. Las paredes estaban casi cubiertas por plantas trepadoras que posiblemente sería hiedra, viéndose sólo los huecos de las ventanas. Le gustó desde el primer día, y sin lugar a dudas era su rincón favorito.

Después de mirar embobado aquel rincón que veía por primera vez, Francisco se dispuso ya a coger la moto que era el único vehículo de la empresa de que disponía, estuvo un ratito mirándola por delante y por detrás, comprobó la amortiguación, los frenos y el embrague, la llave de paso de la gasolina, el acelerador y la presión de las ruedas, cuando le pareció que todo estaba bien se abrochó el anorak, encendió un cigarrillo metió la llave de contacto, y se sentó. No llegó a plegar la pata de cabra cuando notó frío en el culo y al mirárselo se vio el pantalón empapado de agua. El asiento estaba rajado y la espuma empapada de agua de lluvia del día anterior.

- ¡Se acabó la moto por hoy! –

Dijo al levantarse con todo el culo mojado.

Como pudo se escurrió un poco el pantalón y con mucho disimulo procurando no dar la espalda a mucha gente, se subió en su coche y se fue del patio antes de que le pasara cualquier otra desgracia.

..... o O o

- 20 años de servicio para terminar de guarda de campo –

Hablaba el pobre solo.

Y allí estaba con su pantalón negro mojado, su camisa azul, las pegatinas de la empresa y sus botas militares que tuvo que comprar porque así le gustaba al jefe. Sin armas porque tenía solicitada la licencia de arma corta pero aún no le había llegado.

- Resignación –

Decía el pobre.

- Si no fuera porque necesito el dinero iba a estar yo aquí –

Y con esos pensamientos y escuchando Kiss F.M. en la 100.3 se dirigió al este de la finca pasando por el campo de polo. Los caminos estaban embarrados, y él no quería mas sorpresas esa mañana, por lo que no se aventuró mucho, no era cuestión de que un tractor tuviese que sacarle del barro el primer día de servicio.

Después de tener que dar marcha atrás en algún que otro camino, y posiblemente pasar dos veces por el mismo sitio (nunca tuvo mucha orientación). Tuvo un compañero cuando estaba destinado de Guardia Civil en Carmona (Sevilla), que le dijo una noche:

- Francisco, si fueses Urraca ibas a tener un nido en cada olivo –

Por lo que conociéndose, no se complicó mucho en indagar caminos y regresó a las cancelas.

Hacia las 9.30 horas de la mañana, comenzó otro desfile de personal en su mayoría femenino. Él saludaba muy educadamente y murmuraba:

- Vaya pinta que debo tener –

Era un hombre alto 1.79, delgado, pelo negro con algunas canas y no muy mal tipo, pero él lo decía por el uniforme, y sobre todo al estar desarmado, estaba acostumbrado a llevar metralleta y pistola y ahora se sentía desnudo.

Deambuló como pudo por aquí y por allá, y buscó un sitio donde comerse el bocadillo de atún. Estaba en ello cuando vio acercarse a dos jinetes. Lió el bocadillo y lo escondió, y después de mirarse en el espejo retrovisor por si tenía la boca manchada, esperó para ver quienes eran los caballistas. Al llegar a su altura comprobó que se trataba de la misma muchacha de pelo castaño casi rubio que les saludó ayer cuando Ramón le enseñaba la finca, y seguramente el mismo acompañante. Después de los buenos días reglamentarios, siguió algún comentario sobre el mal tiempo.

- ¿Hay mucho barro por ahí? –

Preguntó el muchacho con aspecto sudamericano.

- Bastante –

Contestó Francisco.

- Con este no te quedarás atascado ¿no? –

Preguntó el sudamericano.

- No te creas, los que no se quedan son los caballos ¿no? –

Dijo Francisco.

- Estos seguro que no. –

Contestó el chaval mientras ella sonreía rebosando frescura y simpatía.

Continuaron su camino, y no volvió a verlos en todo el día.

A la hora de comer, buscó la gran choza merendero, y allí se comió otro bocadillo, luego dio vueltas o se paraba de cancela en cancela, hasta las seis y media que empezó a anochecer y se fue al Cortijo.

Estaba encendiendo luces por los patios cuando se encontró con el encargado y el bigote que le dijeron que el dueño de la Finca estaba al llegar, y que tenía que esperarlo en la caseta de la entrada principal, así que le acompañó bigote y le enseñó la casetilla. (Si han visto alguna vez la caseta de un guardabarrera, pues igual pero sin palancas).

A Francisco le trajo recuerdos aquella caseta de reducido tamaño con olor a humedad, aquella ventanita mirando a la cancela, la mesa llena de telarañas y la oscuridad en el exterior junto al frío y la soledad, le pareció estar en la garita de la cárcel de Teruel donde estuvo de Guardia Civil siete años.

- ¿Cuántas personas habrán estado en esta garita, y dónde estarán ahora?

Se preguntaba mientras encendía un cigarrillo.

Se fumó muchos más hasta que cerca de las ocho vio acercarse un vehículo por el paseo alquitranado que rodea el lago. Estaba de pie junto a la cancela en la penumbra de los faroles cuando pasó el lujoso todo-terreno junto a él y alguien le dio las buenas noches muy educadamente bajando la ventanilla del coche. Supuso que sería el dueño de todo aquello, por lo que poco después terminaba su primer día de servicio en La Tochuela.

..... o O o

Los días siguientes no fueron muy distintos, seguía el tiempo lluvioso y la rutina era la misma con pequeños cambios, se hizo amigo de los perros, por lo que tenía un problema menos, seguía sin coger la moto, por lo que gastaba gasoil con su vehículo, y teniendo en cuenta que su coche gastaba bastante y eran doce horas dando vueltas con la tracción a las cuatro ruedas y algunas veces con reductora, casi le costaba el dinero ir a trabajar, pero bueno, ya estaba más contento porque se iba haciendo con la rutina e iba conociendo mas gente, ya conocía a María, la oficinista que de vez en cuando le llamaba su móvil para que abriese la cancela porque tenía que entrar alguien (veterinarios, mensajeros, etc...) ella le puso Francisco, porque era la primera vez que no le llamaban Paco o Martínez que era como le conocían en su empresa. Fue cambiando también de costumbres, ahora desayunaba en una esquina del campo de polo, desde donde se divisaba parte de la finca, y le pareció sentirse a gusto allí.

Pasaban los días y todo era rutina y aburrimiento, dejó de llover y los campos y caminos se iban secando, por lo que podía recorrer sitios donde no había estado, pero casi se aburría. Al atardecer encendía las luces del Cortijo y se quedaba sólo, o eso pensaba él, ya que todos los obreros, encargado, y bigote se iban, tan solo quedaba por allí de vez en cuando un carretero que era el último en salir, y alguna vez le dijo:

- Yo me voy ya, ya no queda nadie en la finca -

Por lo que Francisco para entretenerse lavaba su coche en otro de los patios interiores, y cuando llegaba la hora de irse, completamente de noche, casi sentía miedo, estaba allí solo en un Cortijo y además desarmado, se le vino a la memoria el crimen del Cortijo de Los Galindos, famoso por el quíntuplo asesinato, precisamente él hizo mas de un servicio en ese Cortijo cuando estuvo destinado en Carmona, y por eso cerraba la última cancela y salía de allí con miedo, no hay peor cosa que estar acostumbrado a llevar armas y encontrarse desarmado, de noche y en un sitio desconocido vestido de vigilante, que si llega alguien con malas intenciones va a ser al primero que se ventile, por lo que Francisco salía del Cortijo a toda velocidad, pensaba que si en veinte años de servicio en la Guardia Civil no le habían matado, sería una tontería dejarse matar ahora por un sueldo miserable, y con esos pensamientos cerraba la última cancela y bajaba por el carril del canal como si fuera una autopista.

..... o O o

TERCER ENCUENTRO CON LA MUCHACHA DE PELO CASTAÑO CASI RUBIO.

Ya los días soleados y los caminos casi secos, Francisco y la rutina paseaban por aquellos campos. Todavía hacía el servicio con su Tata, y fue parado en el carril pegado al campo de polo y de improviso, apareció la caballista de pelo castaño casi rubio con su cola recogida, venía con una sola yegua, con su forma elegante de montar y a paso lento, el semblante serio como pensativa y no se esperaba a nadie allí. A él le pareció muy serie y con mucha personalidad, por lo que casi no se atrevía a saludarla. Se acababa de comer el bocadillo porque eran mas o menos las once de la mañana, y le dio miedo tener migas en la boca, por lo que se limpió rápidamente con la mano, y cuando ella le miró tan seria, se le escapó unos buenos días casi temeroso de que no lo fueran, pero inmediatamente el semblante serio de la muchacha se transformó en un bella sonrisa, y dio unos buenos días que espantó las pocas nubes que quedaban por allí. Fue entonces cuando Francisco dijo la famosa frase que le hizo famoso en el lugar:

- ¡Buen día para coger una herencia! –
A lo que ella sonriéndole le contestó:
- Para eso hasta los días de lluvia son buenos –

Remarcó tanto la elle de lluvia, que delató su procedencia Argentina.



Francisco la siguió con la vista hasta que cabalgando más ligera y seguida del bóxer que ya conocía, se dirigió al segundo campo de polo, y desprendiéndose del anorak, se puso a golpear las pelotas de polo que allí andaban sueltas. Las golpeaba con un bastón parecido al de golf, pero a lo grande y que Francisco no había visto hasta ese momento, ya que no se

fijó en nada más que en aquella preciosa muchacha que pareció caer del cielo con caballo y todo.

No pudo resistir la tentación de acercarse al otro extremo del campo de polo para verla desde más cerca, por lo que dando un rodeo se colocó en la otra esquina que precisamente era donde él desayunaba casi todos los días, pero se

supone que como el césped estuvo estos días empapado, por eso no la vio antes allí.

Cabalgaba la muchacha persiguiendo y golpeando la pelotita con tanta furia, que al golpearla se le escapaba un chillido o gemido, que para Francisco no había canto de pájaro alguno que lo igualase.

Al desprenderse del anorak se quedó con un niki de manga corta, verde, que realzaba el talle y los pequeños pechos, estos en un vaivén continuo por el trote del caballo. Pero si no fuese bastante bonita ya la estampa, ella en un gesto femenino y pensó Francisco que generoso, se quitó la gomilla del pelo quedándose suelto y ondeando al sol como un precioso sembrado de espigas rubias movidas por el viento.

Ella sabía que el guarda la estaba mirando, pero ignorándole continuó su galopada tras la pelota, y gemía al golpearla con una sensualidad, que habrá hecho dudar al propio Jesucristo de su voto de castidad.

..... o O o

Sólo iba un día a la semana a la Finca, casi siempre los viernes, el resto de la semana prestaba servicio en el Polígono Navisa, ya que Ramón seguía siendo el guarda de la Finca y Francisco le sustituía el día libre, aunque estaba pendiente de que Ramón pasara definitivamente al taller de neumáticos que se jefe estaba montando.

De vez en cuando veía la caballista y a su acompañante que él pensó que sería su novio o su marido, les veía ejercitando a los caballos, con tal habilidad que ella montando uno al galope, llevaba tres mas en cada mano todos galopando y ella dirigiéndolos sólo con las piernas.

- Eso es como todo....la práctica –

Pensó Francisco mirándola embobado.

Una tarde al anochecer, cuando encendía las luces, vio a los dos caballistas en la cuadra de polo limpiando y refrescando los caballos, cerca de él estaba el carretero, que era el que conducía carruajes con hermosos caballos españoles.

- Y esos, ¿no se van nunca? –

Le preguntó.

- Están hasta tarde, como viven aquí –

Le contestó el carretero.

- ¿Quién vive aquí? –
Preguntó Francisco
- Ella –
Dijo el carretero.
- Él vivía también aquí, pero ahora vive en Dos Hermanas –
Continuó.
- No lo sabía –
Dijo Francisco.
- Sí hombre, ella vive aquí –
Remachó el carretero.
- Claro, pensó Francisco, con razón nunca la veo entrar por las mañanas,
cuando me pongo en las cancelas –

Lo pensó varias veces, incluso que coche tendría, si es que tenía alguno, porque nunca la vio entrar y luego se la encontraba allí.

Como era poco preguntón, no preguntó al carretero en que parte del Cortijo vivía, y así terminó otro día de servicio en La Tochuela.-

..... o O o

DESCUBRE A SU CAPERUCITA ROJA

Otro viernes y vuelta Francisco a La Tochuela. Ese día decide coger la moto, a sí que después de encender luces y admirar otra vez como siempre su rincón favorito, bajando los tres escalones y poniendo en pie una bicicleta de montaña que siempre se encontraba tirada en la esquina de su casita de cuentos, se dispuso por fin a coger la moto.

Se abrochó bien el anorak, y aprovechando que no había mucha gente en el patio, se dirigió a la nave de la cosechadora y con la llave de contacto en la mano vio el leterito que Ramón le dejó en el asiento:

- Tiene el motor de arranque averiado, ya la arreglaré –
Por lo que otro día más tuvo que coger su Tata Safari y gastar gasoil de su bolsillo.

Sobre las cinco de la tarde y ya cansado de dar vueltas, Francisco se fue al Cortijo, ya se habían marchado el encargado y los peones, así que dejó su coche en la cancela principal de la Casa junto a la caseta, y decidió dar un paseo por el patio de la fuente de caballerizas. Hacía una tarde preciosa, totalmente primaveral y caminaba tranquilamente fumándose un viceroy, cruzó el paseo de la estatua sin cabeza, el estanque de los gansos y del pato que siempre le seguía cuando encendía las luces, y llegó al patio de la fuente. Sentado en el borde de la misma estaba el carretero. Le dijo buenas tardes y alguna ocurrencia más y se sentó a su lado. Llevaba un ratito hablando con el carretero que estaba esperando a un veterinario, y sin saber de donde, apareció por detrás de la fuente la caballista. Dijo ¡Hola! al carretero y se fue para Francisco, éste se levantó y ella con toda naturalidad le dio como saludo dos besos de saludo. Se sentó ella en medio de los dos y les ofreció gusanitos de un paquete que venía comiendo; el carretero no quiso, pero Francisco aún sin gustarles y por el ofrecimiento de ella cogió varias veces. Era la primera vez que la veía de cerca y sin caballo, pero tampoco quiso ser descarado y apenas se atrevía a mirarla a los ojos.



El carretero le preguntó:

- Has estado durmiendo la siesta, ¿no? –
- No, ¿por qué? –

Contestó ella.

- Porque tienes la cara señalada de la almohada –

Dijo él.

- No, es que he estado hablando por el móvil, y será de eso. –
Dijo ella inclinando la cabeza.
- Si, si, hablando –
Dijo el carretero salpicándole agua de la fuente en el trasero sin que ella se diese cuenta.

Allí sentada estuvo unos minutos hasta que al levantarse para irse se notó el trasero mojado y dijo dirigiéndose al carretero:

- ¿Me mojastes el culo? –

Se rieron los tres y ella se fue por donde apareció. Al momento apareció el veterinario y le acompañó el carretero a ver al caballo enfermo. Francisco también se levantó y deambuló por aquel fabuloso patio dirigiéndose sin querer a la cuadra de polo y viendo en la puerta del guadarnés, en el escalón el paquete de gusanitos que ella estaba comiendo, por lo que supuso que había estado allí sentada, pero no vio por donde marchó, así que cuando se disponía a irse, llegaban el carretero y el veterinario a ver la colección de carruajes de época guardados en una lujosa nave que Francisco nunca vio abierta, así que aprovechó y también admiró aquellos lujosos carruajes en su mayoría ingleses, y que eran piezas de museo.

Vistos los carruajes, se dirigieron a la cuadra de polo que también era digna de ver. Allí se enteró Francisco que no eran caballos lo que montaba ella, si no yeguas y además argentinas, que por lo visto son las mejores para ese deporte por su tamaño y docilidad. Habría unas veinte yeguas y cada una tenía un ventilador de techo que le refrescaba y también le espantaba las moscas. Un doble techo o altillo almacenaba alpacas de paja, y había una escalera de hierro que subía a un “soberao” con una puerta, pero no supo lo que había allí, por un momento pensó que podría ser donde vivía la caballista, sola o con su acompañante porque no sabía que relación tenían.

Entraron luego en el guadarnés situado enfrente de la cuadra, había bonitas vitrinas de madera noble acristaladas con también bonitas sillas de montar y demás aparejos, una mesa rectangular en el centro y el paquete de gusanitos en los escalones de entrada completaban aquél hábitat de tan preciosa caballista.

El veterinario alucinaba con todo aquello, y a la salida se fijó en un reloj que había encima de la puerta de entrada a la cuadra y comentó:

- ¡Cuántos detalles! ¡Fíjate hasta un reloj empotrado en las piedras –
- Y es capaz hasta de funcionar –

Dijo Francisco, y todos miraron sus relojes para comprobarlo.

Fue saliendo ya hacia el patio de la fuente, cuando apareció la caballista montada en la bicicleta de montaña roja que tantas veces había puesto de pié, y saludando con un ¡hola!. ¡Hola! acompañado del propio movimiento de mano y dejándola apoyada en la esquina del bonito rincón de la casita de cuentos, y para sorpresa Francisco, se dirigió a su interior, detrás iba el bóxer con dos cuartas de lengua y ambos se introdujeron en el rincón favorito de Francisco, descubriendo éste a su Caperucita Roja.-

LA MUCHACHA DEL PELO CASTAÑO CASI RUBIO Y CAPERUCITA ROJA, SE LLAMA MARU.

Los siguientes días de servicio para Francisco fueron más entretenidos, procuraba acercarse mas por el cortijo, y el apagado de luces de esa mañana fue especial, porque al apagar la de su rincón favorito, se quedó un ratito mirando la doble puerta de cristal y de madera que siempre estaban cerradas, y que continuaban cerradas, pero sabía que detrás de ellas había alguien que denominó como la alegría del Cortijo.

Procuró acercarse más por el Cortijo, y poco a poco se fue aproximando a la cuadra de polo donde ella trajinaba de un lado para otro. Fueron acercamientos progresivos. El primer día que se arrimó por allí, serían las once de la mañana, y vio a la muchacha sacando caballos o mejor dicho yeguas fuera de la cuadra, y amarrándolas en argollas sujetas a la pared. Había también un herrador poniendo herraduras a una de ellas, y un par de ayudantes de la caballista limpiando la cuadra.

Se acercó Francisco un poco cortado, se paró en el empedrado que separaba la cuadra del guadarnés, y cuando ella le vio Francisco le dio los buenos días, y al parecer por costumbre ella le saludó poniendo otra vez la mejilla, y recibiendo dos besos como dos soles.

El Herrador le pidió a ella que le sujetase a la yegua que estaba intentando herrar, y ella la sujetó por la cara, separando sus pies hacia atrás para no recibir alguna coz del animal. Francisco miraba toda la operación, y ella soltó al animal al verle más tranquilo, y dejando al herrador solo, entró en su guadarnés. Entraba y salía de él, y por dar alguna conversación, Francisco una vez que la vio sin hacer nada y a su lado le preguntó:

- ¿Sabes como se llaman todas? –

Y ella con voz de niña que se sabe la lección dijo:

- Sí, claro –

Y empezó a nombrarlas según las señalaba con su mano derecha. Iba nombrándolas de izquierda a derecha una a una. Francisco anonadado le preguntó:

- ¿Cómo las conoces?, a mí me parecen todas iguales –

- Se diferencian. Si te fijas bien todas tienen alguna mancha distinta a las otras.

Dijo ella pensativa.

Y Francisco en una de sus tantas tonterías dijo:

- Claro, a mí pasa igual con mis gatos los conozco a todos –

Ella sonrió abiertamente y entró de nuevo en su guadarnés. Salió y entró varias veces con alguna jeringuilla, y pensó que eran vacunas para las yeguas.

Se le estaban acabando los argumentos para permanecer allí, cuando ella con su voz de niña, le dijo:

- Porqué no me das tu teléfono para poderte llamar cuando necesite que abras la cancela ¿sabes?, es que a veces viene la veterinaria de Aznalcóllar y está cerrada –

Entró otra vez en su cuartillo, y sentándose en su mesa dando la espalda a la puerta sacó su móvil. Francisco sacó también el suyo y situándose a su izquierda y frente a ella, esperó a que preparase la agenda de su teléfono. Levantando la mirada le preguntó:



¿Cómo te llamas? –

- Francisco o Paco Martínez, como prefieras –

Dijo él.

Prefirió llamarle Francisco.

- ¿Y el número? –

Y Francisco empezó a darle su número.

- Es que si no lo digo de dos en dos no me lo sé. –

Le dijo.

- A mí me pasa lo mismo. –

Dijo ella.

Y cuando se iba a levantar, Francisco le dijo:

- Dame el tuyo para saber quién me llama –
- ¡Ah, sí! –

Contestó ella.

Francisco tenía el móvil en la mano, pero para no hacerle perder el tiempo sacó una libretita y apoyándose en la mesa dijo:

- Número –

Y ella con la manía que tenemos todos de mirar lo que escribe el otro cuando le dictamos, se lo dio de dos en dos también.

- ¿Y el nombre?-

Preguntó él.

- Maru, mi nombre es María Laura, pero todo el mundo me llama Maru, es que soy extranjera. Argentina ¿sabes?-

..... o O o

Mar, Maru, Maru, fue repitiendo Francisco desde las cuadras hasta la cancela de Dos Hermanas que hay cinco kilómetros. Estaba deseando llegar para apuntarlo en su móvil. Llegó a la cancela, y dando marca atrás metió el culo de su Tata en un claro a la derecha donde siempre daba la vuelta, y sacó el papelito donde lo tenía anotado. Cogió el móvil y buscando la agenda puso Maru Laura y a continuación metió aquel número con tanto cuidado de no equivocarse como si fuera la numeración de la bomba atómica.

La buscó varias veces en el móvil para ver si estaba bien puesto, y por si acaso guardó la hojita en un apartado de su cartera.

Tuvo tanta suerte que ese mismo día, ella le llamó un par de veces, una para abrir a la veterinaria y otra para ella misma, esta última vez, la pilló en la otra punta de la Finca, y no tardó ni cinco minutos en llegar a la cancela. Por fin vio también el Opel Corsa TR de ella, era un coche bastante viejo y descolorido que estaba harto de ver en el patio de labor y que más de una vez aparcó junto a él.

Cosas de la vida, en un solo día averiguó su nombre, su teléfono, y su coche pero lo que más ilusión le hizo fue su amistad. Ni que decir tiene que Francisco ese día revoloteaba por la finca cual pajarillo en primavera.

..... o O o

Francisco ya se arribaba cada vez más a las cuadras y al campo de polo, la veía con frecuencia y se cruzaba con ella constantemente, hablaban a menudo cuando ella faenaba en la cuadra, la veía doblar calcetines de caballos como Francisco llamaba a los protectores de patas, que eran una especie de bufanda muy larga que se enrollaba en las manos y patas de las yeguas, para evitar golpes con las pelotas de polo. Ese día precisamente, se sentó en los escalones del guadarnés, donde ella sentada en una silla y mirando hacia fuera, doblaba esos calcetines. Vio Francisco que le quedaba un montón por doblar, y se alegró muchísimo porque así estaría más tiempo con ella. Le preguntó por su país Argentina. El tiempo que llevaba aquí.

- Dos años –
Dijo ella.
- ¿No echas de menos a tu familia? –
Preguntó él.
- Sí, pero estoy en contacto todos los días por teléfono y por ordenador –
Contaba ella.
- ¡Ah –
Dijo Francisco.

- ¿Y qué hacías allí en tu tierra? –
- Mi padre tiene caballos y yo le ayudaba –
Contestó ella.
- Tu podrías trabajar de modelo o en la tele –
Dijo Francisco no se sabe muy bien porqué.
- Ya hice algún programa en mi tierra de cosas de caballos, pero lo mío es el polo, no podría vivir sin jugar al polo –
- ¿Qué edad tienes? –
Le preguntó
- veinticinco –
Dijo ella dudando un poco, tal vez porque no los había cumplido aún, o porque le faltaba poco para los veintiséis.
- Es una pena tener que estar fuera de su país y separado de la familia –
Dijo Francisco.
- Ya, pero yo tengo algunos primos aquí, vamos que no estoy sola –
Contestó ella mientras doblaba calcetines.
- Ya, pero la tierra de uno es la tierra de uno ¿sabes? –
- A ver si te echas un novio con dinero de estos que vienen aquí a jugar al polo, que son todos ricos –
- Yo no quiero eso, ya me han propuesto matrimonio tres, y con bastante dinero, pero yo cuando me case será por amor –
Contestó ella con un tono triste y con la mirada baja mientras doblaba otro calcetín.
- Eso es la edad hija, cuando tengas mis años no pensarás así, el dinero lo es todo y lo compra todo, hasta el amor. Lo malo es ser pobre toda la vida, porque ahora estás bien, trabajas donde te gusta y tienes pretendientes de sobra con y sin dinero, pero cuando tengas cuarenta te arrepentirás de no haber cazado a un cacique de estos –
Le contó Francisco también en tono triste como si le hubiese pasado a él.
- ¿Tus padres son muy mayores? –
Preguntó Francisco.
- Mi padre tiene cuarenta y ocho –
Dijo ella, a lo que Francisco añadió:
- Yo tengo cuarenta y cinco, y tengo ya dos nietos, me casé muy joven.
- Cuarenta y cinco tiene mi madre –
Dijo ella también con tono triste como pensando en ella.
- Pues no seas tonta hija, busca uno con dinero y vete a tu tierra, no te cases con un pobre para tener que mantenerlo encima –
Le decía Francisco.

Había terminado ella de doblar trapos, y empezó a meterlos en una canasta. Francisco le señaló uno que tenía detrás de su pié izquierdo, y se fijó que llevaba unos botines de jugar a fútbol bastante desgastados. Fue cuando

sintió pena por aquella muchacha tan lejos de su casa, porque aunque fuese feliz allí, imaginó que también tendría sus momentos bajos y seguramente habría llorado más de una vez.

- Búscate un rico. No seas tonta hija –
Insistió Francisco.
- El dinero no da la felicidad, mira el dueño de esto, con todo lo que tiene aquí y no lo disfruta con su mujer y sus hijos. –
Contestó ella sin dejar el tono triste.

Le faltó a Francisco preguntarle el porqué decía aquello, tal vez porque tenía tantas fincas y tantos negocios que atender, que no tenía tiempo de disfrutar allí en familia.

Ya se levantó ella con su canasta de calcetines de caballos y se levantó Francisco también, dando por finalizada la conversación. Se arrepintió de no haberle preguntado sus apellidos, fecha de nacimiento, si tenía más hermanos, su pueblo de nacimiento, su colegio, si llevaba mucho tiempo sin ir su tierra y un montón de cosas más que pensó que ya tendría tiempo de hacerlo en otra ocasión.

Desde luego no cabe duda de que se sentía a gusto hablando con aquella chiquilla, porque al fin y al cabo, al lado de Francisco era una niña, él mismo tenía una hija mayor que ella.-

..... o O o

¡Hola Francisco! ¡Adiós Francisco! –

Saludaba Maru cada vez que pasaba a gran velocidad con su viejo Opel Corsa rojo. Le encantaba a Francisco la forma de inclinarse en el asiento del coche, para verle a él desde el interior a través de la ventanilla del copiloto cuando pasaba por su parte izquierda. Más de una vez la esperaba en la cancela o en el cruce por donde sabía que podría pasar, aunque la mayoría de las veces la esperaba en vano, pero si conseguía verla una de cada diez veces que la esperaba se daba por satisfecho.

Volvió a llamar alguna vez que otra para que le abriese la cancela, porque era tan despistada que siempre olvidaba o tenía perdida la llave. En una de esas ocasiones llevaba ella una llave que no abría, por desgaste o por lo que sea, y Francisco estuvo comparando las dos llaves una sobre la otra, la suya y la de ella. Maru miraba atentamente la comparación y Francisco decía:

- Pues son iguales, no sé por qué no abre –

Y ella con su eventual y pequeñísima tartamudez, (que no era tartamudez), si no que cuando quería decir varias cosas a la vez se engatillaba un poco, lo cual le parecía a Francisco que la hacía más tierna y simpática, y cuando miraba algo fijamente fruncía la frente y cerraba algo los ojos como para verlo mejor. Le pasaba también cuando pelaba la crin de las yeguas. Le gustaba a Francisco verla con la máquina de pelar, sobre todo cuando se quedaba fija mirando si el corte estaba bien. Se le ponía la frente pequeña y cerraba un poco los ojos, a lo que él aprovechaba para mirarla embobado aún con el riesgo de que ella le sorprendiera. Decía:

- Bueno, estoo..., ya..., pediré..., pediré..., otra, ¿sabes?, sí,.. bueno... –

Era una dulce chiquilla con cuerpo de mujer, porque debía medir 1.70, y aunque era de brazos delgados, se le veía fortaleza en sus piernas. Una muchacha alta, bien hecha y que a veces parecía una niña y otras veces aparentaba mucha más edad. Era dulce pero también tenía mal genio, creía Francisco que eran dos personalidades en una sola mujer, pero a él le gustaba en sus dos facetas, era tierna y dulce en una, y atractiva e interesante en la otra.

Salió para Dos Hermanas, y Francisco la esperó en la cancela, no sabía el tiempo que tardaría en volver, pero la esperó pacientemente, y más o menos a la hora la vio llegar. Le abrió y cuando ella pasaba le hizo señas para que parara.

- Hemos sido tontos, Maru, te podías haber llevado mi llave y haber sacado copia. –

Dijo Francisco con su llave en la mano.

- Ya..., yo también lo pensé... pero... ya iba lejos y –

Decía ella inclinada en su asiento.

- Es que el español piensa bien, pero tarde –

Dijo Francisco apenado por su torpeza.

- Bueno, si sales otra vez te la llevas y sacas dos copias, una para ti y otra para mí, porque ésta, está doblada y cualquier día se parte, además yo quiero tener una en mi coche, por si algún día se me olvida recogerla por la mañana. –

Dijo Francisco intentando alargar la conversación, porque si por él fuera estaría todo el día a su lado.

- Bueno... hasta luego... –

Se despidió Maru sin mucha prisa.

Otro día de conversación fue precisamente en la casita de cuento, que si antes le gustaba a Francisco, después de conocer a su moradora se pueden imaginar.

Fue un día que ella se disponía a echar de comer a su bóxer, y él, que estaba en el patio la vio y se acercó. Ella sacó un plato hasta arriba de carne para perros, y se lo puso en el callejón justo en el recodo que daba a su casita.

Francisco se acercó comentándole lo comilones que eran esos perros, ya que él tenía otro igual, y lo curioso fue que al llamar ella al perro le dijo:

- Chato, a comer –
- ¿Cómo se llama? ¿Chato? –
- Sí –

Dijo ella.

- Pues se llama igual que el mío, yo tengo uno igual, de la misma raza y también se llama Chato –

Le dijo Francisco.

Era cierto, pero lo que menos le importaba a él era el nombre del perro, la cuestión era buscar una excusa para hablar con ella.

Se acercó ella a la puerta de su casa, y Francisco desde la entradita del pequeño patio seguía queriendo darle conversación:

- Esta casita es pequeña. ¿No?. –
- Preguntó.

- Sí, pero para mí sola está bien –
- Dijo ella.

- Allí al final las hay mejores ¿no? –

Siguió Francisco con ganas de hablar.

- Sí, pero cuando viene gente a trabajar hay que compartirla, y yo prefiero vivir sola, además aquí estoy cerca de los caballos. –

Contestó Maru.

- ¡Ah! Claro –
- Asintió él.

Maru se metió en su casa y Francisco no tuvo más remedio que dirigirse hacia el patio de la fuente, pero como tenía que pasar por las ventanas la escuchó fregando unos vasos, y aún se detuvo agarrado a la reja sin ganas de irse. El fregadero estaba casi debajo de la ventana, así que la veía fregar, pero como ella parecía no tener ganas de hablar, no tuvo más remedio que irse.

Hay que tener en cuenta que en aquellas fechas Francisco solo iba a la Finca un día en semana, por lo que se le hacía bastante difícil despegarse de ella pensando en el tiempo que tenía que esperar para volverla a ver.

A las ocho de la tarde tenía que marcharse de la Finca, pero aún le quedaba otra posibilidad de verla, porque a menos diez, solía ella ir a la casa principal para recoger la bandeja con su cena (eso si no se quedaba en la cocina a cenar), así que esperaba hasta última hora para ver si podía verla por última vez antes de irse una semana entera al Polígono Navisa.

A él se le quedaba grabada siempre la última imagen de ella, y era la que recordaba durante toda la semana, por lo que cada semana recordaba una imagen distinta de Maru. Son muy largos los servicios de doce horas en un Polígono

Industrial, y de noche mucho más, así la imagen última de ella en su cabeza era recordada infinidad de veces.

- ¿Qué está pasando? –

Se preguntaba Francisco una y otra vez sabiendo de sobra lo que le pasaba.

..... o O o

Otro viernes y Francisco era el más feliz, ya no le importaba gastar Gasoil con su coche, estaba contento de poder verla un día más, y para él, el viernes era un día mágico. Se estaba dejando llevar y lo sabía, pero le gustaba y no se preocupó de las consecuencias.

La veía cabalgar, la veía en las cuadras, la esperaba en la cancela por si salía a Dos Hermanas, cualquier excusa era buena para acercarse a ella, iba con frecuencia al patio de labor, y si desde allí la veía en la cuadra, ya estaba pegado a ella como una lapa. Un día le preguntó que había sido del muchacho que estaba allí antes con ella, y Maru le dijo que se había ido a otra finca también del mismo dueño. Pero un siguiente viernes lo volvió a ver vestido para jugar al polo, estaba cepillando un caballo y ella le observaba muy sonriente, por lo que pensó que eran novios, mas tarde se lo presentó y se enteró de que eran primos, uno de los primos a los que Maru se refirió en aquella conversación, y Francisco respiró tranquilo.

Alfredo, el primo de Maru, era un tío cojonudo, con un gran sentido del humor.

- ¿Y tú como te llamas?, Guarda –

Le preguntó.

-¿Yo?. Francisco o Paco Martínez, porque cada uno me llama de una forma –

Contestó Francisco.

- Bueno, Paco –

Dijo Alfredo.

Un día vio Francisco una de las yeguas de Maru amarrada al sol, y la llamó a su móvil para decírselo, no lo cogió, pero al verla en la cuadra le preguntó ella:

- ¿Me llamastes? Francisco. –

- Sí –

Dijo él, y le comentó lo de la yegua al sol.

- No pasa nada, es poco tiempo –

Contestó ella, pero Alfredo que estaba al lado dijo:

- No pueden estar los caballos al sol porque les duele la cabeza –
- Claro, como a nosotros –

Contestó Francisco.

Pero lo simpático, fue escuchar a Maru explicándole la broma a uno de sus ayudantes:

- ¿Sabes... que?, Francisco me llamó porque... vio un caballo... ¿sabes?, al sol, por si... yo tenía que... meterlo... ¿sabes?, mi primo le dijo a Francisco queee... le dolía la cabeza... como Francisco no entiende de caballos... ¿sabes? –

Era un libro abierto explicándose Maru, todo esto subida en una yegua acomodándose a la silla de montar. A él le encantaba la forma de atrancarse Maru al hablar.

..... o O o

Cogieron amistad Francisco y Alfredo, y cada vez que se veían se saludaban afectuosamente.

Entendió Francisco que al decirle Maru que el otro que estaba allí se fue a otra finca, no se refería a su primo, si no al que estaba antes de llegar ella.

..... o O o

Había semanas que Francisco iba dos o tres días seguidos a la Finca, por que Ramón ayudaba en el montaje del taller. Una semana le llamaron por la emisora para decirle:

- Mañana, Tochueta, y pasado libre –

Se alegró mucho más de la Tochueta que del libre.

Otro día le llevó a Maru una fotografía de su perro, con cartilla de vacunación incluida, para que ella viese que también se llamaba Chato como el suyo.

- Esta, ¿es tu hija? –

Le preguntó al ver la fotografía de chato en brazos de una niña.

- Sí, esta es la mas chica –

Contestó Francisco.

Aprovechó Francisco la ocasión para darle a Maru unos bomboncitos que su mujer le ponía para desayunar, y ella los cogió, por lo que a partir de ese día, cada vez que iba a la Finca le dejaba en su patinillo varios de esos bombones. Creo que no se comió ninguno, porque Francisco se asomaba a medio día y todavía estaban donde los dejó. Un día le dijo a Maru:

- ¿No has visto los bombones que te dejé esta mañana? –

- No he visto nada –

Contestó ella.

- Te levantas despistada ¿eh? –

Le dijo él.

Otros días el propio Francisco los recogía de donde los dejaba, porque les dio el sol y se derritieron.

Un día se encontró una paloma herida, y también se la dejó a ella en su patinillo pensando que la curaría, pero se la comió Chato.

Otro día la vio salir por la cancela de Dos Hermanas, y la esperó para darle un manojito de romero que cogió de la misma cancela. La paró y le dijo:

- Toma que esto huele muy bien y da buena suerte –
- ¡Ah!, esto es lo que dan las gitanas en la feria ¿no? –

Preguntó ella, oliendo el romero.

- Sí, pero además huele muy bien –

Le dijo Francisco.

- Eso es que tú has visto mi coche muy sucio ¿no? –

Dijo ella riéndose, colocó el romero en el salpicadero de su Opel Corsa veinteañero como ella y dijo:

- Hasta luego, Francisco. –

..... o O o

Toda oportunidad para hablar con Maru era buena y había que aprovecharla. Le gustaba verla por las mañanas con su anorak verde, le gustaba verla conducir porque se arrugaba y encorbaba tan graciosamente sobre el volante, que parecía una niña con muchas patas. Le gustaba al mediodía en niki o en camisa, y le gustaba por las tardes cuando una vez la vio atravesar el patio de la fuente sujetando con mucho cuidado la bandeja de su cena, pero lo que más le gustó fue su risa cuando una mañana al pasar por el campo de polo, le vio montada en una yegua hablando con el carretero que conducía un charret pequeño, estaban parados, y algo muy gracioso le debió contar, que la carcajada de Maru sonó aquella hermosa mañana con tanta frescura, simpatía y vitalidad, que inundó de alegría aquella parte de la Finca.

Se le gravó en el alma esa carcajada a Francisco y siempre la recordó.

..... o O o

Una mañana, y aprovechando que estaba Maru sentada en los escalones del guadarnés, y tenía su equipo de radio-compac en marcha, cogió Francisco un disco de su coche y se lo dio para que lo pusiera. Era una canción romántica

titulada “le deseo” que él escuchaba continuamente dando vueltas por la Finca, tenía una música muy bonita y tal vez quiso decirle algo con el estribillo de la canción, o solo fue una excusa para acercarse a ella.

- Es bonita, ¿no? –

Le preguntó Francisco.

- Sí... –

Contestó ella con poca convicción.

- Lo mejor que tiene es la música –

Dijo él.

- ¿Qué cantantes te gustan a ti?

Le preguntó.

- Alejandro Sanz, Perales... –

Contestó ella.

- Un poco pasado de moda Alejandro Sanz –

Dijo Francisco arrepintiéndose luego de no haberle dicho que era romántica, y que su mujer tenía todos los discos del Alejandro ese.

No pudo verla más en todo el día. Pasó varias veces por la cuadra, pero solo estaba el aparato de compac-dis y varios discos tirados por el suelo que él recogió y los colocó muy cuidadosamente en la silla.

..... o O o

PRIMER MENSAJE A MARU

Al día siguiente, estaba de servicio nocturno en Navisa, y se le ocurrió con la excusa del disco ponerle un mensaje a Maru, y a las doce de la noche y desde el coche patrulla le puso:

- No pierdas el disco que es de mi mujer, ya lo recogeré el viernes. Hasta luego. Francisco. –

Y cual fue su sorpresa, al recibir contestación de ella:

- No te preocupes, lo cuidaré bien hasta que vengas –
Fueron varios mensajes, él le dijo que estaba de servicio y se aburría, y el último de ella decía:
- Cariñito de Chati y mío –
- Puedes mandarme todos los mensajes que quieras, pero mejor descansas –
Le contestó Francisco paternalmente.

Fue una noche loca, porque estaba recibiendo mensajes al mismo tiempo de Maru, de su mujer y de otra compañera de trabajo que le tiraba los tejos casi a diario. Contestaba a las tres al mismo tiempo, y tuvo miedo de enviar algún mensaje cambiado.



Siempre se arrepintió de no haberla llamado y haber hablado largo tiempo con ella..., pero son cosas que suelen pasar.

Se arrepintió mil veces de aquella torpeza, porque casi la mandó a dormir cuando ella parecía con ganas de hablar. Se arrepintió siempre de aquello como de otras torpezas, pero aquella noche fue clave y nunca se

lo perdonó. Influyó también que tenía poco saldo en su móvil, y lo reservaba para una emergencia.

- ¡Mierda teléfono de tarjeta! –

Repitió un millón de millones de veces, y mas millones de veces se arrepintió de no enterarse antes de que en una de las naves donde entraba a fichar cada hora, marcando el cero podría haber hablado con ella todo el tiempo que hubiese querido.

- Mierda, Mierda, Mierda..... –
Repitió Francisco toda su vida.

..... o O o

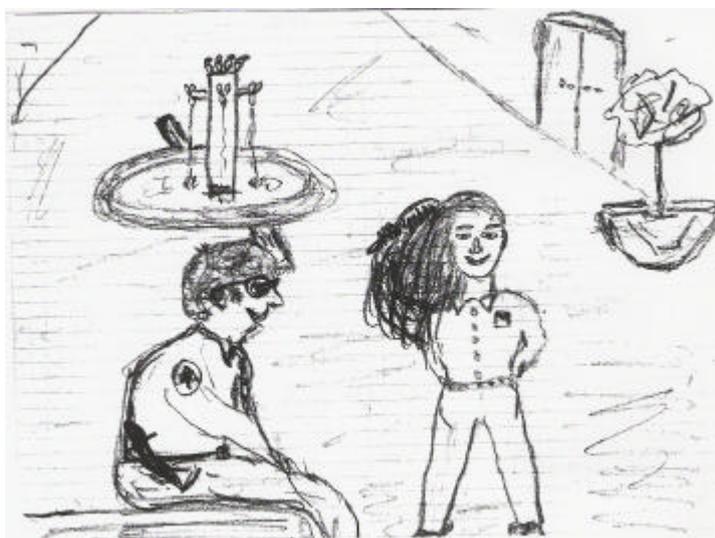
EL AMIGO

Otro día y finalizada la jornada de trabajo de Maru, debían ser cerca de las ocho de la tarde porque Francisco estaba ya en el patio de la fuente junto a su rincón favorito es decir cerca de ella. Se ponía allí de siete a ocho porque desde ese punto se divisaban todas las entradas al Cortijo.

Escuchaba la radio dentro del Tata, entraba y salía y se sentó en un pollete de piedra al lado del callejón de Maru. Estaba fumando tranquilamente cuando apareció ella cepillándose su preciosa melena castaña casi rubia humedecida y con aspecto de acabar de salir de la ducha. Siempre vestía pantalón vaquero, y esta vez una camisa blanca con el cuello abierto. Sus gestos o movimientos ondeando la melena e inclinándose adelante y atrás, a izquierda y a derecha, su piel tersa y brillante, su cara más blanca que nunca por el efecto del jabón, sus pantalones ajustados y su todo, dejaron boquiabierto a Francisco y a cinco gorriones machos que desde lo alto de la fuente también la miraban. Creo que hasta percibió Francisco el agradable perfume a gel y colonia de baño.

Seguía mirándola sin pestañear, cuando ella le dijo:

- Francisco, ¿tú puedes hacerme un favor? –
- Sí, claro –
- Contestó automáticamente.
- Verás, es que... viene un amigo mío, y no se si está la cancela abierta, ¿tú podrías abrirla? –
- Yo abriría la caja fuerte del Banco de España por ti. –
- Pensó Francisco, y le dijo:
- Está abierta, no te preocupes, acaba de salir una pareja de rusos o algo parecido –
- ¡Ah!, sí, una pareja de extranjeros –
- Dijo ella amoldándose el pelo con las manos y toqueteándose los pendientes asegurándose de que estaba en su sitio.



No hubo mucha más conversación, porque ella no paraba de mover su melena de adelante hacia atrás, tal vez para secarlo, o puede que por timidez. Se hizo un silencio embarazoso, porque ni Francisco decía nada, ni los gorriones trinaban, pero al momento sonó el móvil de ella que siempre llevaba en el bolsillo trasero derecho del pantalón.

- Sí, sí, está abierta. Abre el cerrojo y pasa. Bien hasta ahora. –
Dijo ella a su interlocutor.
Los celos de Francisco alcanzaron el nivel rojo.
Pasaba el tiempo y no aparecía el vaina del amigo.
- Tarda mucho, ¿no? –
Preguntó Francisco por romper el silencio.
- Sí vendrá despacio –
Dijo ella sin dejar de tocarse el pelo.
- ¿Qué viene andando? –
Preguntó Francisco en broma, y ella sonriendo dijo:
- No, viene en coche, ¡hombre! –
Seguía sin aparecer, ella le volvió a llamar y a continuación cogió la bicicleta roja que siempre estaba caída en el suelo, y pedaleó como una niña en dirección al paseo alquitranado.
- ¿Voy yo a buscarle? –
Le gritó Francisco.
- No, no, ya voy yo, no te preocupes. –
Le contestó Maru mirando para atrás y pedaleando con fuerza.
Tenía un tipo precioso subida en la bicicleta de montaña, porque se veía mucha moza y poca bicicleta, y pedaleando desapareció de la vista de Francisco y de los cinco gorriones que también miraban para donde ella se dirigía.
Sólo se escuchaba el sonido de la fuente, que por sus seis caños vertía agua limpia y fresca.
No tardó en aparecer un utilitario nuevo, que supuso Francisco que era el vaina, le dijo buenas tardes y se dirigió al patio de labor donde aparcó. Al momento llegaba ella pedaleando y cansada con su tipo encorvado, y al llegar a su altura le dijo:
- Es que se había parado a hablar por teléfono –
Y continuó hasta donde estaba su vaina.
- Valiente tonto hay que ser para no tener prisa en llegar a ver a Maru, y luego viene delante sin esperarla –
Dijo Francisco por lo bajini, encendido de envidia y celos.
Se dirigió a cerrar el cancelón del patio de labor, y al pasar junto a Maru le dijo:
- Yo me voy ya, aquí te dejo hija –
- Muy bien, hasta mañana Francisco –
Contestó ella.
- Si te pasa algo llama al 112, que sirve para todas las emergencias, policía, ambulancia y todo eso hija –
Le dijo Francisco.
- ¿112? –
Preguntó ella.

- Sí, y ten cuidado niña-

Continuó Francisco, y se dirigió al cancelón para cerrarlo. Al volver pasó junto al vaina mirándolo de arriba abajo. (Tenía pinta de empollón de Banca, de unos treinta y tantos largos, bajito, gafas y entradas generosas.) (Ya se lo imaginaba Francisco besando a Maru, por lo que dijo en voz baja:

- Le tiene que apestar la boca –

Subió al Tata, y cuando se marchaba escuchó a ella decirle a su vaina:

- Aquí están las cuadras, ven a verlas –

Cuando se dirigían a ellas, Francisco les dijo:

- Adiós, hasta el viernes que viene –

Y el vaina con tono orgulloso y tipo de pavo Real, o mejor dicho de pájaro bobo, le dijo:

- Ya me quedo ya aquí vigilando –

Ella montada en la bicicleta despedía a Francisco con la mano, y agachando la cabeza para verle la cara le regaló una sonrisa, que fue la que guardó de recuerdo toda la semana.

- Ya me quedo yo aquí vigilando –

Repetía Francisco mientras se alejaba sin perder de vista el retrovisor.

-¡Todos los tontos tienen suerte! –

Dijo humillado. Y le duró el enfado hasta el jueves.

..... o O o

AL RESCATE DEL BOTÍN DE MARU

Otro momento interesante, fue una tarde que estaba como de costumbre de siete a ocho en el patio de la fuente, y vio a Chato corriendo y dándole vueltas con un botín de fútbol en la boca. Enseguida lo reconoció (era el botín de Maru).

Allí estaba Francisco corriendo detrás del perro. Mientras más lo llamaba, más corría Chato pensando que estaba jugando con él. Pero era el botín de Maru, y se convirtió en una cuestión de estado el recuperarlo, entre otras cosas porque así podría verla antes de irse.

Le costó por lo menos diez minutos y una taquicardia recuperar aquel valioso tesoro, y tras quitárselo y darle tres botinazos en la cabeza a Chato, se compuso el tipo remetiéndose la camisa, se acicaló un poco el pelo y esperó unos minutos para no llegar jadeando a la entrega de trofeos.

Bajó los tres escalones de su rincón favorito, llegó al recodo, miró y olió el botín (le pareció oler a rosas frescas) y desde la esquinita llamó varias veces a Maru.

La puerta estaba cerrada y volvió a llamar, pero viendo que no se enteraba, lo dejó sobre la mesa del patio, y cuando se iba se volvió a empujarlo mas al centro para que Chato no lo volviese a coger. Ya se retiraba cuando salió Maru:



¿Me llamastes? Francisco. –
Preguntó.

- Sí, este botín que lo llevaba el perro en la boca y creo que es tuyo ¿no? –

Dijo Francisco recogiendo de nuevo el dichoso botín y entregárselo a ella mientras se percataba que le faltaba un taco y tenía un agujero.

- ¡Ah, vale!, gracias. –

Dijo ella y empezó a pegarle a

Chato que lo tenía al lado.

- No le pegues mujer, que él no entiende.

Dijo Francisco sin acordarse de los tres botinazos que le acababa de dar él en el patio.

Se retiró Francisco recibiendo otra vez las gracias de Maru, y se sentó en su coche orgulloso como el Príncipe que rescató a la princesa de las garras del dragón.

..... o O o

FRANCISCO Y EL CABALLO

Hubo un día en que se iba a jugar un partido de Polo, y como es lógico empezaron los preparativos de caballos, sillas de montar, etc...

Francisco ya pasaba bastante tiempo por las cuadras, o mejor dicho por la cuadra de polo, no le interesaba ni el Polo ni los caballos, pero tenía que estar cerca de ella por que le apetecía y porque el cuerpo se lo pedía. Tenía dos enganches, nicotina y Maru, la primera la tenía cuando deseaba, pero la segunda un día en semana y de lejos.

Ese día de preparativos de polo hubo algún problema que otro. Primero con uno de los ayudantes de Maru que protestaba mucho, y ella le llamó la atención:

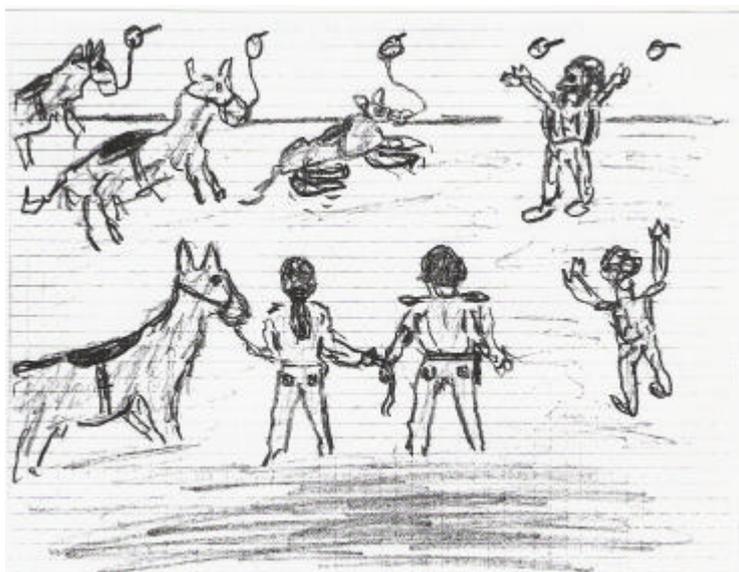
- Mira, primero te tranquilizas, y luego te digo que el partido es a las siete y son las cinco, así que cálmate. –

Le dijo al ayudante que era un pollo de dieciocho o diecinueve años.

- No la cabrees porque tú no conoces a Maru, tu no la has visto metida en faena, como te enganche de los pelos vas a llevar gorro unos cuantos meses.

–

Le dijo Francisco al ayudante riéndose él y varios a su alrededor.



Y luego con una de las yeguas que al parecer se mareó y cayó al suelo hiriéndose en un ojo. El animal no podía levantarse porque le pillaba una pequeña pendiente empedrada y resbalaba una y otra vez, por lo que todos estaban mirando sin poder arrimarse.

Francisco le dijo al ayudante:

- Tírale de la cuerda. –

Pero Maru que sujetaba otra yegua dijo:

- No, no le tires, déjala sola –

Y efectivamente el animal terminó levantándose solo. Al levantarse, quiso Maru acercarse para ver lo que le había sucedido, y alargó la mano con las riendas de su yegua para que alguien se la sujetara.

Adivinen quien estaba más próximo de ella.

Efectivamente Francisco que en su vida había estado cerca de un caballo y además le daban miedo, alargó su mano izquierda, y Maru le dio las riendas de la yegua.

Le cayó otra bronca al mismo ayudante, por haber apretado demasiado las correas de la silla de montar, pero eso no le importaba a Francisco en absoluto, sólo le importó el gesto de confianza de Maru al entregarle su yegua, y por supuesto que ella se diese cuenta que siempre lo tenía cerca.

..... o O o

LA MUJER DE FRANCISCO CONOCE A MARU

Ya para esa fecha nuestro amigo Francisco estaba totalmente enganchado en Maru, se había dejado llevar y no quiso o no pudo alejarse de aquella situación en la que él sabía de sobra que estaba cayendo.

Un día cuando estaba de servicio diurno en el Polígono Navisa, coincidió con una compañera de trabajo (la de los mensajes) con tan mala suerte que su mujer que fue a llevarle los bocadillos, le vio juntos en un bar tomando café, y como ella sabía que Francisco últimamente no estaba muy centrado, sospecho de ella, y a pesar de tomar también café con ellos, tenía la cara que se le podía amarrar a una estaca. Apenas habló, y al salir del bar y despedirse ambos de la compañera, Elvira (la mujer de Francisco), le fue interrogando desde el bar hasta el coche patrulla.

- ¿Tú que haces tomando café con una mujer? –

Preguntó con muy mal talante.

- Es una compañera ¿hay algo de malo? –

Contestó él como un niño asustado.

- ¿Y así tan juntos metidos en el rincón? –

Interrogaba ella.

- Es el único sitio que había libre en la barra –

Contestaba él sin ánimos de convencerla.

No le importaba en absoluto aquella compañera, él tenía la cabeza puesta en su Maru, y lo demás no le importaba nada.

Otro día encontró a Ramón en el Polígono que había ido a colocar un cristal al coche, y lo primero que hizo fue preguntarle por Maru y enviarle un beso. Lo dijo en broma, pero solo él sabía que se lo enviaba de todo corazón.

Por aquella época Francisco se había hecho amigo de “termineito” (el de la tuerca), y también del ¡Qué fresquita! (uno que cuando daba un buche de cerveza siempre decía ¡qué fresquita!), también era supervisor o 25 como le llamaban todos, y claro cuando venían a visitarlo al Polígono una cerveza (que nunca era una sola). Francisco llevaba unos meses sin beber alcohol, por lo que al principio pedía cerveza “sin”, pero como de todo se cansa uno, un día empezó a beber cerveza de grifo y así acompañaba a los dos supervisores, pero como todos sabemos que la cerveza o el alcohol suelta la lengua, y como su mujer todavía seguía mosca con la del café y con el comportamiento de Francisco, que se pasaba el día callado y mirando a las musarañas, un día tomando los dos unas cervecitas en el bar de su calle, empezó el momento confesión, y cual fue la sorpresa de él cuando Elvira le dijo:

- Si tu me dices lo que te pasa, yo te cuento un secreto mío –

- Primero tú –

Dijo Francisco.

Y ella le confesó que desde hacía un mes recibía llamadas de un hombre al que conoció por casualidad al acompañar a los vecinos a su taller, y que las llamadas eran varias al día, que ella lo consintió al principio, y ya se hizo costumbre. La despertaba por las mañanas diciéndole:

- Buenos días, Princesa –

Y que incluso estando con él le ha llamado.

(Si eso le pilla a Francisco hace dos meses, la habría liado, pero como él tenía también lo suyo, se lo tomó con filosofía)

Y entonces empezó ella con el interrogatorio. Comenzó preguntándole ¿Qué tenía con la del café, a lo que él le dijo que no era ese el problema, que ojalá fuese ese. Y como uno cuando está enamorado quiere gritarlo al mundo entero (y con unas cervezas encima mucha más), no le hizo falta que le apretara mucha la tuerca para que cantara.

Se lo contó todo de “Pe a Pa”, y le prometió que dejaría la Finca.

- ¿Cómo es? –

Preguntó ella.

- Se parece muchísimo a ti, ahora y cuando tu tenías su edad –

Le dijo Francisco.

Y en realidad era así, tenían un gran parecido, mismo pelo, misma frente y hasta un poco encorvadas las dos.

Efectivamente tal vez Francisco se enamoró de Maru por su parecido a su mujer. (Elvira tenía 36 años, 10 más que Maru, y en efecto se parecían bastante, bueno, Maru un poco más alta).

La verdad es que se sintió mucho mejor al confesárselo todo a su mujer, ahora podría hablar abiertamente del problema, y como ella tenía lo del lío telefónico, mejor que mejor.

Lo peor fue que Elvira se empeñó en conocer a la caballista, y cuando una mujer te pide que te tires a un tejado, pídele a Dios que no sea alto.

Al día siguiente (día libre de Francisco), ella lo fue camelando poco a poco y primero, le dijo:

- ¿Vamos a ver a Duque? –

(Duque era el jefe de Francisco, y como también fue Guardia Civil se llevaban muy bien), así que fueron a la oficina que precisamente estaba en la misma dirección que La Tochueta. Después de saludarse los dos matrimonios, fueron al bar de enfrente a desayunar.

La mujer de Duque era una rusa de 20 años (Duque tenía 48), también le gustaban jovencitas a su Jefe ¡Vaya por Dios!.

Una vez en el bar y sentados los cuatro en una mesa desayunando, le preguntó Duque a Francisco:

- ¿Cómo vas en el campo? –

- Bien –
Contestó éste.
- Aquello es precioso ¿Eh?, ¿No has llevado a tu mujer a verlo? –
- No me ha llevado todavía –
Contestó Elvira con cáscara.
- Pues nosotros vamos todos los domingos. Lleva a tu mujer ¡hombre!,
enseñale el lago –
Dijo Duque desconociendo el hombre el percal.
- Ahora nos vamos a llegar, hoy que tenemos tiempo –
Dijo Elvira con más cáscara todavía.

Dicho y hecho, no tuvo más remedio que coger dirección La Tochueta refunfuñando y diciendo:

- ¿Qué vamos a hacer allí? Hija –
No le sirvió de nada, y en diez minutos estaban entrando por la cancela de La Finca.

Tenía sudor frío, escalofríos y no paraba de fumar. Repetía:

- Ojú, Ojú, en que follones me metes tú –
Así fueron avanzando por el paseo del lago, paró varias veces a enseñarle los patos, gansos y cualquier otro bicho que asomara la cabeza por allí, quería hacer tiempo para ver si caía un meteorito o pasaba algo gordo para ahorrarse el sofocón.

Que va, ya terminaban el paseo alquitranado y llegaban al cruce con el campo de polo.

- Allí viene la caballista –
Dijo Francisco evitando pronunciar su nombre.
- ¡Que buena vista tienes!, mira que pronto la has visto. ¿Qué la conoces de lejos? –
Dijo Elvira con muchísima cáscara.
- No hija es que es la única que hay –
Intentaba aclarar él.
Pararon en el cruce y esperaron un ratito para verla pasar.

Allí apareció Maru montando una yegua y tirando de tres más con su mano izquierda. Fue ver el coche de Francisco y saludarle con un:

¡Hola, hola! –

Moviendo su manita derecha y agachando la cabeza para ver a los ocupantes del vehículo. Vio a Elvira y miró rápidamente para adelante.

La cara de Elvira era borrosa, o por lo menos así la veía Francisco, y éste con un ¡Hola! tan apagado como una colilla en un cubo de agua, y un gesto de saludo con la mano que no hubiese espantado ni una mosca, se quedó hundido

en el asiento, y no le temblaron así las piernas desde el día que se examinó del carné de conducir hacía veintisiete años.

Cuando se le pasó el temblaque dijo:

-Voy a enseñarte la finca –

Y sin decir ni “mu”, se dirigió al campo de polo, en sentido opuesto al de Maru.

Llegaron al final, se bajó Francisco a orinar (seguro que del nerviosismo) y luego dijo:

- Vamos a la otra punta ¿no? –

- No. Vamos a verla a ella –

Dijo ella.

Y para suavizar la cosa Francisco dijo:

- ¿A que se parece a ti?

- Sí, es verdad, se parece, el pelo, el tipo y hasta la cara –

Dijo ella con la cara más nítida.

- Hasta así un poco la chepa, ¿verdad?

Preguntó él con miedo.

- Sí, sí, vamos a verla, anda –

Ordenó Elvira.

No tuvo más remedio que tirar para el cortijo. Entró en el patio de labor y paró su coche junto al Opel Corsa de Maru. Intentó ganar tiempo señalando a las torres y mostrando a su mujer los nidos de cigüeñas con cigüeñas incluidas. Le enseñó una cosechadora y cuando iba a enseñarle un no se que, su mujer dijo:

- Vamos a verla de cerca –

- ¿A quién?

Preguntó él haciéndose el nuevo.

- Tira “pa ya” que ya hablaremos tú y yo. –

Dijo Elvira mientras caminaba por el patio de la fuente y la cuadra de polo.

Había varias yeguas fuera y Maru refrescando con la manguera a una de ellas.

Caminaba Francisco como si fuese al paredón, y al llegar los dos donde estaba Maru no le salían las palabras, así que permaneció callado mirando lo que hacía, y cuando ésta levantó la cabeza y dijo:

- Y Ramón, ¿lo has visto? –

- No, no lo he visto. –

Contestó Maru algo seca.

A Francisco seguía sin salirle las palabras, porque no hay cosa peor que hablarle a una mujer de la que uno está enamorado sin saberlo ella.

Que torpeza, ¡madre!. Parecía un parvulito en su primer día de colegio (le faltaba la vela de moco).

Siguió callado mirando como trabajaba Maru, hasta que ella volvió a levantar la mirada mientras lavaba las patas de la yegua y dijo:

- Creo que está en la casa –
- No, si no es importante –

Balbuceó Francisco.

Siguió mirando y Maru habló otra vez:

- Llégate a la casa que creo que está allí –

Esta vez casi enfadada. Se notó su incomodidad ante la presencia de una mujer que no conocía.

Ya, reaccionando un poquito (no mucho), Francisco empezó a enseñarle la cuadra a su mujer, y estando en ello entró Maru para amarrar una de las yeguas, salió, volvió a entrar con otra (todo por delante de ellos), y cuando pasó al menos seis veces y terminó de amarrar la última. Se atrevió Francisco a decirle tras varios intentos:

- Te voy a presentar a mi mujer –
- Mira, Elvira mi mujer –

Y dirigiéndose a su mujer le dijo:

- Laura, la caballista de la finca. –

No se atrevió a presentársela como Maru y le dijo su segundo nombre.

Se besaron las dos casi por compromiso, y Maru continuó su trabajo sin dirigirle la palabra a ninguno. (Creo que solo le dijo un ¡hola! muy bajito a Elvira al besarla).

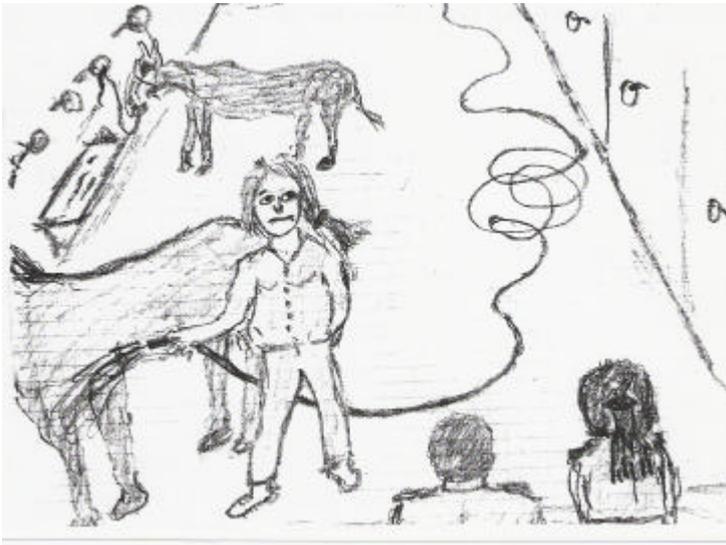
La cosa no pintaba nada bien, así que esperando un arreglo, se quedó Francisco en el patinillo empedrado entre la cuadra y el guadarnés donde varias veces estuvo sentado con Maru, y como esperando una propina permaneció allí esperando que ella saliese de la cuadra, (a todo esto su mujer permanecía a su lado sin decir ni pío), menos mal que llegó Chato y empezaron los dos a jugar con él.

Pasaron un par de minutos y apareció Maru en la puerta de la cuadra. Miraba a Elvira de arriba abajo, y miró a Francisco también en la misma dirección. Fue cuando se percató éste del tipejo que llevaba, ya que iba vestido con un pantalón gris de trabajo que se ponía para trabajar en su patio y estar por casa, y unos zapatos muy viejos, que también los tenía para andar de arreglos por casa, todo ello acompañado de la peor de sus camisas también bastante usada.

- Vaya tipo de viejo guarro que debo tener –
- Pensó el pobre.

Su mujer iba de mejor ver con un pantalón vaquero ajustado y una camisa también ajustada que le hacía muy buen tipo. En realidad Elvira aparentaba

mucha menos edad de la que tenía. Las dos llevaban el mismo pelo y misma cola de caballo.



El perro se puso pesado jugando con los dos, y Maru lo llamó de muy mal talante, metiéndose para la cuadra sin decir ni adiós. Así que al dirigirse ya Francisco y su mujer para el coche, pero casi en la misma puerta de la cuadra, dijo Elvira:

- ¡Bab!, más malaje que una mierda. –
- Ssss, calla, que se va a enterar –

Dijo Francisco asustado.

- ¡Que se entere! –

Dijo Elvira con ganas de guerra.

Y así terminó la desastrosa presentación.

..... o O o

MARU, CAMBIÓ

No sabía Francisco muy bien lo que pasó, pero a raíz de la presentación Maru no parecía la misma con él. Se acabaron los saludos efusivos con beso, se acabó el doblar su cuerpo en el coche para saludarle por la ventanilla contraria y hasta se notaba esquiva, si él aparecía, ella desaparecía.

- Tendrá un mal día. –
Pensó preocupado.

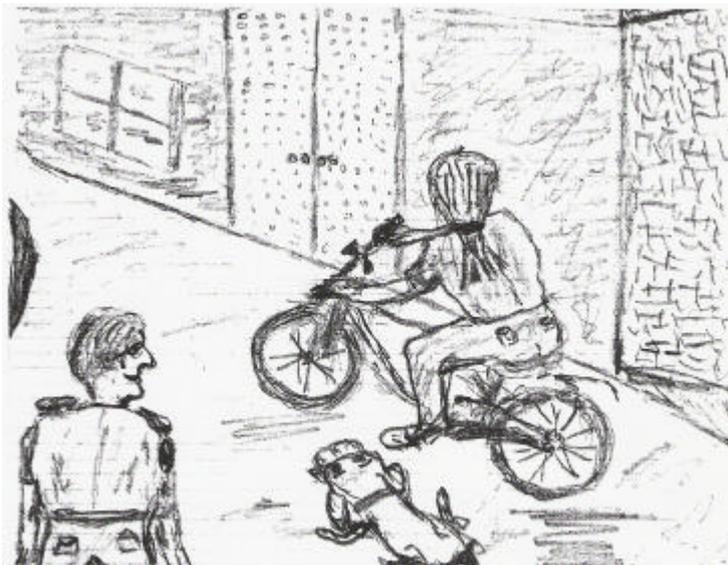
Ese viernes fue muy distinto, además había polo y apenas pudo arrimarse a ella. Durante los partidos Francisco iba de la cuadra a la cancha y viceversa, siempre procuraba verla de cerca.

Ella llevaba toda la mañana preparando las cosas para el partido, hablaba con su primo y con otro argentino con cara de susto que también jugaría y ella comentaba:

- Creo que juego contra mi jefe, ¡Bien! –
- No, vos jugáis con su jefe –
Le dijo el otro argentino.
- Entonces, ¿quiénes jugamos?. –
Comentaban las alineaciones y en uno de esos comentarios dijo ella:
- Pues si vamos así, ¡es boludo! –

Grabada a fuego se le quedó esa palabra a Francisco, era la primera vez que escuchaba boludo de su boca.

Ella no jugaba siempre, había veces que sólo organizaba a los ayudantes para que los caballos y monturas estuviesen listos, y también calentaba a los animales antes de que entraran en juego. Daba vueltas con un Nissan Pika donde transportaba las sillas de montar. Era tan ágil conduciendo como montando a caballo.



Esa tarde daba cochazos por las orillas de la cancha de polo, organizando y vigilando que todo estuviese a punto antes y durante el partido.

Francisco desde su coche aparcado en la entrada de las canchas, debajo de un árbol, la observaba, y ella sabía que lo hacía. Había junto a Francisco mas gente, el encargado los de la ambulancia (siempre

contrataban una ambulancia por si se caía alguien), y varios mirones mas, todos hablando tonterías.

Ella iba y venía en coche, a caballo, a pié. Estaba hermosa de cualquier manera, de pié, sentada y encorvada con su caballo. Pensaba Francisco.

Alfredo (el primo de Maru) hacía de árbitro. A las ocho, hora de salida de Francisco, todavía duraba el partido, pero estaba feo quedarse allí después de la hora de finalizar el trabajo, aunque nadie le hubiese dicho nada, nadie menos su mujer que andaba esos días con la escopeta cargada. Así que pasó varias veces que la vio cerca (a unos 50 metros), de espaldas apretando las correas de un caballo, paró el coche y esperó la ocasión de que ella mirase hacia allí.

No se movía, la llamó pero no se enteró o no quiso enterarse, así que tocó el claxon dos veces y le dijo adiós con la mano aun sin que ella se diese la vuelta, ni tan siquiera lo viese.

Se le repetía una y otra vez esa última imagen de Maru de espaldas ensillando el caballo.

Los días son muy largos tirado en un Polígono, y los sábados y domingos mucho más, ya que están todos los comercios cerrados.

Dio vueltas por aquel desierto Polígono, y no conseguía apartar esa imagen de su cabeza, se reprochó el no insistir más con el claxon, no le importaba que pudiese haber molestado a los jugadores entre los que estaba como siempre el dueño de la finca. Tenía que haber tocado más fuerte. Tenía que haber esperado hasta que terminase el partido. Podía haber sacado cualquier excusa para llegar tarde a casa, pero no lo hizo y estuvo arrepintiéndose toda la mañana. Estaba tan agobiado que pensó en ponerle un mensaje, y así lo hizo:

- Me vine ayer sin despedirme y he pensado hacerlo así. Hasta el viernes. –

No recibió respuesta, pero pensó que era porque los sábados también jugaban a Polo y estaría ella muy ocupada.

Se sintió aliviado enviando aquél mensaje.-

..... o O o

Al día siguiente, Domingo, también le comía el aburrimiento, bueno en realidad no era aburrimiento, porque antes de conocerla no se aburría, además su mujer Elvira le visitaba de vez en cuando con su moto Yamaha Neos plateada, lo hacía para llevarle los bocadillos y para hablar de vez en cuando, y alguna que otra vez también se dieron un revolcón en las naves de “Macpuarsa”, de las que tenía llaves para su vigilancia interior.

No era aburrimiento, simplemente quería estar cerca de Maru. Su “enfermedad” era ya aguda. Estaba enamorado de una chiquilla de veinticinco años, y como las arenas movedizas mientras más luchas, más te hundes, en esos momentos la aguja del enamoramiento de Francisco estaba en zona roja.

No pudo evitarlo, y comenzó a enviarle mensajes desde su móvil. Por lo menos le envió tres esa mañana de domingo:

- Buen partido de polo –
- Ánimo, sois los mejores –
- Arriba Argentina. Sois mis boludos preferidos. –

..... o O o

Mal, muy mal le sentaron los mensajes a Maru, porque el viernes siguiente no hubo ni saludo.

Francisco aún le dejaba algún bombón que otro en su patio, apagaba las luces, miraba mil veces para su rincón favorito que ahora era el rincón de Maru. Iba y venía, pero definitivamente los mensajes mosquearon mucho a la caballista del pelo castaño casi rubio. Tal vez lo consideró como un exceso de confianza, o quizás se iba dando cuenta de lo que le estaba pasando al guarda. Así que entre la desastrosa presentación y los mensajes, la cosa iba de mal en peor.

Intentó robarle un saludo esa mañana, pero esquivaba la mirada, y lo que es peor esquivaba también el cuerpo, porque si él se acercaba ella se alejaba.

Fue por la tarde cuando estando Francisco en el cruce de las dos cancelas, pasó ella a gran velocidad dirección a Dos Hermanas, y ya el saludo era un movimiento de dedos sin soltar la mano del volante.

Mal muy mal se sintió Francisco, hacía tan solo unos días, en aquel mismo sitio, pasó Maru y soltó un:

- ¡Adiós Francisco! –

Tan fuerte y cariñoso que hizo caer cuatro piñas del pino donde se refugiaba del sol.

- Adiós. –

Contestó él.

También se arrepintió de no haberle dicho ese día, ¡Adiós guapa!. Todo era arrepentimiento de lo hecho y de lo no hecho.

Estaba así de alicaído y pensativo, cuando al rato largo llegó Alfredo. Siempre se paraba a charlar con él, y como Alfredo no era tonto y se dio cuenta de las miradas de Francisco a su prima, casi siempre le preguntaba por ella.

- ¿Y mi prima? –

- Ha salido hace un rato, hoy no he hablado con ella, la vi esta mañana pero tenía tan mala cara que no le he dicho ni “mu”. –

Contestó Francisco.

- Es rara, es rarilla mi prima –

Dijo Alfredo riéndose tal vez de la mala cara de Francisco.

Continuaron la conversación en la cuadra. Alfredo se preparó una infusión de mate que Francisco no pudo probar por ser hipertenso, y algunas hierbas como el té, le producían taquicardia y no quiso arriesgarse.

- Entonces, ¿hace mucho que se fue mi prima? –

Preguntó Alfredo.

- Una hora mas o menos, pasó a toda velocidad como siempre –

Dijo Francisco..

- Es que está nerviosa porque mañana hay partido. Ella se pone muy nerviosa –

Decía Alfredo.

- Como no bebe..., si se viniese conmigo esta noche y se tomara un par de cubatas se tranquilizaría un poco –

Dijo Alfredo sonriendo.

- Ya pero lo malo es la resaca al día siguiente, no se sabe que es peor –

Contestó Francisco que entendía de resacas.

Y así, finalizó otro viernes, sin pena ni gloria, o quizás con más pena que gloria.

..... o O o

LA CANCHA DE POLO MOJADA

Ya sólo saludaba por compromiso. Francisco se atormentaba y decía:

- Tampoco es para tanto, total por dos mensajes –

También fue torpe, porque nunca se atrevió a preguntarle a ella la causa de tal cambio, ni ella le dijo nada a él, había como un complot de silencio y de no pedirse explicaciones. Francisco porque le temblaban las piernas cuando se acercaba a ella, y Maru nunca sabremos porqué.

Se pasaba el día esquivándolo, y él por el contrario solo hacía que buscarla por la Finca, solo quería verla, ya se conformaba solo con sentirla cerca. Que mal rato pasaba cuando ella salía. La Finca no era lo mismo sin ella, o mejor dicho La Finca no era nada sin ella.

Un día lluvioso del mes de Abril solo la vio por la tarde. Se dirigía ella con su primo y el otro de la cara asustada a comprobar el estado del césped de la cancha de polo, y Francisco que llevaba todo el día dando vueltas sin conseguir verla se encontró de frente con ellos. De lejos escuchó a Alfredo que dijo:

- Mira, el guarda –

Ella miró y bajó los ojos, y Francisco les gritó:

- ¡Dónde iréis por aquí, con la que está cayendo! –

Y al llegar a la altura de ellos, Maru que estaba la mas cercana de la ventanilla del Tata, dijo con mucha alegría:

- ¡Holaaa! –

Sólo se le ocurrió a Francisco repetir lo mismo:

- ¿Dónde iréis? –

La tuvo tan cerca (a medio metro), y sin embargo tan lejos...

A solas le evitaba y delante de la gente le saludaba tan efusiva como siempre.

- ¿Dónde vais? –

Preguntó Francisco.

- A ver la cancha –

Contestó Alfredo –

- Ahora voy para allá –

Dijo Francisco mientras ellos caminaban.

Dio la vuelta donde pudo y se paró un ratito. No sabía que hacer, ¿le parecería muy pesado a ella si iba para allá?.

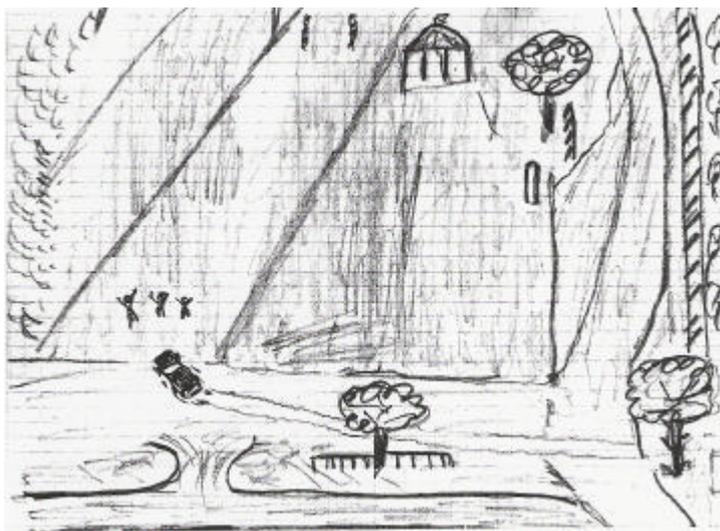
Se decidió y fue para la cancha. Al llegar les vio de lejos y se paró debajo de la encina desde donde observaba siempre los partidos o mejor dicho a Maru. Les vio inspeccionar el césped de la segunda cancha, estaban lejos y empezó a llover un poco más fuerte. Pensó que se mojarían y sin pensarlo arrancó el coche

y bordeando la primera cancha se dirigió a toda velocidad para recogerles. Tuvo que meter sin pararse la tracción a las cuatro ruedas porque el terreno estaba muy blando.

Venían ellos llegando al final de la segunda cancha, y viendo que Francisco iba a entrar en ella le gritaron los tres a la vez:

- Noooooo.....!!!

Giró bruscamente y rectificó la trayectoria a menos de un metro de la cancha, se paró un poco más adelante y se quedó mirándoles.



- ¿Ibas a pisar la cancha? –

Le gritó Maru.

- No, pero si, he estado a punto –

Contestó Francisco asustado como si le hubiese pillado el pié a alguien.

- ¡Que se marcan las rodadas en el césped!, ¡hombre! –

Le volvieron a gritar

- Eso lo borra la lluvia –

Contestó Francisco no muy convencido de no haberle pillado el rabo al gato.

- Tiene fuerza el bicho –

Dijo Alfredo refiriéndose al Tata.

- Sí, pero pesa más de dos mil kilos y se clava –

Contestó Francisco ya menos asustado.

- Subid, que os vais a mojar. –

- No, no hace falta, a nosotros nos gusta la “lluvia” –

Contestó el cara susto.

- Bueno, ¡hombre!, yo que tengo ganas de hablar. Hoy tengo mono de Argentinos –

Dijo Francisco mientras vio como Maru se reía.

Tenía el pelo mojado y el agua le chorreaba de la frente a la nariz. Llevaba unos andares preciosos.

Esperó que se dirigieran al cortijo y él iba tras ellos en primera, todavía con la esperanza de que apretara el chaparrón y Maru subiera a su Tata.

Ya un poco mas tarde, cerca de las ocho, cuando se situaba en el patio de la fuente, vio a ella y a su primo en la cuadra, se acercó a ellos pero nada mas llegar, Maru se fue para su casita sin decir ni pío.

Estaba claro que Maru huía de Francisco.

Aguantó en el coche esperando la hora de irse, y la vio salir y dirigirse otra vez a la cuadra. Ya no quiso Francisco acercarse, y antes de irse aún la vio otra vez acompañada de su primo, venían los dos hablando, ella con la cabeza agachada, pero antes de doblar la esquina miró a Francisco y le sonrió volviendo a bajar la cabeza rápidamente.

A las ocho en punto cuando Francisco debía marcharse caía un chaparrón tremendo, y como cualquier excusa era buena, cogió el móvil y la llamó para preguntarle si Alfredo tenía llave de la cancela, ya que él la había dejado cerrada.

No le contestó.

Francisco se fue ese día con una de cal y otra de arena. No le hablaba pero si le sonreía.

..... o O o

EL LAGO

Nada era igual. Mira que Francisco llevaba ilusión todos los viernes. Era el día de ver a Maru. Su mujer se lo decía:

- Te imagino como un zapatero (libélula) revoloteando por la Finca a ver si la ves, es el único día que te veo contento. –

Francisco callaba.

Callaba porque sabía que decía la verdad. Además la tenía al corriente del cambio de Maru y le prometió otra vez que dejaría la Finca.

Con estas perspectivas poca alegría se le veía ya al pobre Francisco. Pensándolo bien todo era una locura.

- Mi mujer recibiendo llamadas de un tío, y yo loquito por una niña. ¿Qué carajo está pasando aquí? –

Se preguntaba constantemente.

Ese día conoció el famoso paseo del lago, no había entrado nunca, pero como estaba melancólico y muy alicaído (ya no dejaba bombones en el patio de Maru, no se atrevía, tampoco buscaba la cuadra porque sabía que molestaba), así que buscó tranquilidad en el lago. Fue deambulando con la mirada baja. Miraba a su alrededor y decía:

- Unos tanto, y otros nada. Qué me gustaría ser rico –

Se sentó debajo de una especie de Senador con bancos y tonterías de esas, y allí permaneció mucho tiempo fumando sin parar y con la mirada en los pies, (la mirada y la moral).



Eran cerca de las dos de la tarde cuando regresó al cortijo dando un rodeo por el jardín trasero. No había pasado nunca por allí y casi se pierde, encontró a uno regando plantas de distintos coloridos, le saludó y le preguntó por la salida. Pasó por la piscina y no pudo evitar pensar que Maru se bañaría allí en verano. Salió a la parte trasera de la Hacienda, y encontró a varios carpinteros

por allí pululando, charló con uno de ellos y le invitó éste a ver la parte de arriba de la casa. Aquello sería digno de ver, pero Francisco no tenía muchas ganas de sentirse más pobre, así que buscó la salida al patio principal pasando cerca de la cocina donde se escuchaba murmullo de gente comiendo. Pensó que Maru

estaría allí comiendo en la cocina, y en ese momento habría dado su vida por sentarse a comer con ella. Ni siquiera se asomó, continuó en busca de su vehículo y fue a comerse el bocadillo a la caseta de la cancela de Dos Hermanas.

Permaneció allí varias horas aunque el calor dentro de la caseta se hacía insoportable a ciertas horas cuando el sol entraba por la ventana, pero sabía que era un buen sitio para verla salir.

No tuvo suerte, además era muy raro que ella saliese a esas horas, por lo que recogió las migajas de la mesa y volvió al Cortijo.

Ya funcionaba la moto, por lo que aprovechó la buena tarde para montarla, entre otras cosas, porque no la había cogido nunca, y aunque el fue motorista muchos años, también llevaba años sin coger una moto de esa cilindrada y por la mañana con tanta gente en el patio no era cuestión de dar un espectáculo gratuito.

Esperó a que no hubiese nadie, puso la moto mirando para la salida (por si acaso) y la arrancó.

Metió primera con mucho miedo y salió de allí con menos estabilidad que una vieja en un patín.

Le cogió pronto el tranquillo, Francisco fue desde niño muy aficionado a las motos y había participado en su juventud en competiciones de motocross, aunque antes las motos eran de dos tiempos y pesaban mucho menos. También fue motorista del SEPRONA ocho años y es como montar en bicicleta, nunca se olvida, por lo que a los diez minutos ya iba a carajo sacado por aquellos caminos de tierra y otros de alquitrán.

Le sirvió de desahogo, no hay nada más relajante que un paseo en moto entre frondoso y frescos árboles floreados. Iba pensando (porque en una moto es donde más se piensa y se habla solo) y también liberó adrenalina acumulada durante muchos años haciendo un poco de motocross y todo-terreno por aquellos largos y rectos caminos de tierra suelta.

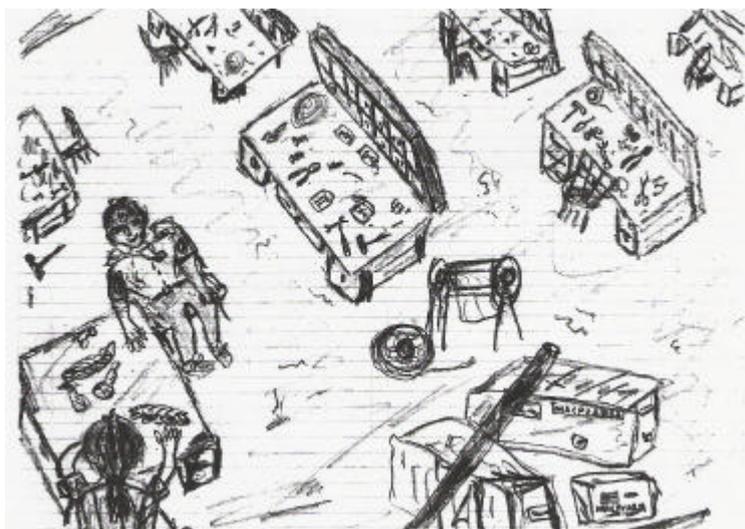
De siete a ocho, ya estaba colocado en la fuente. Sabía que allí era fácil verla, y tal vez la vió esa tarde, pero los saludos eran ya por cortesía, y Francisco se fue otro día mas de la Finca sin saber que le había pasado a Maru para tener ese cambio tan brusco con él.

..... o O o

FRANCISCO ABANDONA

La Semana Santa terminó de quemar a Francisco. Tenía turno de 7 a 19 horas en Navisa, y tantos días festivos trabajando, terminaron por agotarle física y sobretodo mentalmente. Lo más duro fue el Jueves Santo cuando él y su mujer se comieron un bocadillo dentro de una nave de Macpuarsa. Se le cayó el mundo encima. ¿Pero, qué era un pordiosero o qué?, llevaba trabajando desde los doce años para estar con cuarenta y cinco años comiéndose un bocadillo en una nave, cuando todo el mundo estaba de paseo con su familia. Tenía necesidad de trabajar debido a un bache económico, pero no tanto.

También hablaron su mujer y él mientras se comían el bocadillo solos en aquella grandiosa nave, de la situación que estaban atravesando sentimentalmente hablando. Y llegó Francisco a la determinación de poner punto y final. Primero pondría fin al amigo telefónico. Segundo al bache económico rehipotecando la casa, y tercero y principal a La Tochuela.



Dicho y hecho, se despidió del trabajo el lunes (lo dejó el lunes, por no dejar tirado a su jefe en Semana Santa, ya que le sería imposible encontrar a otro en esa fecha). Quiso enderezar la situación, porque estaba perdiendo el Norte, se había dejado llevar por un sentimiento primaveral y tenía los asuntos de su casa abandonados, por lo que tuvo

que cortar de raíz.

Empezó por visitar una Agencia Inmobiliaria y poner en marcha una rehipoteca de su casa. Continuó con el pretendiente telefónico de su mujer. Fueron a hablar con él. Se conocieron, charlaron amistosamente los tres, y el asunto se resolvió amistosamente, simplemente el hombre sufría un enamoramiento pasajero de Elvira, pero se dejaron las cosas mas o menos claras, y terminaron siendo amigos. Esa primavera debió haber muchos Cupidos revoloteando por el cielo de Sevilla, y Francisco sintió el consuelo de mal de mucho..., incluso lo comentó en esa reunión con su mujer y el telefonín, que era dueño de un taller de chapa y pintura. Comentaron el tema y se consolaron uno a otro diciendo eso de:

- Paciencia..., el tiempo lo cura todo –

El telefonín tenía la ventaja de poder ver y llamar a Elvira (siempre delante de Francisco, por supuesto). Salían a tomar copas juntos y el pobre telefonín estaba contento, porque cuando se está enamorado lo único que se desea es estar cerca de la persona amada, sobra el sexo y sobra todo, lo único que uno quiere es poder verla y oírla. Pero el pobre Francisco no tenía esa suerte, por lo que empezaba a tener horas bajas, o mejor dicho todos los segundos del día bajos, porque no había un segundo en el que no pensara en Maru. Llegó incluso a saber por medio de la calculadora, que un día tiene ochenta y seis mil cuatrocientos. Hacía sólo diez o doce días que dejó el trabajo, y le estaba dando la fase aguda de “monazo”, empezó a beber cerveza casi sin medida. Salía siempre con su mujer porque nunca fue hombre de salir solo, y mucho menos de beber solo. Se le soltaba la lengua, o perdía la vergüenza cuando se tomaba varias cervezas, y aprovechaba para hablar de Maru con su mujer. También ella le tiraba de la lengua, no se sabe si para hablar del tema y consolarle, o para enterarse del grado de enamoramiento que padecía su marido. Hablaban continuamente de lo mismo, cuando no sacaba el tema él, lo sacaba ella, y a veces con sólo una mirada o una sonrisa de Francisco, le preguntaba a Elvira:

- ¿Qué?, “ya ta dao”, ¿no? –
Francisco sonreía y bajaba la cabeza.
- Yo no me explico –
Decía ella.
- Pero si la has conocido unos días nada mas, y además ella nunca te ha dado pié a nada. Vamos a ver si hubiese habido un roce, unas manitas, o algún beso, se entendería, pero ¿si nos has tenido nada con ella?, ¿cómo te has enamorado de esa manera, ¡chiquillo!. –
- No lo sé hija, no lo sé –
- Además yo no quiero nada sexual con ella, yo sólo quiero poder llamarla, saber como está o ser un amigo, o que me considere como un familiar, como un tito, que se haga cuenta que soy hermano de su padre por ejemplo, yo no busco nada mas.
Repetía Francisco cada vez que salía el tema.
- Eso, ¿cómo va hacer así? –
- Si tú no sientes nada por ella entonces, ¿qué interés tienes en hablar con ella?
Preguntaba Elvira.
- Llámala o ponle un mensaje a ver lo que pasa –
- Sí hombre, ¿Qué le voy a decir? –
Contestó Francisco deseando hacerlo.
- No sé, dile que has dejado el trabajo o algo a ver que pasa –
Insistía Elvira un tanto celosa y otro tanto caritativa.

- Le insistió un poco más y Francisco sacó el móvil y empezó a escribir:
- ¡Que buen día para recibir (no puso coger por el significado que tiene esa palabra en Argentina) una herencia!. Para eso hasta los días de “lluvia” son buenos. Dejé el trabajo. Hasta siempre boluda. –
 - ¿Eso le vas a poner? –
Preguntó Elvira.
 - Sí, ella recordará esa frase, y lo que ella contestó –
Dijo él.
 - ¡Vaya!, ¡Qué bien te acuerdas hijo! –
Dijo Elvira molesta.

- Francisco dudó mucho en pulsar el botón para enviar el mensaje.
- ¡Mándalo ya! –
Dijo su mujer con voz de sargento chusquero.
Dio un buche de cerveza, cerró los ojos y apretó el botón.
 - Ya no hay remedio –
Dijo asustado.
 - A ver si te contesta –
Dijo el chusquero sin poder disimular el mosqueo.
Por supuesto no hubo respuesta al mensaje.

..... o O o

FERIA DE ABRIL

Los días siguientes fueron terribles. Sólo quería charlar de ella a todas horas, y para conseguirlo nada mejor que beber. Bebía en exceso, su mujer se lo advirtió. Estaba triste y sin ganas de vivir. Se torturaba con la idea de que nunca volvería a verla, de que no volvería a pisar aquella finca, a respirar el aire que ella respiraba. Daría cualquier cosa por pisar aquella finca, a respirar el aire que ella respiraba. Daría cualquier cosa por pisar aquella cuadra, aquel empedrado entre la cuadra y el guadarnés donde ella pisaba y aquellos escalones donde se sentaba. Su obsesión era tal que su mujer le dijo que volviese a la finca, o que hablara con Maru, si no lo haría ella misma.

Comenzó la feria de Abril, y Francisco ya no era Francisco, era algo así como un pensamiento andante. Siempre pensando, siempre callado, pero tenía que ganar esa batalla y se resistió a todas las tentaciones de volver, de llamar, e incluso de hablar de ella. Se encerró en sí mismo y fue la peor feria de Abril que pasó en su vida.

Sentado en una caseta, miraba a su mujer y sentía lástima de ella.

- ¿Qué le estoy haciendo?, ¡Dios mío! –
Se preguntaba.
- Tengo una mujer diez años mas joven que yo, guapa, un tipazo, simpática y que posiblemente le de cien vueltas a Maru, pero... el corazón no entiende de razón. No hay lógica alguna que explique esto.
- Sentado delante de mi mujer y recordando a la otra, mirándola y viendo a la otra, desde luego esto no puede continuar. –
Pensaba el pobre mirando a su mujer.



Al salir de la caseta pasó una china vendiendo rosas y Francisco le compró una y se la ofreció a Elvira. Se la ofreció de todo corazón, como queriendo demostrarle que la quería con locura y que todo lo demás era pasajero. Le salió del alma regalarle esa flor, y tal vez le diese un beso como suplicando que le perdonase por todo lo que le estaba haciendo pasar.

Lo hizo Francisco con todo su corazón, pero eso no evitó que a los pocos minutos pensara otra vez en Maru.

- ¿Habrá venido a la feria? –
- ¿Me la encontraré por aquí? –
- ¿Habrá venido a caballo? –

Y miraba a cualquier mujer a caballo que de lejos se pareciese a ella.

Fue una feria espantosa. Sentía lástima de su mujer y un dolor tremendo en el alma al pensar que nunca volvería a ver a Maru. Se le venía su última imagen y hasta soñó varias veces con ella.-

..... o O o

No habían transcurrido veinte días, cuando Francisco y Elvira fueron a la oficina de Duque para entregar la ropa de uniforme, y cobrar lo que se le debía.

No se sabe muy bien como fue, pero Duque habló con Elvira y le preguntó:

- ¿No se aburre en casa? –
- No se como aguantas al marido todo el día en casa sin hacer nada, dile que vuelva que lo voy a mandar fijo a la finca. –

Todo esto ocurría mientras Francisco fue al coche a por la ropa, linterna y demás útiles de trabajo que tenía que entregar, por lo que no se enteró de nada. Ya de regreso en el coche, su mujer le comentó:

- ¿A que no sabes lo que me ha dicho Duque? –
- ¿Qué te ha dicho?

Preguntó él sin echarle mucha cuenta.

- Dice que te convenza, para que vuelvas –

Hizo una pausa y continuó:

- Quiere dejarte fijo en La Tochuela –

Dijo ella sin parpadear mirando la reacción de Francisco.

- Ya –

Dijo él sin mover una pestaña.

Se hizo un gran silencio.

- Si quieres volver, vuelve –

Dijo Elvira muy suavemente.

Francisco sonrió levemente sin saber muy bien lo que debía hacer.

- El dinero nos hace falta, y a lo mejor te sirve de terapia y te viene bien volver –

Dijo ella ni seria ni alegre.

- Ya lo pensaré –

Contestó Francisco pensativo.

Ya en su calle y después de aparcar el coche, entraron en el bar de la esquina donde habitualmente solían entrar a medio día. Como es normal el tema de conversación fue La Tochuela.

Después de varias cervezas y con el espíritu un poco mas alegre, llegaron a la conclusión de que tenía que trabajar en algún sitio, y por lo menos aquello ya lo conocía. Aparte del tema del corazón y sobretodo que Francisco en su interior deseaba con toda su alma volver a aquel lugar aunque sólo fuese un día, podría tener razón Elvira y tal vez le sirviese de terapia, así que marcó el número de Duque y tras una gran pausa mirando el móvil apretó el botoncito.

- ¿Sí? –

- Duque, soy Martínez, mira... que vale, cuenta conmigo para la finca, pero habrá que mirar una subidita de sueldo ¿no? –

- No, no, ni hablar, el sueldo no puedo subirlo, porque se lo tendría que subir a todos. –

Contestó Duque, tan pesetero como siempre.

- Yo me he enterado de que a Joaquín (el qué fresquita), le das diez mil pesetas más-

Dijo Francisco por poner alguna condición, porque en realidad él estaba dispuesto a ir poniendo dinero encima.

- No, no, el “qué fresquita” cobra 120.000 Ptas., como todo el mundo, así que el que te lo ha dicho te ha engañado –

Contestaba Duque barriendo siempre para casa.

- Bueno, vale, a partir de la semana que viene puedo empezar. –

Dijo Francisco cerrando el trato.

- Sí, ahora me dejas “tirado” como hace unos días. –

Comentó Duque “mosqueado”. –

- No te preocupes, si a mí, el campo me gusta ¡hombre!, yo me “quemé” en el polígono, pero allí estaré bien. Llámame a partir del lunes. –

Terminó Francisco escuchando un vale... de fondo.

- ¡Ea!, ya estás mas contento, ¿no? –

Dijo Elvira.

- No lo sé.-

Contestó Francisco.

Claro que estaba contento, era lo que mas deseaba, volver a pisar aquella tierra donde pisaba ella, y respirar el aire que Maru respiraba, pero no estaba seguro de que fuera una buena idea. De todas formas era mejor mostrar indiferencia y por eso le dijo a su mujer:

- ¡Bab!, si no me va a llamar. Ya me buscaré otra empresa. –

Respuesta equivocada, porque esa misma tarde tumbado en el sofá viendo la tele, sonó el teléfono y efectivamente era Duque:

- Venga..., mañana vas a las ocho al campo. –
 - ¿Mañana? –
 - Mañana, mañana, no me vallas a fallar otra vez –
 - Tú, tienes ropa, ¿no? –
 - Sí, sí, pero te dije para la semana que viene –
 - Nada, nada, mañana a las ocho allí. –
- Y colgó.

Elvira que estaba como siempre a su lado, le miraba, y Francisco sin poder sujetar la sonrisa repetía:

- Mañana, mañana, estaba deseando cogirme. –

Esa noche fue para Francisco como la noche de Reyes Magos para los niños, deseaba tanto volver a pisar aquella finca, deseaba tanto ver a Maru que se pasó las horas mirando el reloj. Había preparado su uniforme y sacado brillo a sus botas militares. Tendría una segunda oportunidad.-

..... o O o

VUELTA A LA TOCHUELA

Jueves, ocho de mayo.

Sonó el despertador a las siete en punto, y Francisco saltó de la cama como si se hubiese pinchado con un muelle del somier, estaba contento, no podía disimularlo, se vistió mas rápido que de costumbre. Su mujer le miraba como daba zancadas de un lado para otro como si fuese a perder el tren y también se levantó para comprar el pan de los bocadillos en la panadería de su misma calle. Preparó Francisco su macuto azul, llevaba un televisor pequeño que se enchufaba a la batería del coche y de la moto, tabaco, dos mecheros, papel higiénico para los mocos y otras necesidades, su carpeta azul con una etiqueta de Macpuarsa hecha a ordenador con su nombre en grande FRANCISCO M., un par de bolígrafos, y el móvil de su hijo.

Lo del móvil de su hijo merece la pena contarlo, porque no es que se averiara el suyo, no, es que Francisco en una de las peleas con su mujer debido a una llamada de su amante telefonil, cogió los dos móviles y los tiró al suelo con tan mala leche que se desintegraron, y no contento aún los pisoteó hasta dejarlos hechos harina. Al día siguiente y pasado el enfado le dijo a su mujer:

- ¡Bab!, eran de tarjeta y gastaban mucho, vamos a comprar dos de contrato –

Y así lo hicieron, encargaron un dúo de contrato, que por cierto les tardaba mucho, y mientras se apañaba con el de su hijo.

Todo listo para partir a la finca. (Cosas de pobres, estaba contento con el madrugón para irse a trabajar doce horas por 4.600 Ptas..., pensaba Francisco que los ricos se reirían un montón con las cosas de los pobres).

De todas formas para él, ese día era un gran día y no lo cambiaría por ningún gran día de ningún rico, así que arrancó su Tata, le dio un beso a pié de ventanilla a su mujer que le miraba muy seria tal vez arrepentida de haber sido ella la inductora del regreso a la finca, y salió como un caballo desbocado.

Que sensación tan placentera sentía mientras se acercaba a la Tochuela, paró a recoger la llave de las cancelas, con tan mala suerte de que Pedro, otro compañero que hacía esos días de 25, ya que Termineito se marchó al ser degradado por Duque y puesto a hacer nocturnos en Navisa, lo tuvo diez días sin librar y el pobre termineito acabó sucumbiendo a la soledad del Polígono.

Esperó y esperó a Pedro, y éste le entregó la llave a las ocho en punto, después eso sí de darle un abrazo de bienvenida, ya que habían hecho muchos servicios juntos en Navisa.

En fin que llegaría tarde el primer día de regreso, así que corrió como el viento con su Tata 4x4 y al fin allí estaba el letrero y la cancela de La Tochuela.

Había soñado tanto con ese momento, que sin duda alguna en ese instante Francisco era el hombre más feliz de este planeta.

Y estaba la cancela abierta porque eran las ocho y diez y alguien con llave hizo el trabajo de él, no obstante fue a la otra cancela de Dos Hermanas para asegurarse de su apertura.

Que paseo tan bonito había de una cancela a otra. Era el mes de las flores y aquel camino flanqueado a ambos lados por esos árboles de grandes flores amarillas ofrecían un paisaje sin igual, un olor a primavera y un aire tan puro que podrían cobrar por respirarlo. Todo esto unido que estaba en el lugar tan deseado por él, y sobre todo tan cerquita de Maru, que con todas las ventanillas del coche abiertas y oliendo a aquella maravillosa mañana, flotaba en una nube.

No era posible tanta belleza y tanta alegría. No se cambiaba por nadie en esos momentos.

Llegó al patio de labor y se apresuró a dejar el coche y hacer el recorrido de apagado de luces.

Admiraba cada piedrecilla de aquel lugar por donde su Maru pisaba a diario. Se dirigió a la cuadra de polo pasando por la entrada de su rincón favorito, miró al fondo y adivinó a su caperucita durmiendo detrás de la ventana. Continuó y pasó junto a otra ventanita que seguramente fuese la del cuarto de baño.

- Pronto se levantará y se lavará la cara detrás de esa ventana –

Pensó mientras apagaba las luces. Pasó junto a la bicicleta y tocó las empuñaduras donde ella ponía sus manos. Dio el recorrido habitual y casi consigue apagarlas todas (porque de alguna no encontraba el interruptor). Era un día magnífico y no quería que se lo estropeará algún interruptor rebelde, así que pasó de ellos para ir a dar una vuelta por la finca con el Patrol que le dijeron que había llevado Duque.

Había dos Patrol iguales de viejos, y como no sabía cual de ellos era, aprovechó que pasaba el encargado por allí para preguntarle:

- Buenos días, ¿Cuál de los Patrol es el mío? –

- Aquél –

Dijo el encargado sin inmutarse.

- ¡Capaz de arrancar y todo!, ¿No? –

Le preguntó Francisco eufórico.

- No lo sé –

Dijo el encargado un pelín menos contento.

Intentó arrancar aquel montón de chatarra con ruedas que seguramente lo había sacado Duque de un desguace, pero fue imposible, y para no continuar contaminando el patio de humo negro desistió. Pegó un portazo enfadado y se descolgó el cristal de la puerta como una guillotina, le iba a pegar una patada pero le dio miedo a desarmarlo y lo dejó tranquilo.

Nada le iba a estropear aquel precioso día, así que se subió en su coche y empezó el recorrido. Lo primero que hizo fue dirigirse al campo de polo, allí se paró un buen rato y desde lo alto del camino contempló aquel precioso rectángulo de césped que días antes pensó que no volvería a ver más. No hace falta decir que se imaginó a Maru galopando en su yegua con otras dos más en cada mano, y de paso también pensó en su pelo castaño casi rubio ondeando al viento, y ¿por qué no?, en sus pechos llevando el compás del galope.

Era feliz, dio la vuelta a la finca, vio colillas de él, vio la caseta donde se comía los bocadillos y hasta le pareció acogedora, era feliz y le faltó gritarlo desde el montículo más alto de La Tochueta, pero no se atrevió porque en el campo siempre hay alguien que te observa y no quiso ser la comidilla del día.

Se paró en la cancela para ver entrar a las mujeres, cocineras, limpiadoras, y también a María que ese día hasta le pareció simpática.

Eran las diez, la hora en que se levantaba Maru, no la vio nunca pasar a desayunar, pero sabía que allí se desayunaba a esa hora. No tenía prisa por verla, tenía toda la vida para estar cerca de ella, ya que ahora vendría todos los días a la finca. Pensaba eso, y su corazón le palpitaba, ya no tendría que esperar de viernes a viernes, ahora la vería a diario, así que pensó no ponerse muy visto por las cuerdas, había tiempo de sobra para verla, tenía todo el tiempo del mundo, y las cosas buenas cuando están seguras gustan retrasarlas, por eso no corrió, intentaba aguantar todo lo posible, como cuando se quiere encender un cigarrillo sólo cuando el mono es muy grande.

A mediodía el mono era ya adulto, y las vueltas que daba por la finca cada vez tenían menos diámetro, poco a poco, sin querer, fue arrojándose a las cuerdas. Entró por el callejón exterior para no pasar por el patio de labor, vio caballos amarrados y pensó que ella estaría allí, dejó el coche a la entrada del callejón y casi arrastrándose como un gusano se dirigió al patio de la cuerda.

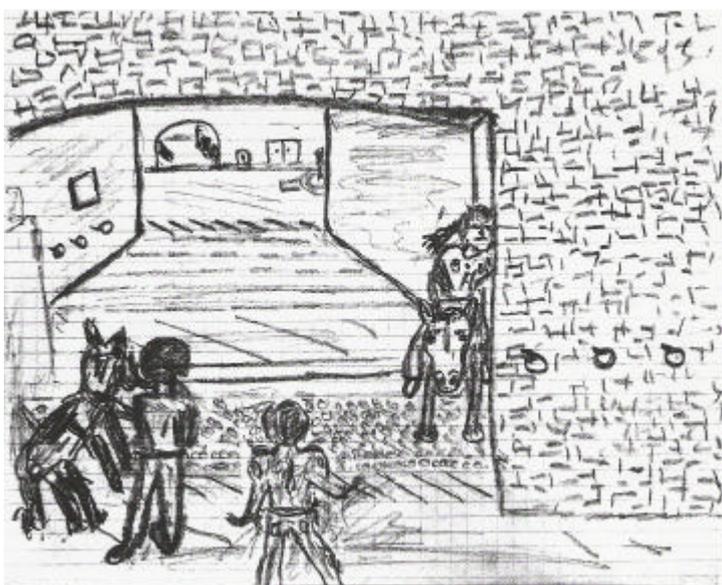
Había tres forasteros pelando caballos y vio gentes y caballos que no eran de allí, por lo que imaginó que habría partido de polo y esos eran los visitantes. Se paró con ellos y hasta dirigía alguna tontería, pero sin quitar ojo de la cuadra de Maru.

Ya se iba cuando escuchó el ruido de cascos acercarse por el patio de la fuente. Allí llegaban Alfredo y Maru.

- ¡Dios mío!, qué bella estaba. –
Francisco sintió el escalofrío recorrerle la espalda y le temblaron las rodillas.
- ¿Cómo se puede ser tan bonita y no ser pecado? –
Se preguntaba Francisco.

Estaba tal y como la recordó mil veces. Pantalón vaquero ajustado, niki rojo de manga corta y cuellecito de pico con botones, botines. Llevaba su precioso pelo recogido en la cola de caballo habitual, su piel clara acanelada, las tres arrugas de su frente al mirar con detenimiento, su nariz perfecta, ni chata ni grande (las que usan de muestrario los cirujanos de estética), los ojos color miel de romero, su boca dibujada, su barbilla tallada, y los dos pliegues que le salían de ambos lados de la nariz hasta las comisuras de sus labios al sonreír, dentadura blanca y perfecta como en las novelas de Marcial Lafuente Estefanía, su alta y sinuosa figura a caballo, esa manera suya tan elegante de montar eran para volver loco de amor al mismísimo Boris Izaguirre.

A Francisco le sudaban las manos y le entró un tic en el párpado parecido al de martes y Trece.



Ella le vio de lejos y nada mas llegar al pequeño patio empedrado entre la cuadra y guadarnés, sin bajarse del caballo se arrimó a la puerta del guadarnés de tal forma que no la viese Francisco. Sabía de sobra que le había visto, pero fue una forma de evitar el saludo. Allí permanecía inmóvil subida a caballo y arrimando su cuerpo a la puerta mientras Francisco se dirigió a su primo Alfredo que estaba más cercano, aunque en

realidad fue Alfredo el que al verle le saludó y le preguntó:
¿Me dijeron que te fuiste? –

- Sí, pero he vuelto, ahora me han dejado fijo aquí –

Contestó Francisco casi con intención de que se enterara ella.

Siguieron hablando mientras Maru hacía lo imposible para evitar el saludo, por lo que Francisco ni lo intentó. Se le vio incómoda con su presencia, por lo que decidió retirarse dejándola a ella pegada a la puerta como intentando esconder en cuatro dedos de esquina un caballo y su propio cuerpo.

Definitivamente el último mensaje de Francisco debió sentarle fatal a Maru. Pasó todo el día pensativo y tal vez arrepentido de haber vuelto, y por supuesto de enviarle los mensajes, pero el pobre se consolaba con saber que estaba cerca que le vería a diario.

Pero todavía antes de acabar la jornada se llevó otro refregón del encargado que le recordó que había llegado tarde de forma muy sutil al preguntarle:

- ¿Quién ha abierto hoy la cancela? –

Tuvo que explicarle lo de la llave y le pidió que le dieran otra copia para no tener que esperar por la mañana a que se la entregaran.

Tampoco vio mas a Maru, ni tan siquiera a la hora de la cena. Se supone que ella esperó hasta después de las ocho para salir de su casa y así evitar verle, por lo que el primer día de regreso a La Tochueta no fue precisamente para hacer la ola.-

..... o O o

Viernes, era viernes y también llegó tarde. No fue por la llave, o si, porque se encontró la carretera de Bellavista cortada por una manifestación y tuvo que dar un rodeo por Dos Hermanas hasta la carretera de la Isla, pasando por la misma puerta de la finca y regresando otra vez dirección Bellavista para recoger la jodida llave. En definitiva, cuando llegó se encontró otra vez las cancelas abiertas y supuso que el encargado estaría ansioso por verle para felicitarle.

Había partido esa tarde, por lo que Maru estuvo toda la mañana dando vueltas preparando caballos, sillas de montar, calcetines, palos, pelotas, etc....-

La finca estaba ocupada por los jugadores que disputarían el partido. Se veían muchos ricos por allí pululando, hasta que un jeque árabe se esperaba, por lo que Francisco procuró no arrimarse mucho por allí por aquello de que del jefe y del mulo mientras mas lejos más seguro.

A las siete de la tarde comenzó el polo, con anterioridad, Francisco abrió la cancela a la ambulancia contratada para tal evento.

Se arrimó por el campo de polo y se puso al lado de los sanitarios de la ambulancia. No se conocían de nada, pero entre currantes no hace falta conocerse para congeniar al momento, sobretodo si es para criticar a los ricos:

- ¡Qué montón de ricos juntos! –

Dijo un camillero.

- Se pueden coger a “puñao” –

Dijo Francisco sonriendo.

- Con lo que gasten aquí hoy me conformo yo –

Comentó el conductor de la ambulancia.

- Y yo, y yo, dijo otro que andaba por allí.-

- No es mas rico, el que más tiene –

Dijo un bobo creyéndoselo.

Pasó la furgoneta de las bebidas y les ofrecieron coger algo a los criticones. Todos cogieron refrescos, aunque la mirada de reojo a los botellines de cerveza les delató su abstinencia prudencial.

- Esa es Maru –

Dijo uno de los camilleros.

- ¿Quién es esa? –

Preguntó el otro.

- La entrenadora de caballos, ¡hombre!, esa es argentina y no veas como está de buena –

Contestó el primero.

Francisco que no se había percatado de que Maru estaba jugando, la buscó rápidamente con la mirada y allí entre tanta gente vestida igual con sus pantalones blancos ajustados, casco, botas de siete leguas y camiseta verde estaba la argentina mas guapa que ha pisado España.

Pensó Francisco.

Un pantalán blanco muy ajustado que se estrechaba sobre todo de rodilla para abajo, unas botas negras, una camiseta verde con el número 14 y un casco blanco que dejaba asomar por detrás una hermosa melena suave y de color castaño claro con mechaz rubias, era la indumentaria que junto con el palo para golpear a la pobre pelotita lucía tan elegantemente esa primaveral tarde la argentina mas argentina que ninguna.

Cabalgaba un poco encorvada, y cada vez que golpeaba la pelotita soltaba un gemido que a otros podría parecerles erótico, pero a Francisco sólo le parecía encantador y le hacía más infantil y tierna. Jamás pensó nada erótico con ella, por lo que parecía una atracción o un cariño especial, casi paternal.

Se retiró de los criticones y se sentó en su coche para observar el partido más cómodo. Por lo visto cada ocho o diez minutos de partido había que cambiar de montura y mientras descansaban también los jugadores. Observó que aunque Maru era una jugadora más, en los descansos no se sentaba con ellos. Ella estaba un poco o un mucho marginada en ese aspecto, ya que los demás jugadores eran gentes acomodadas, y ella no dejaba de ser una empleada, una pobre inmigrante empleada en las cuadras, por lo que solía sentarse retirada de ellos, y lo hacía en una piedra de gran tamaño, plana y de unas dos cuartas de altura, que estaba entre los caballos de refresco y el senador de velos blancos donde charlaban los adinerados. Es decir que ella se sentaba a media distancia entre los trabajadores y los amos. Se dio cuenta Francisco que era una situación incómoda para Maru, porque estaba sola y miraba a un lado y a otro como no sabiendo donde colocarse. En una de sus miradas a la izquierda se percató de que Francisco la miraba, y ella no volvió a mirar más para ese lado.

Cada descanso que era mucho, se sentaba Maru en su piedra. En uno de ellos que le habían salido muy bien las cosas, o que irían perdiendo, se bajó del caballo enfadada y tiró con mucho genio el casco y el bastón al césped. Fue un gesto infantil de niña tierna enfadada consigo misma, un gesto que será posiblemente muy repetido por deportistas, pero que en ella resultó especialmente bello. Francisco la miraba sin parpadear. Ella se pasaba todos los minutos de descanso sentada en aquella piedra pintada de blanco. De vez en cuando miraba hacia el coche desde donde la observaba él, pero siempre desviaba la mirada, y pensando que se sentiría molesta, decidió arrancar y largarse. Cuando se alejaba vio por el retrovisor como ella miraba tal vez aliviada por quitárselo de la vista.

Eran cerca de las ocho y se disponía Francisco a marcharse cuando vio al encargado dirigirse a él. Sabía de sobra lo que le iba a decir, así que lo dejó hablar y efectivamente se trataba de un pequeño rapapolvo por llegar otra vez tarde.

- Dos de dos, me voy superando, ¿verdad? –
Le contestó Francisco irónicamente. Luego le contó lo sucedido con el corte de carretera y le recalcó lo de la llave.
- Yo no puedo estar toda la vida pendiente de una llave, deme usted otra y verá como no llego más tarde –
Le contestó un poco en seco.
Y así terminó la segunda jornada del guarda en la finca de La Tochuela.-

..... o O o

Al día siguiente, sábado, también había partido de polo por la tarde y prácticamente se repitió lo del día anterior, los mismos camilleros, el mismo conductor de ambulancia y los mismos comentarios que esta vez se acabaron con la llegada del encargado.

Le comunicó a Francisco que al día siguiente Domingo, había una romería que se celebraba en la misma linde de la finca y muy cerca de donde estaban ellos, es decir junto al campo de polo, y que precisamente habría partido de polo por la mañana, por lo que debería estar todo el día en esa linde para evitar que los borrachos se colaran y perturbaran el evento.

Disgusto total para Francisco, primero porque no podría estar cerca de su niña, y segundo porque no tenía ganas de aguantar borrachos.

Estaba decaído, ya no había diálogo con Maru. Entre la mierda de Polo y en enfado de ella, ya no había saludo, no había ningún ¡Hola Francisco!, y por supuesto nada de besos de saludo, por lo que cada día salía de la finca más apagado. Ya no era igual.

- Bueno, ya acabará el polo –
Pensó Francisco.
Y así se consolaba el solito.

..... o O o

MIERDA DE ROMERÍA

El domingo 11 de mayo, no iba Francisco muy contento para el trabajo, sabía el día que le esperaba con la mierda de la romería, así que iba hasta despacito, sin ganas de llegar, llevaba todas las ventanillas del coche abiertas y la brisa de la mañana le acariciaba la cara y el pelo, también avivaba la llama de su cigarrillo en la boca, porque gustaba ir fumando todo el camino a veces encendía otro con la colilla del anterior, era una forma de relajarse que los no fumadores nunca experimentarán, nada mejor que un cigarrillo para pensar y él tenía muchas cosas en que pensar. No llevaba prisa ninguna y hasta se permitió el gustazo de volver a llegar tarde.

Cuando entró en el patio de labor ya había seis o siete hombres allí esperando también para la romería, se sentó con ellos en la gran mesa rectangular que servía para comer los obreros, protegida por un techo de uralita. Fue cuando se enteró de que estaban allí para ayudarle a él en el asunto de los borrachos, por lo que se sintió más aliviado.

Por fin habían arreglado la moto y pensó hacer todo el servicio con ella. Era un vigilante muy raro, no llevaba armas ni porra, ni grilletes, él solo llevaba un pequeño machete para cortar alguna rama o cuerda que estorbase en algún camino. Le encargó el machete a su mujer el día antes cuando estaba comiendo en su caseta, porque hay que decir que Elvira le llamaba cada media hora para ver como andaba el “asunto” y entre broma y broma siempre le preguntaba:

- ¿Cómo te encuentras? –
- Yo, ya ni me encuentro –
Respondía él con su buen humor.
- ¿Has visto a “alguien”? –
Preguntaba Elvira refiriéndose a Maru.
- Que va, que va, yo no me acerco por el cortijo –
Mentía Francisco muy convincente.
- Eso es lo que tienes que hacer, hijo. –
Decía Elvira en tono maternal.
- Yo estoy en el campo y no aparezco por la casa para nada, no quiero tonterías –
Seguía mintiendo como un bellaco.
- Pero ¿no la has visto? –
Seguía preguntando ella esperando cogerle en un fallo.
- Sí, la he visto de lejos, pero yo no me acerco –
Y así eran unas cuarenta veces diarias las que Elvira interrogaba al pobre Francisco.

Empezaron muy temprano a vigilar la valla que lindaba con la romería. Allí iba el hombre con su moto y su pequeño machete colgado del cinturón (estaba para una foto). Menos mal que colocaron a un hombre cada 50 metros de valla y por lo menos estaba acompañado, y también aprovechando la excusa de visitarlos a todos por si tenían algún problema, podía andar de un lado para otro y pasar por el campo de polo que era lo que él quería.

Se encontró a una pareja del SEPRONA que ese día llegó a la finca con motivo de la romería y pasaron a saludar al dueño. El encargado les acompañó y después estuvo Francisco hablando con ellos de los viejos tiempos. No se conocían, pero al decirles que era compañero ya se sabe, empezaron a nombrar lugares de destino y compañeros comunes que habían tenido. Se enteró de que Rafael que estuvo destinado con él en Aznalcollar, se había separado de la mujer, y que vivía en la Comandancia, comentaron también la separación de Bartolo que andaba por Córdoba, y la del Cabo Moncada por Málaga. Los tres junto a Francisco formaron la Patrulla del SEPRONA en Aznalcóllar, y curiosamente sólo quedaba casado Francisco.

- Debe ser una maldición que nos echó alguien –
Dijo Francisco de broma.
- O que los Guardias somos muy putaños
Dijo uno de los Guardias.
El encargado estaba delante y uno de los Guardias, le dijo:
- El guarda, es compañero nuestro –
- Sí, ya me habían dicho algo –
Dijo el encargado subiéndose las gafas con el dedo índice.
- 20 años, contestó Francisco pensativo.

Le dijeron también que Rafael pasaba o paraba todos los días en la venta “Cachopo”, muy cerca de la finca, porque al parecer una de las camareras era su novia.

- Una muy joven –
Le dijo el Guardia.
- Ya , ya las jóvenes son un problema. –
Contestó Francisco entendiendo bien del tema.

Estaba deseando que llegaran las doce del medio día, porque a esa hora comenzaba el polo y por lo menos podría verla jugar en vuelos rasantes que daría con la moto de vez en cuando.

Estuvo de aquí para allá y por fin vio movimiento de caballos y de gente que acudían a la cancha de polo como gustaba decir a Maru.

No tardó mucho en cruzarse con ella, conducía el Toyota Pika que usaba para el transporte de sillas de montar y otros enseres como palos, pelotas, etc,...; fue un cruce muy volátil y ella le saludó como si costara dinero saludar, se limitó como últimamente era su costumbre, a levantar los cuatro dedos de la mano izquierda sin despegar la mano del volante. Él le devolvió el saludo con su mano izquierda mucho mas generosamente que ella, pero ninguno de los dos pronunció una sola palabra, (iban escasitas las palabras últimamente), pero no le importó a Francisco, se conformaba con estar cerca de ella, y esta vez le pasó a menos de un metro, fue un segundo, pero ¡qué segundo!, Francisco se fijó en ese segundo en su cara, su pelo, sus ojos recién lavados, su niki verde de manga corta, y hasta en la miga de pan de la comisura del labio que sería probablemente del desayuno. Sacó una fotografía mental y la llevó con él todo el camino.

No tardó en verla otra vez porque el camino era corto y los dos andaban de un lado a otro sin parar, pero ya como es normal no se saludaban, unas veces pasó seria, y otra hasta le sonrió, devolviéndose Francisco otra sonrisa.

No le vino tan mal la puta romería, con eso de que él tenía libertad para moverse con la moto, aprovechaba para estar pasando constantemente cerca de ella, aunque Maru ni se fijaba en él al estar atareada con sus cosas y porque se supone que tampoco tenía mucho interés en verle. Pero Francisco si que parecía un zapatero dando vuelos rasantes sin parar.

Llevaba un tipo digno de ver. Era la Pantera Rosa enterita, su altura, su delgadez y su tipo en la moto encorvado como un buitres, no era precisamente lo más atractivo que se pudiese ver por allí, pero el pobre se esforzaba en parecer Alan Delón, aunque no lo consiguió.

Ya comenzado el partido, seguía el zapatero revoloteando por el camino pegado a la cancha, dio tantas vueltas que la moto se quedó en reserva y tuvo que coger el Patrol. Llamó a Ramón que como era Domingo estaba de 25 por la mañana y le pidió gasolina.

Ya con el Patrol continuó el ir y venir, y una de las veces en que llevaba a uno de los que estaban con él en la valla, a recoger una cántara de agua para beber, pasaron por la cancha, y allí estaba Maru ya vestida de jugadora. Ese pantalón blanco ajustado a esas largas piernas, sus botas negras altas de montar, la camiseta verde de su equipo y el casco quitado porque estaba ensillando a uno de los caballos, esa melena suelta tal vez para parecer mas atractiva o porque había perdido la goma, la hacía tan atractiva, tan dulce y tan infantil, que a Francisco le pareció verle las alas blancas de plumas suaves, como su pelo y su voz cuando no estaba enfadada.

- Ahí está Maru, hay que ver como trabaja esa chiquilla, ¿eh? –
Dijo el trabajador.
- Si trabaja, si –
Contestó Francisco sin dejar de mirarla.
- Y luego no come con ellos. Para que veas como son estos ricos –
Continuó Francisco.
- Estos no se juntan con los pobres –
Dijo el trabajador.
- Ya, no se les vaya a contagiar la pobreza, ¿no? –
Dijo Francisco pensativo.
- Y que guapa es la puñetera, ¿eh? –
Dijo el trabajador.
- Guapísima y simpática y buena gente –
Contestó Francisco con ganas de seguir con los calificativos.
- Si yo fuese rico no se me escapaba ni con alas
Dijo Francisco con mucha pena.
- ¡Qué jodío, ni a mí.
Contestó el trabajador dando una carcajada y enseñando dos muelas y tres muelas picadas.

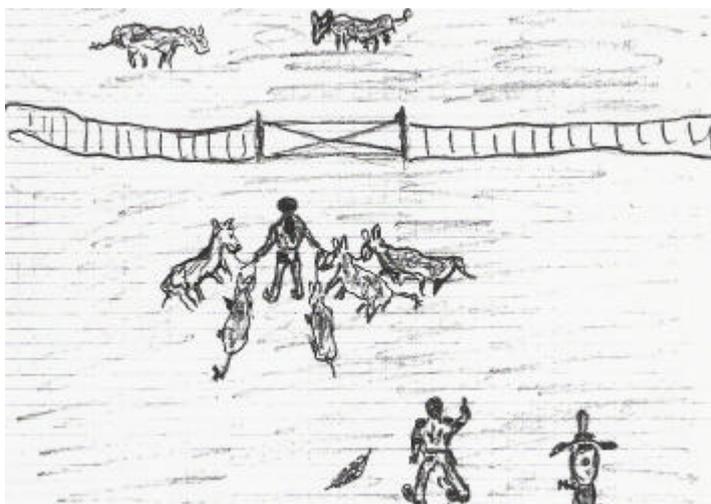
Pasado un buen rato vino Ramón con el coche patrulla y garrafón de gasolina para la moto y le llenó el depósito, por lo que otra vez volvía a la carga Francisco. Iba y venía, el hombre estaba en su salsa, hoy veía a Maru cada vez que él quería, aunque la veía de lejos jugando al polo, pero a veces también la pillaba en el descanso sentada sobre su piedra blanca, y hasta en una ocasión paró cerca de ella cuando su primo Alfredo le paró y estuvieron un rato charlando. Al parecer Alfredo, la tarde anterior cuando hacía de árbitro en el partido de polo, tuvo una caída y se lastimó una pierna:

- Caí con caballo y todo –
Le contaba a Francisco.
- Tuvieron que entrar los camilleros a recogerme. –
Seguía Alfredo contando.
- Pues yo me fui a las ocho y no vi nada –
Decía Francisco con un ojo en Alfredo y el otro en Maru.
- Fue mas tarde ¡camaleón! –
Dijo Alfredo percatándose del reparto de ojos de Francisco.
- Nooo, yaaa, es que, je, je, ¡que cabrón –
Medio contestó Francisco viéndose cogido.
- Bueno súper guarda, luego nos vemos, ¿no? –
Se despidió Alfredo dirigiéndose a la cancha.
- Hasta luego. –
Dijo Francisco arrancando la moto sin perder de vista a Maru.

Eran las dos de la tarde cuando finalizó el partido y empezó a ponerse triste Francisco, sabía que ya poco le iba a ver, y él tenía que seguir dando vueltas por aquel camino que se haría triste y aburrido si ella no estaba a sus orillas.

Vio como recogían los aparejos y los caballos, y también a la bandada de ricos dirigirse al cortijo, y vio a Maru alejarse, llevándose con ella el frescor de aquella hierba que con tanta garbo pisaba.

Pero tuvo suerte, hoy era un día de suerte, porque fue como a la media hora, y después de dar un recorrido por todos los puestos de vigilancia, incluida la cancela de Dos Hermanas donde estaba el bigote vestido de guarda de campo para la ocasión, y con mucha sed, porque no se había llevado agua y llevaba allí desde las diez de la mañana, y ya de regreso primero se encontró a uno repartiendo botellines de cerveza, refrescos y bocadillos, y le pidió una cerveza, y cuando se marchaba le pidió otra para llevársela a bigote, también preguntó por los bocadillos, pero le dijo el repartidor que habían hecho sólo para los obreros, pero no para el guarda.



- Bueno es igual, yo traigo bocadillos de mi casa –

Dijo Francisco acostumbrado a esas cosas.

- Llévale el botellín al bigote –

Dijo el repartidor mientras se alejaba.

- Sí, sí, no te preocupes. –

Contestó Francisco con ríntín –

Abrió los dos botellines con su machete y se los bebió de dos

buches.

- No hay bocadillo para el guarda, tampoco hay botellín para el bigote –
Dijo pegando un eructo que le salió espuma por la nariz. –

Arrancó la moto y se fue con el espíritu un pelín mas contento. Llegó al otro extremo de la cerca pasando por la cancha, y allí estaba el de las mellas y las tres muelas picadas con dos botellines fresquitos que le habían dejado con la bolsa de sus bocadillos.

- Toma, bébetelos tú, que yo soy alcohólico y como lo pruebe ya no paro, ¿no ves que llevo dos años sin beber? –

- Bueno haré un esfuerzo –

Dijo Francisco pegando otro eructo.

Se bebió los dos botellines fresquitos con tantas ganas que sintió un mareo como si se hubiese tomado un barril, así que decidió dar una vuelta con la moto para que le diese el fresquito y para no tener que hablar mucho, porque a Francisco lo que más le afectaba el alcohol era que se le trababa la lengua más que a Maru explicando lo del caballo al sol. Por lo que arrancó la moto, atravesó otra vez la cancha con dirección al cortijo y veinte metros antes de llegar a la cancela del patio de labor...,

Allí venía ella.

..... o O o

Preciosa, ya se había cambiado de ropa y como siempre venía en vaqueros, no se fijó en más indumentaria, pero traía varias yeguas a reata y caminaba con su cuerpo erguido en dirección a él, que se detuvo a la derecha del camino y paró la moto para no asustar a los animales.

- ¡Voy para “allá” –
Dijo Maru señalando la cancela donde precisamente se había detenido Francisco.
- Oy, coño, que puntería –
Dijo Francisco sonriendo y haciéndola sonreír a ella.

Reculó con la moto sin arrancarla y le dejó paso, se dirigió a una especie de corral con otra cancela al fondo donde iba a dejar las yeguas. La seguía con la mirada y vio que tenía dificultad para abrir la segunda cancela por llevar las manos ocupadas con las riendas de las yeguas, por lo que se apresuró a bajar de la moto, y queriendo ser lo más rápido que su pierna mala le dejaba ser, llegó tarde para ayudarla. Ella ni se dio cuenta de las cojetadas que dio el pobre, y abriendo el portón de hierro pasó con los animales. Se quedó allí esperándola y mientras lo hacía y para disimular recogió del suelo una gran pluma de pavo y empezó a jugar con ella.

Regresaba Maru con una sola yegua, salió y cerró el portón mientras él seguía con la pluma en las manos sin saber que hacer ni que decir. Tenía tantas cosas que decirle y tantas que preguntarle, como el porqué de ese cambio en su comportamiento con él, ¿qué la había molestado tanto?, ¿qué temía?; mil cosas le hubiese preguntado, pero entre el nerviosismo propio de hablar con ella y la torpeza lengüil, dada por los botellines, permaneció inmóvil como un pasmarote mirándola y deseando que se lo tragase la tierra. Ella pasó de largo mirándolo de reojo y le dio la espalda justo cuando iba a hacer un comentario gracioso sobre la pluma:

- ¡Qué buena pluma, eh!, si la llega a coger Cervantes –

Pensó decir, pero no le salió ni una letra, y es que últimamente cuando estaba delante de ella enmudecía y le temblaban las patitas. Nunca tembló ante

nada ni ante nadie, pero con Maru se sentía tan inferior y tan esclavo de ella que no había manera.

Soltó la última yegua y él se dirigió a la moto y se sentó en ella esperándola. Era una oportunidad única para hablar a solas con ella, por lo que se armó de valor y cuando le faltaban varios metros para llegar a su altura, le preguntó:

- ¿Cómo habéis quedado, perdido o ganado? –

- Ayer perdimos y hoy hemos ganado –

Contestó Maru casi sin mirarle.

- Ya se acabó el polo, ¿no? –

Preguntó él.

- Aquí sí, pero el polo continua –

Dijo ella por compromiso.

- Y tu primo, ¿Cómo está? –

- Se cayó ayer del caballo ¿no? –

- Yo me fui de aquí a las ocho y lo dejé bien –

Todo lo habló él. Vaya tontería le preguntó sabiendo que ella lo había visto hablar con Alfredo hacía unos minutos.

Ante tanta ineptitud y poca soltura para entablar una conversación, Maru sólo respondió:

- Sí, se cayó ayer –

Y con muy pocas ganas de hablar con Francisco, dijo:

- “Bueno...” –

Ese “bueno...”, era una clara despedida y un se acabó la conversación, así que pasó de largo con la mirada baja.

Como respuesta Francisco dijo:

- “Hassssta luegooooo...”. –

Y soltó un soplido que podría haber inflado la rueda de un camión.

Maru, escuchó el soplido de resignación, pero ni se detuvo, ni habló nada más, y con paso decidido se dirigió al cortijo quedando Francisco desinflado sobre el manillar de la moto con la pluma de pavo entre los dientes.-

..... o O o

Se acabó la alegría ese domingo para el amigo Francisco. De vez en cuando pasaba por el cortijo a ver si por casualidad estaba ella por allí, pero no conseguía verla.

- No habrá ni comido –
Pensó, porque en realidad no había tenido tiempo.
- Estará comiendo ahora –
Él solo se contestaba y él solo se maldecía por haber desaprovechado la oportunidad de hablar con ella.
- La mierda de los botellines. –
Echó la culpa Francisco.

Continuó mas triste que otra cosa y empezó a recorrer la cerca de una punta a otra. Cogió amistad con Layo, uno de los que estaba también vigilando a los borrachos y que días antes conoció al encontrarlo en uno de los caminos de la finca con el tractor averiado. Se paró un rato con él y hablaron un poco de todo. De la vida de los pobres, de la vida de los ricos, y Francisco siempre decía que a los pobres nos tenían que cortar la cabeza al nacer porque así no sufriríamos. Layo se reía mucho con él, y este le contó sus penas, su separación, su madre enferma, etc.....-

Después de echar varios cigarros con Layo, Francisco paseaba con la moto ya sin prisas, porque sabía que no volvería a ver a Maru hasta el día siguiente. Sólo eran las tres de la tarde y hasta las ocho se le iba a ser muy largo sin saber si ella se iría de paseo o asomaría por la cuadra para algo.

- Estaba pensando en todo eso, cuando sonó su móvil y vio que era Duque:
 - Sí, dime –
Contestó.
 - ¡Martínez!, estoy en la cancela del canal, ven y me abres –
Dijo Duque como si se estuviera ahogando en el canal-
 - Voy para allá, voy –
Contestó Francisco arrancando la moto y murmurando algo sobre su jefe.
Pasó como un rayo delante del encargado que hablaba con bigote y Layo, y sin aflojar le dijo:
 - Voy a abrir a mi jefe que está en la cancela –
Viendo por el retrovisor como el encargado meneaba la cabeza de un lado a otro, tal vez por la velocidad que llevaba con la moto.

Allí estaba Duque en la cancela con su mujer, una joven rusa de veinte años, él tenía cuarenta y ocho y se habían casado hacía menos de un mes. Venían subidos en un charret de cuatro ruedas tirado por dos caballos tordos

muy grandes (parecía el virginiano), él era bajito y delgado, y ella le acompañaba en altura y chichas, pero guapa y simpática.

- ¿Hay alguien por ahí, Martínez? –
Preguntó Duque refiriéndose a si había algún dueño de la finca.
- Están todos, pero pasa que aquí mandamos nosotros.
Contestó Francisco abriendo la cancela.
- Voy a dar un paseo por aquí, porque ahí en la romería nada mas que hay gentuza y borrachos. –
- Ya, menudo día de romería me están dando a mí, hoy me tenías que pagar el doble.
Dijo Francisco sonriendo.
- No te quejes, no te quejes, que aquí vives mejor que quieres –
Contestó Duque mientras intentaba hacer andar a los dos jamelgos.
- Ahí mas adelante está el encargado. –
Le gritó mientras Duque se alejaba.

Se pararon a charlar con el encargado, y se habló de todo un poco, de la romería, de caballos, de la vigilancia, de los furtivos y del peligro que suponía enfrentarse a un furtivo con escopeta, ya que uno iba desarmado.

- Cuando te llegue la licencia, yo te tejo un revolver –
Le dijo Duque a Francisco.
- Eso es verdad, ¿por qué no lleva arma usted, habiendo sido Guardia Civil?
–
Le preguntó el encargado a Francisco.
- Porque estoy esperando la licencia de armas cortas, que antes no tenían que pedir los Guardias retirados, pero ahora sí. –
- Siempre te la dan pero tarda unos meses, yo tenía un nuevo corto pero era muy viejo y lo entregué para inutilizarlo, y nunca pensé que me volviera a hacer falta un arma, por eso no me he preocupado de solicitar antes la licencia. –
Contestó Francisco lamentándose de no haberla solicitado mucho antes.

Estaban hablando, cuando vieron acercarse el todo-terreno negro del dueño y guardaron silencio.

El dueño de todo aquello y un montón de fincas más, se detuvo a unos metros de sobrepasarles, y el encargado se apresuró a ir a su encuentro. Estuvo un ratito hablando con él, y cuando ya regresaba hacia ellos, se abrió la puerta del coche y vieron como el mismísimo dueño salía del interior y se dirigía hacia donde estaban. Les estrechó la mano a Duque y a Francisco en un breve saludo y se fue.

Fue un detalle de educación y cortesía muy valorado por Francisco, porque nunca le vio de cerca, siempre le veía pasar y saludarle desde el coche.

- Qué joven es, ¿no? –
Dijo Duque que al parecer tampoco lo vio nunca.
- Tendrá unos cuarenta y algo, nuestra edad mas o menos –
Contestó Francisco.
- Es muy educado.
Añadió pensativo.
- Y es capaz hasta de tener mas dinero que nosotros, ¿no? –
Comentó sonriéndole a Duque.
- Capaz es, capaz es, ¡hasta luego! –
Dijo Duque arreando los caballos.

Dio muchísimas vueltas y pasó mil y una vez por el cortijo sin conseguir verla, y a las siete se reunió con bigote y Layo que eran los que habían quedado por allí. Charlaron un rato y salió el tema de las horas de trabajo y del dinero. Ellos cobraban la hora a mil pesetas, y cuando se enteraron de que Francisco las cobraba a trescientas ochenta y cinco, casi les da algo.

Cambió bigote de tema y dijo:

- Aquí lo que hace falta es un Whisky con hielo, ¿por qué no vais con la moto a la cocina y pedís algo de beber? –

Dicho y hecho, montó a Layo detrás y se dirigieron al cortijo. Por el camino vieron cuatro caballos sueltos por el paseo del lago, que se habían escapado del cercado, y como pudieron, uno con la moto y otro cortándoles el paso con una botella de plástico, consiguieron encerrarlos en su sitio. Cuando llegaron al patio de labor se encontraron al chofer del dueño que acababa de regresar y le preguntaron:

- ¿Todavía queda gente por ahí? –
- Todavía queda un indio por ahí –
Contestó el chofer con cara de cansado.

Pensó Francisco que indio era la forma de llamar al chofer a los invitados, pero resultó que era un indio de verdad con su turbante y todo que vieron salir de la Casa Principal y subirse a un lujoso coche.

Ya en la cocina, pidieron Whisky, hielo y refrescos y no hubo problema para conseguirlo, por lo que a los dos minutos estaban bigote y Layo tomándose un cuba-libre que no se lo saltaba un gitano con alpargatas nuevas. Francisco bebió refresco porque últimamente no tenía ni ganas de beber.

Le preguntó a bigote si era muy difícil la salida por la cancela de Dos Hermanas, porque el camino habitual estaba tomado por los romeros, probaría a salir por la otra cancela. Se lo explicó más o menos bigote, y se despidió de ellos dirigiéndose al cortijo para coger su coche y esperar a las ocho en punto para irse. Dejó la moto, arrancó su coche y se puso al lado de la fuente esperando el pistoletazo de salida, y también para ver a Maru por si salía a las ocho para recoger la cena de la cocina.

A menos cinco salió Maru de su rincón encantado y encantador, se subió en la bicicleta caída sobre la esquina del arco de entrada, y pedaleando con todas sus fuerzas pasó a su lado sin mirarle. Francisco entendió el desprecio, arrancó y lentamente fue saliendo del patio. Al pasar por la entrada de la casa principal vio la bicicleta apoyada en el quicio de la puerta de la cocina y con ese recuerdo se fue de la finca.

Iba dirección la cancela de Dos Hermanas, hacía una preciosa tarde y respiraba hondo el perfume a flores, hierbas y árboles de frondosas ramas, era un camino precioso, y además recordó que por primera vez iba a pasar por donde tantas veces vio ir y venir a Maru, por eso no llevaba prisa y procuraba disfrutar cada centímetro de esa carretera, pasaría por donde ella y vería el paisaje que tantas veces miraban sus ojos color miel romero.

Salió de la cancela, cruzó el puente de la autovía y enfiló una estrecha y bonita carretera hasta desembocar a otra con una rotonda que indicaba a un lado Isla Menor y al otro Dos Hermanas. Él tenía que ir hacia Isla Menor, para soltar la llave de la cancela o mejor dicho la llave de la discordia, pero sin dudarlo ni un solo momento tiró para Dos Hermanas.

Despacio, excesivamente despacio, miraba el paisaje como si fuese algo suyo, mientras estuviese en aquella carretera estaría cerca de Maru, respiraba el aire que ella habría respirado antes, y las ruedas de su Tata pisaban el mismo asfalto y las mismas piedrecillas que su Opel Corsa. Reconoció que era obsesivo y casi enfermizo, pero no lo podía evitar, en su pensamiento solo estaba ella, ni el pasado ni el presente importaba, solo quería recordarla a ella.

Así llegó a Dos Hermanas y recordó que el viernes pasó por allí cuando la carretera estaba cortada y tuvo que dar el rodeo llegando tarde a la finca. También otra noche cuando regresaba del Polígono El Manchón y se pasó de largo, pasó por aquella misma carretera maldiciéndola sin saber que nos días mas tarde la adoraría de esa manera.

Tuvo que dar un rodeo para entregar la llave, pero no le importaría repetir el trayecto. No tenía ninguna prisa. Él siempre adió Dos Hermanas porque le

parecía un pueblo muy grande y desastroso, lo conocía porque había estado varias veces en el Cuartel visitando a unos compañeros, precisamente estuvo a punto de comprar allí una casa, pero no llegó a gustarle el pueblo.

Lo pequeño que es el mundo y las vueltas que da la vida, ahora amaba a Dos Hermanas simplemente porque Maru pisaba sus calles.

..... o O o

EL ACOMPAÑANTE ARGENTINO

Ya se acabó el polo y llegó ese lunes más contento y más temprano, entró por la cancela del canal, fue a la de Dos Hermanas y la abrió también, dio marcha atrás en el claro donde daba siempre la vuelta y se dirigió al Cortijo. No recorrió ni un kilómetro, cuando vio un coche que se acercaba de frente, traía las luces encendidas porque aún no había amanecido del todo, tuvo una corazonada y al cruzarse con él la vio.

Era Maru con su Opel Corsa, se cruzaron tan rápidamente que solo dio tiempo a mirarse ambos menos de un segundo. Maldició su suerte, siempre se entretenía unos minutos en la cancela y a veces solía orinar allí, y hoy precisamente no se detuvo ni un segundo.

- ¡Maldita sea mi suerte!, por un minuto no hemos coincidido en la cancela –
Dijo en voz alta sin dejar de mirar el retrovisor.
- ¿Dónde irá tan temprano? –
Se preguntó.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar que igual no volvía hasta la tarde.

- Joder, todos los días me paro en la cancela y hoy no –
Mascullaba con un tremendo sofocón –

De esa manera llegó al cortijo y sin ganas se puso a apagar bombillas dándole un manotazo a cada interruptor y patadas a cualquier piedra suelta que se pusiera en su camino. Entró por la cuadra de caballos españoles y salió al patio principal o noble de la casa. Apagó luces a manotazos y por la puerta principal salió al estanque de los gansos y de su pata. Llevaba varios días sin verle, pero como había estado ocupado con el polo y la romería no le dio importancia. Ahora se preocupó por ella, porque era muy raro que no saliese al escucharle. La llamaba:

- Patita, patita, cuac, cuac....
Pero son salía y pensó que algo le habría pasado.
Pensando en Maru y en su patita inició su trabajo de vigilancia ese lunes que no había empezado nada bien.

Dio una vuelta completa a la finca y al pasar por un olivar vio todos los troncos “minaditos” de caracoles.

- ¡Hombre!, ya han llegado los caracoles –
Exclamó como si llevara toda la vida esperándolos.
- Ya os apañaré yo a vosotros. –
Les dijo pensando en su mujer que le había encargado varias veces que le cogiese una bolsa.

Paró en la caseta de bombeo, se bajó del coche, encendió otro viceroy y le dio una calada profunda.

- ¡Vaya hombre!, hay moras también –

Dijo al fijarse en una morera de gran tamaño repleta de moras amarillas, moradas y negras. Estaba comiendo moras cuando llegó Layo que estaba encargado del riego de esa zona de la finca.

- Hoy voy a recoger la cosecha.
Le dijo Francisco sonriendo.
- Siii, ¿porqué? –
Preguntó Layo.
- Me voy a llevar caracoles, moras, tagarninas, que las vi el otro día, y hasta una remolacha de esas que tu riegas. Todo no va a ser para el dueño, ¿no?.
-
- Haces bien –
Contestó Layo arrancando una gran remolacha azucarera diciendo:
- Esta misma, abre detrás –
Y la metió en el Patrol.

Cambió el coche por la moto porque hacía una mañana de Mayo agradable y templada y le apeteció respirarla sin cristal delante.

Se dirigió otra vez hasta la cancela de Dos Hermanas, porque al coger la moto se fijó que no estaba el Opel Corsa, y por lo tanto su querencia natural era la cancela.

Tuvo suerte, no toda la que podía haber tenido pero la tuvo, porque justo llegando a la cancela entraba Maru acompañada de un señor argentino que él llevaba viendo varios días por las cuadras y también entrar y salir de la casita de cuento. Era un señor muy educado aunque evidentemente era un trabajador por su aspecto rústico y piel quemada al sol del campo.



- Será algún tío suyo u otro familiar –
Pensó Francisco.

- ¡Claro!, ha ido a recogerlo a Dos Hermanas. No tendrá coche –

Seguía pensando casi con coraje y envidia porque él nunca se había sentado en ese coche y mucho menos conduciendo Maru.

Fue un cruce más lento que el de la mañana, pero tampoco dio tiempo a decir buenos días, Maru se limitó a repetir el saludo de los cuatro dedos haciendo la ola sobre el volante, y Francisco levantó la mano

izquierda sin demasiada efusividad, porque la verdad es que no estaban las cosas para saludos efusivos.

Se llevó Maru toda la mañana de una cancela a otra. Salía por la del canal, volvía a la media hora y se dirigía a la de Dos Hermanas, y siempre con el mismo acompañante. Una de las veces le pilló cerrando la cancela del canal justo cuando ellos iban a salir Francisco abrió otra vez la cancela y ella pasó muy lentamente, dando la sensación de querer decir algo, pero fue el acompañante el que saludó:

- Buenos días, gracias –

- Buenos días –

Contestó Francisco muy amable.

Ella se inclinó hacia la ventanilla del acompañante y miró a Francisco.

- Hasta luego –

Le dijo muy dulcemente.

- Hasta luego –

Repitió Francisco mirándola a los ojos.

Avanzó un par de metros con el coche, que por cierto no era el Opel Corsa, si no un Fiat Uno viejo y rojo también que andaba cogiendo días atrás, y que era de uno de los carroceros que trabajaban allí, parece que quería vendérselo y ella andaría probándolo. Avanzó el par de metros y se detuvo, dudó unos segundos y se puso en marcha, pero le dio la sensación a Francisco de que Maru buscaba esa mañana conversación con él.

No se movió de la cancela, por que tal y como estaba Maru de entrante y saliente, no era cuestión de irse muy lejos.

No se equivocó, porque a la media hora ya estaba Maru de regreso, esta vez le pilló a Francisco hablando por teléfono con su mujer que no paraba de llamarle. No se bajó del coche para abrirles la cancela, dejó que abriese el acompañante y él siguió hablando con su mujer que en esos momentos le preguntaba:

- ¿Qué?, ¿la has visto hoy? –

- Que va, que va –

Contestó Francisco mientras veía como Maru se paró junto a él.

Siguió hablando con su mujer:

- ¿De verdad que no la has visto hoy? –

Preguntó Elvira.

- Que no, que no, todavía no la he visto, ni pienso verla. –

Decía Francisco mientras miraba a Maru que parada junto a él charlaba con su acompañante.

- Pasaron varios minutos, y mientras escuchaba a su mujer, con la mirada le preguntó a Maru si quería algo, entonces ella preguntó:
- ¿Está abierta la cancela? –
Francisco mirándola a los ojos y con el móvil en la oreja, le contestó:
 - Sí, sí. –
Su mujer pensaba que le asentía a ella, pero Maru pensando que el si, si fue al teléfono, volvió a preguntar:
 - ¿Está abierta la de Dos Hermanas? –
Y Francisco esta vez enfadado le contestó:
 - Síiiii.... –
Maru arrancó sin prisas y sonriendo, y mientras Francisco se arrepentía del sí tan brusco que le dio, su mujer le preguntaba:
 - ¿Quién era esa? –
 - Una que va a salir –
Respondió él ágilmente.
 - ¿Pero quien es? –
Insistió Elvira con la mosca detrás de la oreja.
 - Yo no sé, no la conozco de ná –
Dijo Francisco con miedo a que su mujer hubiese reconocido la voz de Maru.
 - ¡Ah!, dijo Elvira siguiendo con la conversación que tenían antes de que llegase Maru.

Mil veces se arrepintió Francisco de aquella coincidencia y de no haber colgado el teléfono con alguna excusa y haber atendido a Maru bajándose del coche, e incluso haberle pedido que le presentara a su acompañante, que pensó luego que tal vez era la intención de ella.

Que bien le sentaba lo blanco a Maru, no se había percatado aún de lo guapa que le parecía hoy, y es que cuando la miraba solo veía sus ojos, pero el subconsciente le facilitaba luego el resto de lo que había visto, y creía recordar que llevaba un niki o polo rojo con el cuello blanco, o al menos era su impresión, pero desde luego el blanco realzaba su belleza y reflejaba su niñez, su carita de niña avispada y dulce como el color miel de sus ojos.

Siguió viéndola entrar y salir, y ya al medio día, al pasar por el callejón trasero de la cuadra de polo la vio lavando el Fiat Uno con una manguera. Ella también le miró, pero fue un segundo, luego continuó mirando el brillo de la chapa mojada del viejo Fiat y Francisco pasó de largo.

..... o O o

ALFREDO EL RUBIO Y EL CAMIONERO

Como se propuso por la mañana, fue Francisco a darle un susto a los caracoles. Cortó varias botellas de plástico por el cuello, y las llenó de caracoles que se cogían a puñados con las dos manos, luego hizo lo mismo con las moras y dejó las tagarninas para otro día.

Cuando llegó a la caseta de la cancela de Dos Hermanas, llevaba caracoles por todo el techo del Patrol y tuvo que volverlos a cazar para meterlos en un saco vacío de abono de los tantos que había en la caseta. Enganchó el televisor a la batería del coche con un cable largo que llevaba preparado, y se puso a comer en aquella vieja mesa rodeado de telarañas y diciendo de ven en cuando:

- no somos ná –

Fue por la tarde cuando volvió a ver a Maru. Estaba con la veterinaria y un par de mozas que le habían visitado. Se cruzó con ellas en el patio de labor, ninguna le saludó, pero escuchó a Maru enseñarles los coches a las amigas:

- Ese es el mío –

Dijo señalando el Opel Corsa.

- Y este también, pero tengo que sacarle el seguro –

Dijo señalando con el dedito el Fiat Uno.

Luego subieron al coche de la veterinaria y se marcharon.

Al poco tiempo llegó Alfredo y alegró un poco la soledad de Francisco que estaba sentado en la escalera que subía a la oficina. Se lamentaba él solito de lo aburrido que era aquello sin Maru.

- ¿Qué, súper guarda, ¿meditando? –

Le preguntó Alfredo con su guasa de siempre.

- Sí, pensando en las trampas –

Contestó Francisco también con guasa.

Se fueron juntos a la cuadra, y como es normal salió el tema del polo.

- Ya se ha terminado el polo, ¿no? –

Le preguntó por preguntar algo.

- Aquí sí, hasta después del verano –

Le contestó Alfredo.

- Pero ahora continúa en Madrid, en Cádiz y en Francia también, Maru se va ahora en Junio y estará más de un mes por ahí. –

Siguió comentando Alfredo.

- ¿Se va un mes? –

Preguntó Francisco con la voz temblorosa.

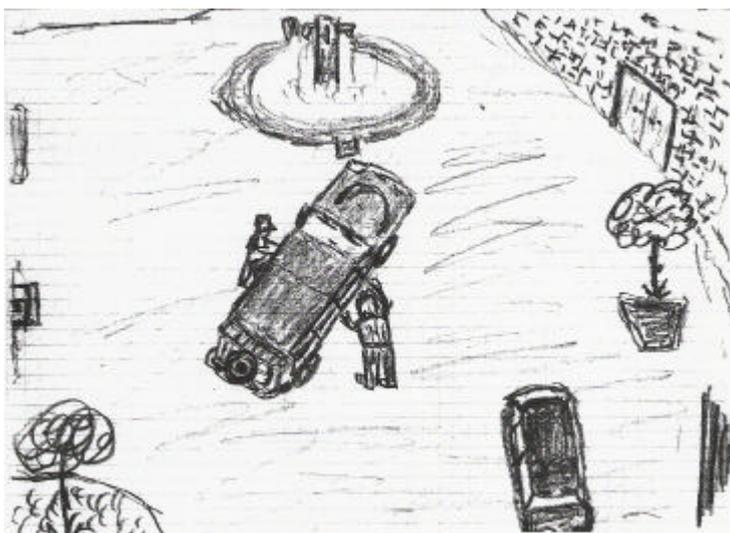
- Claro, ella es la principal, no ves que tiene que ir con las yeguas. –

Dijo Alfredo tan tranquilo.

Francisco sabía lo bromista que era Alfredo, por lo que algo incrédulo solo acertó decir:

- ¡ah, claro! –
Y siguieron hablando de otras cosas hasta que Alfredo se marchó para Dos Hermanas.
- ¡Me cago en la leche! –
Dijo Francisco sin saber si creer a Alfredo o no.
Luego apareció bigote y también hablaron un ratito:
- Eres el terror de los espárragos –
Le dijo Francisco.
- ¿Por qué? –
Preguntó bigote
- Porque no has dejado ni uno, los tienes acorralados –
- Ya no es el tiempo ¡Hombre!.
Contestó bigote sonriendo.
Le preguntó por la pata y le confirmó lo que se temía:
- Me la encontré muerta, la mataría algún perro –
Dijo bigote.
- Joder, joder, con lo cariñosa que era –
Dijo Francisco tristón mientras se alejaba bigote.

Ya estaba en su Tata junto a la fuente haciendo tiempo para marcharse, estaba aburrido escuchando música y espantando a chato que tenía la manía de arañarle la puerta del coche con las pezuñas, cuando por el retrovisor vio llegar a Maru. Venía andando, cruzando el arco de entrada al patio. Pasó a su lado por su derecha, miró de reojo y no dijo ni hola, apresuró el paso y se metió en su callejón.



Recordaba Francisco que no hacía mucho, en ese mismo lugar y a la misma hora, se paró y se asomó a la ventanilla del coche apoyándose en la puerta, y estuvieron un rato hablando.

- ¿Qué le había pasado? –
- ¿Porqué ese cambio?-

No pasó ni diez minutos cuando apareció un rubio con un Ford Fiesta, y lo aparcó en la misma entrada del callejón

de Maru.

El rubio se bajó del coche y anduvo dando paseitos cortos. Por fin se decidió el rubio y se acercó al coche de Francisco:

- ¡Hola!, buenas tardes –

- ¡Hola!, ¿buscas a alguien? –

Le preguntó.

- A Maru, a ver si sale –

Respondió el rubio señalando para la casita de ella.

- ¿Tú trabajas aquí?

Le preguntó Francisco.

- Sí, bueno, estamos aquí unos días restaurando unos muebles, pero somos de Madrid. –

Respondió señalando para la casa principal.

Claro, eran los carpinteros que habían llegado hacía unos días, y lo que son las cosas, posiblemente serían los mismos que hablando de ellos con Maru dijo:

- No tienen buena onda –

- ¿Tenéis para mucho tiempo aquí en la finca? –

- Todavía nos quedan unos cuantos días. –

Dijo el rubio mientras miraba al callejón.

- Yo estuve en Madrid en el año ochenta y dos haciendo un curso de motorista –

- En la Venta “La Rubia”, le decían a aquel paraje, estuve los meses de noviembre y diciembre y allí hace un frío tela, ¿eh?. –

- Yo tenía sabañones en las orejas –

Continuaba contando Francisco.

- Si hace frío en Madrid, sí –

Dijo el rubio sin importarle un comino la conversación.

- Ya ha llovido de aquello, tu serías un niño, ¿qué edad tienes tú? –

Preguntó Francisco sutilmente para saber su edad.

- Treinta –

Dijo el rubio sin ganas.

A todo esto llegó el camionero de la finca, que era el que transportaba los caballos de una finca a otra, y se apuntó a charlar con ellos.

- ¿Cómo va eso? –

Le preguntó Francisco.

- Bien, ahí liao con el camión que tengo que dar mañana un viaje a Jerez a llevar caballos. –

Contaba el camionero.

No se atrevía Francisco a preguntarlo, pero mejor sería saberlo que andar con la incertidumbre y lo hizo:

- Ahora se llevan los caballos de polo, ¿no? –

Preguntó con miedo a la respuesta.

- Sí, ahora dentro de unos días. –

Sentenció el camionero.

- Y... ¿mucho tiempo van a estar por ahí? –

- Mas de un mes –

Contestó el camionero mientras le subía el colesterol a Francisco.

Se hizo un silencio y por fin hizo la pregunta del millón:

- Maru también va, ¿no? –
- ¡Hombre!, Maru es la principal, no ves que tiene que ir siempre con sus caballos. –

Repetía el camionero lo mismo que Alfredo, mientras a Francisco le subió la diabetes, el ácido úrico y la bilirrubina.

No se recuperó del susto y ni esperó ver salir a Maru de su callejón, a menos cinco arrancó y casi le pilló los pies al rubio y al camionero que estaban cada uno a un lado del coche.

..... o O o

MARU DESGARBADA

La mañana siguiente, martes trece precisamente, Francisco no estaba para nada, ¡Qué disgusto tenía el hombre!, la tarde anterior fue horrible entre el rubio y el camionero le amargaron la existencia ¿qué iba hacer ahora?, no sabía que era peor, si el rubio o el viaje de mas de un mes.

Todo el camino pensando y fumando.

Abrió la cancela, abrió también la segunda sin ganas, y sin ganas se dirigía al cortijo cuando se le cruzó un gazapillo de conejo. Intentó esquivarlo y frenó, pero al bajarse del Tata lo vio pataleando en mitad de aquel camino alquitranado y se apresuró a cogerlo. Era una cría de conejo que solo tendría unos días y parecía herido de muerte.

- ¡Dios mío, sálvalo! –
Decía Francisco acurrucando el conejito entre sus manos.
- ¿No tengo ya bastante con lo que tú sabes? –
- ¿Me vas hacer pasar un mal rato con este animalito que no tiene ninguna culpa de nada?, ¡Hombre!. –

Se quedó allí en medio, de pie y acurrucando al conejillo hasta que su corazoncito dejó de latir, luego lo metió en el coche y continuó hasta el cortijo.

- Martes, ni te cases ni te embarques –

Dijo recordando el refranero.

Le vino a la cabeza un dicho o refrán que un jefe que tuvo cuando tenía trece años en una bodeguita de Sevilla (bodega Carranza), le enseñó:

Lunes.....galbana

Martes.....mala gana

Miércoles.....tormenta

Jueves.....mala venta

Viernes.....vendaval

Y sábado y para un día que queda para que vamos a trabajar.

Se apuntó lo del martes, mala gana, porque el ánimo de él estaba por los suelos.

- ¿Qué más puede pasarme hoy? –

Se preguntó convencido de que las desgracias no habían hecho nada mas que empezar.

Menos mal que tenía un gran sentido del humor y recordó otra frase que se amigo Layo soltó días atrás y le hizo gracia:

Le contaba Layo que tenía problemas con el riego, que el encargado le dijo algo que él entendió mal y lo hizo al revés, en fin un disgusto, y fue cuando dijo:

- Bueno, ya verás como hoy también dan las ocho y nos vamos todos. –
Y eso pensó él, que por muy mal que le fuera el día también darían las ocho.

Andaba con esas reflexiones cuando le enganchó el encargado y antes de los buenos días le dijo:

- Hoy cancelas y Lago, nada de campo –

No sabía a qué venía aquello, por lo que pensó de todo, incluso que Maru le habría dicho algo y no querían verlo por el cortijo.

- Muchos problemas para ser tan temprano –

Dijo mientras pegaba manotazos a los interruptores y alguna que otra patada a chato que no le dejaba andar.

- Qué alegría, si tu ama fuese así de tan pegajosa conmigo, ¡hijo! –

Le decía a chato mientras lo apartaba a manotazos.

Llegó a su rincón favorito, apagó la luz y se la imaginó a Maru durmiendo tras aquella ventana. Dio un suspiro y fue hasta el Patrol para empezar la primera vuelta a la Finca. Antes de subirse entró en la nave donde estaba la cosechadora y acarició el mastín del cual se hizo muy amigo.

- ¡Siempre amarrado, hijo! –
- Aquí amarraba yo a mas de uno –

Murmuraba mientras lo acariciaba y le daba medio bocadillo.

Hacía una mañana estupenda y procuró relajarse respirando aquel aire limpio con olor a campo y a vida, pasó por el maizal que aun estaba bajito, por la remolacha siempre regada con el olor a tierra mojada y por el lago lleno de vida y pajarracos graznando, se paró a desayunar en la esquina del campo de polo donde vio por primera vez a Maru golpear la pelotita, y le invadió una tristeza y un acongojo terrible al acordarse de que dentro de unos días ella no estaría en la finca. Tapó el termo del descafeinado y comiéndose una magdalena paseó por aquel césped por donde ella ejercitaba a sus yeguas, fumó un par de viceroy y recordó que tenía que pasar por la oficina de la finca para preguntarle a María por el cheque de su jefe que aún no lo había recibido.

Llegó al patio de labor, dejó el Patrol y subió decidido la escalera de la oficina. Dijo Buenos días, y allí estaba Maru.

Estaba de pie de espaldas a la puerta hablando con el carretero que estaba sentado tras una pequeña mesa, a su izquierda y buscando algo en un cajón del fichero estaba el encargado. No se volvió Maru al escuchar los buenos días, tampoco contestó nadie excepto María que miraba esperando saber lo que quería, pero él miraba a Maru que ese día tenía la apariencia de una niña alta y desgarrada recién levantada. Tenía un tipejo gracioso, se había subido

demasiado el pantalón y tenía la costura metida en el culo realzando los dos cachetes en exceso. Al estar tan subidos le quedaban cortos, y una blusita blanca de mangas cortas mal remetida asomaba un pico por detrás. Tampoco se había esmerado mucho en el peinado y tenía la cola floja.

Ahora si que era una niña alta y con muchas patas. No le vio la cara, pero supuso que llevaría alguna legaña y la almohada señalada. Si se fijó en un gran eczema que tenía en el cuello y que nunca antes se lo había visto, supuso que era reciente.



Estaba Francisco y María hablándole:

- ¿Qué quiere usted, Francisco? –

Le preguntó.

Y sin apartar la vista de la desgarbada, le respondió:

- Un cheque que dice mi jefe que no ha recibido todavía. –

- Si, es que todavía no me ha mandado la factura –

Contestó María, mirando a Francisco mientras él miraba a Maru.

- ¿Algo mas?–

- ¿Algo mas, Francisco? –

Insistió María.

- Ah!, no, no, nada mas. –

Respondió Francisco sin mirarla.

- Bueno, hasta luego. –

Dijo María despachándolo. –

- Hasta luego –

Dijo Francisco sin moverse del sitio pensando que era María la que se iba.

Cuando vio a María mirándole fijamente se percató de la situación y dijo:

- Ah!, ¡hasta luego! –

Y bajó las escaleras encantado de haber conocido esa faceta de Maru.

..... o O o

EL BALCÓN

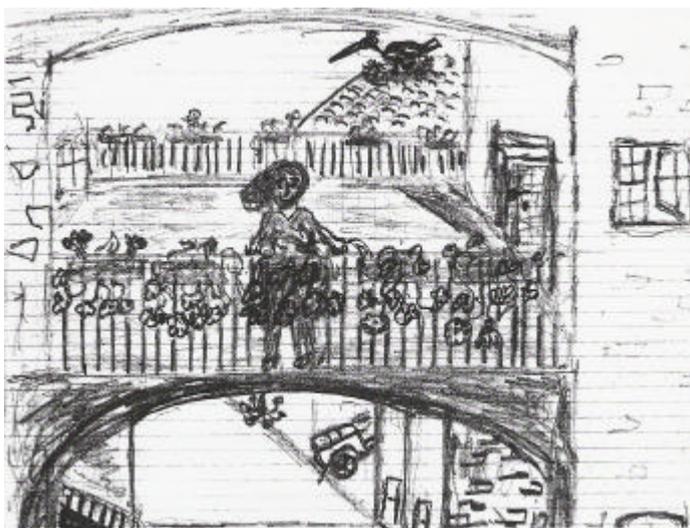
Continuó dando vueltas por la finca. Su pensamiento era siempre el mismo. Recorrió los lugares donde más veces solía ver Maru, y parado en el cruce donde la vio por primera vez llegó a la conclusión de que él no podría entrar en aquella finca sabiendo que ella no estaría allí.

- Es sólo un mes –

Se decía así mismo para consolarse –

- Un mes es poco tiempo según para que cosa, pero no para no verla a ella, los días son muy largos aquí y sin Maru se me harán eternos y amargos. Además si lo paso fatal cuando sale para unos minutos ¿cómo voy a soportar treinta o cuarenta días pasando por su rincón, por su cuadra y por la cancha sabiendo que ella está lejos de aquí? –

Se desanimaba y estaba pensando que la solución era irse antes que ella.



Siempre podría regresar a la finca cuando ella volviese del viaje.

Pasó una hora con esa meditación y a las once y algo de la mañana volvió al cortijo. Entró por el patio de la fuente, y a pie dando un paseo lo recorrió fumando y pensando. Se dirigió a la cuadra de polo con la intención de hablar un poco con los ayudantes de Maru, y si de paso la veía a ella, mucho mejor.

No estaba, era raro porque a esa hora siempre andaba por allí. Estaban los ayudantes y para disimular sacó algún tema de conversación con ellos y permaneció allí un ratito. Ya volvía al patio de labor pasando junto a la fuente, y allí estaban el carretero y su ayudante preparando un carruaje con sus enganches de caballos blancos, se paró a mirarlos y al subir la mirada hacia el balcón del descansillo de las oficinas la vio.

Sonreía feliz como saludando al nuevo día y a la hermosa mañana. Agarraba la baranda con las dos manos y se le veía con una felicidad rebotante. Miraba plácidamente a un lado y a otro con una sonrisa que iluminaba y alegraba cada rincón de aquel bendito Cortijo que tuvo la suerte de acoger a tan maravilloso ser.

Francisco se contagió de la alegría y felicidad que irradiaba Maru y sintió una paz interior que pocas veces puede sentir alguien en la vida.

Él era feliz, de verla feliz a ella.

Ella le vio pero miró a otro lado, no con desprecio sino por no interrumpir aquel maravilloso momento que parecía estar viviendo.

Francisco continuó andando y pasó por debajo de aquel precioso balcón adornado por la mas bella y tierna criatura que jamás haya dado la naturaleza.

Su corazón se sintió tan alegre, que esa sensación le duró todo el día.

..... o O o

VUELVE EL RUBIO

Por la tarde, de ese mismo martes, y próxima la hora de marcharse, se acercó ya para el cortijo. Iba con la moto, y entrando por el paseo del lago hacia la puerta principal de la Hacienda, se dirigió a la fuente. Tuvo tan buena suerte que él llegaba y ella salía de su casita. Iba muy bien vestida y recién duchada, llevaba aun el pelo húmedo y suelta la melena que toqueteaba femeninamente al mismo tiempo que se abrochaba los pendientes también en un gesto muy femenino, era evidente que quería estar atractiva.

Ya no era la niña desgarbada de la mañana, ahora era una bellísima mujer en vaqueros con una camisa blanca con encajes y mangas largas con una fila de botones blancos de nácar que relucían casi tanto como ella. Su apariencia era la de una mujer treintañera, y su belleza era inigualable.

Francisco se le acercó con la moto y le dijo:

- Te voy a dar mi nuevo número de teléfono por si tienes que llamarme para algo. –

Ella casi sin mirarle y toqueteándose un pendiente le contestó:

- No, no me va hacer falta –
- Bueno, pero es mi obligación dártelo igual que se lo he dado a María y al encargado –

Dijo él muy apurado.

- No, no lo voy a usar –

Sentenció ella sin dejar de andar hacia el patio de labor.

- Bueno, mañana te lo doy. –

Dijo Francisco, para no insistirle mas.

Ella ni contestó, ni miró, ni dejó de andar en un claro menosprecio hacia un pobre guarda que la molestaba.

Francisco, no supo que hacer, y se quedó sentado en la moto con los brazos cruzados y apoyado en el manillar.

Al momento apareció ella conduciendo un gran todo-terreno pika de la finca, (que precisamente sería lo que hablaba ella con el encargado cuando la vio sobre las cinco en el patio de labor, le estaría pidiendo permiso para cogerlo).

Entró por el arco del patio hasta la fuente con el impresionante coche, pasó por su lado sin mirarle y se dirigía a la casa principal cuando apareció el rubio y le dijo a Maru:

- Salimos por allí, ¿no? –

Señalando el patio de labor.

- Ah, bueno, por aquí mismo –

Dijo Maru muy agradablemente mientras daba la vuelta para volver por donde había entrado, y el rubio saludaba con la mano a Francisco.

- ¡Hola! –

Le contestó Francisco saludándole también con la mano mientras ella los miraba y se preguntaba, ¿de qué se conocerán estos?.

Estaban ya en el patio de labor parados y ella le decía algo al rubio, mientras Francisco soltaba la moto y traspasaba chismes a su coche dispuesto a marcharse, porque eran las ocho menos cinco, cuando escuchó al rubio que le gritó:



- ¡Guarda! –

- ¿Sí?

Contestó Francisco.

- ¿Está abierta la cancela? –

Preguntó el rubio por orden de Maru.

- La acabo de cerrar –

Contestó Francisco con todos los bártulos en la mano.

- Es que vamos a salir Maru y yo, ¿tú podrías abrirnos?

–

Dijo el rubio amablemente.

- Sí, claro voy ahora mismo

–

Dijo Francisco entre disgustado porque ya era la hora de irse y contento porque estaría unos minutos más, cerca de ella.

Cogió otra vez la moto salió a toda velocidad para la cancela de Dos Hermanas. Debería haberse ido y que se buscaran la vida como pudieran, pero él nunca le haría eso a nadie y mucho menos a Maru, además el rubio le caía bien porque era un muchacho muy educado y centrado, y hasta reconoció que Maru y el rubio hacían buena pareja, por lo que sólo le faltó darles la bendición. (Si Maru le hubiese pedido que le esperase en la cancela hasta su regreso, no me cabe la menor duda de que Francisco lo hubiese hecho, y hasta se hubiese quedado a vivir en la caseta solo para abrirle la cancela a ella).

Por supuesto, llegó antes que ellos a la cancela, y ya la tenía abierta para no hacerles parar. Estaba de pie, junto a la moto, y justo cuando le pegaba un puntapié a una piedra apareció el todo-terreno con los tortolitos. (Le vieron pegar la patada a la piedra). Venía conduciendo por Maru que como siempre venía a toda velocidad.

- Bueno, hasta mañana Maru –

Dijo Francisco bajito, agarrando la puerta de la cancela para cerrarla en cuanto pasaran.

Fue algo inesperado, pero el vehículo se detuvo a su lado y Maru mirándole le sonrió. Francisco se acercó a la ventanilla del acompañante y le devolvió la sonrisa.

- ¿Vas a dejarla abierta? –

Preguntó Maru, ya con carita de niña.

- Me ha dicho el encargado que la deje cerrada –

Le contestó Francisco mirándola a los preciosos ojos.

- Yaaa... verasss... es... que... –

Decía Maru en su lenguaje.

- A lo mejor... esto... hay unos trabajadores... ¿no? –

Intentaba aclararse y miró al rubio para que le ayudara.

El rubio, no dijo ni pío, se limitaba a mirar a Maru y a Francisco.

- Hay unos chicos... que... igual... salen a cenar a Dos Hermanas... ¿sabes? –

Se arrancó por fin Maru.

- ¿Y qué? –

Le preguntó Francisco por escucharla.

- No tienen “llaves” y ... –

Dijo ella mirándole a los ojos y regalándole una bella sonrisa mostrándole sus dientes blancos y perfectos.

- ¿Qué quieres?, ¿Qué la deje abierta? –

Dijo Francisco manteniéndole la mirada y la sonrisa a ella.

- ¿Puedes? –

Preguntó Maru sin dejar de mirarle a los ojos y de sonreírle.

El rubio miraba en silencio las sonrisas y las miradas de los dos, y se aplastó en su asiento para no entorpecer la visión de Francisco ni de Maru en su extraña conversación.

- Que sí, que la dejo abierta, ¡Hija!, no te preocupes.

Dijo Francisco agrandando su sonrisa y enseñando sus dientes menos blancos que los de ella.

- Ya, es que... –

Continuaba ella, sin ganas de irse.

- La dejo abierta, hija, si yo siempre la dejo abierta, ¿no lo sabes? –

Dijo Francisco con pena de que la conversación llegara a su fin.

Se hizo un silencio y Maru arrancó.

Francisco se quedó triste mirando la trasera del coche que se alejaba, pero inesperadamente volvió a frenar. Vio como hablaba ella con el rubio. Francisco

miraba inmóvil. Después de unos segundos volvió a arrancar y le pareció ver la mirada de Maru en el espejo retrovisor de su izquierda y los perdió de vista.

Se arrepintió toda la noche de no haber mantenido mas tiempo la conversación preguntándoles donde iban, decirle que no corriera tanto con el coche y que se pusiera el cinturón, podría haberles dicho también que se divirtieran, que estaban en la edad de hacerlo, podría haber dado mucha mas conversación porque le dio la sensación de que ella no quería marcharse, y que lo de dejar la cancela abierta fue una excusa para pararse con él. Tal vez quería darle celos refregándole al rubio por los morros, o tal vez se encontraba a gusto hablando con él, pero no quería amistad con un hombre casado. ¿Y si le gustaba pero no quería estropear un matrimonio?.

Mil cosas pensó esa noche Francisco y mil veces recordó la sonrisa de complicidad entre los dos mientras hablaban.

Terminó por liarse, ahora si que no sabía lo que pensar. Tal vez se servía de él para que le abriese la cancela o lo que es peor para reírse de un pobre enamorado. O quien sabe si esa niña-mujer sentía algo por él, y el miedo a lo desconocido o al ¿qué dirán?, le frenaba. ¿Por qué ese cambio de aptitud en cinco minutos. Se preguntaba un Francisco cada vez más liado.

- ¿Qué le importaba a ella que nos obreros eventuales que no conoce de nada puedan salir o no? –
- A solas no quiere ni verme y delante de la gente, ¿tiene que fingir? –
- En ese caso sobrarían las sonrisas, además uno sabe cuando una sonrisa es fingida o de compromiso y cuando salen del corazón y las de Maru eran sonrisas sinceras y con un mucho de complicidad porque ella sabía de sobra que yo siento algo especial por ella. Las mujeres no son tontas. –
- Bueno veremos, mañana como me trata –
Pensaba Francisco mientras intentaba dormir.
- Demasiadas emociones para un solo día –
Dijo mentalmente mientras se daba la vuelta en la cama y cerraba los ojos.

..... o O o

MIÉRCOLES, 14 DE MAYO

Deseando estaba llegar a La Tochueta, quería comprobar la capacidad de cambio que podía desarrollar Maru, y tenía verdadero interés en ver como le trataba hoy.

Comienzo normal, sin muchos sobresaltos, cancelas abiertas sin pillarse ningún dedo, luces apagadas sin tropezar con chato, mirada especial el callejón de Maru, nostalgia de la pata, caricia al mastín, mirada de reojo del encargado, desayuno en la esquina del campo de polo y esperar que fueran las diez para ver de nuevo a su niña-mujer despreciándolo o sonriéndole. Todo rutinario.

No se lo pensó mucho, se armó de valor y alentado por lo de la cancela de la noche anterior se dirigió a la cuadra de polo.

Iba decidido y seguro de sí mismo hasta que llegó a la puerta de la cuadra y la vio. Se desinfló como un globo, pero ya estaba allí y no podía salir corriendo, así que cogió aire y dijo:

- ¡Buenos días! –

Ella ni contestó, ni le miró, siguió pelando la crin de la yegua con aquella maquinilla que tenía el cable pelado y que él mas de una vez quiso arreglar, echó en el coche varios rollos de cinta aislante negra que llevaban varios días allí, pero como no estaban las relaciones internacionales muy boyantes no tuvo ocasión de arreglarlo.

Si contestó a los buenos días el ayudante que estaba herrando a otra yegua y que por cierto llevaba el pollo varios días sin aparecer por el trabajo y Francisco encontró excusa para entablar conversación con él.

- Buena resaca de tras días, ¿no? –

Le dijo

- Que va, cuarenta de fiebre he tenido –

Contestó el pollo que era el mismo que siempre se ganaba las broncas de Maru.

- Cuarenta cubatas fueron, ¿no?

Le dijo Francisco riéndose.

Ella estaba al lado, con la cara sin gesto alguno. Parecía que llevaba una careta.

- No te preocupes, si yo también las cojo de vez en cuando, además nunca me he fiado de la gente que no bebe –

Le dijo Francisco al pollo que le miró de reojo.

Maru también le miró de reojo, por lo visto se dio por aludida por ella y por el rubio que ninguno bebía ni fumaba.

Aprovechó que ella entró para amarrar la yegua en su pesebre para acercársele y preguntarle:

- ¿Te doy mi teléfono? –

Estaban los dos solos en el interior de la cuadra y Maru sin mirarle le contestó:

- No, no, si no...., no lo voy a usar. –

Cogió otra yegua y salió a la puerta, agarró la maquinilla del cable pelado y comenzó a pelarla.

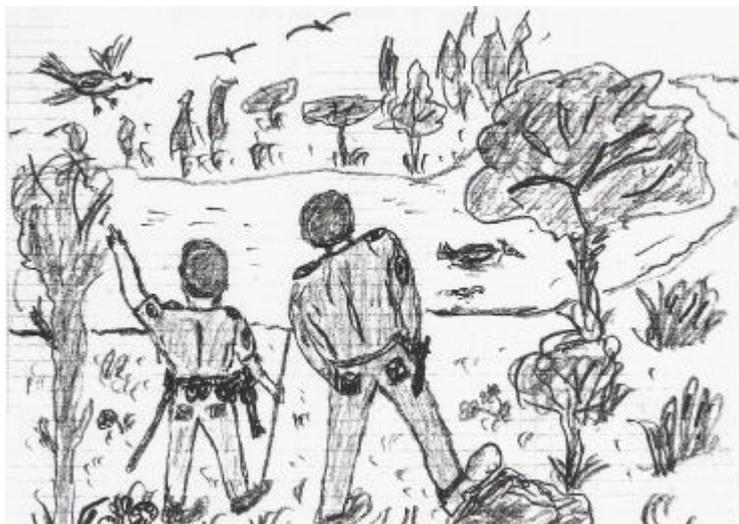
Francisco continuaba dentro, no dijo nada más, se limitó a mirar como ella pelaba a la yegua. Ella pasaba la maquinilla de un lado a otro ignorándole, parecía muy molesta con su presencia. Se fijó entonces en la blusita blanca tan corta y sexy que llevaba ella. Dejaba el ombligo al aire, y le llamó la atención porque era la primera vez que le veía la cintura al descubierto y sobre todo el ombligo.

Precioso ombligo y preciosa cintura la que dejaba ver aquella prenda tan femenina de mangas cortas pero anchas, y que dejaban ver también un precioso sujetador negro de encaje cada vez que ella alzaba el brazo para alcanzar a la crin de la yegua. Sujetador que seguramente ella no necesitaba para sujetar aquellos pequeños y firmes senos.

Maru sabía de sobra que él la estaba mirando, por eso aprovechó la ocasión al ver pasar a otro caballista de los caballos visitantes para salir a su encuentro y saludarle tan efusivamente como sonoros fueron los dos besos que recibió de él.

Se quedó dentro de la cuadra tan molesto por aquellos dos sonoros besos, como si el caballista se los hubiese dado a él en la boca.

Esperó un ratito para salir, entre otras cosas porque Maru había dejado la yegua atravesada en la puerta y le daba miedo recibir una coz.



Cuando pudo salir, lo hizo disimulando con el móvil en la mano y mirando la pantalla como si hubiese estado buscando algún número. Se paró en la puerta y cuando miró a Maru, esta le estaba mirando a él de arriba abajo. Estaba embobada y Francisco sintió vergüenza porque seguramente tendría un tipejo espantoso con la funda del móvil y el machetito colgando de aquel cinturón finito que no vestía nada con el uniforme, y con aquellas botas militares que ella no era la primera vez que se quedaba mirando.

Hizo Francisco como si no la hubiese visto mirándole y se retiró el hombre con una derrota moral que le habría causado una depresión a cualquiera de aquellos caballos.

..... o O o

Con el alma en una nube y el cuerpo como un lamento que se le quedó por el desprecio de Maru, Francisco no tenía ganas de nada.

Recordó otras veces de charla con ella en la cuadra mientras pelaba caballos; ¡qué distinto era todo!.

Ya no le apetecía aparecer por allí. Bueno si le apetecía pero como temía o sabía que ella seguiría ignorándole, se le quitaron las ganas.

- Y eso que iba a darle el teléfono del niño, que es el que saben aquí en la finca, si le digo que es el mío particular, me da con él en la cabeza –
Murmuraba Francisco paseando en la moto.
(Ya le habían dado el teléfono nuevo de contrato, pero como le había dado al encargado y a María el del niño, prefirió seguir usando ese teléfono para la finca).

Como las cosas siempre pueden ir peor, recibió una llamada de Duque:

- Martínez –
- Sí, dime –
- Vente para la oficina que tienes que ir a Sanlucar de Barrameda –
- ¿A Sanlucar? –
Preguntó asustado Francisco.
- Venga vente pacá, que yo me quedo en la finca –
Dijo Duque tan tranquilo.
- Siempre me toca a mí –
Se quejó Francisco que no tenía el cuerpo para viajesitos.

Dejó el Tata en la oficina de su empresa, y con muy poco ánimo cogió uno de los patrulleros y ¡Hala!, a hora y media de distancia.

- Date prisa que a la una y media cierran.
Le dijo Duque metiéndole bulla.
- Pues son las doce –
Refunfuñó Francisco de malas ganas.
- ¡Venga hombre!, tu vas en un salto porque conoces el camino, como mande a otro se va a perder –
Le convencía Duque.
- Yo si que me voy a perder para siempre algún día –
Dijo Francisco por lo bajini.

Tuvo hasta mala suerte, porque le cogió una manifestación de aldoneros antes de llegar a Los Palacios y los desviaron por Utrera dando un buen rodeo.

- Hoy me tenía que haber quedado acostado –

Decía mientras circulaba a ciento cuarenta para recuperar el tiempo perdido en el rodeo.

Fue todo el camino a gran velocidad porque no quería encontrarse la oficina de Sanlucar cerrada y tener que esperar allí hasta las cinco que abrieran.

- Que bien se respira en el mar –

Le decía a su mujer por teléfono en la orilla de la playa una vez que recogió el talón.

- Ten cuidado con la carretera, hijo –

Le advertía Elvira preocupada.

- No te preocupes, si a los pobres no nos pasa nada, no ves que si no, dejamos de sufrir. –

Le contestó Francisco con su peculiar sentido del humor.

A las tres y media de la tarde entraba en Sevilla y no pudo remediar mirar en dirección a La Tochueta cuando pasó a su altura.

- Con la de veces que he pasado yo por aquí sin saber tan siquiera que existiese ella. Ojalá no la hubiese conocido nunca –

Dijo arrepintiéndose nada mas decirlo.

- ¿Cómo puede haber personas que nazcan, vivan y mueran sin haber conocido a Maru?

Se preguntó.

- Se han perdido lo mas bonito de esta vida, yo prefiero sufrir por ella, antes de no haber sabido de su existencia –

Pensaba en voz alta Francisco.

- Todo tiene su precio –

Dijo conformándose con su sufrimiento.

Llegó a la oficina, cambió de coche y rápidamente se fue para La Tochueta. No vio a Duque en el cortijo, y cuando se disponía a ir a buscarle entraba Maru montada a caballo, desmontó y entró en el guadarnés. Francisco estaba en el patio de la fuente a unos metros de ella, así que no se sabe por que impulso fue a preguntarle a Maru:

- ¿Has visto en la cancha a uno bajito y delgado con mi moto?, a mi jefe, vamos –

- No –

Contestó Maru sin mirarle.

El acompañante argentino estaba también allí, y se vio con ganas de hablar con Francisco, pero no le dio tiempo.

- Es por saber por donde buscarlo, es que vengo de Sanlucar y se ha quedado aquí por mí –

Explicó Francisco sin que nadie le escuchara.

- Se juega uno la vida corriendo por esa carretera y aquí ni le echa a uno de menos. Cría cuervos y tendrás muchos. –
Murmuraba enfadado mientras subía al Tata.

Llamó a su jefe al móvil y este le dijo que estaba en el paseo, junto al lago.

Si Francisco tenía complejo de tener mal tipo, cuando vio a su jefe se le quitó. Estaba debajo de unos arbustos frente a la entrada del lago. Iba de uniforme, con la porra, los grilletos y un revolver que le llegaba al tobillo. De verdad que parecía un hongo azul venenoso. Francisco se le quedó mirando por que era la primera vez que le veía de uniforme, y no pudo evitar una carcajada que espantó a varios patos.

- Adiós, Rambo –
Le dijo con mucho cachondeo.
Duque, sonrió levemente, (porque no era de muchas bromas) y le preguntó:
 - Lo has traído –
 - Si, pero con malas noticias –
Dijo Francisco mirándole muy serio.
 - ¿Qué te ha pasado ahora Martínez? –
Preguntó Duque temeroso.
 - no, a mi nada, al cheque que ha encogido –
Dijo Francisco siempre con su buen humor.
 - ¿Cómo que ha encogido?-
Preguntaba Duque sin pestañear.
 - Que han descontado un compresor o algo así que ha faltado de la otra, ciento cincuenta mil pesetas de nada. Dicen que tu lo llames y te lo explicarán –
Le comunicó Francisco con cara de circunstancia –
 - ¡Maldita sea!, ya estamos con los robos –
Maldijo Duque moviendo la cabeza.
 - Aquí lo tienes puesto en la factura –
Le dijo mostrándole el sobre.
 - Bueno ya lo aclararé yo con ellos –
Contestó Duque caminando hacia el lago y cortando ramitas con su navajita.
 - ¿A qué no sabes de que son estas ramas?
Le preguntó a Francisco –
 - De madera serán, ¿no? –
Contestó éste riéndose
 - ¿ Y tú entiendes de campo?, esto es abedul, ¡hombre!, son muy buenas para usarlas como látigo para los caballos. –
 - ¿Y eso, a que no sabes lo que es?-
 - un madroño –

Respondió Francisco muy ligero.

- El coño tu prima –
Dijo Duque enfadado por la ignorancia de su alumno.
- Yo que se, yo me he criado en la capital –
Contestó Francisco con el dedo en la boca.
- Ven pacá, te voy a enseñar unos cuantos árboles. –
Dijo Duque con voz de profesor chiflado.

Estuvieron un buen rato por el lago. Duque le mostraba distintos árboles y para lo que servía la madera, varias ranas, gansos, patos, ocas y algún que otro pajarillo.

- ¿Qué pájaro es ese que canta ahora? –
Le preguntó poniéndose la mano en la oreja para oírlo mejor.
- Un somormujo macho –
Respondió Francisco de cachondeo.
- ¡Un somormujo!, ¡un somormujo!, eso es una mirla ¡hombre! –
Contestó Duque apunto de darse un cabezazo con un árbol por la ignorancia de Francisco.

Eran las cuatro de la tarde y las tripas de Francisco hacían un ruido extraño, todavía no había comido y miraba el reloj moviendo la cabeza.

Hablaron también del servicio y Francisco le dijo:

- Este es el servicio mas peligroso que yo he hecho en mi vida, porque en un polígono está rodeado de tiburones y no te atacan, pero aquí el que venga, al primero que se va a llevar por delante va a ser al vigilante, y quién sabe los enemigos que tendrán el encargado y el dueño, aquí no se puede estar sin arma –
- Llevas razón, pero no se lo digas a nadie, a ver si te llega la licencia y te dejo un revólver –
Le dijo Duque.
- Toma, ponte la porra y los grilletes por lo menos, porque así no pareces un vigilante –
Y se quitó los grilletes y la defensa y se las dio a Francisco.

Por fin fueron al cortijo y cambiaron de vehículo, Duque se fue en su mercedes negro comprado de importación y Francisco cogió el Patrol y se fue a comer a su caseta.

- ¡Que vida la del pobre!, menos mal que este trabajo es pasajero hasta que solucione el bache, a ver si sale pronto lo de la casa, si no me van a matar de un disgusto –
Hablabla solo Francisco, porque cuando uno está doce horas solo termina hablando consigo mismo.

Enchufó el pequeño televisor a la batería del Patrol (a una sola, porque el primer día la conectó a la luz interior ignorando que el Patrol lleva dos baterías en serie y produce veinticuatro voltios, se dio cuenta cuando olió a quemado) y montó como pudo su comedor. La mesa era chica, de las que usaban antes los bares en las terrazas, de madera plegable, que cuando llevaba un ratito sentado le dolían el culo y los riñones. Apartaba telarañas con la mano, y saludaba a alguna que otra salamanquesa que le miraban como a un intruso. Habría la pequeña ventana de madera y palillería con cuatro cristales pequeños que deba a medio metro de la cancela de Dos Hermanas. Recibió una llamada de su mujer y le comentó que dejaba el trabajo. Ya no estaba a gusto allí, y como lo de la hipoteca no tardaría mucho, pensó que era mejor retirarse de allí (lo que no le dijo a Elvira fue lo del viaje de Maru).

- ¿Te vienes de verdad? –
 Es lo mejor que haces, hijo, no tenías que haber vuelto –
- ¿Te has curado ya de la pedrá?
 Preguntaba Elvira.
- Sí, ya estoy mejor –
- Creo, que me iré hoy mismo –
 Le dijo Francisco, como si esperara el alta médica.
- Mejor...¡una leche! –
 Dijo Francisco cuando colgó el teléfono.

..... o O o

Ya por la tarde, se colocó de nuevo como siempre de siete a ocho, en la fuente. Sabía que a menos diez saldría de ella.

Así fue, salió de su callejón, cogió la bicicleta roja y pedaleaba con su cuerpo encorvado, Francisco la miraba con descaro, pero ella al pasar a su altura giró la cara hacia el otro lado, la giró descaradamente y con enfado él la siguió con la mirada hasta que girando a la derecha entró como siempre en el patio de la casa principal.

Esperó hasta las ocho y cinco con la esperanza de verla regresar, pero se ve que ella esperó también a que él se marchara. Y así con ese desánimo iba saliendo de la finca cuando se le ocurrió llamarla a su móvil. Se paró antes de llegar a la cancela del canal, se fumó al menos dos viceroy antes de decidirse y al fin marcó su número.

Tenía las manos sudorosas como si fuese a cometer un crimen, sonó varias veces la señal de llamada y salió una voz de operadora antigua que le dijo que el número marcado estaba desconectado o fuera de cobertura, colgó, volvió

a toquetear algunos botones y otra vez sonaba la señal de llamada. Ya le caía el sudor por la frente y los sobacos, cuando salió el buzón de voz y pidió que dejase grabado el mensaje (ahora le temblaban las rodillas y la barbilla), respiró profundo con el viceroy en los labios y apenas balbuceó:

Maru..., soy yo... Francisco..., nada, sólo quería preguntarte, ¿qué ha pasado?, hija, ¿porqué me haces esos desprecios?, si te he molestado en algo perdóname, bueno... llámame... por favor....-

Colgó y estaba empapado en sudor, encendió otro cigarrillo con la colilla mordida que tenía entre los dientes, y tuvo que bajarse del coche y respirar hondo, (ya había cometido el crimen).

- Que sea lo que dios quiera. –
Dijo limpiándose el sudor.
Empezó a toquetear de nuevo el teclado del móvil nuevo que aún no entendía bien y vio en la pantalla:
(Última llamada.... mujer)
¿Qué había hecho, ¡Dios mío!?
El buzón de voz donde había dejado el mensaje grabado era el de su mujer.
Le dio mil veces a los botones y no fallaba, según indicaba el cabrón del teléfono nuevo, había marcado por error el número de su mujer.
- ¡Dios mío! –
Exclamó descompuesto y con el cigarrillo doblado del mordisco que le dio.
- Bueno tranquilidad, ella no sabe mirar el buzón de voz –
Pensó para tranquilizarse.
- ¡Pero la niña, sí! –
Dijo de inmediato viéndose ya esposado y fusilado.
- Bueno tan poco es tan grave, mi mujer está al tanto de todo, tampoco pasa nada –
Se intentaba tranquilizar de nuevo.
- Le dije que no quería saber nada de Maru –
- Joder, joder, vaya invento de mierda el teléfono con buzón –
- Su puta madre el buzón de voz y el japonés que lo inventó –
Dijo en voz alta pegado a la cancela.

Volaba bajito el Tata por la carretera de la Isla, paró a entregar la llave a uno de sus compañeros, siempre se paraba a echar un cigarrillo con él y a criticar un poco al jefe, pero esta vez le lanzó la llave de lejos y sin parar el coche.

- La llave de los mimbrales, que tengo prisa, hasta luegooooo.-
Y continuó sin levantar el pie del acelerador.

Entró en casa desconfiado de cualquier mirada de soslayo que pudiese percibir de su mujer. Subió al salón de arriba y se sentó en el sofá buscando con la mirada el teléfono de su mujer. Estaba sobre la mesa auxiliar que tenía a un metro de él, fue a levantarse cuando se abrió la puerta y entró Elvira:

- ¿Qué? –
Dijo ella.
- ¿Qué de qué? –
Contestó él sabiéndose ya cogido.
- ¿No tienes nada que contarme?, ¡eihh!
Interrogó Elvira con la misma voz que el Sargento Arencibia.
- ¿Qué voy a contar, hija?, lo de siempre. –
Dijo Francisco sin creérselo ni él.
- ¿No has visto a nadie?–
Dijo Elvira clavándole la mirada.
- ¿A quién voy a ver? –
Contestó él apunto de declararse culpable.
- Ah, tu sabrás –
Insistió Elvira.
- La he visto de lejos, yo ya no me acerco por el cortijo.
Mintió mientras le resbalaba una gota de sudor por la frente.
- ¿Y no tienes nada más que contarme? –
Preguntó ella a punto de golpear con el martillito y decir visto para sentencia.
- Que estoy harto de finca –
Contestó Francisco abatido en el sofá.
- No te echan cuenta, ¿no? –
Dijo ella con rin tintín –
- Muchas horas y poco dinero. –
Dijo queriendo él desviar la atención de la fiera.
- ¡Pues no vayas más! –
Dijo ella.
- Mañana cuando salga le digo a Duque que no voy mas, voy a dejarlo y buscarme otra cosa, estoy cansado.
Dijo él sospechando con alegría que su mujer no había escuchado el buzón.
- Déjalo ya, hijo, si no tenías que haber vuelto –
Le repetía ella sin parar, mientras cogía su móvil.
- Dame el tuyo los voy a poner a cargar –
Dijo Elvira mientras miraba la pantalla.
- Este tiene una llamada perdida, y pone consultar buzón de voz –
Dijo tan normal.
- Eso es propaganda de amena, a mí también me han mandado uno-
Dijo Francisco sin mirarla a los ojos.

- Toma míralo tú, porque yo no lo entiendo todavía. –

Dijo ella confiando plenamente en él.

Francisco cogió el teléfono de Elvira, tocó unos cuantos botones y se lo pegó a la oreja de forma que ella no pudiese oír nada.

Efectivamente era su voz y su mensaje a Maru, terminó de escucharlo y lo borró, rejuveneciendo veinte años.

- Propaganda de amena –

Dijo sonriendo y dejándose caer en el sofá.

- Por los pelos, pensó mientras cambiaba el televisor de canal y se prometía no gravar en su vida ni un solo mensaje mas –

..... o O o

JUEVES, 15 DE MAYO, ABANDONA

El jueves, fue un día decisivo para Francisco. Se había levantado con la firme decisión de dejar la finca, por lo que su ánimo no era el mejor cuando se dirigía a La Tochuela.

Misma rutina, cancelas, luces, suspiro profundo en el callejón de Maru, mismas caras, mismos perros, echó de menos a su pata, y estaba hasta el gorro de hacer todos los días lo mismo.

Ningún trabajo es bueno si no te sientes a gusto o realizado con él, pero a Francisco se le complicó demasiado el asunto de Maru y estaba hecho un lío. El día iba normal, desayuno en la misma esquina del polo viendo mentalmente cabalgar a su niña, escuchando su risa y oliendo su frescura.

A medio día estuvo con Layo, y después de hablar de todo un poco, se le ocurrió ir a por una cerveza de litro a un pequeño bar junto al canal, estaba fresquita, fresquita y entre los dos se la hincaron en dos buchecillos aun a riesgo de que los pillara el encargado que pululaba por los alrededores. No quedaron a gusto del todo por lo que fue a por otra y tampoco dejaron que se calentara. Como sabemos que el alcohol alegra el alma y suelta la lengua, ambos empezaron a contar cosas de sus vidas. Layo le contó que se encontraba solo desde que su mujer le dejó, y que su madre estaba enferma y estaba peleando en el Ayuntamiento para que le pusieran una asistente social para que no estuviera sola todo el día.

Francisco tenía muchos más motivos para estar triste, pero solo le contó que enviudó con veintinueve años, quedándose con cuatro niños pequeños y que su vida tampoco había sido fácil.

Estando los dos mano a mano con la litrona llamó Elvira:

- ¿Qué, como va eso? –
 - Bien, aquí me estoy poniendo a gusto con mi amigo Layo –
 - ¿A gusto?
 - Hasta el culo de cervezas me voy a poner hoy –
 - ¿Qué celebras la despedida de la finca? –
 - No, no celebro nada, pero hace calor y me ha apetecido darme un homenaje –
 - Ten cuidado que tu cuando bebes eres mas peligroso que un indio harto de aguardiente –
- Dijo Elvira conociéndole bien.
- No te preocupes, que ya se me pasó la edad de hacer tonterías, tu ve quitándote las bragas que ya mismo estoy ahí –

Dijo Francisco antes de colgar.

Layo sonriendo, le preguntó:

- Te llevas bien con tu mujer, ¿verdad? –
- Sí, estupendo –
- Dijo Francisco.
- Eso es lo mas bonito que hay, llevarse bien el matrimonio.
- Dijo Layo muy triste, quizás recordando a su mujer.
- La mía, es una santa, aunque a veces también tenemos nuestros problemas



Contestó Francisco a punto de confesarle a Layo su enamoramiento de Maru. No se lo contó porque Layo cambió de tema y empezó a contarle que el encargado estuvo antes buscándolo y le sorprendió cogiendo caracoles:

- Aquí cogiendo un guisillo de caracoles, le he dicho, he estado a punto de ofrecerle los caracoles a él, pero va a pensar que si

yo le doy estos, luego me pondré a buscar mas para mí, por eso no se los he ofrecido –

Se lamentaba Layo, sin saber si había hecho bien o mal.

- Es buena gente el encargado, ¡hombre!, no te preocupes.
- Le dijo Francisco
- No, si el hombre no me ha dicho nada, pero son fallillos que le pillan a uno –
- Decía Layo apesadumbrado de haber perdido tiempo cogiendo caracoles.
- Si lo mío fuese un problema de caracoles.... .-
- Pensó Francisco sonriendo.

No anduvo mucho por el cortijo, así que tampoco vio a Maru de cerca. La vio de lejos un par de veces y ella miró a otro lado.

A las dos se fue a su caseta a comer, desbaratándole otra vez a la araña el trabajo de toda la noche.

- Es tonta esta araña, eh!, todos los días le echo abajo el tinglao y ella empeña en hacer la tela en el mismo sitio.

Murmuraba mientras preparaba la mesa pensando que algún día Maru se pararía allí y charlaría un rato con él.

Ya por la tarde, se colocó en el mismo sitio a la misma hora. Bajó del coche y paseo alrededor de la fuente. Se sentó donde por primera vez ella le saludó con aquellos dos besos y le ofreció gusanitos. Tenía los pies apoyado en alto en el poyete de la fuente, y su postura era la de esperar que pasara el tiempo. Faltaban diez minutos para las ocho cuando ya desde su coche vio a Maru salir de su rincón. Esta vez no cogió la bicicleta, venía seguida de chato y pasó por su lado mirando para el lado contrario. Tenía tanto empeño en no mirarle, que casi tropieza con la fuente, fue un desprecio total, pero Francisco sonriendo miró como se alejaba en dirección a la cocina y recreó su vista y su alma con aquellos andares de niña-mujer, con aquel tipito gracioso y con aquel genio y enfado andante que aún despreciándole como lo hacía, le seguía pareciendo la criatura mas maravillosa que existía y existiría en este bendito Planeta que la vio nacer.

Con esa sonrisa y esos pensamientos abandonó La Tochuela y entró en la oficina de su jefe que le pillaba de paso de donde dejó la llave.

- Buenasssss....-
- Dijo al entrar.
- Hola Martínez, ¿Cómo va eso? –
- Contestó Duque.
- Mal, va mal Duque, traigo malas noticias.
- ¿Qué te pasa ahora Martínez? –
- Preguntó Duque mientras manoseaba unos papeles, y se los daba a su mujer que también estaba allí.
- Que lo dejo Duque, que ya no voy mas al campo –
- Soltó Francisco descansando por haberlo dicho ya.
- No puedo seguir allí –
- Añadió cabizbajo .
- ¿Y por qué, hombre? –
- Preguntó Duque sin inmutarse.
- Que me cansao, me cansao –
- Dijo Francisco sin haber preparado una excusa.
- ¿Pero algo te habrá pasado, no? –
- Insistió Duque buscando algo en el archivo.
- Que estoy cansado Duque, que estoy cansado.
- Repetía Francisco como un loro.
- A ti te pasa algo más, tu tienes un problema que no me lo quieres decir.
- ¿Te vas a separar o algo parecido?
- Le preguntó Duque ya fuera de la oficina para que su mujer no se enterara.
- Algo así, algo así, pero no exactamente.
- Dijo Francisco indeciso y cabizbajo mientras Duque lo miraba muy serio.
- Te voy a decir la verdad Duque, pero no se lo digas a nadie, me he enamorado de la caballista y tengo que dejar de ir por allí –

- Dijo aliviado y mirando a Duque a los ojos.
- ¿Enamorado? –
Casi gritó Duque.
 - Como una fiambarrera –
Contestó Francisco avergonzado
 - Pero esa ¿qué?, que se lía con todos ¿o cómo? –
Preguntó Duque sin conocer a Maru.
 - no, no, que va, ella no sabe nada, ni ha dado pié a nada, es una muchacha decente, soy yo que no se que me ha pasado. –
Dijo auto inculpándose del delito.
 - No se puede ir a los sitios mirando a las mujeres. –
Dijo Duque moviendo la cabeza.
 - Me ha pasado y ya no tiene remedio, por eso tengo que dejar de verla. Lo siento mucho hijo. –
Dijo Francisco disculpándose.
 - Bueno pero no me dejarás ahora de golpe, ¿no?, dame unos días para buscar a otro. –
Dijo Duque pensando en su negocio.
 - Bueno, hoy es jueves, estaré hasta el sábado, el domingo quiero estar con mi mujer –
Sentenció Francisco montándose en el Tata.
 - Estás apañado –
Escuchó mientras arrancaba.
 - Así es la vida. –
Murmuró él saliendo a toda velocidad hacia Sevilla.

..... o O o

VIERNES 16, LA CARTA

Mezcla de alegría y tristeza era lo que llevaba Francisco esa mañana para La Tochueta.

Alegría porque no tendría que estar en la finca sin ver a Maru porque él se iría antes que ella, y triste porque no sabía si podría regresar cuando ella volviese de su viaje. Su intención era no volver nunca más allí, pero nunca se sabe, siempre había la posibilidad de hacerlo si el monazo era muy gordo.

Pensaba también en el motivo de que Maru no quisiera su teléfono, y pensó que había cambiado de móvil, y no quería que él supiese el número nuevo, porque pensaría que si Francisco le daba el suyo, también le pediría el de ella, y ahí estaría el misterio de la negativa rotunda.

- ¿Tiene miedo a que le ponga mensajes? –
Decía mientras se acercaba a la primera cancela.
- ¿Por qué tanto enfado por unos mensajes? –
- ¿Qué habrá pensado de mí? –
- ¿Por qué no se lo he preguntado ya? –
- Me habrá tomado por un mujeriego o un busca aventura con jovencitas, por un casado sin vergüenza de los que hay tantos, y estas extranjeras desconfían de todo. –
- Que malamente he quedado con ella, no puedo irme de aquí sin darle una explicación, yo no soy un sin vergüenza y no he buscado nada raro con ella, no tiene ni porqué enterarse de lo que siento por ella. –
Meditaba mientras se dirigía a la otra cancela.
- Voy a escribirle una nota y se lo explico todo –
Dijo en voz alta mientras apagaba el cigarrillo de un pisotón en la cancela de Dos Hermanas .
Ya tenía en que entretenerse y se encontró feliz.
- Le escribiré una carta –
- De todas formas para lo que me queda que estar aquí, no creo que les de tiempo de fusilarme –

Alegró el paso contento, apagaba luces a manotazo limpio y sus botas rechinaban por el patio empedrado mas ligeras que nunca. Llegó al rincón de Maru y levantó la bicicleta roja. No pudo evitar un escalofrío al tocar aquel manillar y aquel asiento donde ella ponía sus manos y también su pantalón vaquero. Observó detenidamente los puños de goma del manillar y hasta notó el sudor de las manos de Maru en ellos. Vio los calcetines de los caballos y las mantas de montar que ella había doblado y colgado con sus manos. Olió

profundamente la cuadra donde ella pasaba la mayor parte del día, como queriéndose llevar ese olor y recordarlo eternamente.

Sintió una congoja que le hizo salir de allí con la piel de gallina mientras un sudor frío le recorría la espalda.

- ¡Díos!, ¿qué he hecho? - , yo mismo he renunciado a estar aquí, no se si me he precipitado con decirle a Duque que quiero irme. –
Murmuraba mientras arrancaba el viejo Patrol.
- Creo que es lo mejor, además ella se va ya mismo –

Le daba pánico pensar que tendría que estar allí, no estando ella. Ya el lunes pasado cuando terminó el polo y ella se llevó todo el día de cancela en cancela con su acompañante, vio un remolque cargado con sillas de montar y bastones de polo y le entró las siete cosas pensando que era ella la que se iba. Cuando mas tarde descubrió que era el remolque de los visitantes respiró tranquilo. Allí siempre había movimiento de caballos, y el camión que lo transportaba estaba a menudo en el patio de labor, por lo que en los últimos días se llevó varios sobresaltos. Por eso decidió irse, porque estaba seguro de que no podría soportar no verla a ella por allí dando vueltas.

Comenzó la carta en la esquina del campo de polo donde desayunaba.
Le costó mucho empezarla:

LEELA HASTA EL FINAL POR FAVOR

“ ...No entendía tu actitud de no querer mi teléfono hasta que anoche al salir marqué tu número y vi que no existía.

Tú tienes miedo a que yo te pida el nuevo número. Te aseguro que no sabía que habías cambiado de teléfono.

Creo que te molestaste por los mensajes, que al fin y al cabo eran mensajes puestos por puro aburrimiento y todos intrascendentes y graciosos, sin ninguna maldad. Si te molestaron de pido perdón.

Pienso que me has juzgado mal. Yo no soy ningún mujeriego ni busco nada, estoy felizmente casado y solamente he visto en ti, una chiquilla que es la alegría de la finca, y por eso buscaba tu compañía.

De todas formas me voy el sábado, este no es mi trabajo, yo soy Guardia Civil retirado en acto de servicio, por que me pegaron dos tiros en un control de carretera, y gracias a Dios tengo muy buena pensión, trescientas mil pesetas mensuales, por lo que este trabajo lo estoy haciendo porque mi jefe que también es Guardia Civil retirado me pidió el favor mientras encontraba a un guarda. El domingo viene uno de Utrera, por lo que yo termino mañana.

Mi teléfono: 600.00.00.00.

El de mi mujer: 600.00.00.00” .-

Y firmaba Francisco.

La escribió a lo largo de toda la finca, de vez en cuando se paraba y escribía un poco, luego mas tarde lo rompía y empezaba de nuevo, y otras veces tachaba una palabra para sustituirla por otras.

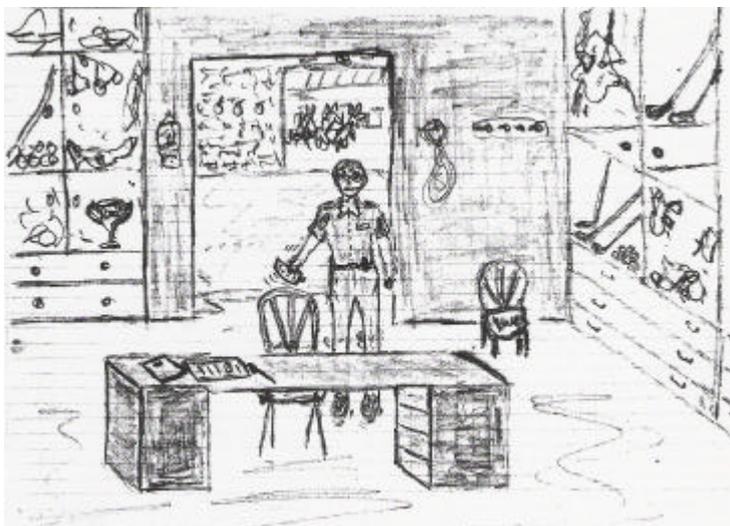
Terminó por pasarla en limpio en su caseta jodiéndole otra vez la tela a la araña. Estaba en ello cuando recibió la llamada de su mujer:

- ¿Qué? –
- Aquí estoy –
- ¿Dónde? –
- En la caseta de la cancela –
- ¿Y qué?, ¿Saben ya que te vas? –
- No, no le dicho nada a nadie –
- ¿Y los amoríos, como van? –
- Bien....-
- Me da coraje irme así...., voy a quedar fatal con esta niña. Pensará que le he tirado los tejos y me recordará como a un sin vergüenza.
- Habla con ella chiquillo, tu es que no hablas y por eso te pasa lo que te pasa. Tu cuando la veas le preguntas: ¿Oye, yo te he hecho algo?, si te dice no, entonces le preguntas porque no te habla y te hace esos desprecios –
- Yo hablo poco, se me da mejor escribir. He pensado escribirle una carta y dejársela en su mesa –
- ¿Una carta?-
- ¿Y qué le vas a poner? –
- Que sepa que yo no soy un mujeriego. Se lo explicaré a mi manera. –
Dijo Francisco buscando la aprobación de la carta que ya estaba escrita.
- Bueno... escríbesela, aunque tu ya la tendrás escrito, ¿no? –
Dijo Elvira, conociéndolo de sobra.
- Está empezada, pero no la he terminado –
Dijo él contento con la aprobación.
- Si no te conociera yo a ti –
Dijo Elvira.
- Te vas a meter en un lío, porque yo me pregunto que ¿porqué tienes que pedirle explicaciones? Y ¿porqué quieres quedar bien con ella?, si no te importara te daría igual. -
- Si me importa, pero no como tú piensas ni como ella cree, me importa porque es una chiquilla decente y buena persona y no quiero que guarde un mal recuerdo mío.
- Bueno has lo que quieras, pero te van a echar de la finca a patadas –
- ¡Hasta luego!, un beso –
Terminó Elvira.
- Hasta luego –
Dijo Francisco con la carta en la mano.
Buscó un sobre en su gran bolso donde llevaba casi de todo y puso:

(SEÑORITA MARU), luego leyó varias veces la carta y la introdujo en el sobre preguntándose si tendría valor para dársela.

Fue acercándose sin prisas al cortijo, llegó al patio de labor y aparcó de forma que viese la cuadra de polo. Al momento vio a Maru bajar por las escaleras de la oficina, llevaba dos libretas grandes y un bolígrafo “bic” cristal en la mano izquierda, (no le vio a él), conforme bajó se dirigió a su oficina, es decir, al guadarnés. Francisco permanecía en el coche y el sobre se le estaba pegando al sudor de la mano. Tenía que concentrarse, no se puede dar un salto así sin antes hacer relajación, y si le hubiese valido hasta un poco de yoga. Bajó del coche y se acercó con el sobre en el bolsillo de su pantalón hasta el patio de la fuente (ya había avanzado medio camino).

Ella seguía dentro de su oficina.



Él necesitaba un empujón para saltar.

El momento era delicado, no se escuchaba ni el trinar de los gorriones. La tenía allí a menos de veinte metros, y era la oportunidad perfecta para entregársela en mano. No le llegaba la camisa al cuello, y sus piernas de un momento a otro se pondrían a temblar. Dio una gran calada al cigarrillo quedándose con

la colilla quemada entre los dedos, tomó impulso y pensando lo que le diría, caminó hacia el guadarnés. Cuando le faltaban cinco metros para llegar salió ella con gran zancada y sin mirar a los lados se metió en la cuadra. Francisco se detuvo justo entre la cuadra y el guadarnés, en el patinillo empedrado que separaba ambas dependencias, y por unos segundos pensó esperar a que ella saliese, pero viendo que no podría articular palabra cuando la tuviese delante, optó por entrar en el guadarnés y con mucha prisa dejó el sobre encima de las dos libretas y el bolígrafo que ella había puesto sobre su mesa. Temió tropezarse con ella al salir, pero fue visto y no visto y en un segundo ya se había quitado de en medio, y en dos segundos más ya estaba en mitad de la finca respirando profundo y tomándose el pulso con la mano en la muñeca, (mas de doscientas pulsaciones llegó a contar).

- Ya está hecho -

Fue lo único que dijo en un buen rato.

Pasaron varias horas en la que Francisco tenía el corazón encogido, temía que Maru le hubiese enseñado la carta al encargado. Temía que sonase el móvil

de un momento a otro y que le dijera el encargado que se fuese de la oficina. ¡Dios!, qué angustia tenía en lo alto.

A la hora de comer se fue a su caseta y mientras mas tiempo pasaba mas se tranquilizaba.

- Para un día que me queda, que mas da que me echen hoy –
Pensó acurrucado en la silla de la caseta.
- Tampoco he matado a nadie, ¿no? –
Decía temblándole el labio.

Pasó un par de horas en la caseta y se tranquilizó.

- Si no me han llamado ya, es que Maru no ha dicho nada –
Dijo relajándose.
Pero de pronto pensó otra posibilidad:
 - ¿Y si ella no volvió a entrar en el guadarnés y no ha visto aún la carta? -
- ¡Mierda!, me tenía que haber quedado para ver si entró o no. –
Pensó aterrorizado.

Se lo comía la incertidumbre, por lo que decidió acercarse por el cortijo. Estuvo unos minutos por el patio y nadie le señaló con el dedo, por lo que respiró un poco mas tranquilo.

Cogió la moto y estuvo pegando motazos hasta las siete. Deseaba y temía ponerse en el patio de la fuente, pero allí se plantó con su Tata esperando la hora de salida. Al ratito pasó el encargado y le saludó sin notarle nada raro. Maru no aparecía por allí, por lo que se la imaginó en su casita releendo la carta y pensando qué hacer con él.

A las siete y media, cuando estaba rellenando el nivel de aceite de su Tata en el patio de la fuente, y justo en el momento de tener la garrafa empinada salió Maru. Salió seria, muy seria, y por un momento le pareció que se dirigía a él, pero mirándolo de reojo dobló a la derecha y se dirigió a la cuadra. Francisco no le quitaba vista, mirándola hasta que se percató del charco de aceite que estaba formando en el suelo por debajo del motor, al mirar a Maru y como no usaba embudo, desvió el chorro y el charco que tenía bajo sus pies era de escándalo. Intentó disimular y con un trapo intentó limpiar el charco, y lo que hizo fue agrandarlo más, de forma que ahora tenía un diámetro de una mesa de camilla. Tenía el trapo y las manos chorreando de aceite, y de esa guisa, abierto de piernas para que no le chorreara al pantalón, se dirigió al grifo próximo al arco de la entrada. No quiso mirar para atrás por si Maru le estaba observando, aunque luego se arrepintió de no hacerlo, porque así la habría visto reír.

Una vez más o menos limpias las manos y mas o menos limpia la mancha a base de empapar el trapo y exprimirlo en el grifo, cerró el capó del coche y pensó:

- ¿Por qué no le preguntó si ha leído la carta? –

Dicho y echo, ella estaba desinfectando la pata de una yegua, utilizando una gran brocha que mojaba en una lata que contenía una especie de grasa negra.

Le observaba agachada y dándole brochazos a la pata de la yegua.

- Es guapa hasta agachada –

Pensó.

Y armándose de mucho valor se encaminó hacia ella que estaba agachada de espalda a él. Tuvo mala suerte, porque justo antes de llegar se levantó y sin mirar atrás echó a caminar con la yegua agarrada de la brida y se dirigió al callejón trasero. La esperó sentado en el coche, pero al verla venir le faltó valor para hablarle. Ella se metió en su casita y volvió a salir a las ocho, pero como casi siempre cogió la bicicleta y al pasar al lado de él, volvió la cara hacia el otro lado.

Francisco se lamentaba de su falta de valor para hablar con ella, había tenido muchas oportunidades y no fue capaz de hacerlo. Era increíble que un hombre que había pasado por casi todo en la vida, que se había jugado la suya propia infinidad de veces en los veinte años de Guardia Civil, le pudiese faltar valor para hablar con una chiquilla que podría ser su hija.

Antes de salir de la finca le dejó una nota en el reloj de fichar al compañero que hacía la ronda de noche, que precisamente era el ¡qué fresquita!:

- *Tractor todavía averiado en el camino –*
- *Mañana cumplo condena y quedo en libertad –*
- *Un saludo y buen servicio. –*

..... o O o

SÁBADO, 17 DE MAYO, ÚLTIMO DÍA

Era un día especial, por lo que se levantó sin necesidad de que sonara el despertador. Elvira también se levantó para comprar el pan de los bocadillos recién sacados del horno en la panadería de su calle. A ella se le notaba feliz, por que al fin su marido iba a perder de vista la dichosa finca, que tantos quebraderos de cabeza les estaba dando a los dos. El tenía una mezcla de alegría y tristeza, pero no tuvo más remedio que mostrarse contento ante su mujer. Además había sido también una noche triste porque se les había muerto Raúl. Raúl era un gato blanco y negro que ellos habían visto nacer en casa, y que no había cumplido aún los tres años, pero debido a una enfermedad al parecer incurable se hinchó y estaba en tratamiento veterinario, pero esa misma noche al ir Elvira a darle de comer se lo encontró muerto. Ella decidió que se lo podía llevar a la finca y enterrarlo allí decentemente en vez de tirarlo a la cuba de la basura, por lo que Francisco lo envolvió bien en bolsas de plástico negras y lo metió en la parte trasera del coche.

Se despidió de Elvira en la puerta de casa dándole un beso a pié de ventanilla.

- Menos mal que es el último día, que ganas tenía hijo –
Dijo ella como la que termina una condena.
- Y yo, y yo –
Dijo él resoplando.
- Entierra bien a mi Raúl, ya iré a verlo algún día –
Le dijo ella mientras se alejaba.

Hacía una mañana de verano, y el aire que se respiraba al salir de la ciudad era limpio y fresco. Recogió la llave de la cancela diciéndole al compañero Riquet:

- Último asalto, no me lo creo, que alegría –
- ¿Quién pudiera decir lo mismo? –
Le contestó Riquet con envidia.

Conforme se aproximaba a La Tochueta iba mas melancólico, pensaba los buenos momentos vividos allí y lo triste que se iría.

- Tenías que haber conocido esto Raúl, te hubiese encantado hijo, ¡que mierda de vida, ¿qué daño habrás hecho tu para morirte? –
Le hablaba a su gato.
Llegó a la cancela de Dos Hermanas, abrió su caste y dejó allí a Raúl.

Era el último día que estaría allí, por lo que el recorrido de apagado de luces fue bastante distinto al habitual. Fue fijándose detalle a detalle en cada

rincón de aquel majestuoso Cortijo, iba lento, sin prisas, disfrutando del momento y despidiéndose de cada interruptor que apagaba.

- Hasta nunca –
Le decía.

Acarició con la mirada cada rincón por donde pasaba, se despidió de los caballos españoles, y acarició con bastante mas cariño del habitual a chato que saltaba a su alrededor llenándole el pantalón de baba y de tierra. Acarició con especial cariño al mastín que esa mañana andaba suelto, y al perrito negro que también parecía despedirse de él. Cuando llegó a la cuadra de polo respiró profundo y acarició con sus manos el interruptor, las mantas, los calcetines y todo aquello que Maru podría haber tocado. Tenía el corazón encogido y se le arrugó del todo cuando llegó al callejón de ella.

Tocó la bicicleta, esta vez sabiendo que sería la última vez que lo haría, apagó el interruptor de aquel farol que hacía tiempo que estaba fundido y no funcionaba, pero lo apagó. Miró la ventana de la cocina donde una vez la vio fregar aquellos vasos, e incluso se atrevió a llegar hasta la puerta de la casita, aquella puerta de palillería acristalada y la compañera de madera maciza que guardaban tras de sí a la niña mas maravillosa que jamás exista en vida y en pensamiento de nadie.

Tuvo que salir de allí porque la congoja le invadió el Alma, y porque no quería ni imaginar si Maru abriese la puerta y se lo encontrara allí.

Cogió el Patrol también con especial cariño, y se dirigió a la caseta donde había dejado a Raúl.

Estaba bien envuelto en bolsas de plástico, pero aún lo metió en dos sacos de abono vacíos y lo amarró bien, cogió un azadón de los varios que había en la caseta y se dirigió detrás de los arbustos pegados a la cancela.

Le costó cavar un hoyo lo suficientemente profundo, porque el terreno era duro, pero después de veinte minutos y unas cuantas maldiciones consiguió hacerlo. Depositó con mucho cariño el saco en el agujero y escribió una nota que decía:

- Raúl, fecha de nacimiento y defunción, y – nunca te olvidaremos –

Dejó la nota sobre Raúl y lo tapó con la misma tierra que sacó y una gran piedra que le costó trabajo mover, para que las alimañas no lo desenterraran.

Puso también una cruz hecha con dos palos tumbada sobre la piedra, y acabó depositándole un ramillete de jaramagos con sus florecillas amarillas. Se quedó unos segundos mirando la tumba y dijo:

- Lo que es la vida Raúl, yo me voy hoy y tu te quedas aquí para siempre.

Aquí estarás bien, te he puesto en la entrada principal. Tu te lo mereces hijo. Descansa en paz. –

Y mirando al cielo, dijo:

- ¡Qué cabrón eres!, ¿Qué te ha hecho a ti el pobre Raúl? –

..... o O o

Pasaban pocos minutos de las nueve cuando estaba desayunando en su lugar habitual, entre otras cosas porque el hombre es un animal de costumbres.

No estaba muy satisfecho con la forma de irse, pensaba en la carta que le dejó ayer a Maru, y aún no estaba seguro de si ésta la vio o no.

- Si la ha visto, no me ha dicho ni pio –
Dijo asustadito.

También recordó lo que su mujer le dijo cuando él le contó lo que ponía la carta que le dejó y la forma de dejársela.

Estaban en la cama y se lo contó todo con pelos y señales, le dijo el miedo que pasó al dejarla y cuando pensó que se lo diría el encargado.

Elvira se reía y le dijo:

- ¿A que te gustaría haber tenido un agujerito y verla cuando leía la carta?, ¿verdad?, ver la cara que ponía y lo que decía, ¿cuánto darías por haberla visto? –
- Si, me hubiese gustado, sí –
Dijo él imaginando a Maru abriendo y leyendo aquella carta.

Estaba con aquellos pensamientos, cuando se le ocurrió la locura del día:

- ¿Y porqué no le digo a Maru la verdad? –
Reflexionó unos segundos y volvió a pensar:
- Me voy de la finca, ¡Qué carajo me importa a mí nadie! –
- ¿Y lo a gusto que me quedaría? –
- Que sepa la verdad de una puta vez –

Dicho y hecho, las locuras hay que hacerlas conforme se piensan, porque si lo meditas mucho, nunca te dejas llevar por el corazón.

Cogió su libretita pequeña de campo (la misma donde muchos días antes anotó el teléfono de Maru), la abrió por el centro para que la hoja estuviese limpia y sin arrugas, y pensando con el corazón que es como piensan las buenas gentes, escribió:

- **MENTÍ, LO ÚNICO CIERTO ES QUE ME ENAMORÉ DE VOS.
NO ME TOMES POR MUJERIEGO NI SINVERGUENZA.
HOY ES MI ÚLTIMO DÍA EN LA FINCA.
TE PROMETO QUE JAMÁS VOLVERÁS A SABER DE MÍ.
SOY UN IMBÉCIL.
PERDONAME. –**

No tuvo que rectificar nada, le salió de un solo trazo porque hablaba con el corazón en la mano, pero no lo firmó entre otras cosas porque supuso que nadie más le escribiría hoy notitas a Maru, y porque ella sabría de sobra quien era el único loco capaz de escribir aquella notita.

La miró varias veces y miró el reloj, solo eran las nueve y media y ella no se levantaba normalmente hasta las diez, así que pensó que le daba tiempo de meterla bajo su puerta para que al abrir la viese.

Aparcó el Patrol en el patio de labor, y con nota doblada en el bolsillo se dirigió al patio de la fuente. Se aproximó poco a poco y disimulando hasta el callejón de Maru, allí se lo comió la indecisión.

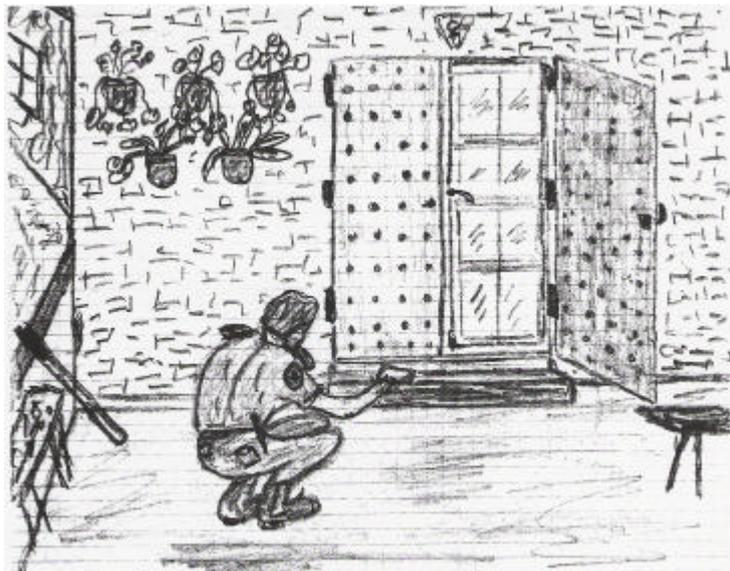
No sabía si hacerlo o no, se lo comía la bulla porque eran casi las diez. Volvió otra vez al patio de labor, y comprobó que el Opel Corsa y el Fiat Uno estaban allí, eso quería decir que Maru también estaba dentro, porque una vez la vio regresar de Dos Hermanas, que por cierto se preguntó muchas veces ¿dónde y con quién habría dormido?.

Volvió otra vez al patio de la fuente, y ya decidido fue a meterse en el callejón cuando aparecieron por la esquina de la cuadra dos albañiles, disimuló Francisco tocando el interruptor de la luz, y le pareció tremendamente lentos.

- Estos tampoco descarrilan –
Murmuraba enfadado.

Por fin se despejó el patio y encomendándose al todopoderoso que hacía unos minutos insultó, se decidió y de dos zancadas se introdujo en el callejón. Dobló la esquina rozando con el codo en la pared, y se paró delante de la puerta de palillería.

No tenía mucho tiempo, por lo que se agachó y metió la hojita abierta por debajo de la puerta quedando el papelito entre la de palillería y la maciza. Salió tan rápido como pudo porque ni quería pensar lo que pasaría si ella le pillaba metiéndole notitas por debajo de la puerta.



A los dos minutos ya estaba otra vez en el campo de polo jadeando y mirándose las pulsaciones.

- Esto se ha convertido en rutina. –

Dijo sin saber si reír o llorar.

..... o O o

Ahora si que esperaba la llamada del encargado.

- Ya, no me escapo.

Pensaba Francisco dispuesto a abandonar la finca antes de tiempo y por la puerta falsa.

Pasado un poquito el susto, regresó hacia las doce al patio de labor para ver si todo estaba normal o si estaban formando al pelotón de ejecución.

Dejó el Patrol, cogió la moto, y justo cuando la arrancaba vio salir a Maru de su callejón que con paso rápido subía a la oficina.

- No me escapo ni con alas –

Pensó agarrado como un buitre al manillar.

Le pareció ver por la ventana de la oficina como Maru gesticulaba y enseñaba un papel. Al momento bajó con el carretero y se dirigían derecho a él.

Pensó dos cosas: huir o parar la moto y afrontar el chaparrón.

Decidió parar la moto, respiró hondo y cuando esperaba lo peor, pasaron de largo y se dirigieron al coche del carretero.

- Va a coger la escopeta, seguro –

Pensó Francisco recordando el crimen de los Galindos.

Pero volvió a respirar cuando se subieron al Seat Toledo rojo y se iban sin ni siquiera mirarle.

Ella se dejó el cinturón de seguridad colgando por fuera de la puerta e iba dando portazos para cerrar.

Francisco imaginó su cabeza entre la puerta y ella golpeándola.

- Van a por los Guardias, no falla ¡que escándalo! –

Murmuró, viéndose ya esposado por sus compañeros.

..... o O o

Anduvo de un lado para otro, de la finca con un mal vivir en el cuerpo, que deseaba que le dijeran lo que fuera cuanta antes, porque es peor la espera del castigo que el castigo en sí. Por lo que decidió volver otra vez al patio de labor y afrontar de una puta vez lo que fuese.

No vio ningún movimiento raro, así que se fue con la moto al camino de las cancelas y se cruzó con Maru y el carretero que venían de Dos Hermanas.

Ninguno de los dos le saludó.

- Han ido a denunciarme por acoso.
- Chivatos.

Decía muy apurado y arrepentido de escribir la jodida notita.

- Ahora se lo que debió sufrir el pobre de Federico García Lorca antes de que lo fusilaran por escribir notitas. –

Pensaba mientras se dirigía a su caseta.

Llegó a la cancela, abrió la caseta y se sentó en la silla plegable de madera con ganas de morirse.

- Ya sabía yo que no era buena idea lo de la notita –

Repetía una y otra vez, mientras le jodía la tela a la araña con el dedito.

Cogió un bolígrafo, y puso en el marco de la ventana su nombre y el año.

- Que sepa el nuevo guarda como me llamaba yo –

Dijo, pensando que pasaría por allí desapercibido.

Fue a ver a su amigo Layo y se lo encontró plantando matitas de sandías, melones, pimientos, tomates y varias hortalizas mas. Le explicó Layo que eran para su propio consumo y que allí todos hacían lo mismo, porque aquella tierra era muy buena y entre olivo y olivo se sacaban buenas hortalizas.

- Dentro de dos meses probarás los melones y las sandías.

Le dijo Layo.

- Me parece que no. –

Contestó Francisco explicándole que era su último día en la finca.

- Y no sé, si terminaré el día aquí –

Dijo, sabiendo muy bien lo que decía.

Eran cerca de las dos de la tarde cuando se dejó caer por el patio de labor, cambió la moto por el Patrol y se puso junto a la báscula a abrir un montón de cartas de bancos que se había llevado de casa porque tenía el correo muy atrasado. Estaba en ello, cuando por el arco del patio de la fuente apareció Maru. Llevaba a una de sus yeguas a reata, le seguía chato, pasó por su lado izquierdo y se le quedó mirando fijamente sin saludarle ni decirle nada. Francisco también la miró como si no la conociera.

No pasó ni diez minutos cuando la vio regresar sin yegua, venía andando tranquilamente seguida como siempre de chato, y esta vez atravesó la báscula y pasó a un palmo de él que la miraba fijamente. Ella no le miró pero se le escapó una media sonrisa y sus andares le parecieron a él más sexy que de costumbre. Tal vez lo hizo aposta. Francisco que intentaba ordenar el montón de facturas de bancos, las apiló en el asiento de al lado y dijo:

- Que le den por culo a las facturas. –
- ¿Habrá visto la nota? –
Pensó de golpe.
- Es que la dejé precisamente en la hoja de la puerta que no abre ella para salir –
Dijo preocupado.
- Bueno pero de todas formas estaba muy visible entre las dos puertas –
Se comía el coco pensando.
- ¿Y si no la ha visto? –
- Maru es muy despistada. –
Pensó hasta en comprobar si aún estaba allí el papelito, pero no se atrevió por miedo a tropezarse con ella.

- ¿Qué habrá pensado cuando ha visto la nota en el suelo? –
- Me la imagino agachándose, recogéndola y leyéndola de pie en la misma puerta. -
- ¿Cuántas veces la habrá leído? –
- ¿Qué ha hecho con ella? –
- ¿La ha tirado? –
- ¿La habrá guardado? –
- ¿Se la metería en el bolsillo del pantalón y aún la lleva encima? –
- ¿La habrá dejado en casa? –
- Qué me gustaría haberla visto, cuando leía esa declaración –
- ¿Se le habrán declarado así alguna vez? –
- ¿Se habrá reído al leerla? –
- ¿Le habrá gustado? –
- ¿Se habrá asustado? –

- ¿Me odia? –
- ¿Le caeré simpático? –
- ¿Le pareceré tonto? –
- ¿Se lo contará a alguien? –
- Y si lo hace, ¿lo hará orgullosa o enfadada? –

Se pasaba la hora de comer haciéndose todas esas preguntas que seguramente nunca tendrían respuesta.

..... o O o

- Ya te voy a dejar en paz, hija –
Le dijo a la araña que lo miraba culpándole de todas sus desgracias.
- Os voy a dejar en paz a las dos, a Maru y a ti –
Le decía a la araña mientras preparaba la mesa para comer. No tenía ninguna prisa, por lo que instaló el televisor, puso un paño de cocina como mantel y empezó a sacar fiambreras de su gran bolso de viaje: papas aliñadas, ensaladilla rusa, filetes empanados, un termo con gazpacho fresquito, aceitunas rellenas de anchoas, picos, patatas fritas de bolsa y un melón pequeño.
- Me engañarán en el sueldo, pero en el trabajo me parece que no –
Murmuró mientras se acomodaba como podía en la silla de madera.

Cuando ya le dolía el culo de estar sentado, decidió dar una vuelta, eran casi las cinco y cambió al coche por la moto. Después del lote de comer que se había pegado, le apeteció dar un paseo por el contorno de la finca. Fue despidiéndose de los lugares donde él mas se paraba. Por supuesto se despidió del rincón del campo de polo donde desayunó tantas veces. Respiró profundo al pasar por el maizal que ya tenía una altura de medio metro, y pensaba lo curiosa que es la vida; un lugar tan pateado por él y seguramente no volvería a pisar aquellos campos en toda su vida. Allí quedarían recuerdos de él por muchos años, por ejemplo las colillas de viceroy.

- Me gustaría volver cuando pasen veinte años para ver si encuentro algo mío por aquí, como las gafas de sol, que no he tenido coño de encontrarlas –
Hablaba solo y en voz alta Francisco.
- O a Maru que tampoco la ha encontrado –
Dijo en voz bajita, como temiendo que alguien la escuchara.

Ya eran las seis y algo cuando entró por la cancela principal de la Hacienda, pasó el estanque de su pata y salió al patio de la fuente. Iba fotografiando todo mentalmente, quería llevárselo dibujado en su memoria. Miró al callejón de Maru y fue cuando se percató de que no estaba su bicicleta, ni tampoco a chato se le veía por allí, por lo que dedujo que había ido a dar un paseo por los alrededores.

- ¿Habrá ido a buscarme para hablar conmigo? –
Se hizo ilusiones.

Dio la vuelta al lago con la moto para ver si se encontraba con ella, pero no la vio por ningún sitio y regresó al patio de la fuente. Entonces vio la bicicleta apoyada en la entrada de su callejón.

- ¿Por dónde ha entrado? –

Se preguntó.

- ¿Ha escuchado la moto y por eso ha regresado? –

- No querrá cruzarse conmigo –

Pensó.

Se fue disgustado consigo mismo por no haber sido capaz de encontrarla, y cuando pasaba por el patio de labor le llamó el encargado:

- ¿Usted, va a ver a Layo luego? –

Le preguntó.

- Sí..., vamos..., si hace falta voy ahora a verlo –

Contestó Francisco disimulando el susto que se llevó al llamarle, y la desgana de irse ahora del patio.

- Dígale que no se vaya hasta que acabe el pivot de regar –

- Voy ahora mismo y se lo digo.

Contestó con poquitas ganas.

Vio que el encargado iba a subir a su coche y pensó que debería decirle que él ya no vendría mas a la finca.

- Bueno, me voy a despedir de Ud., porque hoy es el último día que hecho aquí. –

Le dijo.

- ¿Se va Ud.? –

Preguntó el encargado.

- Si, ya estoy harto de finca, aquí no se puede estar doce horas por cuatro mil pesetas, ya ha buscado otro mi jefe, uno de Utrera que parece que entiende de campo. –

Contestó Francisco.

- Es muy poco dinero para tantas horas –

Dijo el encargado moviendo la cabeza.

- Claro, se lo quiere ganar todo él –

Dijo Francisco, refiriéndose a Duque.

- Él cobra por este servicio 450.000 ptas., y al guarda le da 120.000, así no hay quien trabaje aquí. –

Se quejaba Francisco mintiendo sobre el motivo de su marcha.

- Claro –

Dijo el encargado dándole la razón.

- Si a partir de Septiembre quieren contratarme directamente sin intermediarios, me avisa Ud., que yo vengo sin ningún problema. Ahora me voy a tomar una vacaciones con mi mujer, y hasta después del verano no

trabajo mas. Yo cobro 300.000 ptas., al mes de pensión y no estoy tan necesitado para trabajar por tampoco dinero. –

Le dijo al encargado que no tenía el hombre ni puta idea de los verdaderos motivos que tenía el guarda para abandonar el barco, además le dijo lo de septiembre porque suponía que Maru después del regreso de su viaje por trabajo se tomaría también sus correspondientes vacaciones de verano, y por nada del mundo estaría Francisco en la finca sin ella allí.

El encargado asintió con la cabeza y le extendió la mano despidiéndose de él.

- Voy a ver a Layo y así me despido de él –
Se dijo Francisco así mismo mientras arrancaba la moto.

Allí estaba Layo vigilando que esa gran ala de riego que andaba sola terminase el recorrido. Miraba un gran escape de agua que caía sobre el anclaje del pivot y justo en la caja eléctrica de los mandos.

- ¿Qué miras? –
Le preguntó Francisco.
- El chorro ese que está mojando la caja y yo no me atrevo a tocar ahí –
Dijo Layo preocupado.
- Tocar eso, es un suicidio, te quedas pegado, seguro –
Dijo Francisco.
-No te creas, que muchas veces sería lo mejor que le podía pasar a uno –
Contestó Layo, que debía tener un mal día.
- No digas eso, hombre, si yo te contara mis problemas, los tuyos te parecerían una tontería –
Le consoló Francisco.
- ¿Esto se apaga de aquí nada más o se puede apagar desde otro sitio? –
- Se apaga desde allí también, de la caseta de la bomba –
Dijo Layo señalando la caseta.
- Pues entonces cuando acabe lo apagas de allí, y no se te ocurra tocar esa torre que te quedas pegao, y no quiero perder al único amigo que tengo aquí –
Le dijo Francisco riéndose.
- Ya vendré algún día a verte. –
Le decía mientras arrancaba. –
No se entretuvo mucho porque tenía prisa por volver al patio de la fuente, así que de dos acelerones se encajó de nuevo en el cortijo.

Dio un vuelo rasante por la fuente y como no la vio y eran ya las siete, quiso despedirse por última vez del campo de polo.

Bajó con la moto hasta el mismo césped de la cancha. Se quedó mirando aquel precioso lugar sabiendo de sobra que no volvería a verlo mas . Caminó por

el césped y se aproximó al lugar donde ella un día le gritó para que no pisara la cancha con el Tata (fue el día de la lluvia, cuando le chorreaba el agua de la frente a la nariz). Pisó aquella hierba donde por primera vez la vio cabalgando y golpeando la pelotita con su peculiar gemido. Y por último se sentó en la piedra blanca donde ella tantas veces se sentó, y miró para el árbol desde donde él solía mirarla, y al que ella miraba de reojo sabiéndose mirada.

Se levantó y con la vista se despidió de aquel bonito lugar al que recordaría toda su vida.

- Voy a cerrar la cancela de Dos Hermanas por última vez, y de paso me despido de Raúl –
Pensó de regreso al cortijo.

Cuando iba por el paseo del lago se topó con cuatro caballos españoles que habían roto la valla de madera y correteaban asustados sin saber a donde dirigirse. Otros cuantos intentaban también saltar la valla rota y tuvo que espantarlos y enderezar como pudo aquellos palos. Fue hacia la cancela del canal para cerrarla y evitar que los equinos se salieran de la finca, y cuando iba llegando se cruzó con el todo-terreno oscuro del dueño. Francisco les detuvo haciéndoles señales con la mano y les indicó que había caballos sueltos para que tuviesen precaución al pasar.

- Voy a cerrar la cancela y ahora intentaré encerrarles –
Les dijo desde la moto.
- Muy bien, gracias –
Contestó el dueño saludándole con la mano.
- ¡Mierda!, se me va a complicar la vida el último día. –
Dijo Francisco viendo que se le echaba encima la hora de irse.

Intentó de todas las formas posibles meter a los cuatro caballos, pero no había manera. Los empujaba para un lado, pero como no había nadie que los parase, se pasaban de largo y no había forma de que entraran por donde habían salido, así que tapó otra vez el hueco y pensó irse dejándolos allí.

- ¡Sus muertos montaos a caballo! –
Dijo todo sofocado.
- Total, si yo me voy ya y no me van a ver mas por aquí –
- Ahí, se van a quedar. –
Dijo cabreado mientras se dirigía al cortijo.

Fue entrar por la cancela de la casa principal, y seguirles los cuatro caballos que trotaban muy nerviosos casi metidos en el estanque de la pata.

- No puedo dejarlos aquí –
Dijo buscando una solución.
- Tiene que ayudarme alguien, que entienda de caballos.
Pensó.
- ¡Maru! –

Dijo casi en voz alta.

No se atrevía a molestarla porque no eran sus caballos, así que encendió un cigarrillo, se bajó de la moto y estuvo dando vueltas alrededor de la fuente sin saber lo que hacer.

- Voy a decírselo, a ver lo que me dice ella. –

Pensó como única solución.

En el fondo estaba deseando, porque era una buena excusa para verla antes de irse de allí para siempre, pero tenía miedo a su reacción.

Eran ya las ocho, y en teoría él ya podría irse sin darle explicaciones a nadie. Además era su último día de trabajo, ¿qué carajo le importa ya nada de allí?, pero por un lado la satisfacción de hacer las cosas bien y por el otro la oportunidad de verla otra vez. Le llevó a pedirle ayuda a ella.

La llamó desde la entrada del callejón:

- Maruuuuuu... –

- Maruuuuuuuuuu... –

No contestaba, por lo que se aproximó mas al final del callejón, y sin llegar al patinillo de su puerta la volvió a llamar:

- Maruuuu... –

Fue cuando ella abrió la puerta de madera maciza y le vio a través de la puerta de palillería acristalada. Abrió también esa puerta y mirándolo fijamente a los ojos preguntó:

- ¿Qué? –

Fue un ¿qué? Suave y agradable, pero lo que más desconcertó a Francisco fue la sonrisa amplia que le regaló.

Estaba preciosa, la ropa era lo de menos, porque siempre llevaba pantalón vaquero y esta vez un polo verde de manga corta con cuello de pico que era habitual, pero la expresión de su cara jamás la olvidaría. Fue una sonrisa dedicada única y exclusivamente a él. Jamás vio esa sonrisa en su cara cuando se la dedicaba a otra persona. Era especial. Uno sabe cuando algo es normal y cuando es especial, y Francisco también lo supo. Duró un par de segundos pero la recordaría siempre.

- ¿Qué? –

Volvió a preguntar Maru aún sonriendo.

- Es que hay cuatro caballos sueltos que han roto la cerca, y están ahí en la puerta del cortijo –

Dijo en una nube recordando la especial sonrisa.

- ¿Son míos? –

Preguntó ella sin dejar de mirarle a los ojos y casi sonriéndole.

- No, no son tuyos, son españoles de esos grandes –

Dijo Francisco sin dejar de mirarle a los ojos.

- ¡Ah!, si no son míos, yo no se nada –

Contestó ella.

- Es que yo solo no puedo meterlos y están ahí en el estanque, además los ha visto el dueño que acaba de entrar y..... –

Dijo Francisco casi suplicando que le ayudase.

- Yo si no son míos no quiero saber nada –

Contestó Maru metiéndose para adentro sin más.

Se quedó Francisco clavado mirando la puerta cerrada, y cabizbajo se dirigió al patio de la fuente, desde allí veía a los cuatro caballos entrar y salir casi desbocados, y no sabía que hacer.

- Voy a llamar al encargado a ver que dice él –

Dijo en voz baja.

Marcó el número del encargado y ...

- ¿Síiii? –

- Soy Francisco, el guarda –

- ¡Ah, sí!, ¿dígame usted? –

- Que aquí hay cuatro caballos españoles que se han escapado y no hay ningún caballista para meterlos. Yo le he intentado, pero solo no puedo, y el dueño los ha visto sueltos. ¿A ver qué hago? –

Le contó muy apurado.

- Yo estoy ya en Coria, ¿Y Maru no está ahí? –

Preguntó el encargado.

- Es que no son de ella esos caballos –

Le dijo Francisco, sin contarle que ya se lo había dicho a ella.

- Bueno, ¿Y qué tiene que ver que no sean de ella para que los meta? –

- Mira a ver si está y le dices que te ayude –

Dijo despidiéndose también.

Colgó el teléfono y se quedó un rato mirándolo.

- Ahora sí que no se lo que hacer, si tomarme un Pepsi-cola o lavarme los pies. –

Dijo en voz alta y riéndose en medio del patio.

Le dio unas cuantas vueltas a la fuente antes de decidirse, pero al final pensó que debía decírselo a Maru, así que desde la entrada del callejón empezó a llamarla otra vez:

- Maruuuu.... –

- Maruuuuuu..... –

Y al segundo “Maruuu” que gritó, se escuchó un gran portazo que ella pegó con la ventana del fregadero de la cocina-salón.

Fue con mala leche, pero con mas mala leche asomó Maru por la puerta acristalada y se dirigió al pobre Francisco que inmediatamente se arrepintió de haberla llamado.

- ¿Qué quieres? –

Le gritó Maru.

- Que he llamado al encargado y le he dicho lo de los caballos y él me ha dicho que mirase si estabas tú para que hicieras el favor de ayudarme a encerrarlos. –
Dijo Francisco con un hilito de voz.
- ¡Los caballos no son míos!, ¿no? –
Gritó ella muy enfadada.
- Ya se lo he dicho, pero él dice que si puedes hacer el favor.....-

No le dio tiempo a terminar la frase. Maru pegó un tremendo portazo que puso a prueba la robustez de la puerta de madera maciza, y muy pero muy cabreada se metió para adentro gritando a pleno pulmón:

- EL GUARDA LOCO ESTE....., -
Y otras cosas que Francisco no llegó a oír porque salió corriendo de allí y se quedó parado entre la fuente y el callejón sin saber para donde tirar.

No le dio tiempo a decidirse cuando Maru salió del callejón como un huracán rabioso, y de un manotazo levantó la bicicleta del suelo y se subió a ella con tal furia que no atinaba a pedalear.

Al pasar al lado de Francisco casi pillándole los pies con la rueda, le gritó con todas sus fuerzas y la cara colorada de rabia:

- ¡Y SI YO NO ESTUVIERA AQUÍ!, ¿QUÉ?, ¡EH!. –

Gritó tan fuerte que se le fue la vena y se le escapó un gallo agudísimo casi en la oreja de Francisco, el cual pegó un temblaque que se le aflojó el elástico de los calcetines.



¿Voy contigo? –
Preguntó el pobrecito cuando Maru iba ya por el estanque de la pata.

No le contestó iba tan enfadada que al tomar la curva casi se cae dentro con los patos.

- La faltado escupirme. –
Dijo recuperándose del susto. Al ratito cojió la moto y con mucho miedo fue a buscarla. Estaba ella abriendo una

portada de palo que encajaba justa en el camino y dejaba abierto un corralón.

Francisco la observaba sin atreverse a hablar, y cuando ella terminó de encajar la portada y desde detrás de la misma, le gritó:

- Empújalos ya para acá –

Francisco empezó a empujar con la moto a los cuatro caballos que no querían entrar y se le escaparon por un lado. Maru movía la cabeza y observaba como el guarda loco intentaba empujarlos hacia donde estaba ella.

Por fin y con un poco de suerte consiguió empujarlos a los cuatro hasta el corral, y Maru cerró el portalón.

Allí la tenía, estaba a dos metros de Maru, dejó la moto a ralentí y ella de espaldas terminaba de cerrar. Estuvo a punto de hablarle, tenía tantas cosas que preguntarle y tantas cosas que decirle que se le amontonaron y no fue capaz de decir ni “mú”. Ella pasó por su lado sin mirarle y fue a por la bicicleta que estaba allí a unos metros. Al pasar de nuevo junto a él, se le quedó mirando y Francisco le aguantó la mirada sin atreverse ni a toser, después la adelantó antes de llegar al estanque y fue mirándola por el retrovisor mientras ella le seguía con la bicicleta. Vio como tiraba la bicicleta al llegar a su callejón y se metía para adentro casi con la misma mala uva con la que salió.

Sabía que no volvería a verla más, por lo que se entristeció por la forma de despedirse de allí y por no haber tenido valor para hablarle cuando la tuvo tan cerca. Se arrepintió de no haber parado la moto y haberla llamado por su nombre por última vez, por no pedirle explicaciones por el enfado ni por lo de guarda loco, aunque sabía que el insulto venía por lo de la notita de la mañana.

Le había preparado otra carta de despedida que no se atrevió a echarle dentro del Opel Corsa que siempre tenía bajada media ventanilla seguramente por tenerla averiada. Rompió esa carta y tiró los pedacitos a la gran bolsa de basura colgada en el patio de labor. La rompió delante del acompañante educado y argentino que estaba en los aparcamientos, y que seguramente estaba con ella cuando pegó un ventanazo. Francisco no sabía quien era ese señor educado de unos cuarenta y cinco años, porque ella nunca se lo presentó.

Después de tirar los pedacitos de carta a la basura, se despidió del Patrol de la moto y del mastín que estaba amarrado junto a la cosechadora, y subió a su Tata.

Pasó despacito junto al educado y le saludó con la mano, luego salió muy despacio, lo hizo por la puerta grande como los toreros, cerró por última vez la cancela del canal, y mitad enfadado por como le trató Maru, y mitad apenado porque sabía que nunca más volvería a verla, subió al coche y se marchó de allí sabiendo que habría un antes y un después de La Tochuela en su vida.

..... o O o

¡HOLA!, ¡HOLAAA....!

Recuerdos y más recuerdos. Pensó que se libraría de La Tochuela viniéndose de ella, y no lo consiguió. ¿Fue el remedio pero que la enfermedad?.

Ahora no hacía nada y Francisco y Elvira estaban todos los días juntos. Paseaban por la mañana, iban al mercadillo de su barrio, y a medio día bebían cerveza en el bar de su calle. Por la tarde, ella sacaba los perros a pasear, y fue al segundo día cuando se quedó en casa unos minutos y no pudo resistir la tentación de marcar el número de Maru para comprobar que ya no existía.



Lo marcó, y cual sería su sorpresa cuando lo descolgaron y se escuchó el..

- ¡hola!, ¡holaaa! –

Con la voz inequívoca de ella.

- Soy yo, hija, Francisco, el guarda loco... –

Dijo con la esperanza de hablar con ella.

No le dio tiempo a decir nada mas porque Maru colgó rápidamente.

Francisco contento porque seguía existiendo ese número y por escuchar su voz, no la llamó mas pero si le puso un mensaje:

- ¿Porqué me odias tanto?, sólo quería saber como estas –

Por supuesto no obtuvo respuesta, pero seguía contento de saber que por lo menos contaba con el teléfono que daba por perdido también, y se preguntó ¿qué pasaría el otro día?.

- Estaría sin batería o comunicando, y yo pensé que lo había cambiado –
Se contestó el solo la pregunta.

..... o O o

No habían pasado ni cuatro días de su venida de la finca, cuando una mañana mientras paseaban en el coche, no sabían para donde tirar y:

- ¿Dónde vamos? –
Preguntó él.
- No sé, me da igual
- ¿Vamos a ver a Raúl? –
Dijo Elvira.
- ¿Allí vamos a ir? –
Preguntó él.
- ¡Anda, si estás deseando!
Contestó Elvira
- A mí me da igual –
Mintió Francisco.
- Venga, vamos, así veo donde está mi Raúl –
Sentenció Elvira, sabiendo que su marido estaba deseando volver allí.

Entraron por la cancela de Dos Hermanas que por suerte estaba abierta.

Francisco hacía tan solo cuatro días que faltaba de allí, y sin embargo a él le pareció que habían pasado meses o años. Se quedó mirando su caseta donde tantas veces había comido y no resistió la tentación de mirar dentro, por la ventana trasera que estaba abierta tal y como él la dejó:

- Está todo como yo lo dejé –
Le dijo a su mujer mirando los dos por la ventanita.
- Las veces que he comido yo en esa mesa como un pordiosero –
- Verdad hijo –
Dijo Elvira mirando la mesita llena de telarañas.
Le enseñó la tumba de Raúl, y ella estuvo un ratito de pié mirándola, luego arrancó unos cuantos jaramagos y se los puso con delicadeza.
- Vámonos. –
Dijo él.
- ¿Ya? –
- Vamos al cortijo a ver si la vemos –
Dijo Elvira.
- ¿Estas loca? –
Contestó Francisco asustado.
- Vamos que tengo ganas de verle la cara a esa pelandusca –
Ordenó Elvira.
- Y si me pregunta el encargado que hago aquí, ¿Qué le digo? –
- Dile que te has dejado algo y vienes a recogerlo, las llaves de casa mismo –
Dijo Elvira dispuesta a ver a Maru.
- Bueno... –
Dijo Francisco sin molestarle mucho la idea.

El camino alquitranado estaba precioso, los árboles de flores amarillas inundaban de colorido las dos márgenes y los pajarillos cantaban mejor que nunca.

Hacía una mañana preciosa, y allí parecía lucir mucho más.

Al pasar por la caseta de la bomba de riego vio a Layo y paró. Se alegraron mucho los dos de volverse a ver, y Francisco le presentó a su mujer. Mientras charlaban con Layo y comían moras de la gran morera junto a la caseta, llegó el nuevo guarda con el Patrol y Francisco se presentó a él. Hablaban del servicio y del montón de horas por tampoco dinero. El Guarda tenía aspecto de cansado y la perrita que le acompañaba bostezó varias veces.

- Yo voy a durar poco aquí –
Dijo el guarda que era un hombre de campo, de unos cincuenta y tantos, y que por lo visto no estaba nada ilusionado con aquel trabajo.
- Pues verás cuando llegue Julio y Agosto, a ver quién aguanta aquí sin aire en el coche –
Le contestó Francisco.
- ¡Doce horas por cuatro mil pesetas! –
Apostilló Elvira.
- Aquí no aguanta nadie –
Dijo el guarda a punto de echarse a llorar.
- ¿Tú sabes lo que gana aquí cualquier peón? –
- Layo mismo cobra nueve mil pesetas diarias por estar pendiente del goteo –
Le dijo Francisco.
- Es que vosotros cobráis muy poco –
Dijo Layo con la boca llena de moras.
- Yo voy a durar poco –
Repitió el pobre guarda descorazonado del todo.
- ¡Hala!, ánimo hombre, que doce horas no son nada –
Terminó de rematarlo Francisco, despidiéndose ya de ellos.
- Llégate dentro de dos meses, y te llevas melones –
Le gritó Layo cuando se iban.
- Vendré, vendré, no te preocupes –
Le contestó Francisco por la ventanilla del coche.
- Que buena gente, se ven los dos, ¿verdad? –
Dijo Elvira.
- Sí, pero el guarda está mas quemado que las maracas de Machín –
Contestó él sonriendo.
- Pues ya sabes, vente tú otra vez.
Dijo Elvira mientras le tiraba de la oreja.
- Yo no, yo no.... –
Decía el pobre con la oreja colorada.
- Tira para el cortijo, ¡anda! –

Ordenó Elvira, esta vez retorciendo el pellizco que le tenía pegado en la pierna.

- ¿A que nos encontramos con el encargado?, nunca está aquí, pero hoy seguro que sí. –

Decía mientras se dirigían al cortijo.

Entraron en el patio de labor, y efectivamente casi se dan de morro con el encargado que salía con el Toyota todo-terreno. Se apeó Francisco, y apeándose se dirigió a él.

- Buenos días, voy a recoger las llaves de mi casa que me las dejé en el maletín de la moto, y un día por otro no he venido a por ellas. –

Mintió como un bellaco asustado.

- ¡ah!, muy bien, muy bien. –

Le contestó el encargado mientras miraba y saludaba a Elvira, era una mujer atractiva, muy guapa y de buen tipo Elvira, con su melena de pelo castaño claro casi rubio igual que Maru, pero Elvira lo tenía mas largo y sedoso, y a sus treinta y cinco años era una mujer que todos los hombres miraban. Ese día llevaba pantalón blanco “hype” con flecos y remaches y algunos agujeritos remachados que dejaban ver la carne, una camisa también “hype” con flecos. Realmente resultaba una mujer muy atractiva que en comparación con Maru no sabría uno elegir a la mas bella.

Acercó Francisco el Tata hasta donde la moto, y con disimulo estuvo trasteando en el maletín trasero donde estaba la pequeña emisora, hizo como el que cogía algo y se lo guardó en el bolsillo derecho de su pantalón. No se atrevía a mirar para la cuadra de polo, subió al coche, lo arrancó y salió despacito del patio.

- ¿La has visto? –

Preguntó Elvira.

- No –

Dijo él.

- Estaba allí en la puerta de la cuadra, y ella me ha visto, estaba agachada levantando una silla de montar y al ponerse de pie ha mirado para acá y me ha visto, pero miró para otro lado disimulando. –

Dijo Elvira.

- Yo no la he visto –

Dijo Francisco contrariado –

- No te fijas en nada –

Le recriminó ella mientras salían por la cancela del canal.

- ¿Vamos a ver si vemos a Rafael? –

Preguntó Francisco por cambiar de tema.

- ¿Dónde está? –

Preguntó ella interesada.

- Aquí al lado, en la venta “Cachopo”. Me han dicho, que la novia trabaja ahí, y él está casi siempre con ella.
- ¡Qué vergüenza!, separarse de Luisa y liarse con una veinte añera, ¡todos los hombres sois iguales! –
Dijo Elvira mirándolo de reojo.

Hacía años que Francisco no entraba en aquella venta, doce o trece años, desde que se retiró, porque ese era un lugar muy frecuentado por ellos cuando estaba en la patrulla del SEPRONA.

Nada mas entrar, vieron a una camarera joven, metidita en carnes que despachaba cerveza detrás de la barra.

- Esa será –
Dijo él.
- Seguro, ¡qué vergüenza! –
Dijo Elvira.

Pidieron dos cervezas y enseguida saludaron a Francisco el dueño de la Venta, un propietario de una finca próxima y el guarda del coto de caza de Coria, antiguos amigos suyos con los que había cogido más de una borrachera.

- ¡Qué tiempos aquellos, eh!, éramos jóvenes, no como ahora. –
Recordaba Francisco aquellos años y no se le quitaba de la cabeza Maru.
- Hace trece años tenía Maru doce, y estaba en Argentina. ¿Quién me iba a decir que de tan lejos iba a venir precisamente aquí, donde yo he estado a diario tantos años?. Lo que es la vida.
Pensaba Francisco mientras los demás hablaban tonterías.

Le preguntó al guarda por Rafael, y éste le dijo que estaría al llegar, también le confirmó que la gordita era su novia y que hacía unos tres años que se separó.

Iban por la segunda cerveza, cuando le vieron entrar. Allí estaba Rafael el “Jorpa”. (Jorpa es un gran camión basculante de los que se utilizaban en las minas de Aznalcollar para transportar el mineral. El primer día de servicio Rafael en Aznalcollar, pararon en la gasolinera a repostar las motos, y al presentárselo a un mariquita que era una limpiadora en la mina, dijo éste:

- ¡Oy, coño!, eso no es guardia, es un jorpa. –
Y de ahí el apodo que se le quedó en la patrulla.
Era alto y fuerte y siempre de buen humor, dado a la buena mesa y al buen beber solía decir:
- El hombre que no vale “pa” comer, no vale “pa ná”.
Practicaba la caza y la pesca y tocaba muy bien la guitarra, tenía ya treinta y nueve años y seguía con la misma vitalidad.

Entró en pantalón corto y chancas con una camisa floreada (era Jesús Gil enterito), se alegró mucho de ver a Francisco y Elvira y después de grandes besos y abrazos, hablaron de todo un poco (de la separación por supuesto que también), comentaron su separación, la de Bartolo y la del Cabo Moncada, dijo:

- Sólo quedas tú, por separarte, ¡macho! –
- Pues apunto estamos –
Dijo Elvira.
- ¿En serio? –
Preguntó el Jorpa.
- En serio, en serio, aquí el pollo, que se ha enamorado de una de veinticinco años –
Dijo Elvira comentándole todos los detalles de quien era la veinte añera y donde trabajaba.
- Eso fue una maldición que nos echaron a la patrulla –
Dijo Rafael.
- Eso he dicho yo también. –
Contestó Francisco intentando excusarse.

Se tomaron unas cuantas cervezas más y comentaron los buenos ratos vividos en Aznalcollar, cuando Rafael tocaba la guitarra y Elvira se arrancaba por fandangos y otros palos mas del flamenco, (a Elvira se le daba muy bien el cante flamenco).

- Buenos y malos ratos hemos pasado también –
Dijo Rafael.
- De todo hubo, de todo –
Asintió Francisco.

Se intercambiaron los números de teléfonos y se despidieron prometiendo verse mas a menudo.

..... o O o

Fueron muchas mas veces a la venta “Cachopo” a beber cerveza con el Jorpa. A Francisco le gustaba ir porque se sentía cerca de Maru, y solo saber que la tenía a menos de un kilómetro y respirar el mismo aire que ella le hacía sentirse mejor.

Iban mucho también a ver a Duque, y de vez en cuando se pasaban por la agencia inmobiliaria que les estaba gestionando la rehipoteca.

El mes de junio fue fatal para Francisco porque sabía que Maru ya no estaba en la finca. Andaría por Madrid o Francia o tal vez en Cádiz, porque estaba en pleno campeonato de polo, y él se sentía fatal.

Cuando bebía más cerveza de cuenta (que era casi a diario), se deprimía mucho y fueron muchos los enfados que tenía Elvira con él.

Siempre terminaban hablando de Maru, le debían pitar los oídos a la pobre niña porque era a diario el hablar de ella.

Francisco le decía a su mujer que la quería como a una hija, o como una sobrina, que le encantaría que viniese a casa a visitarles, y que no le importaría, que se echase novio e incluso que se casara, que él lo que quería era no perder el contacto con ella, y que le mirase como a un familiar. Elvira a veces se lo creía y otras no. También le dijo que le gustaría regalarle un coche nuevo, con aire acondicionado, porque aquí hace mucho calor, le decía.

Pensaba en Maru cada segundo del día, 86400 segundos al día para ser exactos, porque se preocupó hasta de sacar la cuenta. Soñaba con ella dormido y despierto y cualquier fecha y lugar de su vida lo comparaba con ella, pensando que edad tenía entonces y donde estaba. Se arrepentía tanto de no haberle preguntado su fecha exacta de nacimiento, ni sus apellidos, ni la fecha de llegada a España... –

Se arrepentía todos los días de no haber sabido conservar su amistad –

- Si es que te ha faltado pedirle el matrimonio nada mas –

Le dijo Elvira una vez. Y le daba la razón, porque si no se hubiese dejado llevar por el impulso del amor, ahora seguramente conservaría su amistad y podría llamarla sin que ella le colgase.

..... o O o

MIL Y UN MENSAJES.

Tenía que desahogarse por algún sitio y buscó la solución enviándole mensajes a su móvil.

Fueron casi tres meses de mensajes en los que no pedía ni respuesta. Todos mensajes sanos y graciosos, alguno que otro romántico, pero ninguno obsceno ni que pudiera ofenderla.

Pillaba cualquier oportunidad que estaba solo para enviárselo, y nunca mandaba más de dos al día:

- Te recuerdo cruzando el patio con la bandeja de la cena –
Le puso a las ocho de la tarde, que era cuando Maru cenaba.
- Buenos días niña, que aproveche –
Este a las diez de la mañana que era su hora de desayuno.
- Buenos días bonita, ten cuidado con los caballos –
- Chica anuncio amena, me recuerdas tú –
Este se lo puso mientras Elvira entraba en la agencia inmobiliaria a preguntar.
- Envíame un ¡hola!, y seré el mas feliz del planeta –
- Aún llevo en el coche y botas, polvo de La Tochueta, no pienso limpiarlo –
- Hoy cumpla años, mejor regalo un ¡hola! tuyo –
- Muchos Opel Corsa por Sevilla, muchos argentinos en televisión, así imposible no pensar en ti. –
- Me van a dar dos medallas, una por tonto y otra por si la pierdo –
- Entró record “Guinnes”: Tonto que mas mensajes que manda sin respuesta –
- Ni siquiera se si existe tu teléfono, ¡hola!, por si acaso. –
- Envíame un ¡hola!, y te prometo no molestarte mas –
- Lo intento pero no consigo olvidarte, esto es peor que dejar de fumar. Sonríe, al fin y al cabo, quien lo pasa mal soy yo –
- No puedes prohibirme que te quiera –

Éste, se lo puso a las tres de la mañana cuando estaba de copas por Sevilla con su mujer, era una terraza de verano del río, y aprovechó que ella fue al servicio.

- Llámame aunque sea para insultarme –
- Me han propuesto volver a la finca pero no acepté –

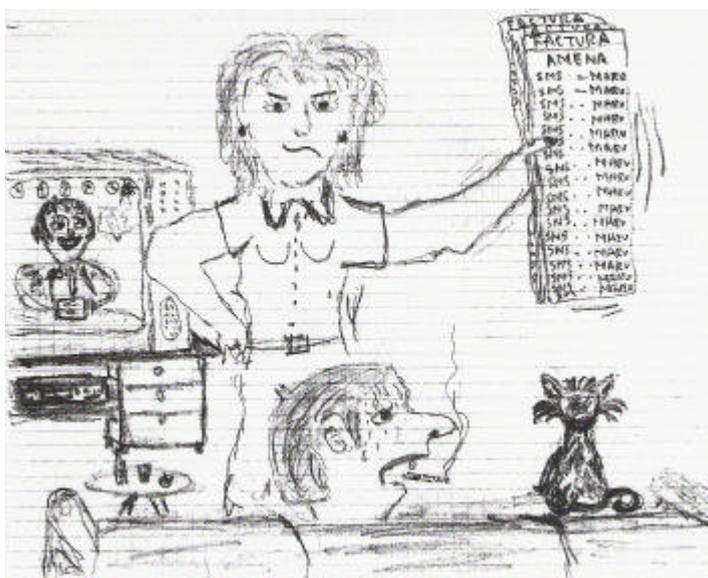
Y el más cursi, fue el que le puso delante de su mujer una noche que estaban en el bar de la esquina de su casa, era una noche calurosa y cenaban en la terraza del bar; fue Elvira la que le dijo:

- Ponle un mensaje, verá como te contesta –

Y Francisco, le puso el mas tonto:

- Se que no tengo nada que hacer, pero mi corazón no se lo quiere creer, no te preocupes, yo lo convenceré –

Al final se enfadó Elvira porque le pareció una declaración de amor muy descarada, pero a él le salió del alma.



..... o O o

No podía beber Francisco, porque se ponía muy melancólico y triste, y eso le costó mas de un disgusto con su mujer, hasta el extremo de irse un día de casa él. Y volvió a las pocas horas, la verdad es que le apeteció irse lejos una temporada. No lo hizo porque también amaba a su mujer y no quiso darle un disgusto.

Un momento muy delicado fue cuando Elvira muy enfadada y mientras él dormía llamó a Maru, haciéndose pasar por otra persona que se sentía sola y había marcado ese número al azar.

Maru le dijo que estaba en Madrid y que volvía el lunes. Mantuvo una conversación larga con ella, pero al final se delató al decirle que era de Sevilla, que su marido era Guardia Civil y que estaba enamorado de otra. Fue tan torpe Elvira, que al preguntarle Maru su nombre le dijo que se llamaba Laura igual que ella, y aunque Maru no se percató al momento ya que insistió en que la llamara a la mañana siguiente, cuando Elvira la llamó no le cogió el teléfono. Lo malo es que Maru no pensaría que era la mujer de Francisco si no una amiga de

él y que él estaría al lado escuchando. Coincidió también que al llamarla, estaba el teléfono de Elvira en número desconocido, por lo que Maru nunca podría comprobar la llamada, lo que le mosquearía mucho mas, y al día siguiente cuando Elvira quiso intentarlo otra vez, le salió un señor con mal tono que le dijo que Maru no estaba, y Elvira nunca más lo intentó.

Estaba siendo un verano de pesadilla, tanto para Francisco que cada día que pasaba se atormentaba mas, como para Elvira que tenía que soportar los monazos de su marido por Maru. Eso sin nombrar la rehipoteca que no había forma de conseguirla. Se movía de banco en banco el de la Agencia, pero todo eran pegas, que si era pensionista, que si figuraba como titular de otro piso, (el piso donde vivía la hija estaba a nombre de Francisco y Elvira), porque en realidad era de ellos; que si era avalista de otro piso de otra de sus hijas, que si tenía muchos préstamos personales, que si fumaba y tenía la presión arterial por las nubes (tomaba a diario Acuprel, un medicamento para la hipertensión) y como honrado que era, lo declaraba en el apartado de enfermedades en tratamiento, por lo cual algunos bancos no asumían el riesgo de conceder una hipoteca a tan largo plazo.

Muchas pegas estaban encontrando para rehipotecar la casa, y eso junto con lo de Maru y con que ya no trabajaba, eran suficientes ingredientes para una buena ensalada mental.

Problemas sentimentales, problemas económicos, era la conversación diaria de los dos, aunque Elvira le decía:

- Con lo que tu eres para las trampas, y sin embargo te veo tan tranquilo, y es por que tienes la cabeza puesta en Maru las veinticuatro horas –

Se callaba el pobre Francisco porque sabía de sobra que su mujer tenía razón, su cabeza no estaba para otra cosa que no fuese Maru, no podía pensar en otra cosa que no fuese ella.

- Porque la muchacha no ha querido saber nada de ti, porque si ella te dice ven, tú lo dejas todo y te vas con ella. –

Le recriminaba Elvira muchos días.

- No es eso hija, no es eso, es que me da coraje la forma de terminar una amistad, ¿qué concepto tendrá de mí la pobre muchacha. Yo he metido la pata y me gustaría explicarle que yo solo quiero amistad. –

Decía Francisco, sin llegar a creérselo ni él mismo.

- Tanto interés por una amistad, tu te conformas ahora con su amistad porque has visto que no puedes conseguir nada mas –

Seguía atacando Elvira.

- Yo ya no se nada, hija ¿qué quieres que haga?, a mi no me gusta estar así, yo no le deseo esto a nadie –
Decía Francisco sabiendo que empeoraría mas la cosa.
- Entonces, ¿estás enamorado de ella?, ¿no? –
Insistió Elvira.
- No lo se hija, yo ya no se nada –

..... o O o

¿PORQUÉ CONSENTÍA ESO ELVIRA?

¿Qué cómo una mujer aguanta eso de su marido?
Muy fácil.... Amor.

Elvira quería mucho a su marido, estaba enamorada de él, sabía que aquello era algo pasajero y sabía que su marido nunca se había fijado en ninguna otra mujer que no fuera ella. Y por último, porque a ella también le había pasado hacía tres años.

Fue de verano en el Ronquillo, un pueblo de la sierra norte de Sevilla, donde Francisco estuvo destinado y donde pasaban algunos años el verano.

A ella le pasó lo mismo con un joven de veinticuatro años amigo de ellos con el que pasaban mucho tiempo juntos, y al final terminó Elvira y el pollo enamorándose. Lo que pasa es que ella era correspondida en el sentimiento (que no se sabe que es peor), porque Elvira tuvo que decir no a alguien del que estaba enamorada sabiendo que él también lo estaba de ella. Al final todo quedó en un enamoramiento de verano, y aunque lo pasó fatal unos meses, supo que Francisco le quería porque comprendió lo que muchos maridos no comprenderían nunca. Por eso ella no podía reprocharle ahora a él algo por b que ella misma había pasado. Se puede decir que el amor de Elvira y Francisco era a prueba de enamoramientos pasajeros o caprichosos, por lo que sabía de sobra que tarde o temprano se le pasaría y al final se reirían de aquella situación tan absurda.



..... o O o

COINCIDE EL INTENTO DE VOLVER A LA TOCHUELA CON EL CHIVATAZO DE MARU AL DUEÑO

Mal verano estaban pasando Francisco y Elvira.

La hipoteca no parecía tener arreglo, el asunto económico fatal, sin veraneo y encima tuvieron que renovar uno del montón de préstamos personales que tenían, y pedir otro nuevo, por lo que la solución pasaba por volver a trabajar.

Se planteó volver con Duque, y en el fondo lo que deseaba era volver a La Tochueta. Incluso su mujer estaba de acuerdo. Había que trabajar, y aunque conocía otra empresa de controladores que se interesó por él pagándole más, ellos pensaron que mas vale, lo malo conocido que lo bueno por conocer, por lo que se decidieron a dejarse caer de vez en cuando por el taller de Duque donde era trabajaba Ramón. Era taller y oficina, por allí estaban casi siempre Duque y su mujer que hacía de secretaria llevando el cuadrante de los vigilantes entre otras cosas.

Pasaron varias veces, una de ellas con la excusa de cambiar una de las ruedas del Tata que tenía una raja en la cubierta, que precisamente hizo Francisco en la finca al dar marcha atrás en la cancela de Dos Hermanas.

- Este es uno de los recuerdos que me he traído de La Tochueta –

Le dijo a Ramón.

Ramón sonrió porque sospechaba algo de su lío con Maru, entre otras cosas porque antes de averiguar que el teléfono de ella seguía siendo el mismo, preguntó un día a Ramón si sabía el nuevo número de Maru.

No se atrevía a pedirle trabajo a Duque directamente, por eso daba rodeos para ver si él se lo ofrecía.

Varias veces fueron al taller, pero no conseguían pillarlo allí, le preguntaron a Ramón y le dijo que estaba en su casa, y no se sabe como hablando de La Tochueta, salió el tema de las serpientes que había allí, cuando Ramón les dijo:

- Pues Duque ha comprado ahora una pitón –

- ¿Una pitón? –

- ¿Y dónde la tiene? –

Preguntó Francisco como si le interesara mucho.

- En su casa –

Dijo Ramón mientras arreglaba un pinchazo.

De allí tiraron para la carretera de la Isla que era donde vivía Duque y donde estaba la venta “cachopo” y también La Tochueta. Buscaban una excusa para visitar a Duque, y pensó Francisco que la pitón era buena.

Tenía también Francisco la esperanza de que un día le llamaran de La Tochueta para contratarle como vigilante, como le dejó dicho al encargado, pero como necesitaba trabajo de inmediato, no le importaba volver aunque fuese contratado por Duque. Por cierto Ramón también les contó que el guarda de Utrera ya se había ido (no se equivocó Francisco al decir que iba a durar poco allí, estaba quemado).

Ahora había uno de Dos Hermanas, que lo primero que hizo al entrar fue cambiar el horario y eligió de 10 a 10.

- Menudo horario ha elegido el pollo. –
Le dijo Francisco a su mujer mientras conducía.
- Será uno que no le gusta estar en su casa –
Contestó Elvira.
- Llama a Duque y dile que estamos aquí cerca y si podemos pasar a ver la pitón –
- Dile que a ti te gustan mucho las serpientes. –
- Yo odio las serpientes, y me dan miedo –
Contestó Elvira con los pelos de punta.
- Bueno pero él no lo sabe y la serpiente tampoco –
Le dijo Francisco con mucha guasa.
- Dame el teléfono, marco yo, porque tú siempre te equivocas.
Le dijo Francisco parado en el arcén.
- Tú, todo lo haces bien –
Dijo Elvira enfadada.
- ¿Duque? –
- Sí, ¿Quién eres? –
- Soy Elvira, la mujer de Martínez –
- ¡Ah!, dime Elvira, dime –
- Nada, que nos ha dicho Ramón que tienes una pitón, y como estamos aquí cerca en la venta “cachopo”, he pensado si podemos pasar a verla, que a mí me gustan mucho esos bichos –
Dijo Elvira, dándole un repelús.
- Sí, hombre, venid a verla, yo estoy en el patio dándole de comer a los caballos –
- Bueno, vamos para allá –
Dijo Elvira guiñándole el ojo a Francisco.

A los diez minutos estaban entrando en la urbanización donde vivía Duque, eran parcelas de unos mil metros cuadrados y de distintas edificaciones, no era una urbanización de lujo, pero tampoco se veían chavolas.

- No se si será buena idea volver a La Tochueta –

Dijo Francisco aminorando la marcha para retrasar la llegada.

- Tu verás hijo, trabajar hay que trabajar, y esto ya lo conoces, yo prefiero que estés aquí, y no en un polígono tirado toda la noche, que cualquier día te va a pasar algo –

Dijo ella.

- ¿Y si me voy a la otra empresa que cobro más? –
- Cobras más, pero es el Polígono “El Pino” y aquello es muy peligroso de noche –

Decía Elvira, mirando por la seguridad de su marido, mas que por el dinero.

- Bueno, vamos a ver lo que dice éste –

Dijo Francisco refiriéndose a Duque.



Les abrió Ana, la mujer rusa de Duque, era muy simpática, y se reía mucho con los golpes de los dos.

- ¿Y el hombre? –

Preguntó Francisco.

- En las cuadras, pasad, pasad. –

Pasaron hasta el patio trasero donde había una pequeña piscina y unos boxees con seis o siete caballos. Había también un porche con el coche

de caballos resguardado y un jeet antiguo medio desarmado. Encima de los boxees había una especie de pajar, el cual estaba surtido de toda clase de animalitos, conejos, dos cabras, gallinas, palomas, perdices, codornices y hasta un pavo.

- Aquí venimos a ponerte una inyección –

Dijo Elvira al ver a Duque.

(Y es que le daban pánico las agujas. Una vez que le acompañaron al practicante porque un caballo le pisó un pié y se lo fracturó, tuvieron que sujetarlo para ponerle una inyección de antibióticos).

- Déjate de bromas con las inyecciones, Elvira –

Contestó Duque que estaba echando avena en uno de los pesebres.

- ¿Y la pitón, dónde está? –

Preguntó Francisco.

- Ahí, en el guadarnés, ahora os la enseño. –
- Que la tienes, ¿suelta? –
Preguntó Elvira asustada.
Se dirigieron a una habitación llena de aparejos de los caballos (Francisco detrás de Duque, y Elvira detrás de Francisco).
- ¿Está suelta? –
Volvió a preguntar Elvira desde la puerta.
- Si es chica –
Dijo Duque agachándose ante una especie de pecera cuadrada con agujeros.
- Ahí está –
Dijo señalando una culebrilla pequeñita que parecía una lombriz.
- ¡Cago en la leche! –
Dijo Elvira asomando la cabeza de detrás de Francisco.
- ¿Y esa es la pitón? –
Exclamó arrimándose ya sin miedo a la pecera.
- ¿Qué te creías que era más grande? –
Le preguntó Duque enseñando orgulloso su pedazo de pitón.
- ¡Coño!, yo creí que era como la de las películas –
Dijo Elvira agachada junto a la pecera.
- Se pondrá grande con el tiempo, mujer –
Contestó Duque mientras empujaba la lombriz con un palito.

Ya llegó Ana, y se sentó a charlar con Elvira de sus cosas, mientras Duque continuó arreglando a los caballos. Estando limpiando uno de los boxees llamó a Francisco.

- Francisco. –
- Voy –
Contestó éste acercándose para la cuadra.
Miró Duque a las mujeres, y viendo que no miraban y hablando muy bajito le dijo a Francisco:
- Deja de mandar mensajes, que el sábado estaba yo de servicio en La Tochueta y vino el encargado y me dijo que el dueño me esperaba en su despacho para hablar conmigo. Yo pensé que habíamos hecho algo mal en el servicio, pero cuando entré (tiene un pedazo de despacho allí, ¿eh?), me preguntó por ti. Yo le dije que ya no trabajabas para mí, y el dijo que lo sabía. Sabe toda tu vida, y yo no le he dicho nada, se lo ha contado otro guardia. Y me dijo que como no dejes de mandar mensajes a Maru, va a haber que tomar medidas él –
Francisco guardó silencio, y al ratito dijo:
- Ya hace tiempo que no mando ninguno, pero de todas formas me lo podría haber dicho ella a mí, ¿no? –

- Sí, eso digo yo... pero ... –
Contestó Duque.
Cambiaron de tema porque las mujeres se acercaron. No le dijo nada Francisco a Duque de que Elvira estaba al corriente de todo y que sabía que le mandaba algún que otro mensaje, (porque es cierto que Francisco le contaba a Elvira una vez puestos, los mensajes que enviaba, y hasta se los enseñaba para que ella los leyese).

- Cuando ya regresaban a casa, Elvira le preguntó:
 - ¿Has hablado algo de trabajo con él? –
 - No, pero Duque no me contrata más en la vida, y mucho menos para la finca –
 Le contestó Francisco sonriendo.
 - ¿Qué ha pasado? –
 Preguntó ella interesada.
 Y Francisco le contó todo lo que le había dicho Duque.
 - Yo os he visto hablando bajito y he sospechado algo, pero ¿por qué no le has dicho que yo lo sabía? –
 Preguntó Elvira.
 - Es igual –
 Dijo él muy pensativo.
 - ¡Qué chivatona está hecha la niña!, pero por un lado me alegro, a ver si te desengañas de una vez –
 Dijo Elvira entre enfadada por una cosa y contenta por la otra.
 - ¿Y que le has dicho tú? –
 Preguntó Elvira curiosa.
 - Que me lo podía haber dicho ella –
 Contestó Francisco aún pensativo.
 - ¡Qué niñata!, ha querido joderte bien, te ha dejado sin trabajo –
 Decía Elvira enfadada.
 - Para que veas la mala leche que tienen estas extranjeras, eso le pasa a una española y te lo dice a ti directamente, y no a su jefe para joderte bien –
 Seguía diciendo Elvira, cada vez más enfadada.
 - La culpa ha sido mía, se habrá asustado la muchacha, y habrá pensado que si me lo decía a mí no le haría caso –
 Decía Francisco disculpando a Maru.
 - ¿Tú la defiendes encima? –
 Dijo Elvira encrespada.
 - Es una niña, no tiene maldad –
 Dijo él pensativo.
 - ¿Qué no tiene maldad?, te ha querido buscar una ruina, tu imagínate que yo no se nada, y me entero por Duque, eso le pasa a otro matrimonio y te arruina la vida, pierdes el trabajo y pierdes tu familia, y todo por una niñata

de mierda que no sabe pararle los pies a un tío, y además después de consentirlo tres meses con los mensajes –

Decía Elvira, a punto de retorcerle el pescuezo a alguien.

- Se ha asustado, me ha tomado por un mujeriego o por un sádico, vete tu a saber lo que le han contado de mí. –

Seguía disculpando a Maru.

- ¿Y qué es lo que le han contado al dueño de tu vida? –

Preguntó Elvira con las venas del pescuezo señaladas.

- Vete a saber, le habrán dicho que maté a mi mujer, que estoy loco, o que iban a echarme de la Guardia Civil por sindicalista, según el cabrón que le haya informado, así le habrá contado. –

Dijo Francisco preocupado por las mentiras que le hubiesen contado al dueño, pero particularmente a Maru.

Nada mas llegar a casa, y como hacía una noche de julio muy calurosa, fueron al bar de la esquina a tomarse unas cervezas en los veladores de la acera.

Como es normal, el tema de conversación era el mismo.

- Y decías tú que ya no existía ese número, fíjate como ha recibido todos los mensajes. –

Decía Elvira indignada por los dos.

- Yo no sabía que le molestaban tanto los mensajes, si me lo hubiese dicho a mí, no le habría mandado más –

Se quejaba Francisco.

- ¿Y qué dice el dueño de tomar medidas contra ti?, ¿Tú has cometido algún delito? –

Preguntó Elvira sabiendo que su marido estaba puesto en leyes.

- Hasta ahora ninguno –

Contestó Francisco.

- Le he mandado mensajes a una mujer mayor de edad, y los mensajes son intrascendentes, no hay ninguno obsceno ni que pueda ofender a nadie. Además ella podría haberlos evitado, simplemente diciéndomelo a mí o cambiando de móvil. Otra cosa que habiéndomelo advertido yo hubiese seguido molestándola, pero nunca pensé que le ofendería tanto. –

Alegaba en su defensa Francisco, imaginándose delante del Juez.

- Cualquiera mujer se sentiría halagada de recibir mensajes bonitos de un hombre atractivo como tú –

Intentaba animarle Elvira.

- Eso le pasa a una española, y primero que se enrolla contigo, y segundo que si no le gustas, coge el teléfono, te pone verde y te para los pies, pero esa mamona ha ido a muerte. Ha querido hundirte. –

Repetía una y otra vez Elvira.

- Yo no he sabido explicarme, y ella no ha sabido escucharme, es una niña –
Disculpaba siempre Francisco a Maru.

- ¿Una niña?, ¡Que tonto eres!, que tuvieses tú, tres mil millones, verás como no le molestaban los mensajes. –
Dijo Elvira levantando la voz.
- Ahí si tienes razón, pero no levantes la voz que tenemos al público discutiendo si es una niña o no –
Dijo Francisco sin perder nunca el sentido del humor.
- ¡Que se enteren!, todavía soy capaz de llamarla y decirle yo cuatro cosas a esa niñata, va a saber esa lo que es un gato mondar habas –
Dijo Elvira cada vez más indignada.
- Vamos a olvidarnos ya del tema –
Dijo él, sin ganas de problemas.
- Sí, que se quede allí, que la protege muy bien. A saber lo que tendrá con él.
–
Dijo Elvira con lengua viperina.
- Hace bien en protegerla, es una empleada suya, y además está sola en este País. Yo haría lo mismo. Incluso me siento mejor sabiendo que el dueño se preocupa de ella, y no seas mal pensada mujer, él si que la mira como una hija –
Dijo Francisco muy tranquilo.
- Lo único que siento es que yo he quedado como un cerdo en la Finca, ¿qué habrán pensado de mí? –
Se lamentaba Francisco.
- Como un cerdo y como un cobarde.
Dijo Elvira.
- Un cobarde, ¿por qué? –
Preguntó él, preocupado.
- Porque de aquí a unos días, dirá ella:
- Ves ya se lo ha dicho el dueño y ya no manda mas mensajes, está acojonado –
Dijo Elvira casi con razón.
- A mí no me asusta nadie, que piensen lo que quieran. También puede pensar el dueño que soy un hombre educado y culto, y se cuando he metido la pata, ¿no?; además me lo han dicho de forma muy discreta, saben que no están tratando con un patán, lo menos que puedo hacer es corresponderle en la discreción. Tu te has enterado por que yo te lo he dicho, porque Duque me llamó discretamente seguramente por indicación del dueño, además si yo no voy a verlo ni siquiera me llamó para decírmelo, es algo entre caballeros y yo me doy por enterado. –
Dijo Francisco tranquilamente.
- Ya, pero de todas formas ella te lo podía haber dicho primero a ti, y si hubieses seguido, entonces que se lo hubiese dicho al dueño, pero es que ha puesto el parche antes de que salga el grano. Además ella lo que no quiere es verte mas por allí, y la única forma de que no vuelvas es diciéndoselo al

dueño. A ella le ha importado muy poco tu trabajo, y si es un padre de familia que dependo solo de ese sueldo, se lo hace igual. Como inmigrante que es, no debería joderle el trabajo a ningún padre de familia pudiendo haberlo arreglado de otra manera, yo que tú se lo decía, por lo menos le demuestras mas clase que ella.

Dijo Elvira cargada de razón.

No preguntó nada más Francisco, sacó su móvil y escribió un mensaje:

- Bastaba con que me lo hubieses dicho a mí.
- Perdona si te he molestado.
- Hasta nunca.

Y se lo envió a Maru.

..... o O o

NUEVO TRABAJO

No levantaba cabeza Francisco. La hipoteca no se arreglaba, y el préstamo nuevo y el renovado solo alcanzaban para ponerse al día en algunos pagos atrasados y pasar los meses de Julio y Agosto y parte de Septiembre. Los gastos superaran con creces a los ingresos.

Le llegó por fin la licencia de armas cortas y a los pocos días buscaba por las armerías de Sevilla alguna pistola de segunda mano. No volvería a trabajar de vigilante en los polígonos si no iba armado (no estaba la cosa para jugarse el tipo todas las noches sin al menos una mínima defensa).

Por fin y tras recorrer varias armerías, encontró un revolver Astra del 38 especial cuatro pulgadas, que le gustó porque estaba nuevo, tenía muy poco uso y estaba muy cuidado, tenía hasta su caja con libro de instrucciones, y el precio 15.000 pesetas, era una verdadera ganga, así que muy a pesar de la opinión de su mujer que no quería armas en casa, Francisco lo compró.

Ya tenía revolver, el trabajo podía empezar también cuando quisiera, porque la empresa que andaba detrás de él y que era de un policía nacional retirado le aceptó nada mas llamar.

Cobraría la hora a 500 ptas., en servicios de 12 horas diarias, por lo que cobraría 6.000 ptas., diarias que era lo que él necesitaba para acabar con los problemas económicos, así que decidió empezar el lunes, porque quería antes poner una reja en el salón del piso de su hija, para evitar el peligro de que su nieto que ya andaba, cayese algún día por un descuido desde el tercer piso.

No le dio tiempo ni a comprar las barras de hierro para hacer la reja, porque su nuevo jefe le llamó para empezar al día siguiente Domingo en una obra del Polígono Parsi.

A las siete de la mañana del domingo, llegaba Francisco a la obra que tenía que vigilar. No le hizo falta ni comprar ropa de uniforme porque él tenía una muda que se compró con Duque.

Sus botas militares bien limpias, un cinturón negro ancho, su revolver semi-enfundado ajustado a la cintura y el móvil también enfundado en el cinturón.

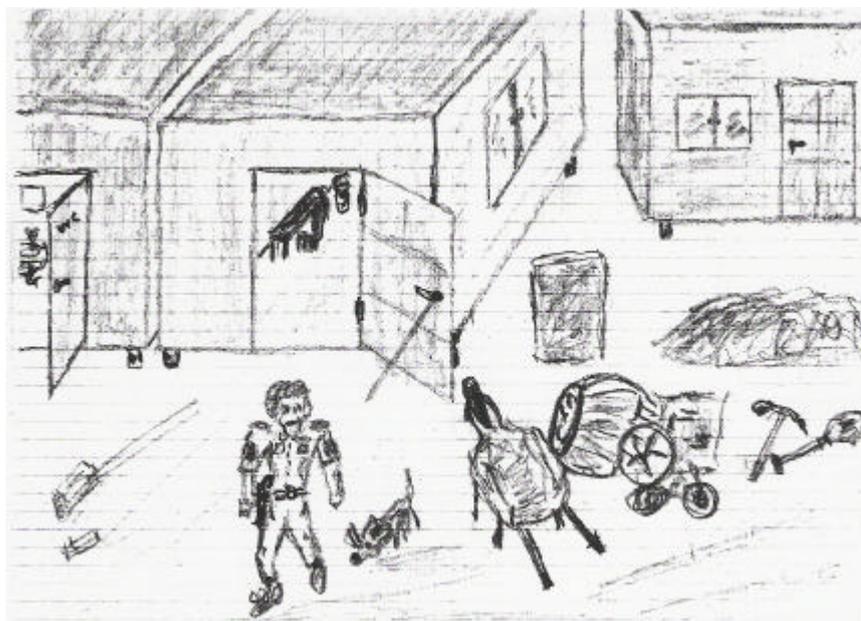
Rambo, le pusieron nada mas verle sus nuevos compañeros, sobretodo el madrileño que fue el que le visitó varias veces a lo largo del Domingo, y vio el machete sobre la mesa de la caseta de hierro donde Francisco se refugiaba del calor. Menos mal que tenía aire acondicionado porque ese mes de Agosto fue

uno de los más calurosos del siglo en Sevilla, se alcanzaron temperaturas de hasta 48 grados.

- ¿Qué hago yo aquí guardando una obra? –
Se preguntaba de vez en cuando.
- Por mi mala cabeza –
Se contestaba el sólo.
Mala y peluda cabeza, porque no le dio tiempo a cortarse el pelo y llevaba media melena con algunos rizos que intentaba alisar con los dedos.

Fue un domingo muy aburrido, había poco que vigilar en aquella obra, y menos mal que había una perrita con muchas pulgas que le hizo compañía. También tenía de vez en cuando la visita del madrileño que venía a beber agua fresquita de la fuente americana de botella invertida que había en la caseta.

- ¿Qué vigilo yo aquí?, si lo mas valioso que veo es mi coche –
Le dijo al madriles en una de las visitas.
- Nada, pero quieren un guarda, mientras paguen –
Le contestó chorreándole el agua por la barbilla.
Terminó a las siete de la tarde de aquel Domingo, el primer servicio de Francisco en su nueva empresa.



..... o O o

LA CALVA

Al día siguiente, lunes veintiocho de Agosto, empezaría en su lugar definitivo de trabajo, que era el Polígono Industrial Su Eminencia.

Era uno de los polígonos más peligrosos de Sevilla, porque estaba junto a la barriada marginal de las tres mil viviendas, lugar de delincuentes parecido al “Brons” de Nueva York, donde ni la policía ni ningún otro servicio público se atrevía a entrar.

Entraba de servicio de 19 a 7, por lo que se decidió ir a la peluquería para adecentarse un poco la melena.

Estaba ya metido en faena el peluquero con él, cuando le preguntó:

- ¿Usted, padece del estómago? –
- ¿Del estómago, no, creo que no, porqué? –

Contestó Francisco sin saber ¿a qué?, venía la pregunta.

- Es que tiene una calva, aquí detrás de la oreja, y suelen salir de males del estómago, como úlcera o gastritis, y también del estrés. –

Contestó el peluquero mostrándole la calva con un espejo colocado detrás de la oreja.

- ¿Una calva?, no lo sabía, yo no me la he visto –
- Ni yo tampoco –

Contestó Elvira arrimándose al sillón y mirando con asombro la calva redonda de su marido.



También se arrimaron tres más que esperaban turno para pelarse, y todos dieron su opinión:

- Eso es del estrés –
- O de algún problema gordo que ha tenido usted –
- A mí me salió otra hace tiempo. –

Opinaban los mirones.

Francisco todo

avergonzado no sabía que decir:

- No me la he visto. Bueno pérame de forma que no se vea. –

Hizo lo que pudo el peluquero para disimular la calva, y le aconsejó que fuese al médico para que le recetara algo para el estrés. Pero lo peor fue al salir de la peluquería dejando a los “marías” hablando de su calva, y no contento con eso, Elvira le dijo:

- Esa es la calva de Maru, ¿no? –
- O de las trampas, ¿no? –

Contestó Francisco, sabiendo de sobra que Elvira tenía razón.

- A ti no te preocupa el dinero, yo te conozco bien y se que es de Maru esa calva; lo estás pasando mal ¿verdad? –

Preguntó Elvira mirándole a los ojos.

- Muy mal.-

Contestó Francisco confesando su pecado.

..... o O o

MONAZO GORDO

Polígono Su Eminencia, 28 de Agosto. 7 de la tarde.

Allí estaba Francisco con su Tata y su revolver dando vueltas por aquel polígono desconocido para él.

- ¿Qué coño pinto yo aquí? –

Se preguntaba de vez en cuando.

A la primera vuelta que dio, vio casi juntos un Opel Corsa y un Fial uno, no eran rojos, pero no pudo evitar pararse junto a ellos.

- También es mala suerte, ¡hombre! –

Dijo con el corazón encogido recordando a Maru.

En realidad no dejaba pensar en ella ni un solo segundo del día, pero cada vez que veía un Corsa o un Uno, se le caían los palos del sombrero.

Recordaba que su mujer le dijo que un día que fueron a la venta “cachopo” y tiraron por Dos Hermanas, vio a Maru saliendo del Fiat Uno y dirigirse a Carrefour, y que no le dijo nada a él por coraje. Desde entonces Francisco miraba con atención por si algún día la veía por algún sitio. Tenía hasta la ilusión de que ella fuese por casualidad al polígono a comprar algo o a mirar algún coche nuevo, ya que allí había varios concesionarios de distintas marcas. Nunca perdía la esperanza de verla aunque fuese de lejos.

Se miraba en el espejo de la caseta del conserje que usaban también los vigilantes y recordaba lo ridículo que debió estar en La Tochueta.

- Ahora parezco un vigilante –

Decía apenado de que Maru no le hubiese visto con el revolver.

Por lo demás, era un polígono como los demás, bueno como los demás hasta que el dueño de una nave de muebles le contó que hacía un año y medio mataron allí al vigilante de un tiro con escopeta recortada, y que no hacía ni seis meses dejaron grave a otro de una paliza.

- Vaya ánimos que me da para empezar –

Le contestó Francisco sin preocuparse demasiado.

- En fin de algo hay que morir, ¿no? –

Dijo disimulando el miedo a aquel maldito polígono.

No era ese su principal problema, porque cuando se quedaba solo en la noche del polígono, él solo pensaba en Maru. Era enfermizo, de vez en cuando le entraba el mono gordo, y la angustia de pensar que ya podía verla ni mandarle mensajes, le oprimía el pecho y comprendía lo del corazón partío de Alejandro Sanz.

- A mis enemigos les deseo una Maru en mis mismas circunstancias –
Solía decir cuando el agobio era mucho.

Escuchaba música en la radio del coche y siempre ponía la misma emisora, Kiss FM 100.3, entonces recordó otro de los mensajes que un día le puso a Maru desde el polígono Navisa:

- Si te aburres, pon la 100.3, que es todo música. –

También recordó que esa radio la instaló precisamente en la finca, una mañana que se llevó herramientas y cables, ya que le robaron el otro día antes.

También le recordaba La Tochueta el ruidito que le salió allí al Tata de andar por los caminos, era un ruido metálico que sonaba debajo del salpicadero, y también los arañazos de su puerta hechos por Chato cuando se empinaba sobre ella buscando sus caricias o sus bocadillos.

Muchos recuerdo, muchos programas argentinos en la tele, fue una verdadera invasión de programas argentinos y anuncios en los que personajes españoles también hablaban argentino, y para colmo le enviaban cada noche a un barrendero que aunque era ecuatoriano, también en vez de decir tu, decía vos, otro argentino trabajando en la casa de coches Skoda, otro en la gasolinera dentro del polígono.

Muchos argentinos y muchos recuerdos para las largas noches de un polígono y por eso ocurrió lo que tenía que ocurrir.

No pudo resistir mas, tenía tanto monazo que no le importó nada, no le importó el aviso del dueño sobre los mensajes, y en ese momento lo único que le importaba era Maru, por lo que cogió el móvil y después de pensárselo mucho, escribió:

- ¿Podemos hablar? –

Solo puso eso, no sabía si aún tendría ella el mismo número, no sabía las consecuencias de aquello, pero después de mirar el teléfono durante unos minutos y marcar el número de Maru, pulsó el botoncito y sintió alivio y miedo.

No esperaba respuesta porque nunca antes la hubo, pero a los pocos segundos sonó su móvil y asombrado vio en la pantalla el número de Maru.

Increíble, Maru le había llamado, estaba allí al otro lado de la línea. Su corazón latía tan fuerte que parecía querer salirse del pecho y sin pensarlo pulsó el botoncito que le ponía directamente con ella.

- ¿Sí?, dígame –

Contestó Francisco tontamente, sabiendo perfectamente quien era.

Se escuchaba de fondo el televisor, y en el auricular una leve respiración, pero nadie decía nada. Después de unos segundos Francisco dijo:

- Maru, ¿eres tú, hija? –

Y viendo que no pensaba contestarle se apresuró a decir:

- No me cuelgues por favor, dame un segundo... –
Y Maru colgó.



Estaba claro que llamó porque ella no sabía quien era el del mensaje, pero tendría sus sospechas cuando no habló nada y se limitó a escuchar hasta confirmarlas.

Rápidamente, aturrullado y sin tiempo para pensar mucho, Francisco le escribió otro mensaje:

- Sólo quería disculparme por todo lo sucedido –

Le puso con mucha prisa.

No esperaba ya, ninguna respuesta ni mucho menos, pero al momento sonó otra vez el móvil, y era el número de ella.

Aturrullado descolgó y dijo:

- Sí, dime hija. –
Y una voz de hombre argentino altivo y enfadado le dijo:
- Se aceptan las disculpas, pivito –
Entonces Francisco desconcertado solo atinó a decir:
- ¿Quién eres tú?, por favor –
Y le colgaron.

Se quedó un buen rato apoyado en el capot del Tata, que fue donde le pilló la llamada, y sabía que nunca más le llamaría, y sabía también que él tampoco lo haría.

Se arrepintió de no haber sabido hablar mas tranquilo, de no haberle dicho algo mas a Maru cuando ella escuchaba, y de no haber puesto algo más en el mensaje.

- Si hubiese estado en la caseta, sentado tranquilamente, a lo mejor me habrían salido mejor las palabras –
Se lamentó toda la noche.

También le pareció haber conocido aquella voz de hombre, que casi sin dudas era la del acompañante educado.

- Son las 01.05 horas, ¿qué hará allí a esta hora? –
Se preguntó.
- ¡Su padre!, ese hombre educado era seguramente su padre. Coincide con la edad que ella dijo que tenía, 48 años, ¡claro!, por eso salía siempre de su

casita y fue ella a buscarle esa mañana a Dos Hermanas. ¡Qué imbécil he sido!, lo he tenido a mi lado sin saberlo. Ella nunca me lo presentó ¡Dios!, me hubiese gustado estrechar su mano y admirar a ese hombre partícipe en la creación de aquella preciosa muchacha que un día robo mi corazón –
Pensó Francisco muy apesadumbrado por ser tan inepto.

..... o O o

ENCONTRÓ COMPAÑÍA EN TANA

Mucha soledad en aquel polígono. En Septiembre se incorporó el conserje y ya los turnos eran de ocho horas. Francisco entraba siempre de once de la noche a siete de la mañana, y la soledad le agobiaba.

Tenía la compañía de Tana, una perra pastor alemán que era su compañera de rondas a pié por las calles solitarias del polígono.



Estaba Tana muy delgada y con un pelaje tieso, áspero y sin brillo, y la pobre no paraba de rascarse debido a las pulgas y las garrapatas, cosa que Francisco fue remediando mediante diarias friegas de Z.Z., y latas de comida para perros.

Hablaba mucho con Tana, y ella lo miraba muy atenta. Le contó que fuera del polígono había otro mundo, que existían campos verdes llenos de animalitos y de flores, y le prometió que si un día le tocaba la primitiva se compraría una finca y la llevaría a vivir con él para siempre. Tana le lamiaba la mano agradeciéndoselo mientras caminaba alegre a su lado.

Prácticamente hacían la misma vida los dos. De día dormían, cada uno en su caseta y de noche caminaban juntos pisando una y otra vez las calles solitarias. Cenaban juntos y hasta bebía Tana leche calentita que Francisco le daba de su termo.

- Que vida mas perra llevamos los pobres –
Decía, mientras mojaba dos galletas en la leche, una para él y otra para Tana.
- ¿Qué carajo hago yo aquí, cobrando 300.000 Ptas., de pensión? –
Se lamentaba.
- ¿Para qué me compré un coche de tres millones y medio?, ¿para dar vueltas por un polígono? –
Seguía lamentándose mientras mojaba otras dos galletas.

Tenía noches mas animadas que otras, pero su decaimiento crecía por día. Una noche buscando algo en la guantera del coche encontró el disco de Merche

(el mismo que le dejó a Maru y que dio comienzo a los mensajes), no sabía que estuviese allí, y al cogerlo entre sus manos no pudo evitar pensar que ella había tocado ese disco, que lo había tenido en su casita, y que probablemente aún tendría sus huellas dactilares en él. Lo acarició por los bordes para no borrarlas y volvió a guardarlo en la guantera protegiéndolo entre las páginas del mapa de carretera.

Le vino a la cabeza las coincidencias de la vida, porque su mujer se había comprado hacía unos días un equipo de música portátil, y coincidió que era el mismo que tenía Maru, coincidió hasta en el color.

Se le hacía muy cuesta arriba saber que ya no volvería a verla nunca más, y que tampoco podía llamarla ni ponerle más mensajes. Miraba al sur, y sabiendo que solo le separaban de ella varios kilómetros, volvía a decir:

- Tan cerca y tan lejos, Maru –
No podría verla más, y no era por distancia ni por falta de ninguno, solamente porque ella le odiaba.
- Me sobran veinte años y me faltan veinte kilos –
Decía siempre que buscaba una explicación.
Al decir veinte kilos, por supuesto se refería a veinte millones de Euros.
- Y aun así, no se si me podría ver –
Dijo riéndose de su ocurrencia.
- No ha llegado ha conocerme, es la única pena que tengo, que siempre tendrá un mal concepto de mí –
Se lamentaba mientras acariciaba a Tana.
- Por lo menos se ha enterado de que estoy enamorado de ella, peor hubiese sido no decírselo, ¿no? –
Le preguntó a la perra.
- Soy un imbécil, Tana, en estos tiempos de amor superfluo, de sexo sin mas, de pornografía hasta en la sopa, de divorcios mas que bodas y de juventud que solo piensa en pastilleo y en litronas, yo muero por una piba que no me ha escupido porque al verme se le seca la boca del asco que le doy –
Le decía a su compañera de rondas mientras arrugaba el paquete vacío de galletas.
- Ay!, Tana, la pueden querer mejor, pero más, es imposible –
Dijo dándole una patada al envoltorio de galletas y embarcándolo en el toldo de un camión.

..... o O o

Pasaban las noches y a punto estuvo varias veces de abandonar aquel trabajo. No estaba a gusto allí. Mucha soledad y mucho andar, y mucho gastar gasoil también con su coche, porque cuando se cansaba de andar o llovía, tenía que dar vueltas con el Tata, y sufría de pensar que se cargaría el embrague o el motor de arranque de tanto arrancar y parar.

Le habían cogido cariño en aquel polígono y no le dejaban irse, hasta le subieron el sueldo, y de 500 le subieron a 700 Ptas., la hora. Creo que no se fue por Tana, porque ella le echaría mucho de menos y no quería darle ese disgusto a la pobre perra.

Tuvo también momentos delicados, porque el paso el paso de gentuza por allí era continuo, y alguno hasta le amenazó de muerte cuando le sorprendía merodeando alrededor de los camiones cargados de mercancías para salir por la mañana, y de las naves con intenciones de robar:

- Voy a venir con una escopeta y te voy a matar esta noche, ¡cabrón!. –

Era la amenaza más normalita que Francisco escuchaba a diario, él no se asustaba, e incluso llegó a pensar lo que su amigo Layo dijo aquel día con el chorro de agua del pívot:

- (...no te creas, que muchas veces sería lo mejor que le podía pasar a uno) –

Le comentó al conserje lo de las amenazas, y si era normal que lo amenazaran todas las noches, y éste que era un hombre muy “echao” “palante” sonreía y le decía:

- Si yo me hubiese ido a la primera amenaza, no habría durado aquí ni diez minutos, y fíjate ya llevo 17 años. No te preocupes estos amenazan mucho de boquilla, pero luego no tienen huevos para nada –

- Cualquier noche me busco una ruina –

Contestaba Francisco resignado.

- No te preocupes “pistolín”, que nadie se va a atrever a hacerte nada con ese pedazo de revólver que llevas colgado, ¡hombre! –

Le consolaba el conserje.

- Pues todavía no se si funciona o no, porque lo he comprado y ni siquiera lo he probado –

Dijo mirando su revólver sin fiarse mucho de él.

Unos días mas tarde tuvo ocasión de probarlo aprovechando la verbena del Cerro del Águila, que era un barrio pegado también al polígono, y al finalizar la misma y como toda buena verbena lo hizo con una gran petardada de fuegos artificiales. Fue la ocasión de disparar pasando desapercibido. Puso una tabla con una diana que hizo a bolígrafo y la clavó en un montón de arena detrás de la caseta. Disparó varias veces comprobando el buen funcionamiento del arma y munición, y de paso también comprobó que seguía teniendo buena puntería.

- Por algo fui tirador de primera con pistola –
Se dijo así mismo.
Recogió la tabla para que nadie la viera y dio por finalizada la exhibición.
- Estamos en forma Tana, en particular yo –
Le dijo a la perra que todavía temblaba asustada reliada entre sus piernas.

..... o O o

SOLEDAD, RECUERDOS Y NINGUNA ESPERANZA

Andaba ya por Octubre, y seguían Francisco y Tana dando vueltas en las noches del polígono. Cinco meses sin ver a Maru y dos sin enviar ningún mensaje llevaba ya el pobre, y lo peor era saber que no tenía ninguna posibilidad de hacerlo. Solo existía una posibilidad tal vez entre mil millones, que era que le tocase la primitiva, y aunque jugaba a diario bonoloto, cupón y jueves sábados y domingos primitiva, sabía que jamás le había tocado nada y jamás le tocaría.

Las noches del polígono se hacían cada vez mas largas, y los recuerdos aunque mas lejanos, eran mas dolorosos. A veces daba vueltas sin parar por aquellas calles sin nombres escuchando la 100.3 a toda voz. Por esa época sacó Alejandro Sanz nuevo disco, y Francisco sabiendo de sobra que ella lo habría comprado, se la imaginaba escuchándolo a diario a toda voz en la cuadra y en su casita.

Mucha soledad y muchos recuerdos.



A menudo pasaba cerca de él uno de los coches patrullas de Duque, y aunque no conocía al vigilante, se imaginó que era el nuevo 25, y que seguramente vendría de La Tochueta de dar una de las varias vueltas a la que estaba obligado.

Envidiaba al vigilante y envidiaba las ruedas del coche que habían tenido la suerte de pisar por donde Maru pisaba. Recordaba momentos vividos junto a ella, como el día que le explicó las distintas sillas de montar que había, y que la de polo era para ella la más cómoda. Recordaba su sonrisa al saludarle desde el Corsa y recordaba siempre su voz. Jamás olvidaría aquella voz.

Recordó las piedras de Argentina que hacía ocho o nueve años le trajeron un matrimonio argentinos, amigos de ellos que llevaban veinte años en España, y recordó con rabia que estuvieron a punto de ir con ellos en ese viaje y que a última hora no fueron por no dejar solos a los niños. Sacó la cuenta y pensó que Maru tenía en esa fecha 17 años, y se la imaginó como una adolescente paseando con sus amigas en cualquiera que fuera su pueblo, que solo sabía que estaba cerca de Buenos Aires. Le dio pena que aquellas piedras de Argentina las tirase a la basura mezcladas con otras españolas que una navidad sirvieron para sujetar el arbolito de navidad. Recordó en cuanto tenía 12 años y estuvo

trabajando en Ibiza de botones, había allí un argentino llamado Rubén, y que se llevó para argentina fotografías donde salían los dos. O sea que él o mejor dicho sus fotos ya estaban allí antes de nacer ella. ¿Quién sabe?, el mundo es tan pequeño, que igual ese Rubén es familia suya y ella ha visto las fotos.

Pensó Francisco en un momento de tontura.

Recordó también que un día viendo a Maru pelar a las yeguas, él le dijo que tuviese cuidado con las patas traseras, porque de vez en cuando la veía muy confiada con aquellos caballos, y ella le contestó:

- Los conozco como si los hubiera parido. Yo se cuando están enfadados, y ellos me conocen a mí, si se pone otra persona aquí, seguramente le soltarían una patada –

- No te fíes –

Le dijo él preocupado.

- Además, yo se que moriré algún día con los caballos, si no de una patada, de una caída, mira esta cicatriz fue de una caída y se me salió el hueso –

Dijo Maru mostrándole el codo del brazo derecho donde tenía una enorme cicatriz.

- Es verdad, no te la había visto –

Dijo Francisco asombrado.

- Cualquier día me mata un bicho de estos –

Dijo Maru mientras permanecía detrás de las patas de la yegua que pelaba.

- No digas eso, hija –

Contestó él asustado y preocupado.

Y así, uno y otro recuerdo atormentaban las noches y los días del pobre Francisco que se arrepentía de todo. De no haberle preguntado como fue aquella caída, a que edad y donde fue. Cuando hablaba con ella le gustaba escucharla y mirarla, y por eso no hacia preguntas. Cosa de lo que ahora se arrepentía.

Una noche poligonera, le llegó un muchacho joven de unos veinte años, hijo del más rico del polígono, que había pinchado su flamante B.M.W. deportivo, y al parecer ese modelo no trae rueda de repuesto, por lo que le preguntó a Francisco si lo podía dejar allí y volver por la mañana con otra rueda.

- Claro que sí, déjalo aquí junto a la caseta que yo te lo vigilo-

Le contestó muy servicial.

Cuando el muchacho se fue con el taxi que había pedido por teléfono, Francisco pensó:

- Uno así necesita Maru –

Dijo refiriéndose primero al coche, y tras una pausa pensó:

- Y un muchacho así, joven rico y guapo como este para formar una familia y que no le falte de nada –

- ¡Cómo se me han pasado los años!, se me ha pasado la vida en un soplo, soy viejo pobre y con mucha familia. ¡Que desastre! –

Dijo riéndose de su mala suerte.

- Yo antes de La Tochuella era feliz, ¡hombre!, no para tirar cohetes, pero no me preocupaba de la edad y tampoco tanto del dinero. Esa niña hace que me sienta como un gusano peludo. –

Dijo mirando a Tana como si hablase con ella.

..... o O o

DICIEMBRE NEGRO.

Ya no quería descansar, los días libres lo pasaba peor porque dormía toda la noche en casa y por lo tanto se levantaba a las ocho para despedir a su mujer que se iba a limpiar al Banco y los bloques que le tocaban, (no recuerdo si he mencionado que Elvira trabajaba en una agencia de limpieza), así que se quedaba solo en casa, porque la niña también iba al instituto, y eso hacía que estuviese pendiente del reloj.

A las diez se imaginaba a Maru desayunando en la cocina del cortijo, luego en la oficina, mas tarde en la cuadra y a continuación paseando a caballo por la cancha de polo. Estaba pendiente del reloj toda la mañana, y sufría sabiendo que podía coger su Tata y encajarse en La Tochuela en menos de veinte minutos y disfrutar de la soleada mañana hablando con ella. Podría, si ella quisiera ¡claro!. Podría hacerlo también si le tocase la primitiva, porque el dinero abre todas las cancelas.

A las dos sabía que ella estaba comiendo, a las ocho de la tarde cenaba, y ese era el día libre que pasaba Francisco asomado a su balcón viendo pasar a un montón de idiotas que parecían muy felices.

Todavía no había lavado el coche por dentro, y todavía llevaba todo el polvo y arena de La Tochuela. No lo había lavado ni pensaba hacerlo tal y como le dijo a Maru en uno de sus mensajes.

Su vida se limitaba al polígono y a la cama. De día no salía de casa para nada, ya no iba al bar, tampoco a comprar el tabaco y ver los tenderetes que a diario se ponían en su barrio. Sólo usaba el coche en el polígono, y sólo estaba a gusto en la soledad de su polígono.

Siempre esperó un mensaje o una llamada, nunca perdió la esperanza de que ella alguna noche aburrida en su casita, se acordara de él y le llamase aunque solo fuera para insultarle.

No estaba centrado en su trabajo y se volvió muy descuidado, prueba de ello que una noche le abrieron dos naves y las desvalijaron, y él ni siquiera se enteró. Quiso dejar aquel trabajo, le pidió a su jefe que lo mandara a una obra para poder descansar, pero al parecer los propietarios de naves del polígono le seguían queriendo tener allí a pesar del robo, aún así insistió en irse, pero le dijo el conserje, que si él se iba, su jefe perdería aquel servicio, ya que sólo lo mantenía él, así que no tuvo mas remedio que continuar.

Se estaba volviendo loco. Al final Maru tendría razón al llamarle guarda loco. Su mujer le dijo varias veces que le encontraba raro y que tenía ojos de loco, se lo decía en broma y riéndose, pero Francisco sabía que no andaba muy

equivocada. A punto estuvo de pedirle ayuda pero ¿cómo podría ayudarle?, ¿llamando ella a Maru y contándoselo?. Le tomaría Maru por un enfermo o un loco, y eso le hacía desechar la idea. Sólo quería poder llamarla de vez en cuando y ser amigos, tampoco sería muy pesado, se conformaba con poder llamarla una vez a la semana o al mes, no perder el contacto con ella, y sobretodo que Maru no le recordase siempre como algo negativo en su vida, que le conociese y le tratase como a un familiar, él no buscaba otra cosa, nadie lo entendería, pero Francisco sabía que su cariño era limpio y puro.

Se preguntó muchas veces ¿qué había visto en aquella mujer para sentir esa absurda atracción por ella?, y él mismo se contestaba que su pureza, su inocencia, su vida sana y ordenada, su alegría, su belleza interior y exterior, su habla, su sonrisa, su mirada, y en definitiva toda ella.



..... o O o

ENVIDIA SANA AL RUBIO

Se pasó una noche entera pensando en la relación de Maru con el rubio.

También fue casualidad conocer al rubio, y casualidad que fuese a Madrid, podía haber sido de Murcia o de Cuenca. Precisamente era de Madrid, donde ella pasó los meses de Junio o Julio.

Fue testigo de sus primeras salidas en La Tochueta, y se imaginaba que ella en Junio se iría a Madrid, y él se iría también a los dos o tres días o viceversa. La cuestión es que seguirían viéndose allí y se habría consolidado su relación.

Se imaginaba el rubio viniendo todos los fines de semana en el AVE de Sevilla, y a ella recogéndolo con el Fiat Uno en la estación de Santa Justa. Maldecía el AVE y maldecía los fines de semana (podría haber sido vigilante y así no disfrutaría de fines de semana). Se lo imaginaba presentándole a sus padres en Madrid, y se imaginaba al rubio los fines de semana acostándose con ella en la casita de cuentos de La Tochueta, se imaginó los Domingos por la tarde despidiéndose los dos en la estación y deseando que llegase el próximo fin de semana o cualquiera de los tantos puentes que disfrutan todos los que no son vigilantes. Los vio haciendo planes de matrimonio comprando piso, amueblándolo, y hasta vio a una Maru pequeña y rubia que correteaba por La Tochueta. Le comió la envidia, pero en el fondo se alegró por ella.

Tuvo otra mal rato pensando en el viaje de novios a Argentina y presentándole a sus padres, su cuna de niña, su habitación, su ranchito, su pueblo, su colegio, y en definitiva su origen. Pero en el fondo y después del sofocón, también se alegró de que ella fuera feliz.

Alguien dijo una vez que la vida era un cúmulo de circunstancias.

Quien le iba a decir al rubio cuando le dijeron que tenía que ir a una finca de Sevilla para restaurar unos muebles, y que estoy seguro de que vendría refunfuñando, e incluso los primeros días de estancia en La Tochueta estaría amargado, y que la vería a ella cabalgar por allí. Quien le iba a decir que esa preciosa caballista sería su novia y luego su mujer, y quien le iba a decir que encontraría a la mujer de su vida en ese viaje de trabajo.

Quien le iba a decir a Maru, que su futuro marido y padre de sus hijos, que seguramente se lo imaginó de Dos Hermanas o Sevilla, vendría de Madrid disfrazado de carpintero, y que lo tuvo allí una semana sin echarle cuenta.

Y sobre todo y mas importante:

Quien le iba a decir al rubio que por ese trabajo recibiría a cambio la joya mas valiosa que jamás haya tenido el Reino Andalusí..

Creo que hasta el despeñaperros florece cuando pasa Maru por allí.



..... o O o

Paseaba con Tana por las calles frías y solitarias. Tenía la manía de ir con la mano izquierda metida en el bolsillo del anorak contando las balas del revolver. Las iba dejando caer una a una hasta doce, así una y otra vez mientras pensaba en Maru sin parar.

Las nubes casi siempre venían del Suroeste y las miraba sabiendo que acababan de pasar por La Tochuela.

Pensó lo tonto que fue al no memorizar y apuntar la matrícula del Opel Corsa, porque a través de su compañero “Jorpa”, por ejemplo, podría saber ahora el nombre completo con apellidos y fecha de nacimiento de ella. Arrepentido de no haberse llevado la cámara de fotos Nikon con el objetivo de 300 mm., que tenía y haberle sacado una fotografía jugando al polo o un primer plano de su cara, porque últimamente había veces que le costaba trabajo recordar sus facciones. Podría haberla grabado con la cámara de video que también tenía un buen Zum, pero nunca se le ocurrió llevársela a La Tochuela.

Todo le recordaba a La Tochuela, hasta los caracoles de allí que aun quedaban por el patio de su casa comiéndose el melocotonero.

Nunca le pasó nada igual con ninguna mujer, como cualquier ser humano estuvo enamorado muchas veces, pero jamás con la intensidad que sufría a Maru.

..... o O o

Miraba Francisco a su mujer y sentía que la estaba engañando con otra, eso le hacía estar peor, porque tenía una mujer joven, guapa y con todas las virtudes o más que pudiese tener Maru y además la quería muchísimo, pero eran cariños distintos, ella era su mujer, y a Maru la quería como a una hija perdida que después de encontrarla no quiere uno separarse mas de ella.

La cabeza de Francisco no descansaba, y así su calva nunca se poblaría de pelo. Su salud andaba flojeando, porque el trabajo de noche te afecta sobre todo al estómago, ya que continuas comiendo de noche y lo haces trabajar sin descanso las veinticuatro horas del día. También a los pulmones, porque fumas de día y de noche y sobre todo al carácter, porque de día no se descansa con el ruido ambiental de coches, niños arrastrando los ruidosos carritos del colegio, que ya le podían poner una gomita a las ruedas, el bar de enfrente, la tienda de fotos de al lado, la peluquería del otro lado, la relojería mas adelante y el camión de butano en medio golpeando las bombonas para las marías sordas que nunca se enteran.

Fuese lo que fuese, Francisco empezó a demacrarse y perdió algunos kilos, tenía ojeras, tosía, y tenía un pitido como una cafetera americana.

Llegaron los fríos, y ya eran noches de vaho en boca. Se le averió dos veces el Tata, una vez se le fue el termostato que ya le fallaba estando en La Tochueta, y al quedársele cerrado se pegó un calentón al motor que casi gripa, tanto se calentó el agua del bloque que estropeó la bellota de la temperatura, pero como él entendía de todo un poco, se lo quitó y lo metió en la guantera.

- Ya se lo pondré cuando tenga tiempo de ir a comprar otro –

Dijo.

Días después al salir del aparcamiento de la caseta se le cayeron los tornillos de la dirección al suelo y tuvo que llamar una grúa para que lo llevase a la casa oficial. En definitiva que decidió no llevar más el coche al polígono porque lo estaba haciendo polvo.

En las caminatas con Tana sudaba, y al pararse sentado en alguna esquina se le enfriaba el sudor y sentía escalofríos. Pero aún así pensaba siempre en Maru.

Pensó como habría sido el viaje desde Argentina aquí. Se la imaginó levantándose de madrugada llamada por sus padres y terminando de hacer el equipaje, la despedida triste en el aeropuerto de Buenos Aires, y el viaje sola a un país desconocido para ella. El desayuno o el café que se tomaría en el aeropuerto esperando la salida, la llegada a Sevilla y la entrada por primera vez en La Tochueta, la inseguridad de empezar un nuevo trabajo con gente que no conoces, y la primera llamada a sus padres ya desde la finca. La primera salida a Dos Hermanas y a Sevilla, y el deje argentino que traería.

..... o O o

Todavía tenía la esperanza de que algún día, Duque le llamara para hacer servicio en la Finca, sabía que nunca sucedería, pero siempre lo deseó.

De vez en cuando lo llamaba su mujer y casi siempre hablaban de lo mismo. Ya habían dejado por imposible la rehipoteca de la casa, y estando los dos trabajando iban tirando medio bien, pero Francisco no terminaba de verle la punta a aquello y comentaba a Elvira que le daban ganas de cambiar de vida, vender la casa y largarse al pueblo aunque fuese de alquiler, y luego con tiempo comprar un terreno y hacerse una casa a su gusto, a las afueras o mejor dicho en pleno campo para poder dedicarse a la cría de cerdos o de conejos o de lo que fuera, pero dejar la ciudad y darle un cambio radical a sus vidas.

- Yo voy donde tu me lleves –

Le decía Elvira.

- Esto no es vida, ¿qué vamos a estar trabajando?, ¿hasta que seamos viejos?, yo soy pensionista y teníamos que estar disfrutando la pensión, y no tirado en un polígono y tú fregando bancos.

Argumentaba Francisco para convencerse así mismo de que era una buena idea.

- No lo sé, hijo, ¿cuánto tiempo nos queda para pagar los préstamos? –

Preguntaba Elvira.

- Años, hija, años, y yo ya no estoy para estos trotes, vamos a liarnos la manta a la cabeza y cambiamos de vida –

Decía Francisco, cansado ya del polígono.

- Haz lo que quieras, yo, donde tu vayas voy –

Contestaba una y otra vez Elvira.

Cada noche hablaban de lo mismo, pero de día se ven las cosas de otra manera y siempre deciden esperar, así que Francisco seguía dando vueltas a la noria y Elvira limpiando bancos. La Maru de los Bancos. Le decía él en broma.

- Digo, y bien que ligo –

Decía ella orgullosa de su atractivo.

Hizo algunos amigos noctámbulos Francisco en los límites del polígono. Había una pequeña gasolinera con un gasolinero que se hizo amigo de él, pero que al poco tiempo echaron por llamar a las líneas eróticas 906. Otro vigilante mejicano llamado Jairo que vigilaba los edificios Toledo I y Toledo II, que le contó que antes había tenido una atracción de feria pero se cansó de ir de pueblo en pueblo y por eso se metió en ese trabajo, al poco tiempo se fue. Otro estaba de guarda o de dormitorio en la casa Skoda, se llamaba Paco y se reía mucho con las cosas que Francisco le contaba. Otros dos vigilantes o dormitorios de INDUYCO, que nunca habló con ellos por pillarle al otro lado de la carretera, pero los veía por la mañana desperezándose y bostezando en la puerta. Era un trabajo distinto el de ellos, porque estaban en recintos cerrados y se pasaban la noche durmiendo. Si a ellos les ven un televisor, un libro, una máquina de escribir o cualquier otro entretenimiento, se alegran los jefes o los dueños de la nave, porque es señal de que están despiertos, pero en el puesto de Francisco era todo lo contrario, no querían televisor ni nada de entretenimiento porque pensaban que estaría toda la noche sin salir de la caseta y sin vigilar las calles del polígono, hasta pusieron pegas al ver un infernillo eléctrico para calentarse las manos de vez en cuando. En fin, no todos los puestos de vigilantes son lo mismo, y a Francisco en el reparto le tocó lo peor, no podía dejar de dar vueltas porque no quería que le robasen otra vez.

Pasaban comadreja a todas horas, iban con botines para no hacer ruido al andar, y tenía que estar pendiente de que no le abriesen ningún camión o lo que es peor, alguna nave.

Fue deteriorándose física y mentalmente. Se fumaba dos paquetes de viceroys en la noche, y la falta de descanso le iba dejando huella. De vez en cuando sentía un dolor en el costado izquierdo a la altura del pulmón, pero se lo achacaba al enfriamiento. Nunca fue amigo de ir al médico, y por eso nunca se miró aquel dolor.

Una noche, finalizando el mes de Diciembre, cuando caminaba por las calles del polígono con su inseparable Tana, sintió mareos, ahogo y un gran dolor en el pecho, era de madrugada y hacía bastante frío, pero no cogió la moto de su mujer que era el vehículo que se estaba llevando para no estropear el Tata, por pasear a Tana, ya que durante el día estaba la pobre siempre amarrada en su casetilla, y le gustaba a Francisco ejercitarla y tenerla en forma, como hacía Maru con sus yeguas. Le pilló lejos de su caseta, por lo que como pudo y sin apenas andar, fue agarrándose a la pared y poco a poco intentó llegar a la caseta para sentarse y descansar, pero a unos cien metros le volvió a dar otro mareo y esta vez cayó al suelo desvanecido. No se sabe el tiempo que permaneció allí porque el polígono estaba desierto y a esa hora poca gente pasaba. Lo

encontraron una pareja de toxicómanos habituales del lugar que conocían a Francisco de pedirle tabaco y que solían pasar de recogida, pero como Tana no les dejó arrimarse a él, tuvieron que avisar al de la gasolinera y éste llamó al 112.

Se despertó en la sala de urgencias del Hospital “Virgen del Rocío”, y conforme despertó se bajó de la camilla y se dirigió a ingresos para preguntar que hacía allí. No atendió a los consejos de los médicos de urgencia que hablaron con él, y para quitárselos de encima les prometió que se haría un chequeo general al día siguiente. Preguntó por el revolver, la cartera y el móvil, le dijeron que la policía que le recogió del polígono lo había entregado para su custodia al médico jefe de urgencias, fue a pedírselo y tuvo que prometerle que se haría un reconocimiento en su clínica, ya que él pertenecía a la compañía Mapfre y debía ir a las clínicas de su seguro.

Salió del hospital con su revolver enfundado y cogió un taxi que le llevó de nuevo al polígono, allí junto a la caseta estaba Tana echada, parecía todo normal, no habían mandado a otro vigilante, y al parecer no habían llamado ni a su jefe ni a su mujer, por lo que dio una vuelta al polígono para ver si todo estaba en su sitio, y pensó que alguien debió llamar a la policía, así que fue a la gasolinera y se puso al corriente de lo sucedido. Le pidió al gosolinero que no dijera nada a nadie, que él iba a continuar su servicio y que no quería que se enteraran de nada. Achacó el desvanecimiento a la pastilla que tomaba todas las noches para la hipertensión, y no quería tampoco asustar a su mujer.

Estuvo tres o cuatro noches mas de servicio, y el conserje que lo relevaba a las siete, le dijo que le veía muy mala cara.

- ¿Te encuentras bien? Paco, tienes mala cara –
Le preguntó.
- Las noches se han hecho para dormir, y los polígonos para vender y hacerse ricos, pero no para vigilarlos. Esto cansa mucho, a los pobres tenían que cortarnos la cabeza al nacer –
Le contestó Francisco sonriendo.
- Cuídate, cuídate, porque te veo desmejorado. –
Sabía que no andaba bien, porque él sabía que el mejor médico es uno mismo, y por eso supo que estaba jodido.

El dolor debajo de la axila izquierda y del costado ya era continuo, y al andar se asfixiaba. De vez en cuando le venían unos mareillos que le parecía que iba a caerse. Esa misma noche al venirle un golpe de tos escupió sangre y sintió un gran dolor en el pulmón izquierdo.

Ya no paseaba a Tana, se limitaba a soltarla y la observaba correr y saltar alegremente a su alrededor, mientras él permanecía sentado. Sabía de sobra que estaba tocado, pero ahora no podía dejar de trabajar, la situación económica no le permitía ponerse enfermo y por eso aguantó hasta que se dio cuenta de que no se trataba de una avería pequeña y se asustó.

Se acostó ese día como siempre a las ocho de la mañana después de despedir a su mujer que se iba con la moto al trabajo, puso el despertador a las doce, y a las doce y media estaba en la consulta médica de cabecera en una consulta del ISFAS en la calle Arroyo. Aguantó a que le tocara el turno porque tenía delante a varias viejas muy repintadas que seguramente estaban allí todos los días, y una vez dentro le explicó a la doctora lo sucedido.

Le exploró con ese aparatito que siempre está frío, y moviendo la cabeza le pregunto:

- ¿Sigues fumando?, Francisco –
- Como siempre hija, no he podido dejarlo todavía, además ahora trabajo de noche y ya me dirás como se pasa la noche entera sin fumar –

Contestó francisco acostumbrado a ponerle excusas para no dejar el tabaco.

- Bueno, te hago un volante y te sacas una radiografía, además te voy a mandar una analítica completa de sangre y orina, ¿qué tiempo hace que no te haces una? –

Preguntó la doctora mirando el expediente.

- Años –
- Dijo Francisco.
- ¿Y la tensión, te la controlas? –
- No, pero tomo la pastilla todos los días, y cuando me noto alterado me tomo dos –
- ¿Y porqué no te la controlas a menudo?
- Porque me sube la tensión nada más ponerme el globo ese en el brazo-

Contestó Francisco sonriendo a la médica que rellenaba los volantes.

- Bueno, en cuanto tengas los resultados me los traes, te los he puesto por urgencias para que te lo den el mismo día, y tómate en serio lo de dejar el tabaco, ¿tu has probado algún método para dejarlo?. –

Le preguntó mirándolo muy seria.

- Todos, los he probado, he tenido el parche de nicotina puesto en la paletilla, mascando chicle de nicotina y al mismo tiempo fumándome un cigarro, el único método para dejar de fumar, es que te encierren en una habitación sin periódicos y sin papeles para que no te los fumes, y un negro en la puerta para que cuando pidas tabaco te de en los morros y te pregunte si quieres mas –

Dijo Francisco haciendo reír a la médica y a la ATS que tenía una risa tonta.

- Tu verás, hijo, tu verás, lo que haces –
Le dijo la médica refregándose el ojo que lagrimeaba por la risa.

Volvió a su casa, buscó el librito médico y después de pedir cita en uno de los laboratorios y rayos X, se volvió a acostar.

..... o O o

Pensaba ir a las pruebas sin que se enterara Elvira, pero ya ese mismo día cuando ella entró a despertarle a las tras para comer, le vio muy mala cara, estaba blanco como la pared, se agarraba el pecho con las dos manos y se quejaba del dolor agudo que tenía en el costado izquierdo.

No tuvo mas remedio que contarle todo, le dijo que tenía cita en el laboratorio mañana por la mañana, y que hasta entonces pensaba quedarse en cama descansando. Su mujer insistió en ir a urgencias, pero Francisco la convenció de que unos calmantes le aliviarían, por lo que se tomó un par de nolotil y siguió durmiendo. Por la tarde se quedó acostado viendo la tele, no entraba al trabajo hasta las once, pero viendo que no podía levantarse llamó a su jefe y le dijo que no iría, que se encontraba mal, seguramente con gripe y que se quedaría un par de días en casa. No le contó nada más porque no quería que buscara a otro para su polígono y esperaba encontrarse bien en varios días.

Por desgracia no fue así, y esa misma madrugada tuvo Elvira que llamar al médico de urgencias a domicilio, y éste le envió en una ambulancia al Hospital.

..... o O o

COMIENZA LA PESADILLA

Todo fue tan rápido, que Francisco no tuvo tiempo de enterarse de lo que estaba pasando. Hacía menos de diez días paseaba con Tana por su polígono y ahora estaba postrado en una cama de hospital a la espera de un diagnóstico que él sabía tanto como lo temía. Estaba casi siempre sedado porque el dolor ya era continuo, aun así no perdía el buen humor y hacía un chiste de cualquier cosa que uno dijera. Solamente entristecía cuando nombraba a Tana y lo mucho que le estaría echando de menos, - porque las personas entienden lo que sucede, pero ella sola sabe que yo no voy a verla . -

Decía muy triste.

No hace falta decir cual fue el diagnóstico. Fue la pena máxima, y además no tenía operación, y el tratamiento muy poco podía hacer porque la enfermedad estaba muy avanzada y extendida, así se lo dijeron a Elvira, y así se lo conté yo a Francisco cuando me pidió la verdad. Ni siquiera hizo la típica pregunta de ¿cuánto me queda?, sólo me dijo mirándome:



- He llegado al final, ¿verdad? –
- Creo que sí –
- Le dije yo incapaz de mentirle.
- He sido precoz en todo, hasta en esto –
- Comentó pensativo.
- Aún me quedaban cosas por hacer, pero el destino manda –
- Agregó mirando al suelo.

Acto seguido me pidió un cigarrillo y mirándome dijo:

- Ya no puede hacerme mas daño, no prives al condenado de la última cena –
No tenía viceroy, pero nos fumamos un fortuna.

Después de varias caladas en silencio y sin mirarme me comentó:

- Quiero que te encargues de todo, seguros, certificados... y me entiendes, los préstamos personales tienen todos seguros de vida, el coche y la hipoteca también, el de decesos está en Mapfre, y tengo otro de vida también en Mapfre de 15 millones de pesetas, encárgate tú de reclamarlos. Elvira se

quedará con la casa y el coche pagados, sin trampas ninguna y con los 15 millones, aparte tienes que ir al habilitado de clases pasivas y arreglar la pensión de viudedad, ella sabe donde es, también tenemos el seguro de huérfanos de la Guardia Civil y otro de derrama, que es un seguro de viudedad para ella. Todo está en una carpeta que pone seguros de vida. Lo de huérfanos y viudedad de la Guardia Civil lo arregla también el habilitado. Tenemos muchos préstamos personales, así que tendrás que sacar por lo menos veinte Certificados de Defunción originales y un baúl para llevar todos los papeles, ya te lo pagaré en otra vida. –

Dijo riéndose.

- El piso de Silvia, también tiene la hipoteca a mi nombre y seguro de vida, por lo que quedará pagado y devolverán la diferencia de lo asegurado y de lo que queda de capital pendiente. Debería morirse uno todos los meses, es la única forma de coger dinero, es la primera vez que estaremos sin trampas y con dinero en el banco. Ves como no hay mal que por bien no venga. –

Dijo sonriendo y sin perder nunca su buen humor.

- No te preocupes hombre, yo me encargo de todo eso, tú preocúpate de no morirte, yo conozco gente que le dieron un mes de vida y llevan años dando por culo. No le hagas mucho caso a los médicos, además contigo no hay quien acabe –

Le dije recordándole cuando una vez de niño se clavó un anzuelo de pescar en la mano y se lo sacó con unos alicates. Y el accidente con una bicicleta de carreras con 16 años, que le tuvo un mes en el hospital. Y el accidente con el Seat Panda que chocó de frente con un BX de gasoil, y después de dar veinte vueltas de campana, salió solo con unos rasguños y una cicatriz en la frente. Y el tiro que tenía pegado en la rodilla y en una mano. Y los cuarenta días que se llevó sin comer cuando murió su primera mujer, y las veces que estuvo encerrado en los calabozos cuando le detuvieron repetidamente por sindicalista.

- No creo que una simple enfermedad acabe contigo –

Le dije para darle fuerzas.

Al día siguiente se marchó a casa, solo le pusieron un tratamiento para el dolor, y era una tontería permanecer en el hospital.

Ya no trabajaba, así que pasaba los días tumbados en el sofá, viendo la tele, se conocía todos los anuncios y todos los programas del corazón, estaba al día de lo que hacía la Pantoja, el Jesulín, el Fran Rivera y de todo aquel que asomara el bigote por la pantalla.

¡Que vida, la de los pobres!, un hombre al que le quedan días de vida y los desperdicia viendo la tele. Pero que remedio, tampoco tenía dinero para despedirse de este mundo a lo grande, por ejemplo viajando, conocer otros países, otras costumbres, cenar en buenos restaurantes con los mejores vinos,

etc... Ese es un solo ejemplo de lo que somos los pobres. Nunca fue Francisco de vacaciones exceptuando dos años que alquiló una casa en El Ronquillo, y se llevaron aparte de los seis hijos, a los 14 gatos, un loro, un yerno y un nieto, ¡menudas vacaciones!, todo el día cocinando para la tropa, y de noche bebiéndose unos cuantos botellines de cerveza en una tasca. Si había viajado fue siempre por motivos de trabajo, con 12 años se fue a Ibiza a trabajar de botones en el Hotel Ciudad de Mar en Cala Portinax, y con 18 estuvo en Mallorca trabajando de fregaplatos en el Hotel Bonanza en Illetas, luego anduvo de un lado para otro en distintos destinos de la Guardia Civil, pero viajar por placer nunca pudo y por lo visto ya no podría. No se quejaba, aunque alguna vez le oí decir que si volvía a nacer se haría la vasectomía a los 14 años. Los hijos atan mucho, se pasó la vida criando niños, y ahora que la menor tenía ya 14 años y empezaba a tener un poco de libertad, le vino el bache económico y lo que es peor el bache insalvable de la enfermedad que cada día le debilita mas.

..... o O o

Nadie puede ponerse en el lugar de una persona que sabe que le quedan pocos días de vida. Tiene que ser horrible saber que no tienes futuro, que todo ha terminado para ti, ya no debe importarte nada, nada va ya contigo, ¿qué te importa quien gane las próximas elecciones?, ¿qué te importa que suban o que bajen los tomates?, ó ¿qué te importa que el hombre llegue a Marte, que haga frío o calor, que el planeta se enfríe o se caliente o que la Pantoja tenga novio o no?. Todo ha terminado para ti, tú ya no eres nada, estás aquí de prestado, ya nadie cuenta contigo para nada, y tú ves a los demás desde una ventana, ya no perteneces a su mundo, las prisas ya no te afectan. Tú ya no existes. Ahora podría hacer cualquier cosa, ya no le sujeta ninguna ley, ya no cumpliría condena haga lo que haga. Podría matar a cualquiera que ya ni siquiera sería juzgado entre otras cosas porque moriría antes de que se celebrase el juicio, podría robar lo que quisiera sin miedo a la cárcel, podría decirle a la gente lo que piensa de ellos sin ningún reparo, e incluso podría ponerle un mensaje a Maru.

¿Por qué no lo hacía?

A veces cogía el móvil y miraba el número de ella que aún permanecía en la memoria de llamadas recibidas de aquella lejana noche de Agosto cuando le puso el mensaje de ¿podemos hablar?, y el ella le llamó, pero al ver de quién se trataba le colgó.

Se quedaba mirando aquel número y debía verlo tan lejano como si nunca hubiese existido. Lo miraba muy a menudo, se quedaba pensativo y así

permanecía hasta que alguien le interrumpía, ¿qué le impedía llamarle? ó ¿qué le impedía ir a verla?.

..... o O o

¿De qué puede hablar un matrimonio en esa situación?

¿Se lo imaginan?

Sólo en pasado y un poco en presente, ya no existe el futuro.

- Lo hemos pasado bien, ¿verdad? –
- ¿Te acuerdas cuando...? –
- ¿Qué habrá sido de? –
- Ya no pueden decir:
- A ver si con el tiempo... –
- A ver si ahorramos y nos compramos un terreno... –
- Cuando seamos viejos –
- A ver si pintamos la azotea el año que viene ... –
- A ver si nos toca la primitiva –

No existe el mañana, y lo peor es evitar hablar de él.

Supongo que no será agradable ver gente feliz a tu alrededor, y tampoco debe serlo ver gente llorando o compadeciéndose de ti.

Como se suele decir, eso es para el que le toca.

¿Llega alguien a acostumbrarse a esa situación?

Por eso pasaré por alto el drama familiar y no hablaré ni de Elvira ni de los hijos, ni hermanos, ni padres de Francisco.

..... o O o

Si todas las muertes son crueles, la del cáncer destaca precisamente por saber que te mueres. No es lo mismo morir de accidente (que supongo no debes sufrir) que saber que estás condenado a muerte y que es cuestión de días.

Todos hemos conocido a alguien cercano que murió de cáncer. Francisco conoció a varios:

El primero fue D. Julio el director del colegio donde estaba él con 11 años, fue sonado porque el hombre al saber de su enfermedad terminal se pegó un tiro. El segundo fue el director de uno de los hoteles de Sevilla donde trabajó con 18 años, y vio día a día como sufría aquel hombre los terribles dolores de espalda y como falleció en menos de un mes. El tercero fue en un pueblecito de Teruel donde estuvo destinado de Guardia Civil con 19 años, Rafael se llamaba

aquel muchacho que precisamente era también andaluz, de Cádiz, y vio como a sus veintitantos años se deterioró en menos de dos meses, se le cayeron los dientes y el pelo, y en visto y no visto acudía a su entierro. El cuarto fue también en otro pueblecito de Teruel que a igual que al anterior veía a diario por ser este el director del Banco Central, le diagnosticaron un tumor cerebral y el pobre duró poquísimo. Recordaba que este hombre tenía un Renault-8 al que le cambió los cuatro neumáticos y casi no le dio tiempo a rodarlos, luego al pasar a diario por su calle, vio durante mucho tiempo como se deterioró aquel coche aparcado en la puerta del difunto.

El quinto fue en el Ronquillo no hacía más de tres años, era un hombre de mediana edad que murió de cáncer de pulmón. Fue visto y no visto, porque el hombre que regentaba el bar de la tercera edad, enfermó y murió en menos de un mes.

Todos conocemos a personas fallecidas de cáncer, y también a algunos que lo padecen en la actualidad y esperan como Francisco su fin, (hablamos por supuesto de cáncer terminal, sin ninguna esperanza y sin tratamiento, porque afortunadamente también conocemos a muchísimas personas que han padecido la enfermedad y se han curado, y otras en tratamiento actual que tienen muchísimas posibilidades de curarse).

Seguían teniendo problemas económicos, por eso Elvira seguía trabajando y ahora tenía incluso que echar mas horas porque Francisco por supuesto no podía trabajar. Sabía que pronto esos problemas se arreglarían precisamente con su muerte, y a veces mirándolo desde el punto de vista económico, deseaba él, que fuese cuanto antes.

- Tiene una prisa hasta para morir –
- Los pobres no tenemos arreglo –
Dijo un día riéndose.
- ¿Y si pedimos un anticipo al seguro de vida? –
- Lo malo es que luego no me muera, como tengo tan mala suerte –
Bromeaba macabramente Francisco.

..... o O o

Tumbado en un sofá, no es precisamente el mejor sitio para no pensar. Tenía algunas cosas que arreglar en su casa, como cambiar el calentador de agua por otro más grande que compró meses atrás y que aún estaba sin poner. El que tenían puesto era pequeño y en invierno no calentaba lo suficiente debido a lo grande de la casa y el gran recorrido de las tuberías. El hacía todos los trabajos

en su casa, electricidad, fontanería, albañilería, carpintería, pintura, cerrajería, mecánico del coche y de la moto, etc, etc....-

- Los pobres tenemos que entender de todo –

Dijo muchas veces.

Tenía un trastero en el patio donde había herramientas de todas clases y para todo, él mismo arregló y reformó la casa cuando la compraron, y puso toda la instalación eléctrica y de fontanería incluida la fuente con cabeza de león que había en el patio, también echó tela asfáltica en la azotea con ayuda de Elvira que lo mismo hacía mezcla que sujetaba una reja mientras él la anclaba.

Se pasó varios días arreglando cosas, parecía querer dejarlo todo en perfecto estado antes de su viaje, además le servía para no pensar. Para no pensar en su destino, pero en Maru no dejaba de hacerlo ni un solo segundo. Miraba el reloj y adivinaba lo que estaba haciendo en ese momento. Los fines de semana por la tarde se la imaginaba en Dos Hermanas con alguna amiga o amigo, o incluso con el madrileño que no sabía si habría cuajado el noviazgo o no. Pensó alguna vez el ir a Dos Hermanas para ver si la veía de lejos, pero enseguida desechaba la idea.

Lo tenía ya todo funcionando a la perfección, bueno todo menos su cuerpo que cada día parecía envejecer un año. Tomaba cada vez mas pastillas para el dolor y últimamente le dieron algunas inyecciones de morfina para cuando fuese insoportable.

Le quedaban aún dos cosas por hacer, y una de ellas la hizo al día siguiente por la mañana. Fue al polígono y le pidió al conserje que le dejase llevarse a Tana, y éste se la dio sin ningún problema, (él de todas formas se la habría llevado, aunque hubiese tenido que robarla), pero así fue mas civilizado.

La otra cosa era mas delicada y debía esperar a la noche para hacerla.

Tenía que hacerla pronto porque sabía que su tiempo se agotaba.

Esa misma noche a las doce, le dijo a Elvira que tenía que hacer algo que no se perdonaría si no lo hacía, y sin más se cambió de ropa, se puso un anorak y por mucho que Elvira le insistió, él no le dijo a donde iba. Le dijo que tardaría dos o tres horas, pero que no se preocupase que volvería. No se llevó la cartera ni el reloj, pero si cogió el móvil, las llaves del Tata y el tabaco. Le prometió a Elvira que volvería y que no se preocupase que no iba a hacer ninguna tontería.

Al marcharse, subió Elvira a su habitación, abrió la puerta del ropero y comprobó aliviada que el revolver estaba allí.

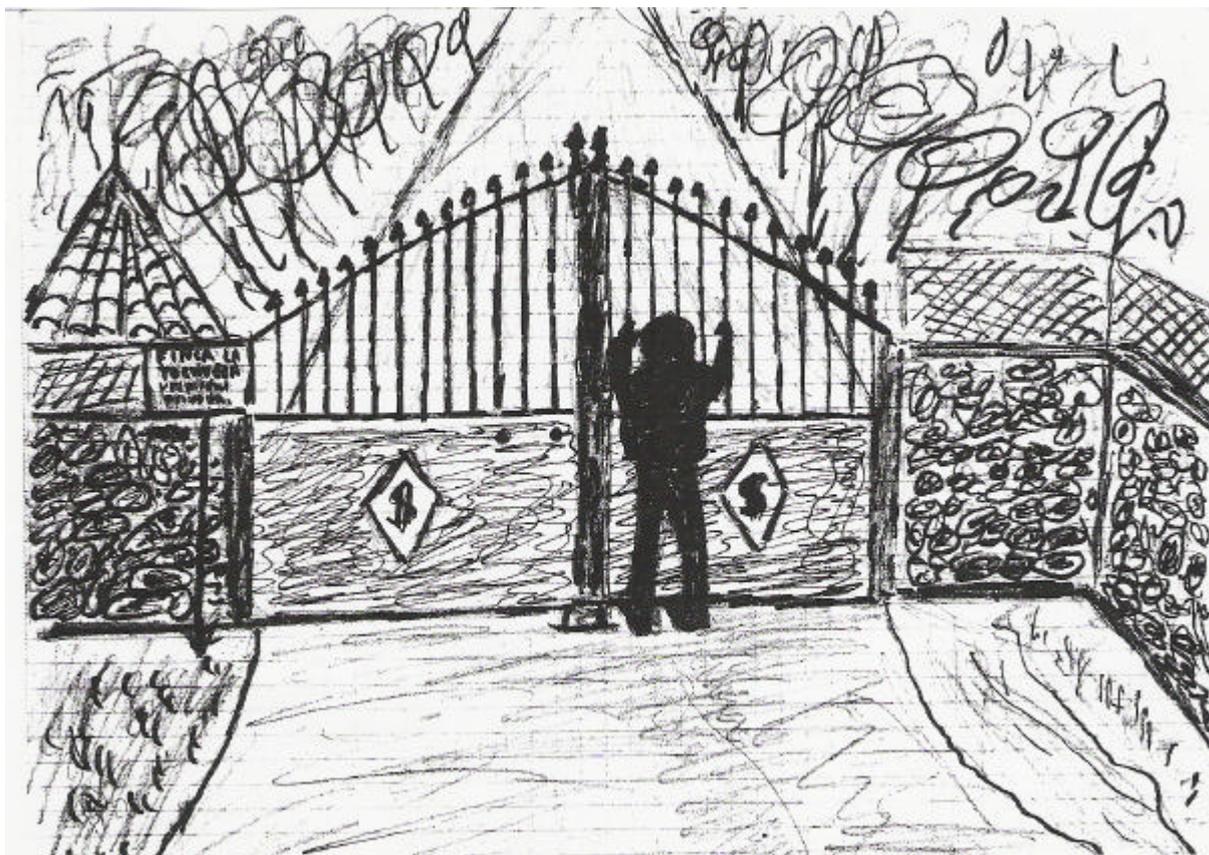
..... o O o

ÚLTIMA Y DEFINITIVA DESPEDIDA DE LA TOCHUELA

Conducía despacio, recreándose, hacía tiempo que no conducía fuera del polígono y disfrutaba del paseo, escuchaba como siempre la 100.3 y fumaba su viceroy como lo hacía siete meses atrás por aquella misma carretera dirección a La Tochuela.

Había momentos que le parecía que iba a trabajar, había hecho tantas veces aquel camino y con tanta alegría a la ida, que se le contagié aquel bienestar que sentía entonces. Sabía de sobra que era la última vez que haría aquel recorrido y por eso se aferraba a él y lo disfrutaba intensamente, llevaba la ventanilla abierta y ya olía a Tochuela.

Prefirió pasar primero por la cancela de Dos Hermanas, y allí permaneció unos minutos tocando sus barrotes y recordando las veces que él abrió aquel enorme cerrojo, y por supuesto las veces que Maru salió y saldría por allí. Recordó especialmente el día del todo-terreno y el rubio, cuando ella paró y le dedicó aquella sonrisa que siempre recordaría.



Allí le regaló el ramito de romero, y allí la esperó mil veces solo para verla pasar. Acarició el cerrojo que tal vez ella tocaría con su mano dentro de

pocas horas, miró para la caseta y le pareció verse así mismo detrás de la ventanita de palillería y cuatro cristales cuadrados y recordó cuando le escribió allí mismo la carta. Miró a la izquierda y vio la mata de romero mas alta y hermosa que nunca, debido a las fuertes lluvias de ese otoño, cogió un ramito y después de olerlo profundamente se lo guardó en el bolsillo del anorak.

Empezaba a llover y se sentó un ratito en el coche, llovía y escampaba intermitentemente, como casi todos los días de ese lluvioso Diciembre, por lo que los caminos estaban bastante mal, no le importó y cogió el camino del canal rodeando la finca y buscando la otra cancela. Era un camino peligroso por ser estrecho y no tener ninguna protección que le separase del canal, que por cierto, esos días bajaba con bastante caudal. Metió la tracción trasera a las cuatro ruedas, y en primera recorrió los dos kilómetros peligrosísimos de barro y charcos. Llovía ahora intensamente y el limpiaparabrisas no daba a bastos apartando agua, se le hizo interminable, pero por fin llegó a la cancela de Los Palacios. Por aquella cancela entró él el primer día que pisó La Tochueta, y por eso se paró a mirarla. Recordó la última vez que le abrió a Maru cuando iba con el educado y las veces que estuvo allí parado esperándola.

- ¿Habría sido más feliz si nunca hubiese pisado esa finca? –

No supo contestarse esa pregunta.

Continuó canal abajo, y a unos cien metros supuso que detrás de la valla de alambre y de árboles estaba el lago, continuó otros cien metros y arrimó el Tata a la cuneta todo lo que pudo dejando sitio para que pudiese pasar algún otro loco que a esa hora circulara por allí.

Seguía lloviendo fuerte, paró el motor y encendió otro cigarrillo para hacer tiempo mientras escampaba.

Por fin aflojó la lluvia y pudo salir del coche, pasó la alambrada sin dificultad porque le faltaban varios alambres y se dirigió en línea recta hacia la cancha de polo, estaba cerca, y en un par de minutos y pasando otra alambrada salió justo donde estaba la piedra blanca de Maru. No se sentó en ella, prefirió dar un paseo por el césped procurando pisar en todo momento en los lugares donde la vio a ella hacerlo. Se dirigió a la entrada de la cancha desde el cortijo y se paró justo donde un día le dijo aquello de:

- ¡Qué buen día para coger una herencia! –

Recordó como ella desde el lugar donde se encontraba pisando él en esos momentos le respondió:

- Para eso hasta los días de “lluvia” son buenos –

Bajó luego hasta la encina desde donde solía mirarla cuando jugaba al polo y recordó todas y cada una de las veces que ella miró hacia allí. Luego por fin se sentó en la piedra y desfilaron por su mente todos los momentos que estuvo junto a ella y todas las conversaciones que mantuvieron palabra por palabra.

Jamás olvidaría aquella voz, y jamás olvidaría sus gestos al hablar.

No se sabe el tiempo que permaneció sentado en aquella fría y mojada piedra, encendía un cigarrillo tras otro y pensó lo bonito que habría sido por ejemplo enseñarla a disparar con su revolver, o enseñarle ella a él a montar a caballo. Podrían haber pasado momentos muy bonitos si él no hubiese metido la pata con aquellos mensajes, y sobretodo mas tarde con la dichosa notita, declarándosele como un jodido tonto.

- ¡Quién mucho corre atrás se halla! –
Dijo el pobre, desconsolado.

De repente empezó a llover fuerte, pero no se inmutó, se puso de pie para no mojarse el culo, y al meter las manos en los bolsillos encontró el ramito de romero, volvió a olerlo lentamente y luego lo puso suavemente sobre la piedra.

- Me hacía ilusión regalarte un coche, y ya ves Maru, solo alcanzó a regalarte por segunda vez un ridículo ramito de romero, y esta vez ni siquiera puedo dártelo en mano –
Dijo lamentándose de su jodida mala suerte.

Llovía fuerte y se despidió con la mirada de aquel lugar que ahora si que era seguro que no volvería a pisar nunca. Miró hacia el cortijo que estaba a menos de 200 metros y dijo:

- Tan cerca y tan lejos, Maru –

Volvió a mirar aquella pendiente por donde ella bajaría dentro de unas horas, y la recordó cabalgando alegremente sobre su yegua y sujetando tres más con cada mano. Recordó la preciosa carcajada que le escuchó allí un día, la lluvia bajándole del flequillo a la nariz, y sus andares de niña feliz.

Es inimaginable lo que debió sentir Francisco mirando por última vez en su vida aquel lugar tan sagrado para él. Se perdería el envejecimiento de Maru. Se hizo ilusión una vez, de verla con 40 años, entonces él tendría 60, y sabía que a esa edad notaría mucho menos la diferencia, y tal vez hasta tendría una oportunidad de volver a intentar acercarse a ella.

- Total quince años pasan volando –
Pensó aquel día.
- ¿Qué sería de su vida? –
- ¿Seguiría estando allí en la finca? –
- ¿Se iría a su país? –
- ¿Se casaría y tendría hijos? –
Y sobretodo.
- ¿Qué recuerdos tendrá de mí? –
- ¿Se acordaría alguna vez del guarda loco? –

Volvió a preocuparle el mal concepto que ella guardaría siempre de él.

- ¿Me odiaría toda su vida?, o tal vez con los años se de cuenta de lo injusta que fue, y de la importancia que le dio a unos simples mensajes.
- Sabrá algún día lo que yo sentí por ella?, ¿o pensará siempre que solo buscaba una aventura? –
- ¿Le daré tanto asco como creo yo que le doy? –
- Solo deseo que sea muy feliz, y que el hombre que ella elija la quiera al menos la mitad de lo que yo la quiero –

La hubiese gustado entrar en el cortijo y ver última vez su rincón favorito, la cuadra de polo y tocar por última vez la bicicleta roja que seguramente estaba tirada en el suelo, pero no quería ni pensar la que se formaría si por casualidad le veía el guarda de noche, o peor aun la propia Maru que sabía que se acostaba tarde. Se asustaría mucho y le tomaría por loco, por lo que ni se le ocurrió arrimarse ni un metro más.

- Puede que ni siquiera esté aquí, seguramente estará pasando las navidades en Argentina con el rubio, pero yo me siento cerca de ella en este lugar. Me la imagino en el avión, los dos juntitos cogidos de la mano, la llegada a Buenos Aires, el calor, porque allí ahora es verano, el encuentro con sus hermanitos si es que los tiene, la presentación de su novio rubio europeo y de la capital de España a su madre y a sus amigas, los paseos a caballo por la mañana y después de dormir los dos juntos la siesta –

Pensó, mirando fijamente hacia el cortijo.

Es muy duro estar enamorado de alguien y ser testigo de sus primeras salidas con otra persona, pero en realidad se alegraba por ella y también por el rubio, y reconocía que hacían muy buena pareja, diría que hasta la pareja ideal, ella 25 y él 30, los dos de igual carácter, educados, correctos, prudentes, discretos, no bebedores ni fumadores, guapos...

Terminó aprobando ese noviazgo y hasta les bendijo para que fuesen muy felices, le caía bien el rubio y pensaba que cada persona tiene su media naranja y ellos por fin se encontraron. Se sentía feliz de imaginarla a ella feliz y eso era lo más importante y le pidió a Dios que les protegiera y les permitiese formar una familia llena de felicidad, porque ellos se lo merecían.

- Sólo pido que me perdones y no me guardes rencor, me dejé llevar por los sentimientos como cualquier mortal, pero ahora me avergüenzo, perdóname –

Dijo mirando hacia la Finca, donde se la imaginó en su casita viendo la tele.

Estaba calado hasta los huesos, su anorak no era impermeable y la lluvia no cesaba, por lo que no tuvo mas remedio que irse aproximando al coche. Cuando llegó lo arrancó y puso la calefacción a tope, encendió un cigarrillo y

esperó unos minutos a que las lágrimas de sus ojos y los tembliques de su cuerpo le dejaran ver y conducir.

Tuvo que dar la vuelta en el puente cercano, precisamente donde se celebró la romería, pasó junto a la alabrada que vigiló aquel lejano día y regresó por el mismo camino enfangado a ras del canal que algunas veces quería arrojarle dentro. Metió las marchas cortas porque se hizo peligrosísimo tocar el freno, y con mucho cuidado logró llegar al camino alquitranado, luego miró por última vez la cancela de Dos Hermanas y estornudando sin parar tomó la carretera haciendo por última vez en su vida el mismo recorrido que hacía Maru todos los días y que probablemente haría dentro de unas horas si estaba allí.

..... o O o

ÚLTIMOS DÍAS EN CASA

Nunca le preguntó Elvira donde estuvo esa noche, entre otras cosas porque lo sabía de sobra y porque vio el barro del coche.

El resfriado que se trajo de allí agravó mas la salud y ya no salía de casa, se pasaba el día ordenando papeles de bancos y de seguros, los tenía todos en carpetas bien ordenadas y parecía querer dejarlo preparado para facilitar las cosas a su mujer y al que le ayudaría cuando llegara el día.

Limpio y aceitó bien su revolver y lo guardó en su caja.

- Que poco tiempo hemos estado juntos, hijo, ella no ha llegado a verte –
Le dijo mientras lo metía en el ropero.

Se pasaba los días ordenando papeles, herramientas, fotografías, cintas de vídeo y cualquier cosa que se dejase ordenar. Cuando pensó que estaba todo en su sitio, se lió con el lavavajillas que hacía tiempo que no cogía agua, mandó a su mujer a por una electro válvula y terminó arreglándolo, luego se tumbó en el sofá y mirando al techo dijo:

- Ya puedes bajar a por mí, cabroncete, y si tengo que nacer otra vez me gustaría ser atracador de bancos, o mejor, alcalde de Marbella, porque pobre y honrado ya he sido y no me ha gustado. –

De vez en cuando miraba el móvil, parecía esperar un mensaje o una llamada de alguien, y cada vez que sonaba el pic-pic le daba un vuelco el corazón. Nunca perdió la esperanza, miraba constantemente el reloj de pared del salón de arriba que era donde pasaba los días, y se imaginaba lo que ella estaba haciendo en ese momento. Las diez, las catorce y las veinte eran sus horas preferidas, y la veía desayunar comer y cenar. Si llovía la veía pasear a caballo y lloviese o no la veía muy colorada y cabreada llamándole guarda loco. Recordaba las últimas palabras que ella le dirigió:

- Empújalos para acá –
También recordaba las tres o cuatro sonrisas que ella le dedicó algún día y sobre todo el...:
- Adiós Francisco. –
Inclinada en el asiento de su viejo Opel Corsa.

Creo que tantos recuerdos y tan pocas esperanzas de verla, le apagaron mas de lo que ya estaba y por mucho que quiso demorar la fecha, todo llega en la vida y lo malo mucho antes.

Lo bajó en brazos uno de los camilleros porque la escalera era estrecha y empinada. Una vez en el salón de abajo lo pasaron a la camilla y Francisco les hizo una señal con la mano para que se esperasen un momento. Quiso despedirse de los perros, Oreja, Chato, Nano y por supuesto de Tana, a esta le dio un abrazo especial y le dijo:

- Hasta la vista compañera –

Luego se despidió de los gatos Bubu y Chiquinina y de aquella casa que con tanto esfuerzo arreglaron su mujer y él, y que de sobra sabía que cuando le sacasen nunca más volvería a entrar.

No se apenaba por él, pero si por Elvira y por la niña que eran los que de verdad lo pasarían mal.

Cuando lo sacaban pasó junto a la moto de su mujer y quiso tocarle despidiéndola también, pasó junto al Tata aparcado en su puerta y tocó el paragolpes delantero, luego lo metieron en la ambulancia y desde dentro vio en número 21 de su casa que él mismo colocó. Elvira subió también y se sentó a su lado. No podía hablar pero lo cogió la mano y se la apretó.



..... o O o

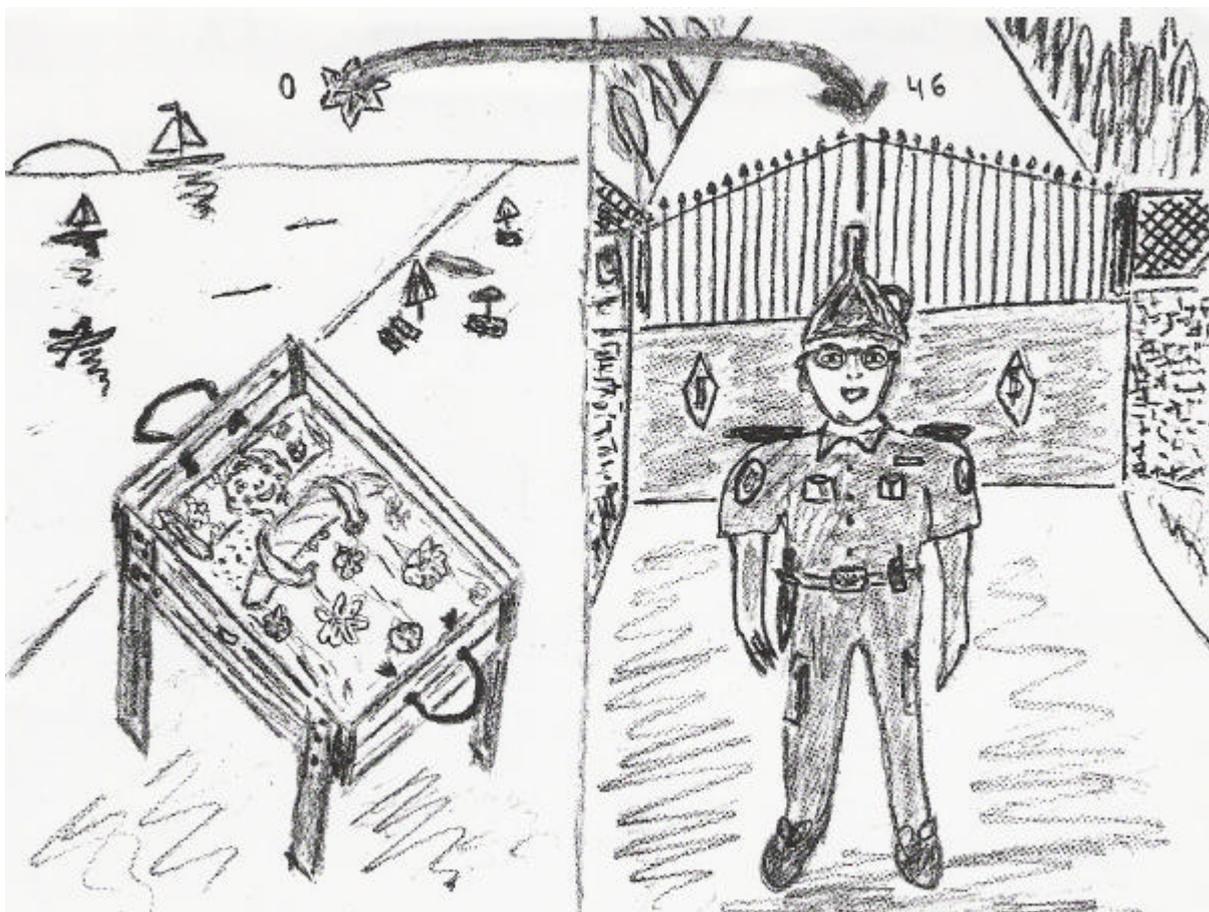
SUS CUARENTA Y SEIS AÑOS

Francisco era el segundo de cinco hermanos, cuatro machos y una hembra en ese mismo orden. Nació en Almería como podía haber nacido en cualquier otro lugar, ya que su padre fue también Guardia Civil y como los feriantes fueron de provincia en provincia, de hecho cada hermano nació en una distinta. Vivió Francisco en Terreros (Almería), San Nicolás del Puerto y Puebla de Cazalla (Sevilla), a los doce años dejó el colegio y se fue a trabajar de botones al Hotel Ciudad de Mar (Ibiza). De regreso a Sevilla capital trabajó de repartidor de bebidas en la bodeguita Carranza, de camarero en el bar Tropezón, aeropuerto de San Pablo y Hotel Pasarela. Estando allí con 18 años se sacó el carné de conducir a la primera, y antes de recogerlo de la autoescuela Hidalgo, se fugó con su prima Edelmira a Palma de Mallorca. Trabajó de fregaplatos en el Hotel Bonanza, quedó embarazada ella y regresaron a Sevilla, trabajó de camarero en la estación de ferrocarril de San Bernardo y vivían de alquiler en un patio de vecinos del Cerro del Águila. Le faltaba un mes para los 19 cuando nació su primera hija. Para evitar ir a la mili sin cobrar un duro, se examinó para la Guardia Civil y aprobó a la primera, por lo que pasó directamente a la academia de Úbeda donde permaneció seis meses. Fue destinado al pueblecito de Teruel llamado Calaceite, límite con la provincia de Tarragona, allí nació el segundo hijo. Pasó destinado a Teruel capital, donde hizo servicios variados de cárcel, Banco de España, Gobierno Civil, conducción de presos, controles de carreteras, etc., etc.....; vivió de alquiler en la Avda. División Azul, 41 y pasó tanto frío en Teruel que un día meando desde la garita de la cárcel, se le quedó el pito pegado a la baranda de hierro debido al hielo, y se lo tuvieron que despegar con agua caliente. Pasó destinado a Calanda, famoso pueblo de Teruel por sus tambores, sus melocotones y por Luis Buñuel, allí nació su tercera hija. Hizo el curso de Motorista Todo Terreno en Madrid aprobándolo y pasando destinado a El Ronquillo (Sevilla), al año y medio fue destinado a Carmona, allí nació su cuarta hija y allí también falleció Edelmira su mujer. Pasó destinado a petición propia a Aznalcóllar, a los tres años contrajo matrimonio con Elvira que era ocho años mas joven que él y madre soltera. Tuvo un accidente con su pistola en acto de servicio y estando de baja fue destinado a Sevilla capital donde no llegó a prestar servicio por causar baja por inutilidad física. Se compraron una casa en Aznalcóllar que tuvieron que vender por no llegarle la paga de inutilidad en cinco años, y se fueron de alquiler a un piso en Sevilla. A los dos años compraron la casa definitiva en Juan XXIII, y al año tuvo que colocarse con Duque y conoció La Tochuela.

Este fue el recorrido en el que empleó 45 años. Si les interesa algunos detalles de cada sitio donde estuvo, se lo resumo muchísimo porque se podría escribir una novela en cada lugar por donde pasó y sería apartarnos mucho del tema principal del relato.

Terreros (Almería), de 0 a 3 años

Su cuna fue un cajón de pescado con cuatro patas de madera que su padre le puso. Vivían en una cueva horadada en la roca al estilo de las que aún existen en Granada. Gustaba comer arena del suelo y que un día tuvieron que ingresarlo por indigestión. Más tarde cuando ya andaba, y junto con otro de su edad se metieron en el gallinero del cuartel que estaba a la orilla del mar, y no dejaron un huevo entero.



..... o O o

San Nicolás del Puerto (Sevilla) de los 3 a los 9 años

De allí recordaba el revolver de pasta y otra veces de hierro con mixtos de papel que le echaban todos los años los Reyes Magos.

Allí aprendió a montar en bicicleta BH roja sin barra, y un medio día en la plaza del pueblo se quedó enganchado por el cuello del toldo del bar “eduardito”, y la bicicleta tumbó varias mesas repletas de tapas y refrescos y a todos los viejos que estaban sentados en ellas.

Allí tuvo su primer enamoramiento de una chiquilla de su edad, a la que le regaló un collar de margaritas que él mismo cogió y ensartó una a una en un junco.

Allí le dieron el primer punto de sutura en la barbilla al resbalar en el escalón de entrada al cuartel.

Y allí le dieron el primer bofetón cuando en el colegio hizo un avión de papel, y lo lanzó con tan mala suerte que le dio al maestro en la cabeza.

Su primera Comunión tan desastrosa, que al salir de la Iglesia tropezó y cayó en un charco con su traje blanco de marinero.

Recordaba:

La cocina de carbón y el soplillo para avivar el fuego.

El nogal del patio del cuartel.

El W.C. comunitario de agujero en el suelo.

El perro llamado tesoro.

Las avispas que recogía ahogadas de las pilas de lavar, y al ponerlas al sol resucitaban.

La chiquilla de su edad que murió al beber accidentalmente lejía y con la que él estuvo hablando en un portal de la calle mientras se celebraba su funeral de cuerpo presente en la Iglesia del pueblo.

Su primer tirachinas.

El sarampión que pasaron todos los hermanos juntos, y el nacimiento de su hermano Ernesto.

Los días que hizo de monaguillo y como el cura lo echó un día, diciéndole que se liaba mucho.

Otro enamoramiento de una chiquilla de la capital que veraneaba allí, y que se llevaba todo el día patinando en la plaza.

La frescura del venero de agua cristalina que daba lugar al nacimiento del río Hueznar.

El descubrimiento de las avispas de ojos amarillos que no pican y mil cosas mas.

..... o O o

La Puebla de Cazalla (Sevilla) de los 9 a los 12 años

El traslado en la parte trasera de un camión de toldo, y el canasto de mimbre donde llevaban al gato.

El Cuartel viejo y el pabellón de un solo dormitorio con goteras, donde dormían sus padres y ellos cuatro.

Las ratas gigantes del patio.

Otro W.C. comunitario.

La muerte envenenada de su gato.

El olor a jabón hecho en el patio con aceite, tocino y sosa cáustica.

El cabrón del maestro comunista que la tomó con él, y se lo llevaba todos los días castigado a su casa hasta que acababa la clase particular que daba en ella.

La tajá de Miguel, vomitando sentado en una silla en medio del patio, mientras las mujeres la obligaban a tomar dos litros de café amargo.

La mudanza a una casa de alquiler del pueblo.

El pozo de la casa donde su padre echó una sandía para refrescarla, y nunca más recuperaron.

Su primera caída en moto, al coger la Mobbilette oficial que su padre llevó un día a casa.

El patio con el desagüe tapado con trapo que servía de piscina, aunque sólo tenía tres dedos de agua.

El barbo que echó al pozo y lo vio crecer.

La mudanza al cuartel nuevo.

El pájaro hormiguero que se encontró, y un día murió al darle un moscardón matado con flí.

El pan con aceite y azúcar.

La tostada con arenques para cenar.

A su prima coja del Arahal que pasó unos días con ellos.

A Conchi, sobrina del guardia gordo, que pasó allí un verano, y enamoró a todos los zagalillos.

Al cementerio de escarabajos que él mismo construyó.

La celebración del día del Pilar en el Cuartel.

La primera calada a un celta sin boquilla.

Al himno de España antes de entrar en el colegio.

A la leche en polvo.

A los álbumes de cromos de animales con la jineta y la nutria.

Y al día que sus padres le llamaron de madrugada, a él y a su hermano mayor, para coger el autobús que les llevaría a Valencia para coger el barco de Ibiza.

..... o O o

Hotel Ciudad de Mar (Ibiza) de los 12 a los 13 años.

Un 15 de Abril, y después de catorce horas de viaje en el viejo barco Ciudad de Valencia, Francisco, su hermano mayor y unos veinte muchachos y muchachas del pueblo y algunos del Arahall, bajaban con sus maletas de cartón piedra y el susto en el cuerpo, en el Puerto de Ibiza.

Eran las doce del mediodía de un precioso día de primavera, y era la Ibiza de los “hypies”. Los trasladaron en una vieja furgoneta Siata a Cala Portinat, a veintiocho kilómetros de la capital, y cuando llegaron a la pensión cigüeña, propiedad del mismo dueño del hotel ciudad de mar, un cocinero gracioso les preguntó qué música querían escuchar mientras comían. Todas las mujeres dijeron chillando:

- Raphael, Raphael... –

Y el gracioso enchufó un compresor que producía un ruido ensordecedor.

Allí aprendió a nadar, a pasar hambre sin quejarse, y la numeración completa en inglés, porque era el botones y le pedían las llaves de las habitaciones en ese idioma.

Escuchó mil veces un rayo de sol, de los Diablos y vio sus primeras tetas.

Conoció a Rubén, el Argentino que se molestó tanto con él porque salía asomado en todas sus fotos:

- ¡Vos salís en todas! –

- ¡Y además asomaos! –

- ¿Qué hago yo ahora con estas fotos, che? –

- ¿Quién digo que sois vos cuando me pregunte mi familia? –

Fue el primer incidente internacional de Francisco, y precisamente con un Argentino.

..... o O o

Sevilla de los 13 a los 18 años

Colegio de los alambres y enamoramiento flechazo de Virginia.

Bodeguita Carranza con eso de Lunes galbana... etc., etc.,-

Bar Tropezón.

Aeropuerto de San Pablo con su ciclomotor Derbi y sus botellines de Martini.

Enamoramiento total de Loly, su vecinita seis años menor que él.

Hotel Pasarela sirviéndole copas grandes de leche a Jaime Ostos.

Motocross con la Ossa Fantón comprada entre tres.

Conoce a su prima Edelmira.

Asiste actuación de Patxi Andino.

Coge borrachera en Feria y cruza puente de hierro a gatas.

Se cansa de todo y se fuga con su prima a Mallorca, sin recoger siquiera el carné de conducir recién sacado.

..... o O o

Hotel Bonanza (Palma de Mallorca) 18 años

Se coloca de “friega-platos”, y friega más platos que un tonto.

Su prima es una liante y la echan de todos los trabajos.

Alquilan un apartamento.

Ella no trabaja y pasan hambre, tiene que robar comida en la cocina para llevársela a ella.

Ella finge estar enferma y siempre está hospitalizada, aunque nunca le encuentran ninguna enfermedad.

Edelmira queda embarazada y deciden volver a Sevilla.

..... o O o

Sevilla, de los 18 a los 19 años.

Se coloca de camarero en estación de ferrocarril de San Bernardo, y viven de alquiler en un patio de vecinos.

Se casa con su prima Edelmira. El convite una caja de botellines y una bandeja de ensaladilla rusa en casa de sus padres. Luna de miel un helado en el parque María Luisa.

Nace primera hija.

Hace examen Guardia Civil y aprueba ingreso en la Academia.

Hija hospitalizada por coartación en vena aorta.

Se va a la Academia de Úbeda seis meses.

Hija operada de vena aorta.

Sale de la Academia destinado como Guardia Civil a Teruel.

Dejan niña ingresada en Hospital y se marchan ellos a Teruel en una furgoneta vieja, con dos maletas y cuatro cajas de cartón con todo el equipaje.

..... o O o

Calaceite (Teruel) de los 19 años a los 21

Le dan un pabellón vacío, y sin un duro tiene que entramparse firmando letras, para sacar los cuatro muebles y dos electrodomésticos indispensables para vivir.

Su mujer se hace más liante y debe dinero en todas las tiendas del pueblo.
Van a recoger a la niña del hospital.

El sargento persigue a los caracoles que se comen el seto de entrada al cuartel, les tiene fobia, les echa veneno y los estrella contra el suelo.

Edelmira ingresada en Hospital de Zaragoza (cuando tiene muchas trampas y líos, se hace la enferma).

Queda embarazada segundo hijo, y cumplida deciden ir a Sevilla para que de luz allí.

Nace segundo hijo y el sargento que el gran dictador, no le deja ir a recogerlas, tiene que coger tren ella sola con la niña de año y medio y el otro recién nacido.

Hace curso de cabo y renuncia a él cuando sólo le queda el último examen.

Compra Renault-10 viejísimo.

Pasa destinado a Teruel capital.

..... o O o

Teruel, de los 21 a los 23 años

Mucho frío y mucho dinero en piso de alquiler.

Edelmira finge quedarse ciega y parte cuerpo paralizado, la lleva a Clínica Mompeliú de Zaragoza, que es privada y se gasta el poco dinero que le dieron al vender el coche. El neurólogo le diagnostica poca cultura.

Edelmira sigue liando en las tiendas, y cuando se ve muy cogida finge estar enferma, es ingresada varias veces en la Seguridad Social de Teruel, e incluso recurre a algún curandero.

Catorce grados bajo cero en la garita de la Cárcel, no hay calefacción alguna, hace tanto frío que la barandilla tiene un dedo de hielo, y al ir a “mear” al foso, porque no tienen servicio dentro, le rosa el pito en la baranda y se le queda pegado al hielo.

Tiene que venir el Sargento con un cazo de agua caliente y despegárselo.
Reparten coñac para aguantar el frío en la garita.
Pasa destinado a Calanda.

..... o O o

Calanda (Teruel) de los 23 a los 25 años

Llegan al pueblo en autobús de línea, cargados con algunas macetas y algunas cajas de cartón, el resto llega en el camión gratuito de la Comandancia.

Edelmira que en teoría tomaba la píldora, queda de nuevo embarazada.

Se presenta un tendero de Teruel reclamando 40.000 pesetas que Edelmira dejó a deber.

Muchos enredos con su mujer.

Un día le echó lejía a las macetas de la mujer del Sargento y las quemó todas, luego le echó la culpa a la mujer del conductor.

Nace tercera hija.

Hace curso de Motorista Todo Terreno y pasa destinado a El Ronquillo.

..... o O o

El Ronquillo (Sevilla) de los 25 a los 27

Le toca un cabo paranoico y está amargado.

Su mujer se supera a si misma y bate el récord de líos, embustes y trampas, tiene una lista de trampas en todas las tiendas del pueblo, incluida la Farmacia.

Le sorprenden rompiendo hoja de libreta donde tendero la tenía apuntada.

Roba la paga del mes a un compañero Guardia Civil, entrando en su pabellón, cuando estaba de servicio con Francisco.

Pide fiado en todas las tiendas alegando que a su hija hay que operarla del corazón en Madrid y que cuesta mucho dinero.

Muchas mentiras, discusiones, broncas y cada vez mas embustes.

Edelmira se va a La Coruña con su padre y le roba dinero. El padre no la quiere allí.

Pasa destinado a Carmona.

..... o O o

Carmona (Sevilla) de los 27 a los 29

No le gustan algunos compañeros que denuncian por denunciar.

Por ejemplo:

El compañero Antonio pide la documentación a un cazador, éste le dice que se le ha olvidado y cuando le están denunciando se da cuenta de que la lleva en uno de los bolsillos:

- La tengo aquí señor Guardia –
Dijo el cazador.
- No, ya no vale, porque antes me ha dicho que no la tenía –
Contestó el Guardia y le denunció.

A otro cazador le pilló saliendo del coche y le pidió la documentación:

- La tengo en la guantera del coche –
Contestó el cazador con gesto de cogerla.
- No, no, la documentación hay que llevarla encima. –
Le contestó el Guardia fanático denunciándole.

A otros cazadores de patos en época de veda, les preguntó cuantos patos habían cazado cada uno:

- Tres, dos, ninguno –
Dijo uno de ellos.
- ¿Cómo que ninguno? –
Contestó el Guardia quitándole un pato al que llevaba tres y dándole al que no llevaba ninguno.
- Toma éste para ti –
Y le denunció por matar un pato.
Francisco no aguantaba esas cosas.

El fanático era muy delicado con la comida y al mismo tiempo muy comilón, y para que no se les comiese toda la ensalada que habían pedido un día que comían en la Venta “Los Conejos”, el cabo Marcos sacó la “churra” y con ella movió y aliñó la ensalada. Comieron todos los que estaban menos el delicado que la miraba de reojo.

Nace cuarta hija (también le fallan a la loca las pastillas).

Ya está entrampada en todas las tiendas de Carmona. Nadie se fía de ella. Pide dinero a los Guardias de puertas mandando a los niños y diciéndoles que digan que es para desayunar.

Compra zapatos en tienda y le dice a la dependienta que se los apunte a la mujer del cabo.

Tiene a todo el pueblo enredado, nunca se supo qué hacía con el dinero.
Veintidós de abril, muere Edelmira.

Hubo muchos comentarios sobre la muerte de Edelmira, pero lo único cierto es que Francisco nunca estuvo inculpado de nada, como se comentó. Simplemente ella cogió su pistola, un 9 mm. Corto que él tenía en el ropero, y se suicidó pegándose un tiro en la cabeza. Francisco estuvo apartado del servicio cuarenta días, y precisamente el 3 de junio, su cumpleaños, comenzó de nuevo a prestar servicio de su especialidad en Aznalcóllar, destino que él solicitó para cambiar de aires y por no vivir en la misma casa de alquiler de Carmona donde sucedió el hecho.

Se podrían contar muchas cosas de Carmona, por ejemplo su amigo mascota, el guarda del coto de caza que tantas noches de servicio hicieron juntos y que falleció de repente de un infarto cerebral. O los cincuenta y siete tiros que le pegó una noche a un tractor corriendo detrás y delante de él para desinflarle las cuatro ruedas y detener a un loco suicida que circulaba por la N-IV, etc., etc.-

..... o O o

Aznalcollar (Sevilla) de los 29 a los 38 años

3 de Junio.

Era una preciosa tarde calurosa cuando Francisco bajaba la cuesta de las doblas, conducía un viejo 124 que compró estando en Carmona y que había sido taxi en Madrid, debía tener más de un millón de kilómetros, pero le daba el avío. Era su cumpleaños y su mujer hacía cuarenta días que había muerto en tan trágicas circunstancias. Viudo, cuatro hijas, sin un duro,... un desastre.

Rodeado de estas calamidades y debilitado por los veinte días de ayuno íntegro y otro veinte comiendo lo justo para no morir, esperaba un poco de compañerismo por parte de los superiores.

No conocía Aznalcollar, pero cambió su destino de Carmona por éste con un compañero motorista pensando que le convenía un cambio de aire, sus cuatro hijos estaban en Sevilla con sus padres y él se dirigía a aquel pueblo con el ánimo por los suelos, o mejor dicho sin ninguna gana de vivir.

Lo recibió el Sargento Mombiela, Comandante de Puesto, un hombre agradable y que parecía venir de vuelta de todo, le presentó a los compañeros que casualmente estaban reunidos con mujer y niños incluidos en el bar del cuartel, le pareció a Francisco que le estaban esperando. Ya conocía al cabo de los motoristas porque hicieron juntos el curso en Madrid, era el cabo Sevilla, un hombre serio, buen compañero y que también estaba hasta el gorro de la Guardia Civil. Conocía de vista también a Bartolomé por haber estado destinado en Puebla de los Infantes, pueblo que frecuentó Francisco con la Patrulla de Carmona, buen compañero y mejor bebedor de DYC con Coca-cola. Le presentaron al Lepero, hombre sencillo y tosco muy buena persona y siempre alegre. Le enseñó el Sargento lo que sería su dormitorio, que era un pequeño cuarto pegado al bar con una pequeña cama de hierro y un armario empotrado.

Se le vino el mundo encima, no estaba acostumbrado a dormir solo, ni a comer solo ni a vivir solo, pero encontró calor en sus compañeros y decidió afrontar aquella nueva vida lo mas dignamente posible.

No le dejaron.

Después de una semana de trabajo y soledad y cuando le tocó el día libre, pidió permiso para ir a Sevilla para ver a sus hijos, y se lo negaron. Le aplicaron un artículo del año 1840, que dice que ningún soldado abandonará, buque, cuartel o aeronave sin permiso de sus superiores. Era absurdo porque él estaba pidiéndole permiso al Teniente Suárez y al Capitán Alejandrino y se lo negaban, por lo que decidió ir a ver a sus hijos y pasar la noche con ellos. Le arrestaron con ocho días sin salir del cuartel ni para comer.

Es anecdótico porque los soldados que hacían la mili podían pernoctar fuera del cuartel, y a los Guardias no le dejaban ni los días libres.

Era la época del Director General Luis Roldán, un asqueroso dictador que mas tarde se fugaría con el dinero de los huérfanos de la Guardia Civil pero que mientras se fugó y no, hizo estragos entres sus componentes.

Pudo haberse dado de baja Francisco y ahorrarse muchos disgustos, pero como no era hombre de esconderse decidió hacerles frente y es por lo que llegó a Aznalcóllar con la hoja de servicio en blanco y en un mes se le acumularon ocho faltas leves, dos graves de desobediencia y un Consejo de Guerra por sedición militar, todo ello por pedir ocho horas de trabajo y un día libre a la semana para poder ver a sus hijos.

Como quien hizo la Ley hizo la trampa, Francisco se cansó de visitar el calabozo de Eritaña, que era una mazmorra en el sótano con un camastro y un lavabo donde tenía que orinar y lavarse la cara, porque para la necesidad mayor te sacaban una vez al día por la mañana y te volvían a encerrar.

Cansado de mazmorra se dio de baja por depresión, porque era la única baja que le permitía estar en casa con sus hijos, ya que si se da de baja por el estómago por ejemplo, le habrían obligado a permanecer en el cuartel.

Permanecía un mes de baja, luego se daba de alta y volvía al trabajo normal, pero cuando le venía el cumplimiento de otro correctivo volvía a darse de baja y así los iba evitando. Pero resultó ser un arma de doble filo, porque para fastidiarle y escudándose en las bajas por depresión y también por quitarle de en medio ya que por esa fecha se fundó el clandestino sindicato unificado de la Guardia Civil, y sospechaban que Francisco era uno de los cabecillas, le hicieron ingresar para una revisión, en el Hospital Psiquiátrico Militar de Sevilla, se trataba de humillarle y de quitarse a un peligroso sindicalista de en medio.

Días atrás y harto de tantos abusos de autoridad y de tanta indefensión por parte de los Guardias, saltó a los medios de comunicación el SUGC (Sindicato Unificado de la Guardia Civil), creado por el Cabo Rosa, por Francisco que ya se conocían de haber estado juntos en Teruel, y del hermano de Francisco destinado por esa fecha en Huelva. Dieron mucho que hablar y se denunciaban abusos de poder de algunos mandos, salían publicados a diario en los periódicos de mayor tirada de Andalucía, en televisión y alguna revista de tirada nacional como Cambio 16, se hicieron muchas pintadas por Sevilla y Huelva y molestó tanto a los dictadores de la época, que hasta el propio Luis Roldán salió en televisión anunciando vengarse de ellos. El CESID intervino muchos teléfonos incluido el de los padres de Francisco. Salían Guardias Sindicalistas como hongos y en pocos meses se afiliaron al mismo innumerables compañeros; de ahí la importancia de ir cortándole la cabeza a los nunca mejor dicho cabecillas, entre los que estaba el pobre Francisco.

Permaneció una temporada en Psiquiátrico hasta que el Teniente Coronel Médico le dijo:

- Mira muchacho, lo tienes mal ¡eh!, yo se que tu estás tan loco como yo, y se también que quieren joderte. Van a por ti, tu lo sabes, quieren echarte de la Guardia Civil porque eres sindicalista, y cada vez que te des de alta te van a corregir, buscan una acumulación de correctivos para expulsarte, y si continuas de baja te harán pasar por aquí y por el Tribunal Médico hasta que te aburras, así que tu me dirás lo que hacemos. –
- Déme de alta, yo me encargaré de esos fascistas –
Le contestó Francisco con su pijama de loco.
- ¿Tú quieres que yo te de por loco y te vas con una paga? –
Le preguntó el Teniente Coronel Médico.
- No, no se preocupe, yo me iré de la Guardia Civil cuando yo lo decida, y no me iré por loco, no se preocupe que yo me encargo de esa gentuza-
Contestó Francisco muy tranquilo.

Salió de alta al día siguiente, por la mañana estuvo en casa de sus padres con sus hijos, y por la tarde fue a Aznalcollar, le entregaron su pistola reglamentaria y se dirigió a Sanlucar la Mayor a ver al capitán Alejandrino, instigador o uno de los instigadores de todos sus correctivos. Subió a su pabellón, llamó a la puerta y le abrió el propio Capitán, Francisco le dijo que quería hablar con él a solas en su despacho, no se sabe como lo convenció, pero en el despacho permanecieron los dos más de una hora.

Nadie excepto ellos dos sabe lo que allí paso, pero lo cierto es que ese mismo día el Capitán pidió destino urgente a Alicante, y en una semana se lo concedieron y desapareció de la vida de Francisco.

Resultó ser un liante también el Capitán, porque cuando se marchó de Sanlucar, le dejó dinero a deber hasta al Alcalde, y poco después de llegar a Denia (Alicante), fue corregido y destituido del mando por abuso de autoridad.

Creo que también visitó al Teniente Coronel Rufino, y lo único que se supo es que el General de la Zona le concedió permiso para desplazarse a Sevilla cada vez que le diese la gana.

Puso fin a la persecución de los dictadores locales, pero el mas sinvergüenza, Luis Roldán, aún insistía en formarle el Consejo de Guerra, todavía hay documentos en casa de Francisco firmados por Luis Roldán pidiendo su cabeza por sindicalista. Un poco más tarde se descubrió la clase de tipejo que era el tal Luis Roldán y su fuga de España, pero aún así el Consejo de Guerra continuó su curso.

Salía Francisco casi a diario en los medios de comunicación, siempre por el asunto del sindicato, de su detención en Sevilla acusado de arrojar propaganda

del mismo, y del Consejo de Guerra que se suspendió varias veces, no se sabe muy bien porqué.

Existe el libro del sindicato clandestino de la Guardia Civil, escrito por los periodistas Antonio López y Emilio Ballesteros, que fue secuestrado y retirado de la venta al público a los pocos días de su publicación, fue editado por Ediciones B, grupo Z, y Francisco tenía uno que compró en El Corte Inglés y que todavía está en casa, si tienen oportunidad de encontrar alguno, busque en el índice de páginas –torturas- y comprobarán lo que aguantó Francisco.

Entre tanto y a la espera del Consejo de Guerra, intentaba arreglar su vida personal que la tenía bastante jodida.

A los pocos meses de enviudar, conoció a través de un amigo común a Elvira, que tenía veintidós años y era madre soltera. Tenían una buena amistad y hasta decidieron alquilar un pisito en Sevilla y vivir juntos. Encontró el piso, firmó el contrato de alquiler y hasta lo limpió Elvira, pero en el último momento no se sintió con fuerzas para vivir con otra mujer y decidió anular el contrato, Elvira cogió tal mosqueo que rompieron la relación y no se volvieron a ver mas.

Tenía momentos muy duros, se acordaba de su mujer y lloró mucho a solas, había noches que cogía el Seat Panda que compró porque el otro ya no andaba, y se iba a Carmona, saltaba la reja del cementerio y se pasaba horas junto al nicho de su mujer, le ponía rosas de los mismos rosales del cementerio, lloraba y la echaba de menos. Pasó dos años muy mal, pero tuvo que salir adelante pensando en sus hijos. Cuando recuperó un poco su ánimo, anduvo picoteando de flor en flor, le daban lo mismo casadas, viudas, separadas o solteras, donde ponía el ojo ponía lo otro, y como es cierto que las viudas son llamativas para los hombres, también debe ocurrir lo mismo con los viudos para las mujeres, y no tenía que esforzarse mucho para encontrar plan, le salían solos. Pero como todo no es el picoteo, él echaba de menos un hogar y una familia. Tonteó con una soltera con mucho bachiller superior que hacía oposiciones para secretaria de Ayuntamiento, pero al decirle que se iría a vivir con él pero sin sus hijos, Francisco no volvió a verla nunca más.

Un día pensó en Elvira:

- ¿Cómo le irá? –
- ¿Se habrá casado? –
- ¿Estará libre? –

Una tarde fue a casa de Elvira, le llevó seis conejos a su madre, y ésta le dijo que estaba trabajando en un bar de Cantillana, pero que no sabía ni el nombre del bar, ni el teléfono, pero que dormía allí.

Se recorrió esa misma noche todos los bares de Cantillana, que es un pueblo a unos veinte kilómetros de Sevilla, preguntó en todos los bares y ventas del pueblo, pero nadie la conocía y tuvo que volverse sin verla.

Pocos días después, recibió en el Cuartel una llamada de ella, y quedaron en un lugar de Sevilla para verse. Esa misma noche la llevó al cuartel y le enseñó el piso o pabellón donde vivía y que limpió y amuebló él mismo al cansarse de dormir en aquel cuartucho que ocupó durante casi tres años. Hablaron varias horas, la llevó a Sevilla a las cinco de la mañana, y a las seis entró de servicio.

Estaba ilusionado y se lo comentó a sus compañeros. Por fin recuperaba las ganas de vivir y se sentía con ganas de vivir con Elvira y con sus hijos.

En aquella época era impensable que un Guardia Civil viviese dentro del Cuartel con una mujer sin estar casados, pero como el nuevo Capitán era un muchacho joven, democrático y compañero, se lo permitió e incluso se lo aconsejó.

- Con oficiales como usted, no haría falta ningún sindicato –

Le dijo Francisco en cierta ocasión que el capitán fue a verle al calabozo cuando le detuvieron por arrojar la propaganda del sindicato, y en realidad era cierto, porque el Capitán José Antonio Hurtado era un verdadero compañero. De todas formas Francisco le prometió que se casaría en cuanto arreglase los papeles.

Tuvo que entramparse otra vez para terminar de amueblar el piso para traerse a los niños, porque los muebles que tenía en Carmona y que por cierto eran nuevos, los sacó en un camión, basculó en el vertedero y les prendió fuego.

Un 17 de abril y a los tres años de enviudar, Francisco contraía matrimonio civil con Elvira, no se casaron por la Iglesia porque el cura que debería llevar en el pueblo mas de un siglo, se negó a casarle si no hacía un cursillo matrimonial de tres meses. (Para matarlo a escobazos).

Nació a los pocos meses la última de los Martínez, por lo que eran seis niños para comer, vestir, ir al colegio, etc., y como pueden imaginar pasaban muchas necesidades, nunca llevaba un duro en el bolsillo, pero iban tirando.

Nadie apostaba un “chavo” por aquel matrimonio, el cabo, que ya no era el mismo si no Moncada un veinteañero, el Jorpa o Bartola, porque ya se fue también el lepero, ninguno imaginó que el matrimonio de Francisco y Elvira duraría mas que los suyos, que terminaron divorciándose los tres. Cosas de la vida.

Se celebró el convite de la boda en el Cuartel, y para tal evento se buscaron por ahí quien regalase tres borregos y aquello parecía las bodas de Camacho, para las celebraciones era único ese cuartel, se sabía cuando empezaban pero nunca cuando acababan, pasaba lo mismo con la celebración del día del Pilar patrona de la Guardia Civil, se empezaba una semana antes a montar los toldos en el patio y se terminaba cuando acababan todos los barriles de cerveza.

- No quiero alcohólicos –
Dijo una vez un teniente joven de academia cuando vio al personal tan predispuesto a las comilonas y jolgorio.
- Aquí el que venga después de las dos de la tarde nos pillan a todos borrachos –
Dijo el Sargento Mombiela conociendo a la tripulación.

Mucha miseria. Recordaba el día que su hija mayor no pudo ir de excursión escolar, ya subida en el autobús, porque la maestra pidió 500 Ptas., y Elvira no las tenía. Se compraba fiado en las tiendas y se comían lentejas lavadas pero lo pasaron bien aquellos años en el Cuartel de Aznalcóllar.-

..... o O o

Un veintinueve de octubre, Francisco resulta herido en la pierna y mano derecha, por disparo de arma de fuego.

Gustaba a él dar distintas versiones de sus heridas cuando alguien le preguntaba.

- En un atraco.
- En un control de carretera –
- Un tiroteo en el campo –
Nunca dio dos versiones iguales.
- El que quiera saber, mentiras a él –
Decía riéndose.

Sólo cuando tenía confianza con alguien le contaba de verdad lo sucedido:

- Cagando –
Decía muy serio.
- ¿Cagando? –
Preguntaba el otro.

Y efectivamente, que se tenga constancia desde la fundación de este Cuerpo hace siglo y medio, Francisco es el único Guardia Civil que ha resultado herido de bala cagando:

Estaba de servicio en una finca de Sanlúcar la Mayor con su compañero Bartolo y un guarda de la finca. Iban los tres andando al acecho de los furtivos que solían entrar a cazar, cuando a Francisco le entró ganas de cagar y dijo:

- Ahora os alcanzo, que me estoy cagando vivo –

Y se quedó debajo de un olivo. Como es normal sacó la pistola de la funda y la dejó en la tierra a su lado. No se percató de que estaba montada del día anterior que como casi a diario se hacía al intuir algún peligro, escuchó acercarse un vehículo por el camino en el que él estaba, y para que no le sorprendieran en tan ridícula situación, quiso incorporarse tan rápido, que al coger la pistola sin mirar, se le resbaló y al intentar sujetarla en el aire se le disparó atravesándole el dedo pulgar de la mano derecha y el fémur a la altura de la rodilla de la pierna del mismo lado.

Resultó ser familia del guarda el que llegó con el coche, y entre los tres le hicieron un torniquete y le metieron en el coche hasta el pueblo, desde una ambulancia le trasladaron al Hospital “Virgen Macarena” de Sevilla.

..... o O o

Un cuarto de hora antes de que le expulsaran del Cuerpo por sindicalista, le vino concedida la baja por inutilidad en acto de servicio.

Habría que escribir muchas páginas de su estancia en Aznalcollar, y de sus viajes a Madrid para pasar el Tribunal Médico en el Gómez Ulla, de la frutería que puso su mujer en Sevilla en un barrio donde sólo había cuatro viejas con diabetes que sólo podían comer fruta cuando se la regalaban, del accidente con el Seat Panda, de la putada que quisieron hacerle al quedar absuelto del Consejo de Guerra y pasar la jurisdicción sancionadora a la Guardia Civil, por lo que sería expulsado sin ningún juicio previo. No había pruebas ningunas contra Francisco para someterle a un Consejo de Guerra, por eso y sabedores de que no podrían expulsarle si lo celebraban, pasan la jurisdicción sancionadora a la Guardia Civil, donde el acusador es también el Juez, sin posibilidad de abogado ni de poder recurrir, es decir, sería expulsado del Cuerpo por el poder fáctico militar de aquella época en la Guardia Civil.

De diez declaraciones de mandos de Francisco, había nueve favorables a él, y una desfavorable. Solo se unió al expediente la desfavorable que precisamente era la del Tte. Coronel Rufino, instigador directo de los correctivos, y al cual Francisco “visitó” tiempo atrás.

En el libro del sindicato clandestino de la Guardia Civil, figuran nombres y apellidos de éste y de otros mandos que parecen escapados de la dictadura

Argentina, este mismo sujeto se presentó para Jefe de la Policía Local de Sevilla, y por suerte para los policías no aprobó.

Tuvo que irse a vivir fuera del Cuartel y compró una casa en el pueblo, pero como en esa época el interés de los préstamos hipotecarios estaba al 14 %, no podía pagar tan alta mensualidad y tuvo que trabajar de albañil en Sevilla, y de repartidor de paquetes en el pueblo haciendo de cosario para los talleres y llevándoles las piezas de recambios que estos pedían a Sevilla, utilizaba un viejo Renault-4 furgoneta que su hermano le vendió cuando Francisco tuvo el accidente con el Panda y quedó para chatarra.

Se acordó otra vez de la boda y recordó con mucha pena que su mujer no pudo estrenar traje de novias y llevó uno que le prestó la mujer del Cabo, y que él tuvo que casarse de uniforme porque el que le iba a dejar el traje de novios tuvo un accidente en la feria de Sevilla y dejó el traje para el arrastre.

Recordó con un poco mas de alegría el día que haciendo servicio en El Rocío coincidió con Patxi Andiñón y no se despegó de él hasta que los dos estaban borrachos, le dio Patxi una tarjeta firmada por él en la que ponía:

- Llámame, un abrazo –

La plastificó y aún la lleva en su cartera. Siempre fue el mayor admirador de Patxi Andiñón y tenía en casa todas sus canciones.

Se podría escribir otra novela solamente con su estancia en Aznalcollar, pero como no es el tema de esta narración, la aparcaremos aquí.-

..... o O o

Vuelta definitiva a Sevilla, de los 38 a los 46 años

Después de comprar una casa en Aznalcóllar y tener que malvenderla porque no le conceden la pensión de inutilidad hasta los cinco años, se viene a Sevilla, alquilan un piso, lo compran, lo venden, alquilan la casa, la dejan a los dos años, y por fin se compran la casa definitiva. No tiene raíces en ningún sitio Francisco, cuando le preguntan ¿de dónde eres?, él dice:

- De ningún sitio. –

Se compró un furgón viejo, una Ford Transit, para dar portes y se volvió loco el furgón, cuando menos se lo esperaba se aceleraba a tope y aunque le quitaras la llave del contacto seguía funcionando, por lo visto se le metía aceite del motor en los cilindros, por lo que tuvo que cambiarla por una Nissan Vanette, que después de cambiarle el embrague y todos los aceites y líquidos habidos y por haber, tuvo que venderla para comer. Se la vendió a una tal Lara que sale en televisión poniendo verde a Carmina Ordóñez.

Luego se colocó con Duque, y por fin volvemos a Maru y el Guarda Loco.

..... o O o

ÚLTIMOS DÍAS

Tuvo unos días de mejoría. (Dicen que es la mejoría de la muerte). Un día que me quedé a solas con él, me encargó que le comprase sin que nadie lo viera una grabadora pequeña, muchas pilas y cintas vírgenes, y así lo hice.

Decían las enfermeras que cuando no había nadie con él, hablaba solo, que estaba perdiendo la cabeza y que se pasaba el día mirando el móvil.

Volvió a darme instrucciones sobre el papeleo de seguros, pagas, préstamos y todo eso, y preguntó por su Tata.

- Ya podéis limpiarlo bien por dentro. Tiene polvo y tierra de muchos meses

–

Me dijo sin saber yo a que se refería.

- ¿Qué hay después de esto? –

Me preguntó.

- Nada –

Le contesté.

- ¿Es posible? –

Preguntó.

- ¿Y todo para nada? –

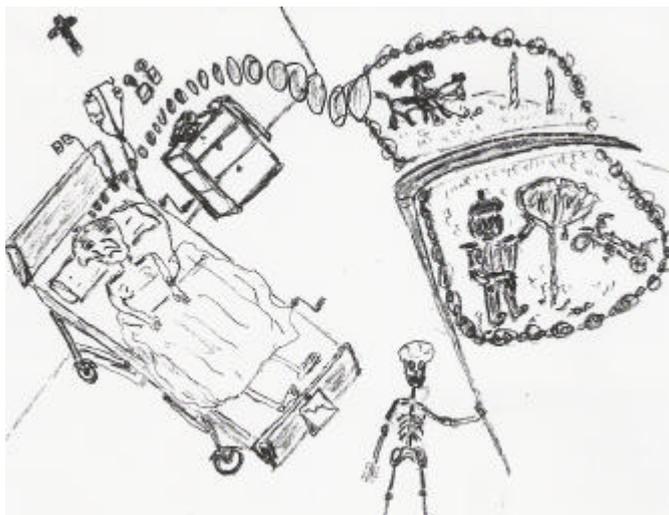
- ¿Vale la pena nacer? –

- Me refiero a los pobres –

- ¿Será la muerte la recompensa a tanto sufrimiento? –

- ¿Por qué nos aferramos tanto a esta mierda de vida? –

Estaba bastante rebotado, y desde luego con razón.



- ¿Qué he sacado yo de esta vida? –

- Llevo trabajando desde los doce años, y ya ves, lo comido por lo servido. Solo tengo una casa y un coche que son del banco, no he ido nunca de vacaciones y me he pasado la vida criando hijos. –

- Si lo sé, no vengo –

Seguía quejándose de su mala suerte, pero sin perder el sentido del humor.

- No te quejes hombre, por lo menos de mujeres has andado bien, ¿no? –

Le pregunté para levantarle el ánimo.

- No me hables, de mujeres no me hables, si vuelvo a nacer te juro que me hago maricón. Los mayores sufrimientos me lo han dado las mujeres. Y siguen dándomelos –
Dijo mirando el móvil.
- ¿Esperas la llamada de alguna? –
Le pregunté por animarle.
- Siempre la esperaré, aunque el siempre me parece que va a ser corto –
Contestó pensativo y sin dejar de mirar la pantalla del móvil.
- Corto por lo que me queda a mí, pero largo porque no creo que ella me llame nunca –
- No me lo has contado, ¿cómo es? –
- No es, nunca fue, creo que sólo ha existido en mi fantasía –
- ¿Tiene nombre? –
Le pregunté interesado.
- Nombre sí, es lo único que sé de ella, tiene nombre si, lo que no tiene es corazón –
Contestó muy apenado.
- Háblame de ella, ¿dónde la conociste? –
- No llegué a conocerla, pero lo peor es que ella no quiso conocerme a mí. Podría ser mi hija, y me ha tratado como a un perro, pero yo daría lo poco que me queda de vida para volver a escuchar su voz. –
Dijo muy triste.
- ¡Vaya!, no sabía que fuese tan serio el asunto, perdona –
Le dije.
- Me gusta hablar de ella, tenía ganas de hablar de ella, ya no tengo ninguna razón para olvidarla y no quiero olvidarla, solo quería su amistad, pero ahora me conformo con recordarla. –
- ¡Vaya!, me ha salido en verso –
Dijo sonriéndome.
- Todavía no se su nombre –
Le dije yo.
- No quiero mencionarlo en este lugar, pero ya te enterarás –
- ¡Vaya!, otra vez rima –
Dijo riéndose y haciéndome reír a mí.
- Me arrepiento de muchas cosas, pero en particularmente de dos:
De haber sido un jodido pobre honrado y no haberme llevado los tres mil millones de pesetas que unos días tuvo bajo mi custodia en el Banco de España de Teruel, y sobre todo de haber quedado como un cerdo con esta chiquilla.

..... o O o

Pasaban los días y su deterioro físico se le notaba por minuto. Los dolores eran ya insoportables y los sedantes continuos. Rara vez se le podía ver despierto y cuando lo estaba ya no era él, desvariaba y decía cosas incoherentes, apenas conocía a las personas que le visitaban, y es lamentable decirlo pero todos deseamos que llegase el final y así descansaría él y dejaríamos de sufrir los demás.

Una tarde que parecía estar lúcido, me entregó con mucho esfuerzo unas cuantas cintas de la pequeña grabadora, estaban numeradas a bolígrafo y me pidió que las escuchara.

- ¿Aquí? –

Le pregunté.

- En tu casa –

Me dijo casi por señas.

Al día siguiente volví a verle y le dije que había escuchado las cintas (en ellas solo hablaba de Maru y La Tochueta, y al final pedía perdón a los dos, a Maru, y al Elvira, su mujer), le pregunté que quería que hiciera con ellas, y como pudo me dijo que escribiera una novela.

Le prometí que haría todo lo posible para que la publicaran, y luego le pregunté si quería que le mandase un ejemplar a ella.

- No, ya la he molestado bastante, si el azar quiere que algún día caiga en sus manos, caerá –

Me dijo con mucho trabajo y muchas pausas.

- Todos hemos tenido una Maru en nuestras vidas –

Le dije yo para aliviarle su pena, y él asintió con la cabeza. Luego le pusieron otro calmante y se durmió.

Esa misma madrugada del Viernes (su día favorito en Duque) y apretando la mano de Elvira, EL GUARDA LOCO, es decir MI HERMANO, dejó de existir.

Creo sinceramente que se dejó ganar la partida, porque él en realidad no tenía ninguna ilusión por vivir.

..... o O o

Al mes de enviudar, y ya con todos los seguros cobrados, la paga de viudedad arreglada, los préstamos saldados y todo más o menos arreglado, Elvira vendió la casa y se compró un pequeño Rancho en el Ronquillo. Por supuesto se llevó a Tana y a los demás animales. Ella misma conducía el Tata

que todavía llevaba en su interior el polvo de La Tochueta, y a la entrada del Rancho había un gran letrero que decía:

EL GUARDA LOCO

Su hija de 15 años le preguntó:

- Mamá, ¿Quién es el guarda loco? –
- Y Elvira le contestó:
- Algún día te lo contaré, hija –

Nunca sabremos si Maru vio el ramito de Romero y el montón de colillas de Viceroy que Francisco dejó en la piedra blanca, si se enteró del final del Guarda Loco, o si leerá algún día esta novela.



- ¿Seguirá temiendo un mensaje del guarda loco? –
- ¿Seguirá odiándole sin saber que ya no existe? –
- O seguirá odiándole a pesar de saber su final –
- ¿Se preguntará alguna vez en su vida, que pasó con el guarda loco? –
- Y sobre todo, ¿le habrá perdonado? –
- ¿Es posible que no tenga ni un solo recuerdo bueno del pobre guarda loco?

- Que poco costaba hacer feliz a un ser humano.
- Tan solo pedía su amistad.

A petición propia el Guarda Loco fue incinerado.

Yo por mi parte me tomé la libertad de hacer algo que él no me pidió, pero que estoy seguro que me agradecerá eternamente.

Cogí un tarro de cristal hermético, metí sus cenizas y lo enterré de forma que siempre estuviera cerca de Maru, tan cerca que los días de Polo la tiene encima.

FIN.

..... o O o

¡AH!, y que me perdone Elvira, que no sabe que lo que tiene en el tarro es ceniza de mi barbacoa.

Dedicada a todos los vigilantes de Polígonos
Y al pueblo de Dos Hermanas.



Pido perdón a Maru, a Elvira, al dueño, a cara susto, a Duque, y a cualquier persona que se sienta ofendida por esta novela, pues no ha sido mi intención molestar a nadie.